



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

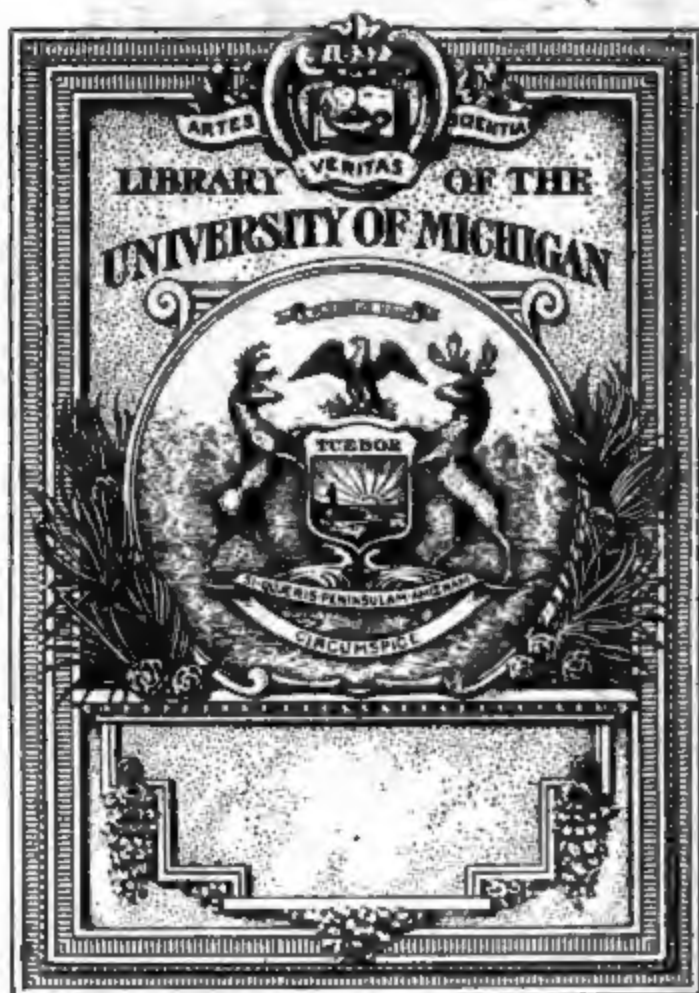
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

**A**

**465313**

DUPL













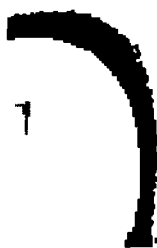




OBRAS DRAMÁTICAS  
ESCOGIDAS  
DE  
D. JOSÉ ECHEGARAY

---

MADRID—IMPRESA DE TELLO—1884







1

2

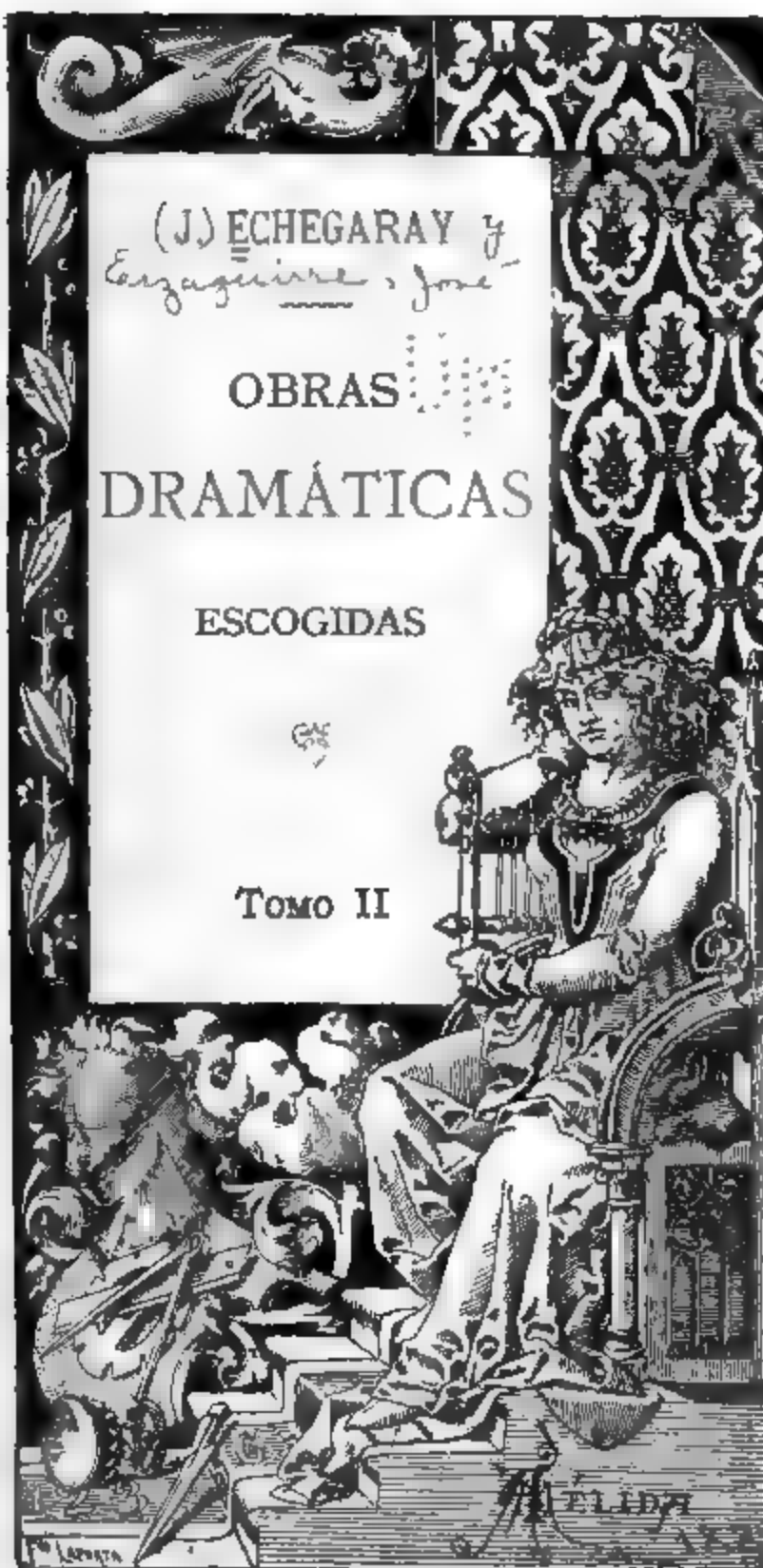
3

(J) ECHEGARAY y  
*Erazaguirre, José*

OBRAS  
DRAMÁTICAS

ESCOGIDAS

TOMO II









## ACTO PRIMERO.

*La escena representa el salón principal de un castillo raquero próximo á una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana á la derecha: á la izquierda dos puertas. puerta en el fondo. Estilo severo. Á la izquierda mesa y sillón blasonado. Es la caída de la tarde.*

### ESCENA PRIMERA.

ROGER DE PERALADA, en primer término. Por el fondo, un momento después, BERENGUEL DE LAS PANIZAS.

BERENGUEL.

Dios guarde al buen Peralada.

ROGER.

Dios traiga para algo bueno  
al álcáide de la torre,  
que en este maldito cerco,  
más nos importa guardar  
contra el francés, por Don Pedro.

BERENGUEL.

Mientras tenga Berenguel  
las llaves del *torreón viejo*,  
quien entre al grito de «¡Francia!  
en él dejará los huesos;  
que aquella vetusta mole  
y aqueste almogávar fiero,  
no reconocen más rey  
de Valencia al Pirineo,  
que el monarca de Aragón  
el noble *Pedro tercero*. (Saludando.)

ROGER.

Me agrada en tí ese lenguaje.

BERENGUEL.

¿En qué ocasión, ni en qué tiempo  
no afirmé con mis palabras  
lo que proclaman mis hechos?  
¡Dudas de mí!

ROGER.

¡Yo dudar!...

BERENGUEL.

¿No? Pues por tí lo celebro.



ROGER.

Es, Berenguel, que muy tristes  
son los años que corremos,  
más fecundos en infamias  
que ricos en escarmientos.  
Que la *leditad* anda viuda,  
porque no hay un caballero  
que la despose, y en cambio  
*la traición* los halla á cientos.  
No hay amigo del amigo.  
Ni los deudos son ya deudos.  
Ni hay hermano para hermano,  
si anda la ambición por medio.

BERENGUEL.

Dígalo el que el Rosellón  
ha vendido al reyezuelo,  
que entre un *legado del Papa*  
y el *rey de Francia* soberbio,  
mandó Roma vengativa  
á recoger de este suelo  
la noble y férrea corona  
de Don Jaime y de Don Pedro.  
Él *le* abrió nuestras fronteras:  
¡mal rayo le hubiera abierto!  
mas á cerrarlas venimos  
con peñascos y con pechos,

y el Pirineo es muy duro,  
y el aragonés muy terco.

ROGER.

¡Ojalá que todo salga  
á medida del deseo!  
Pero asómate á las torres  
de este castillo roquero,  
y verás la odiosa hueste  
en que nos vemos envueltos,  
apretando sus anillos  
contra nuestros muros viejos.  
¡Ah, Berenguel, que no bastan  
duras piedras, nobles pechos  
para atajar el torrente  
que asoma por esos cerros!  
El mismo Carlos de Francia  
de sus fuerzas con el grueso,  
se nos vino por sorpresa  
encima.

BERENGUEL.

Ya le tendremos  
debajo, que para todo  
se encuentra manera y tiempo.  
Como el conde de Argelez  
(Con misterio.)  
de aqueste castillo dueño  
quiera resistir...

ROGER.

¡Don Jaime!  
Si hay un hombre en todo el reino  
capaz de arrancar al diablo  
corona, cabeza y cetro,  
ese hombre es el Conde. Y pon  
en lo que dices más tiento.

BERENGUEL.

Ni dudo de su coraje,  
ni hay barón de más esfuerzo,  
ni en las torres de Argelez  
nació mejor caballero.  
Pero el hombre al fin es hombre,  
y si lo que hay aquí dentro  
(Golpeándose el pecho.)  
está en poder de una hermosa,  
ya no es suyo.

ROGER.

¿Y temes?...

BERENGUEL.

Temo  
que la Condesa le apoque,  
y que en llegando el momento  
del estrago, por salvarla,

abra el muro al extranjero.  
Ya lo dije.

ROGER.

Y si lo dicho  
no recoges, te prevengo  
que á estocadas volverá  
(Poniendo mano al puño de la espada.)  
á tu garganta de perro.

BERENGUEL.

Es poco hombre Peralada  
para Berenguel el viejo.  
No bastan manos de niño  
para tan curtidos cueros,  
y son dardos mis palabras  
que se meten carne adentro.

ROGER.

En eso sí que verdad  
dijiste.

BERENGUEL.

Pues ya lo creo.  
En eso, y en todo y siempre  
sé lo que digo, mancebo.  
En este castillo sobran  
mujeres: y me refiero  
á la Condesa; y si acaso

no te basta, darte puedo  
otro nombre: cierta Juana,  
esposa de un escudero,  
sin tacha como soldado,  
pero como hombre sin seso.

ROGER.

Y por si no te bastase  
morder al Conde tu dueño,  
y ultrajar á la Condesa  
con tus malos pensamientos,  
¿babeas contra mi Juana  
lo que queda de veneno?  
Pues probemos si es tan duro  
como dices tu pellejo,  
que ya no te aguanto más  
insolencias ¡vive el cielo!  
(Desnuda la espada.)

BERENGUEL.

Qué ¿te empeñas?

ROGER.

¿No lo ves?

BERENGUEL.

Pues probemos. (Lo mismo.)

ROGER.

Pues probemos.

## ESCENA II.

ROGER, BERENGUEL, BEATRIZ, JUANA.

Las dos últimas por la izquierda, primer término: Juana hace un movimiento; la Condesa la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa.

ROGER.

¡La Condesa! (Bajando su acero.)

BERENGUEL.

¡La Condesa! (Lo mismo.)

BEATRIZ.

¡Roger!

ROGER.

¡Señora!

BEATRIZ.

¿Qué es eso?

¿Es que ya no hay enemigos  
en los altos Pirineos,  
y armas que huelgan afuera  
distracción buscan adentro?

¿Es que al ver á los franceses  
guardar tan poco respeto  
á estos muros señoriales,  
queréis los dos no ser menos?

BERENGUEL.

(Envainando la espada: lo mismo Roger.)

Perdóneme mi señora;  
hice mal y lo confieso.

BEATRIZ.

¿Á qué vienes?

BERENGUEL.

Me llamó  
el Conde y aquí le espero.

BEATRIZ.

Salió á visitar los fuertes,  
las atalayas y puestos  
avanzados, y no sé  
cuándo volverá.

BERENGUEL.

Si es eso...  
y licencia concedéis... (Como para retirarse.)  
Hago falta hace ya tiempo  
en mi torreón. Cuando cierre  
la noche, vendré de nuevo.

BEATRIZ.

Adios, Berenguel.

BERENGUEL.

(Saludando para salir.) Señora...

ROGER.

(¿Cuándo podré verte? (En voz baja)

BERENGUEL.

(Lo mismo.)                      Luego.)

(Váse Berenguel por el fondo.)

### ESCENA III.

BEATRIZ, JUANA, ROGER.

Beatriz se sienta junto á la mesa: Juana y Roger á

BEATRIZ.

¿Por qué reñíais?

ROGER.

Ese hombre  
infunde á todos sospechas.  
Si en el castillo no hay brechas  
todavía, ¡por mi nombre!  
que abrirlas al enemigo  
puede de noche un traidor,  
y que la brecha mejor  
para un muro es un postigo.



BEATRIZ.

Berenguel fué siempre leal.

ROGER.

Eso pensé yo también.

BEATRIZ.

¿Y ahora no lo piensas?

ROGER.

¿Quién  
se libra de pensar mal?

BEATRIZ.

¡Sin pruebas!

ROGER.

Alguna tengo  
y con ella brego y lucho.

BEATRIZ.

Pues habla, que ya te escucho.

ROGER.

Pues á la verdad me atengo.

(Pausa. Se acerca con misterio á la Condesa.)

Anoche para cumplir  
orden que el Conde me dió,

ya muy tarde, bajé yo  
al subterráneo, que abrir  
como encubierto camino,  
hizo el conde Bonifacio,  
desde este antiguo palacio  
hasta el collado vecino.

Sabéis que rodeando pasa  
del torreón viejo el cimiento,  
que en él busca fundamento,  
que su enorme cueva rasa,  
y que de ella, bien ó mal,  
le separan noche y día  
un muro de cantería  
y una verja de metal.

Por la angostura avancé  
con la linterna tapada:

llegué á la verja cerrada,  
me detuve y escuché.

Sombras: silencio medroso:  
húmedo y frío el ambiente,  
y por encima el torrente  
que viene á llenar el foso.

Á pasar iba más lejos,  
cuando en la cueva de al lado,  
y por entre el enrejado,  
ví de una luz los reflejos.

Me asaltan extrañas dudas:  
me paro y miro al través:  
son Berenguel y un francés,

los dos con cara de Judas.  
Escucho, pero no hay modo  
de entender su charla eterna:  
salen por una poterna...

BEATRIZ.

¿Y el Conde?

ROGER.

Lo sabe todo.  
Por eso le llama aquí,  
y él por eso teme el daño.

BEATRIZ.

Es extraño.

ROGER.

Muy extraño.

JUANA.

Don Jaime. (Mirando al fondo.)

ROGER.

(Lo mismo.) Don Jaime, sí.

## ESCENA IV.

BEATRIZ, JUANA, ROGER, JAIME.

Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, ó como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento.

JAIME.

(En el fondo como dando órdenes.)

De asalto al menor asomo  
la campana el aire hiera:  
de trecho en trecho una hoguera  
para derretir el plomo:  
las catapultas armadas,  
los honderos prevenidos,  
los hierros enrojecidos  
y las estopas mojadas.  
Esta noche no hay reposo,  
que en el campo hay movimiento;  
y que vengan al momento  
Lauria, Marquet y Barroso.

(Los capitanes se retiran. Jaime avanza quitándose el y los guanteletes.)

BEATRIZ.

Jaime... mi Jaime...

JAIME.

Beatriz...

BEATRIZ.

¿Temes algo?

JAIME.

Por mí, nada:  
por tí, todo, prenda amada.  
¿Hablaste? (Á Roger con afán.)

ROGER.

Hablé con Ortiz.

JAIME.

(Llevándole aparte y en voz baja.)

¿Y dará paso seguro  
el francés?

ROGER.

¡Buenas son esas!  
Cien doblas aragonesas,  
mejor que el mejor conjuro,  
en el diablo hacen desmoche  
y le truecan en cordero.

JAIME.

¿Y él responde?...

ROGER.

Por entero.

JAIME.

¿Y ha de ser pronto?

ROGER.

Esta noche.

JAIME.

¡Gracias á Dios! Me has quitado horrible peso de encima.

¡Porque sé que se aproxima el trance desesperado, que está Carlos prevenido, que sus máquinas apresta, que ya cruje la ballesta, que ya el arco está tendido! Y antes que luzca sus galas la aurora del nuevo día, veremos con agonía, por cien flotantes escalas, sujetas con garfios duros, cual del jabalí los perros, los franceses de esos cerros colgándose á nuestros muros. Oye, Juana. (En voz alta.)

JUANA.

Mi señor.

JAIME.

¿Amas mucho á tu marido?

JUANA.

Cumplo lo que he prometido  
por mi Dios y por mi honor.

JAIME.

Para el rey pliegos le dí,  
y paso pude lograrle.  
¿Tú quieres acompañarle?

JUANA.

(Sin poder dominar su contento.)

¿Fuera del castillo?

JAIME.

Sí.

JUANA.

¿Y vos me lo preguntáis?

JAIME.

Pues bien, prepáralo todo.  
Y tú le explicas...

(Volviéndose á Roger: éste hace una señal de inteligencia.)

JUANA.

¿Y hay modo?...

JAIME.

De que esta noche salgáis.

JUANA.

Pero ¡dejaros! Jamás (Á Beatriz con cariño.)  
podré yo salir sin vos.

BEATRIZ.

Padre y madre, dijo Dios,  
por tu esposo dejarás.

ROGER.

En la colina cercana (Como dando prisa.)  
está esperando el francés.

JAIME.

(Á Juana separándola de Beatriz.)  
De eso hablaremos después.

JUANA.

Adios, señora.

BEATRIZ.

Adios, Juana.

(Vánse Juana y Roger por la izquierda, primer tér



ESCENA V.

BEATRIZ Y JAIME.

JAIME.

Pálido está tu semblante  
y tristes están tus ojos.  
¿Tienes enojos?

BEATRIZ.

¿Enojos,  
con esposo tan amante,  
con mi Jaime, con mi bien?  
Si contigo me enojara,  
¿para quién, Jaime, guardara  
mi cariño... para quién?

JAIME.

Las angustias del asedio,  
sus martirios, sus rigores,  
pudieran darte temores,  
ó al menos tristeza y tedio.

BEATRIZ.

No: te equivocas: jamás  
tan dichosa me he sentido.  
El mismo Dios ha querido  
reunirnos; y tú verás

cómo este lazo es tan fuerte,  
que resiste, y no te asombres,  
á la maldad de los hombres  
y al estrago de la muerte.

JAIME.

¡Ah, pobre niña, mecida  
en la cuna de mis brazos  
desde que en divinos lazos  
despertaste á nueva vida!  
¿qué sabes tú del deshecho  
furor de esta horrible empresa,  
• si siempre estuviste presa  
en la cárcel de mi pecho?  
Si el mundo no conociste,  
ni entre sus olas luchaste;  
si á mí tan sólo adoraste  
y á ninguno aborreciste.  
Si yo forjé en mis castillos,  
entre enamorado y terco,  
de mis manos con el cerco  
tus esposas y tus grillos.  
Si jamás llegó el dolor  
en tu blanco seno á herir;  
si á nadie viste morir  
más que á tu Jaime de amor.  
¿Qué sabes tú del delirio  
que infunde al hombre la guerr  
si no sentiste en la tierra

más martirio, que el martirio  
que impuso á tu blanca tez  
algún beso enamorado  
en el carmín dorado  
de mi torre de Argelez?

BEATRIZ.

Ese recuerdo tenaz  
de aquellos tiempos ¡me mata!

JAIME.

Sí, Beatriz, bien se retrata  
el dolor sobre tu faz.  
¡Ahora la muerte doquiera;  
muy pronto el asalto fiero!...  
Oye, Beatriz: yo no quiero...

BEATRIZ.

Yo sí: ¿qué importa que muera?  
Con tal que yo muera aquí,

(Dice esto aproximándose á Jaime, aferrándose á él cual si temiese que los separaran, y mirando con recelo al rededor.)

á tu lado, como honrada;  
con tal que no venga nada  
á separarme de tí;  
con tal que del alma el foco,  
en que eterna esencia hierve,  
puro hasta el fin se conserve;  
¡lo demás me importa poco!

La muerte es sueño profundo  
que sólo espanta al cobarde:  
la verdad viene más tarde  
con la vida de otro mundo.  
Me basta, Jaime, con verte,  
pero verte sin espanto,  
y siempre amándome tanto,  
en el seno de la muerte.

(Se abraza aún más á él y oculta el rostro.)

JAIME.

Y yo, conde de Argelez,  
el más noble de esta tierra,  
el espanto de la guerra  
contra el moro de Jerez,  
por lograr tu salvación,  
y sacarte de esta villa,  
diera al *árabe* Castilla  
y al *francés* el Aragón.

BEATRIZ.

Es fantástica quimera  
y es tristísimo desbarro  
en un ídolo de barro  
poner la existencia entera.  
No, Jaime, no: tu deber  
y tu honor conserva ilesos;  
esos tus ídolos, esos,  
que siempre son, deben ser.

JAIME.

Tu nobleza al contemplar,  
tu hermoso acento al oír,  
más te amara á no sentir  
que más no te puedo amar.  
Por fortuna, la honra mía,  
y tu amor no se preparan  
á luchar, que si lucharan  
yo sé bien cuál vencería.  
Muy al contrario, á mi ver,  
en este trance de horror,  
sólo salvando mi amor  
puedo cumplir mi deber.

BEATRIZ.

No te comprendo.

JAIME.

Pues oye,  
Beatriz, y no me interrumpas.  
En lamentos no prorrumpas  
cuando mi mano se apoye  
en tu mano de este modo;

(Se acerca á ella, le coge una mano, la mira fijamente y la atrae á sí.)

y en tus ojos busque tu alma;  
y te pida fuerza y calma  
para decírtelo todo.

(Pequeña pausa.)

Que mi castillo es muy viejo  
que el sitiador entrará,  
que quien no ceje caerá,  
y que yo, Beatriz, no cejo.  
Sin recursos no es de ley,  
ni yo puedo resistir;  
pero yo puedo morir  
por Aragón y su rey.

BEATRIZ.

Ya lo sé. Ya lo he pensado;  
que esa gente es fiera y terca  
por eso quiero estar cerca,  
para morir á tu lado.

JAIME.

Mira lo que he de evitar.

BEATRIZ.

Pues mira como ha de ser.

JAIME.

Estando al amanecer,  
mi esposa, en el castañar,  
que por la parte de Oriente  
termina ese bosque umbrío;  
pasando después el río,  
y escoltada por mi gente,  
que es de confianza y de prez

en todo el camino viejo,  
del sol al postrer reflejo  
llegando al fin á Argelez.

BEATRIZ.

¿Yo? ¡sola!

JAIME.

No: por mi hermano  
Manfredo allí protegida,  
aguardas de esta embestida  
el desenlace cercano.  
Responde, Beatriz; ¿irás?

BEATRIZ.

No. ¡Separarme de tí,  
y mientras mueres aquí  
yo con Manfredo! Jamás.

JAIME.

Pues todo está preparado  
y con Roger y con Juana  
has de partir.

BEATRIZ.

Lucha vana.  
No hay poder en lo creado,  
mal á mal ó bien á bien,  
que me obligue á abandonarte.

JAIME.

Es que yo quiero salvarte.

BEATRIZ.

(Para sí.) (Salvarme quiero también.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Jaime!

JAIME.

¡Por mi amor!

## ESCENA VI.

BEATRIZ, JAIME, un PAJE por el fondo.

JAIME.

¿Quién va?

PAJE.

¿Si me dais licencia?

JAIME.

¿Qué buscas?

PAJE.

Con gran urgencia  
hablaros quiere, señor,



un capitán que por ley  
de su arrojo y su fatiga,  
burló la línea enemiga,  
y es mensajero del rey.

JAIME.

Que pase. (Se retira el paje.)

ESCENA VII.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO por el fondo.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

No cedo.

MANFREDO.

(Aparte.) (Ella y él. Juntos están.)

JAIME.

Acérquese el capitán.

MANFREDO.

(Avanzando.) Jaime.

JAIME.

Reconociéndole.) ¡Manfredo!

BEATRIZ.

(Con horror.)

¡Ma:

(Jaime va á su hermano con afán y le abraza c

JAIME.

¿Por qué vienes?

MANFREDO.

Porque el rey  
pliegos me dió para tí:

(Saca unos pliegos y se los entrega.)

y porque supe que aquí  
se luchaba, y es de ley,  
mientras se conserve entera,  
que no esté ociosa la espada  
contra esa infame cruzada  
que cruzó nuestra frontera.

~~Jaime~~  
JAIME.

Pero dí, ¿cómo pudiste  
pasar el campo francés?

MANFREDO.

Mi lema sabes cual es:  
*querer y basta.*

JAIME.

¿Y quisiste?

MANFREDO.

Y quise y pasé. Y es cosa  
averiguada, que ya  
nadie me separará  
de mi hermano y de su esposa.

JAIME.

Pues ya tardas, y es deslíz,  
en darle brazos de hermano.

(Señalando á su esposa.)

Á mí primero, esto es llano,  
pero después á Beatriz.

MANFREDO.

(Acercándose á Beatriz.)

Los estragos de la guerra  
empañar no consiguieron,  
cuando al espacio subieron  
en vapores de la tierra  
y en una y otra jornada  
del asedio de esta villa,  
ni el carmín de esa mejilla  
ni el fulgor de esa mirada.  
Pálido pensé encontrar  
ese divino semblante,  
¡pero no hay sombra bastante  
para tanto luminar!

BEATRIZ.

Velaba Jaime por mí  
y por mí velaba Dios.

MANFREDO.

Pues ahora seremos dos  
y Dios, á velar por tí.

JAIME.

Tarde es ya: la ruina llega,  
y el muro ya no protege,  
y es forzoso que se aleje  
de este castillo, y se niega.

MANFREDO.

¡Salir del castillo!

(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)

JAIME.

Escudo  
que se rompe, se abandona.  
Torre que se desmorona  
no aprovecha.

MANFREDO.

(Á Beatriz con afán.) ¿Y tú?...

BEATRIZ.

Yo dudo.

(Con intención y mirándole fijamente.)

JAIME.

¿Qué dices, que el corazón  
se me ensancha al escucharlo?

BEATRIZ.

Digo, después de pensarlo,  
que quizá tengas razón.  
Aquí tu cuidado absorbo,  
amortiguo tu pujanza,  
soy estorbo á tu venganza  
y á tu gloria soy estorbo.  
Todo el tiempo que á mis piés  
con caricias te aseguro,  
haces falta sobre el muro  
cerrando el paso al francés.  
Tienes que pensar en dos,  
en tanto que yo esté aquí,  
pues no pienses más que en tí  
y en tu patria. Jaime... ¡adios!

JAIME.

¡Beatriz, alma de mi vida!

(Atrayéndola á sí: ella huye la mirada de su esposo.)

¡Que tu faz á mí se incline!...

MANFREDO.

(Aparte.) (¡Entonces para qué vine!)

BEATRIZ.

¿Y la fuga?

JAIME.

Prevenida.

Roger... Juana...

(Acercándose á la primera puerta de la izquierda  
mando.)

### ESCENA VIII.

JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, JUANA, ROGER.

Los dos últimos por la izquierda, primer término.

ROGER.

Todo está  
esperando á la Condesa.  
El crepúsculo acabó,  
la noche viene muy negra,  
el campamento en reposo,  
á la escucha el centinela.  
Tan sólo se oye á lo lejos,  
cual bramido de una fiera,  
el del torrente que baja  
desde la vecina sierra,  
engrosado por las nieves  
é irritado por las peñas.

JAIME.

¿Y la luz?

ROGER.

Apareció  
en la atalaya, que cierra  
la boca del subterráneo.

JAIME.

¿Entonces?...

ROGER.

Ese hombre espera.

JAIME.

Pues esperad un instante,  
sólo un instante, á que lea  
estos pliegos, y á que traiga  
otros que al rey interesan  
y que has de llevar tú mismo (Á Roger.)  
á Gerona ó á Figueras,  
ó á donde don Pedro se halle  
y le alcance tu presteza.  
Volveré. Beatriz... (Despidiéndose.)

Hermano,  
entra luego, que una idea (Á Manfredo.)  
tengo y quiero consultarte.

MANFREDO.

Entraré, Jaime, no temas.

(Váse Jaime por la izquierda, segundo término.)

## ESCENA IX.

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA, ROGER.

BEATRIZ.

(Habla afectando cierta alegría y procurando dominar la emoción.)

Al fin vamos á escapar  
de este infierno. Aquí se quedan  
los hombres para la lucha.  
Manfredo, no te lo ruega  
mi labio, porque es inútil.  
¡Por mi Jaime! ¡por él vela!  
¡Es mi vida!

MANFREDO.

Si es tu vida  
por él daré mi existencia,  
que vida que á tí te importa  
bien vale la que me pesa.

BEATRIZ.

(Separando la vista de Manfredo.)

Aun cuando no me importase,  
es tu hermano.

MANFREDO.

Mala cuenta;  
que á veces en esta lucha



de las pasiones revueltas,  
se vierte la sangre propia  
mejor que la sangre ajena.

BEATRIZ.

Pues yo sé bien que por él...

MANFREDO.

Por él y *por tí*.

(Bajando la voz y acercándose. Juana y Roger hablan en el fondo.)

Tan negra  
es mi suerte, ¿qué te ofende  
de mi cariño esta prueba?

BEATRIZ.

(Mirando con recelo á Juana y á Roger.)

Más bajo, por Dios, más bajo.

MANFREDO.

¿Pues qué sentido le prestan  
á tal palabra «*cariño*»  
tu razón y tu conciencia  
que tanto temes que se oiga?

(Acercándose con apasionamiento.)

¿Mi cariño á qué te suena,  
que quieres que sólo á tí  
llegue y en tí sólo muera?

BEATRIZ.

(Turbada.) ¿Yo temer? ¿Y por qué caí?  
Ha sido no sé qué idea...  
De tanto fragor de muerte,  
de tanto grito de guerra,  
cuajados están los aires,  
manchadas están las piedras,  
y los más dulces acentos  
y las palabras más tiernas,  
contra esos ásperos muros  
y en esta atmósfera densa,  
toman algo de siniestro  
y en algo infame se truecan.  
Manfredo, verdad dijiste:  
¡yo la torpe! ¡yo la necia!  
¡Manfredo, tu brazo es fuerte!  
¡vela por tu hermano, vela!  
¡que es mi esposo, que es tu sangr  
¡yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!  
(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

JUANA.

(Acercándose y procurando consolarla.)  
No lloréis.

BEATRIZ.

¡Ay, Juana mía!  
Tú estás libre de esta prueba;

tu Roger contigo parte,  
aquí mi Jaime se queda.

MANFREDO.

(En voz baja y separándola de Juana.)

Si tanto te ama, ¿por qué  
no te sigue? Yo muriera  
por él dentro de estos muros,  
sin proferir ni una queja,  
si esto te agradase. Y mira,  
la misma sangre corriera,  
ya muriendo el de Argelez,  
ya Manfredo el de Provenza.  
Y aunque su mano es muy fuerte,  
no es más fuerte que mi diestra.  
Y el que rodase hasta el foso,  
ó ensangrentase la almena,  
bajo el golpe formidable  
de mi doble hacha de guerra,  
entre el uno y otro hermano  
no es fácil que distinguiera;  
que no hiere más profundo  
que yo, ni con más presteza.

BEATRIZ.

Si fuera capaz mi Jaime  
de aceptar tan vil oferta,  
y de manchar por mi amor

el nombre ilustre que lleva,  
entonces, Manfredo... entonces...

MANFREDO.

(Con energía.)

Es que amaría de veras:  
que así saben los *bastardos*

(Golpeándose el pecho.)

amar; aunque nunca llegan  
ni á señores de Argelez,  
ni á dueños de tal belleza.

(Señalándola con pasión.)

BEATRIZ.

(Turbada y temerosa.)

Por qué me miras así?

MANFREDO.

Perdón: mi señor me espera.

(Váse por la misma puerta que Jaime.)

## ESCENA X.

BEATRIZ, ROGER, JUANA.

Beatriz separada de los otros, que forman un grupo.

ROGER.

(Â Juana.) Siniestro el bastardo va  
y ella espantada se queda.

Algo dijo él por lo bajo  
que en voz alta no dijera.

JUANA.

¿«*Siniestro*,» dices? Quizá:  
como todo hombre de guerra  
que acorralado se ve  
y apareja la defensa.  
¿«*Espantada*» mi señora?  
Juzga cómo yo estuviera,  
si al abandonar la torre,  
mi Roger quedase en ella.

ROGER.

No es eso. Si es que el bastardo,  
más que por la descendencia,  
es bastardo por el alma  
que dentro del cuerpo lleva.

JUANA.

Mal le quieres.

ROGER.

Lo confieso.

JUANA.

Roger, ese odio me inquieta,  
que temo que alguna vez,  
por no refrenar tu lengua,

de Manfredo los enojos  
al fin contra tí se vuelvan.  
Eres humilde escudero  
y él es noble.

ROGER.

Sólo á medias;  
y es preferible tener  
toda la sangre plebeya,  
pero honrada, á dividirla  
en dos mitades opuestas,  
una limpia, otra manchada,  
y ambas por las mismas venas;  
que basta muy poco cieno  
para enturbiar una alberca.

JUANA.

Habla más bajo, que puede  
escucharnos la Condesa. (Siguen habla

BEATRIZ.

*Pensamiento*, que me abrasas;  
*corazón*, que te rebelas,  
*voluntad*, que desfalleces;  
*alma*, que no estás entera,  
¿qué fuísteis, que ya no sois?  
¿Qué sois, que me da vergüenza  
tan sólo el imaginar

que tan sólo allá en la idea,  
y sólo por un momento,  
y del sueño entre las nieblas,  
y por mi parte sin culpa,  
hayáis sido por sorpresa,  
lo que si yo sospechase  
que pudiérais ser de veras,  
á todos cuatro os llevara  
á la muerte con mi afrenta,  
arrojándome en el foso  
por el hueco de una almena?  
¡Á todos cuatro conmigo  
y con mi cuerpo que os lleva!  
*A tí*, por ser tan impuro;

(Oprimiéndose la frente: habla con su pensamiento.)

*á tí*, por tu ruín ralea;

(Oprimiéndose el pecho: se refiere al corazón.)

*á tí*, voluntad, por débil;

*alma*, á *tí*, porque eres media,  
y si la otra está en el cieno,  
en el cieno estés entera.

Juana, partamos al punto;  
Roger, tu brazo me presta,  
que aquí se me acaba el aire,  
que aquí se me hunde la tierra,  
que ya me falta hasta el cielo  
bajo esta bóveda negra.

ROGER.

¿Pero el Conde?...

BEATRIZ.

Ven, Roger...

JUANA.

Un instante...

ROGER.

El Conde llega.

## ESCENA XI.

BEATRIZ, JUANA, ROGER, JAIME, MANFREDO.

Los dos últimos por la izquierda, segundo término. Jaime  
pergamino que entrega á Roger.

JAIME.

Para don Pedro. Y apura  
tanto, que así que lleguéis  
al castillo, y que dejéis  
á la Condesa segura,  
á llevarlo has de salir.

(Señalando el pergamino.)

Y tú, que veles por ella. (Á Juana.)

Y tú, mi Beatriz, mi estrella,

(Separándola de los demás y hablándola á ella sola.)



cielo de mi porvenir,  
si es posible adivinar  
en un rostro el pensamiento,  
adivina lo que siento  
porque no lo sé expresar.  
Sólo sé que há rato lucho  
con una lágrima osada  
bajo el párpado encerrada,  
y si no lo oprimo mucho  
para que bien la sujete,  
no es difícil que consiga  
ó rodar por la loriga  
ó manchar el coselete.

Y ya ves que en un guerrero,  
tal flaqueza indigna fuera:  
mi mismo hermano dijera  
que este arnés de fino acero  
no forjó con tanto afán,  
ni á costa de fuego tanto,  
para mancharlo de llanto,  
el armero de Milán.  
Conque sal pronto de aquí.

(Rechazándola dulcemente. Manfredo, aparte, los contempla con enojo. Juana y Roger, algo en segundo término.)

BEATRIZ.

¡Jaime!

JAIME.

Mi Beatriz, mi fé,

no olvides lo que te amé  
cuando estés lejos de mí.

BEATRIZ.

Si hoy nos separa á los dos  
la muerte, aún queda otra vida.

JAIME.

¡Adios, mi esposa querida!  
¡Adios!... No digas «¡adios!»

(Conteniéndola y separándose de ella.)

Dame los brazos, Manfredo,

(Acercándose á su hermano, abrazándole y ha  
voz baja. Beatriz los mira con extrañeza.)

es quizá la última vez.

Cuando llegues á Argelez  
desciende, pues yo no puedo,  
á la cripta sepulcral  
en que mi padre reposa;  
besa su fúnebre losa,  
y dí á su sombra inmortal,  
que he muerto en este torreón,  
en que él vió la luz primera,  
abrazado á la bandera  
de don Pedro de Aragón.

MANFREDO.

¿Pero la puerta de bronce  
de la cripta?...

JAIME.

Franca está.

BEATRIZ.

{Aparte con terror.}

{¡Qué están diciendo! ¿Será?...}

MANFREDO.

Adios, Jaime.

JAIME.

Adios.

{Suenan la campana de una torre.}

ROGER.

Las once.

{Manfredo se acerca á Beatriz. Jaime se separa hacia la derecha.}

BEATRIZ.

¡Y vas á venir! (Á Manfredo.)

MANFREDO.

Él mismo  
me lo ha rogado allá dentro.

BEATRIZ.

{Aparte.} {¡De modo que siempre encuentro

en mi camino el abismo!)

(Pausa. Manfredo procura llevarse á Beatriz, lucha consigo algunos instantes, al fin se preciosa y le abraza.)

¡Jaime!... No quiero partir.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Contigo.

JAIME.

Qué hacéis,  
Manfredo, Roger, ¿no veis  
que no puedo resistir?

(Manfredo y Roger se acercan.)

BEATRIZ.

Si tus enojos provoco  
recházame de tu pecho;  
pero en ellos no hay derecho.

JAIME.

¡Si yo no puedo tampoco!  
¡Puede el hombre en su pasión  
el corazón traspasarse,  
pero no puede arrancarse

(Contemplándola amorosamente.)

á sí mismo el corazón!

¿Por qué no venís? ¿por qué?

BEATRIZ.

¡Nadie romperá estos lazos!

JAIME.

¡Arrancadla de mis brazos  
que no la defenderé!

(Manfredo la separa llevándola hacia la izquierda, donde esperan Juana y Roger.)

BEATRIZ.

No quiero.

(En voz baja.) (¡Me das horror!)

MANFREDO.

(Horror ¡ni siquiera pena!  
Yo cumplo lo que él me ordena.)

BEATRIZ.

(¡Es tu hermano!)

MANFREDO.

(Y mi señor.)

BEATRIZ.

¡Suelta!

(Juana se aproxima, y entre ella y Manfredo se la llevan hacia la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya Roger. Jaime en el extremo derecho.)

¡Jaime!

MANFREDO.

Has de venir  
connigo.

BEATRIZ.

¡Que no ha de ser,  
Jaime! (Tendiéndole los brazos.)

JAIME.

No la quiero ver.

(Después de un movimiento como para ir á buscarla, vuelve la cabeza.)

BEATRIZ.

¡Jaime!

(En este momento, y al dar este último grito Beatriz, salen ella, Juana, Manfredo y Roger por la izquierda, primer término.)

JAIME.

No la quiero oír.

(Tapándose los oídos. Cae desplomado en un sillón á la derecha.)

## ESCENA XII.

JAIME, BERENGUEL después por el fondo.

BERENGUEL.

(Acercándose á Jaime, que permanece anonadado, beza entre las manos, y sin notar la presencia gávar.)

¿Eso es dormir ó llorar?

*Si duerme muy mal la torre*

vigila, y peligro corre  
de ir al foso á despertar.  
*Y si llora*, ¡por mi tierra  
y mi santo! que el remedio  
no es muy propio de un asedio,  
ni gran máquina de guerra.  
Á su edad, ¡qué ha de servir

(Mirándole desdeñosamente.)

aunque se llama Argelez!  
Para enamorar tal vez,  
pero no para reñir.  
Para esta marcial función  
es preciso haber vivido,  
y tener ya muy curtido  
el cutis y el corazón.  
Tiempo es ya de concluir.  
Aquí estoy. (En voz alta.)

JAIME.

¿Y quién es él?

(Levantándose con ímpetu.)

BERENGUEL.

El de siempre.

JAIME.

¡Berenguel!

BERENGUEL.

Me habéis mandado venir;

pero si acaso importuno...

JAIME.

No importunas.

BERENGUEL.

Ó si canso...

JAIME.

Ya para mí no hay descanso  
ni más pensamiento que uno.

BERENGUEL.

Entonces aquí me quedo.

JAIME.

Mírame de cerca y fijo,  
y dí la verdad. La exijo.  
Al mirarme ¿sientes miedo?

(Pausa. Jaime le mira fijamente; Berenguel  
desdén.)

BERENGUEL.

Allá en mis años, señor,  
con *otro don Faime* andaba;  
con *otro*, que se llamaba  
*don Faime el Conquistador*.  
Me miró más de una vez,  
y nunca miedo sentí.

(Dice esto con cierta insolencia.)



JAIME.

¿Pero ahora lo sientes, dí,  
al mirar al de Argelez?  
Á esto responde ó al potro  
tu lengua y tu cuerpo doy.  
Y en cuanto á si fué ó si soy,  
soy tan bueno como el *otro*.

BERENGUEL.

¿Y vos qué pensáis de quien  
os mira de modo tal?

JAIME.

Que te han juzgado muy mal  
(Después de mirarle un momento.)  
ó que tú finges muy bien.

BERENGUEL.

¿Qué dicen?

JAIME.

Corre el rumor,  
rumor que llegó á mi oído,  
que al francés estás vendido.

BERENGUEL.

¿Me acusan pues?...

JAIME.

De traidor.

BERENGUEL.

Ya tiene algún fundamento  
lo que dicen.

JAIME.

(Con voz amenazadora.) ¡Berenguel!  
¿Con el francés?

BERENGUEL.

Pues con él.

JAIME.

¿Tú?

BERENGUEL.

Cabal. Yo nunca miento.  
Con el extranjero trato,

(Dice todo esto con aire de triunfo y como goz  
sorpresa de su dueño.)

aunque no por mi ganancia.  
Con el mismo rey de Francia  
hablé claro y largo rato.  
Y en la enorme cueva vieja,  
cual fantasmas con arneses,  
un buen golpe de franceses  
ya sus armas apareja. (Riendo.)

JAIME.

¡Traidor! (Echándole mano con ímpetu.)

BERENGUEL.

Sí: traidor se llama,  
al pronto, al que os ha traído  
á Felipe el atrevido  
con su famosa oriflama,  
al centro del gran torreón  
clave de la fortaleza;  
mas si por traidor empieza,  
es con su cuenta y razón.

JAIME.

(Sin poder dominar su impaciencia.)

¿Cuál es?

BERENGUEL.

Así les arguyo.

(Con malicia y refiriéndose á los franceses.)

«Una señal. El asalto.

¡Arriba entonces! Yo falto,  
y claro, el torreón es suyo.»

(Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.)

JAIME.

Jugando estás con la muerte  
y jugada va tu vida:

ten la espada prevenida  
porque voy á echar la suerte.

BERENGUEL.

Echada está y no me aterra.

JAIME.

¡Pero con traición y dolo!

BERENGUEL.

Como queráis; yo sé sólo  
que son artes de la guerra.

JAIME.

En un infierno has metido  
mi pensamiento anhelante,  
aún no comprendo bastante,  
pero ten por entendido,  
que yo no mancho mi honor  
con empresas traicioneras,  
y que de todas maneras  
vas á resultar traidor.

BERENGUEL.

(Ya algo desconcertado ante el enojo de Jaime)

Pues ó traidor ó leal  
ya en la empresa me metí,  
que estando en guerra creí,  
que no os pareciese mal.

Pero tal como ella es,  
si vos no la rematáis,  
la fortaleza entregáis  
cual un traidor al francés.

JAIME.

(Con suprema angustia.)  
¿Puedo impedirlo?

BERENGUEL.

(Le mira y se rie con risa entre estúpida, maliciosa y feroz.)

Es corriente.

(Acercándose á él y con voz de triunfo y de misterio.)

En el hueco cavernoso  
se mete *el agua* del foso  
y también *la* del torrente.

(Jaime da un grito de terror y retrocede: Berenguel le sigue explicando su plan.)

*Una* les corta la entrada:  
*otra* corta la salida:  
¡la gente queda cogida:  
y es ya nuestra la jornada!  
Lo mejor de aquella grey:  
seis barones esforzados,  
más de quinientos soldados,  
y tal vez el mismo rey.

JAIME.

Pero ¡mal rayo te parta

y partido te confunda!  
Ese torrente que inunda  
y de su cauce se aparta,  
¿á dónde va, Berenguel?

BERENGUEL.

Al desagüe que le dejo.

JAIME.

(Cogiéndolo por un brazo y sacudiéndolo furioso.)

¿Cuál?

BERENGUEL.

El subterráneo viejo.

JAIME.

(Con voz terrible.)

¡La Condesa va por él!

BERENGUEL.

¡Ella!... Lo siento... y me pesa.

JAIME.

¡Tu infame traición lo quiso!

BERENGUEL.

(Rehaciéndose y con fiereza.)

Pues elegir es preciso  
entre el Rey y la Condesa.

JAIME.

¿Y lo dudas, infeliz?

BERENGUEL.

Que empiezo á dudar infiero.

(Con desconfianza.)

JAIME.

Lo primero es lo primero.

BERENGUEL.

¡El Aragón!

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BERENGUEL.

Pues me encontráis frente á frente.

(Disponiéndose á salir.)

JAIME.

(Poniéndose delante.)

Siempre así me encontrarás.

BERENGUEL.

Paso, Conde.

JAIME.

¿Á dónde vas?

BERENGUEL.

¿A desatar el torrente.

JAIME.

¿Para qué? (Con voz terrible.)

BERENGUEL.

Para arrojarlo...

JAIME.

¿Sobre quién?

BERENGUEL.

¡Sobre quien sea!

JAIME.

Pues quien tanto lo desea,  
al fin logra desatarlo;

(Desnudando la espada.)

pero el torrente yo soy.

BERENGUEL.

(Lo mismo.) El traidor debéis decir.

(Quiere pasar y Jaime le cierra el paso.)

¡Paso!

JAIME.

Jamás. ¡A reñir!



BERENGUEL.

¡Y á muerte!

(Riñen con furia y en silencio.)

JAIME.

Que es la que doy.

(Cae Berenguel muerto. Jaime queda en pié contemplándolo.)

### ESCENA XIII.

JAIME, BERENGUEL, en tierra. LAURIA, MARQUET y BARROSO, por el fondo apresuradamente y con las espadas desnudas. Se oye una campana.

JAIME.

Fué por mi Beatriz. Bien hecho está lo que hice.

LAURIA, MARQUET Y BARROSO.

¡El francés!

MARQUET.

¡El asalto!

BARROSO.

Suyo es  
el torreón y un largo trecho  
de la muralla.

LAURIA.

¡Él ha sido!

(Reparando en el cuerpo de Berenguel.)

MARQUET.

¡El Judas!

BARROSO.

¡El renegado!

LAURIA.

¡Lo ha pagado!

MARQUET.

¡Lo ha pagado!

BARROSO.

¡Merecido!

LAURIA.

¡Merecido!

JAIME.

Basta ya de rabia loca.  
Si él responderos pudiera  
algo en su abono dijera.  
Sólo á Dios juzgarle toca.  
De esta noche en los furores  
todos seremos iguales:

los leales por leales,  
los traidores por traidores.  
Y para todos su juez  
habrá también de seguro:  
conque á morir sobre el muro  
por Aragón y Argelez.

LAURIA.

Ceñid el casco, señor,  
que los golpes menudean.

(Presentándole el casco, al ver que se dispone á salir sin cubrirse la cabeza.)

JAIME.

(Rechazándole.) Para que todos me vean  
voy así mucho mejor.  
Y de este modo he de ir,  
y así todos me han de ver  
sobre el muro combatir;  
los de fuera hasta caer,  
los de adentro hasta morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

*La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelex, en los Pirineos.—Puerta en el fondo con un gran tapiz. Á los lados trofeos. Á la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo, otra puerta con tapiz también.—Á la izquierda, en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. Á los lados, bancos y tres sillones blasonados; en segundo término otra puerta como la de enfrente.—La estancia grande, severa, algo sombría.—Á la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida.—La hoguera despide grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exterior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios colores.*

### ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, MANFREDO, sentados junto á la chimenea  
y muy cerca uno de otro.

MANFREDO.

Estás triste como nunca,  
y de mi mano tu mano  
huyó, sintiendo tal vez  
repugnancia á mi contacto.

BEATRIZ.

Estoy triste como siempre,  
que la tristeza ha tomado

asiento en mi corazón  
con tal imperio y tal mando,  
que sólo la muerte puede  
dar libertad al esclavo.

MANFREDO.

Pues venga para los dos,  
que tampoco la rechazo.

BEATRIZ.

¿Tú morir? ¿Por qué, Manfredo?  
¿Pues no conseguiste acaso  
mi amor? ¿Y mi amor no ha sido  
todo lo que has codiciado?  
Pues vive y goza: ó confiesa  
que del deleite en el vaso  
ya sólo queda amargura,  
y vergüenza y desencanto.

MANFREDO.

Porque es mentira tu amor.  
Porque te tengo en mis brazos  
y sólo estrecho una fría  
inerte estatua de mármol.  
Y tu sér, tu pensamiento,  
tu alma, lo que yo más amo,  
hielo escupiéndome al rostro  
se escapan bajo mis labios,

diciendo en voz desdeñosa:  
«no somos para el bastardo.»

BEATRIZ.

No es eso, no me comprendes.

MANFREDO.

Que sólo á Jaime has amado:  
esto es lo que yo comprendo.

BEATRIZ.

Yo te amé, Manfredo, tanto,  
que con ser Jaime tan noble,  
y con ser tú tan villano,  
huyó de él y fuese á tí  
todo mi sér, arrastrado  
por la atracción del abismo  
que en tu corazón labraron,  
ó las garras de Satán,  
ó la hiel del desengaño.  
Y ya vencido mi honor,  
y ya tu empeño logrado,  
me dije: pues esta dicha  
impura me cuesta tanto,  
apurémosla, que debe  
ser digna del ángel malo.  
Y quise gozar, vivir,  
cobrarme de mi pecado...  
y no pude, porque siempre

entre mi pecho y tus brazos  
¡él! se interpuso.

MANFREDO.

¿Quién?

BEATRIZ.

Jaime.  
Sentí el fuego de sus labios,  
y su cariñosa voz,  
y á veces hasta su mano  
recogiendo en mis mejillas  
los despojos de mi llanto.

MANFREDO.

Yo también. (Pensativo.) Mas fué ilusión.  
Los muertos jamás lograron  
ni alzar la fúnebre losa,  
ni desgarrar los sudarios.

BEATRIZ.

(Con supersticioso terror.)

¿Y si quedan insepultos,  
de un castillo abandonado  
entre las sangrientas ruinas?  
¿Y si tan sólo lograron  
por losa un torreón hundido,  
la ortiga y el jaramago  
por mortaja, y en el pecho



su sangre por epitafio?  
Y entonces, dí, ¿no podrán  
una noche y á los rayos  
de la luna levantarse?...  
¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?  
De la noche en el silencio,  
el eco triste y lejano,  
de una trompeta de guerra  
repitió los toques bárbaros.  
Alguien se acerca al castillo  
y avisa á los castellanos.  
¡Si fuera Jaime!

(Con espanto, acercándose á Manfredo y buscando en él protección.)

MANFREDO.

Imposible.

Nada se oye. (Asomándose á la ventana.)

Fué un engaño  
de tu loco pensamiento:  
ó de ave salvaje el canto;  
ó quizá de hambriento lobo  
el aullido prolongado.

BEATRIZ.

¿No será Jaime?

MANFREDO.

Beatriz,

¿aún dudas? Murió mi hermano  
la noche aquella, después  
de rechazar tres asaltos.  
Los fugitivos lo dicen,  
la fama lo ha pregonado,  
y lo demuestra su ausencia...

BEATRIZ.

(Al oído.) Y nosotros lo deseamos.  
¿Verdad?

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Pues oye:  
no sé cómo, ni sé cuándo,  
pero yo sé que vendrá.  
Alguna vez con espanto  
le veremos al volver  
hacia atrás el rostro cárdeno.  
Manfredo! Manfredo! Mira!...  
(Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.)

MANFREDO.

Es de tu cuerpo adorado  
la sombra, que sobre el muro  
esas llamas arrojaron.

BEATRIZ.

¡Y qué negra me parece!

MANFREDO.

¡Y á mí tu cuerpo qué blanco!  
¡Malhaya fuego que trueca  
en negrura el alabastro!

BEATRIZ.

Pues el fuego de tu amor  
hizo conmigo otro tanto.

(Se vuelven á sentar junto al fuego, y quedan silenciosos.)

MANFREDO.

¿En qué piensas?

BEATRIZ.

No lo sé.

¡Son pensamientos tan vagos!  
Y tú ¿qué tienes?

MANFREDO.

¿Qué tengo?

Que siempre sabor amargo  
hay en todas las palabras  
de tus labios y mis labios.

¿Por qué no somos felices? (Con desesperación.)  
¿por qué, dí, si nos amamos?

BEATRIZ.

Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANFREDO.

Ahora sí.

(Escuchan los dos con angustia.)

BEATRIZ.

Fué un prolongado  
gemido.

MANFREDO.

Tienes razón;  
pero es Juana. Está llorando.  
Pasa un día y otro día,  
sin reposo y sin descanso,  
junto á la puerta de bronce  
que cierra el fúnebre espacio  
en que fué á morir Roger.  
Y si sube por acaso,  
es que escuchó desde lejos  
del puente el desplome rápido.  
Entonces viene.

BEATRIZ.

¿Y á qué?

MANFREDO.

(Con misterio.) Á preguntar si ha llegado.

BEATRIZ.

¿Si ha llegado? ¿Quién? Responde. (Con temor.)

MANFREDO.

¿Quién ha de ser? (Con repugnancia.)

BEATRIZ.

¿Él?

MANFREDO.

Mi hermano.

BEATRIZ.

Ve á buscarla. Quiero verla.

MANFREDO.

Será inútil el mandato.

BEATRIZ.

¿Su presencia te da miedo?

MANFREDO.

¿Miedo yo?

BEATRIZ.

Pues ve. Te aguardo.

MANFREDO.

¿Ella no sabrá?....

BEATRIZ.

¡No sé!

MANFREDO.

Prudente es averiguarlo.

(Váse por la izquierda, segundo término.)

## ESCENA II.

BEATRIZ.

Quando se aleja Manfredo  
me parece que respiro;  
pero si sola me quedo  
todo lo que en torno miro,  
no sé por qué, me da miedo.

Toda voz es son doliente;  
todo sér, mónstruo irritado;  
y todo acude á mi mente,  
cual fantasma del pasado  
ó amenaza del presente.

Mi dorado camarín  
en que con Jaime veía,  
allá de la tarde al fin,  
ponerse al astro del día  
tras cortinas de carmín.

Esa ventana ojival  
á que ansiosa me asomaba  
al escuchar la señal  
de que mi dueño tornaba  
á su castillo condal.

Y la banda carmesí,  
que bordé con embeleso  
una y otra noche aquí,  
y que al partir le ceñí  
mientras él me daba un beso.

Esa armadura, terror (Señalando á un trofeo.)  
de los moros de Granada,  
que limpié con tanto amor,  
porque venía manchada  
con sangre de su señor.

Hasta su clarín de guerra,  
que imagino que otra vez  
(Se oye en efecto el toque de un clarín.)  
resuena al pié de la sierra,  
anunciando que á su tierra  
vuelve el conde de Argelez.

Hasta el noble y viejo hogar  
en que al amor de la lumbre  
él me solía contar,  
bajo la ahumada techumbre,  
las consejas del lugar.

Todo como estaba se halla:  
todo le espera fiél,  
desde la piedra á la malla:  
hasta su viejo lebrel  
y su corcel de batalla.

Todos constantes le han sido:  
todos la fé le han guardado:  
ninguno le dió al olvido,  
más que su dueño querido,  
más que su dueño adorado.

Y todo así en el torreón,  
desde el muro á la coraza,  
desde el lebrel al bridón,  
es una eterna amenaza  
y una eterna acusación.

¡Qué más! hasta ese tapiz  
(Mirando con horror al fondo.)  
el espanto comprendiendo  
de esta mujer infeliz,  
parece que está diciendo:  
«¡aquí está!»



ESCENA III.

**BEATRIZ, JAIME** seguido de algunos **PAJES** y **ESCUDEROS**. Se levanta el tapiz y aparecen Jaime y los que le acompañan.

¡Jaime!

(Retrocede al ver á su esposo.)

**JAIME.**

(Avanzando.)

¡Beatriz!

(Beatriz da un grito y cae desmayada en tierra. Jaime la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demás se aproximan.)

No temáis... Fué la emoción.

Que venga pronto mi hermano.

Vuelve el calor á su mano

y el latido al corazón.

¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor!... ¡Cuán bella!

Manfredo y no más testigos.

(Dirigiéndose al acompañamiento.)

Idos, mis buenos amigos:

dejadme á solas con ella.

Mas preparad el torreón,

(Deteniéndolos con el gesto.)

como os he dicho al entrar,

que me sigue y va á llegar

el monarca de Aragón.

(Sale por el fondo el acompañamiento.)

## ESCENA IV.

JAIME, BEATRIZ desmayada.

JAIME.

Único amor de mi vida,  
por quien perdí como infame  
torre por mí defendida,  
abre los ojos y dame  
con ellos la bienvenida.

Yo arrojé por tí contento,  
en la sangrienta jornada,  
honra y existencia al viento,  
y ahora quiero una mirada  
de amor y agradecimiento.

Más no tardes, vida mía,  
que helada estás por acaso  
como una escultura fría,  
y este fuego en que me abraso  
á un mármol animaría.

Si vives, vive, mujer: (Con ansiedad.)  
si has muerto, no tardes, no,  
en hacérmelo entender,  
que tú muerta y vivo yo  
¡ya ves que no puede ser!  
(Beatriz comienza á volver en sí.)

¡Alma, si del cuerpo inerte  
rompiste ya la clausura,  
dímelo, que yo iré á verte  
y á contemplar tu hermosura  
en el seno de la muerte!

Ya el calor vuelve á su mano,  
ya de vida una centella...

## ESCENA V.

BEATRIZ, JAIME Y MANFREDO.

Beatriz desmayada en los brazos de Jaime, pero volviendo poco á poco en sí. Manfredo por la izquierda, segundo término.

MANFREDO.

Rogué á Juana, pero en vano.

(Aparte reparando en el grupo que forman Jaime y Beatriz

(¡En ajenos brazos ella!....)

¡Misérable!

(Dice esto precipitándose sobre Jaime: este se tiende y se reconocen.)

¡Jaime! (Retrocediendo)

JAIME.

(Con explosión de alegría.) ¡Hermano!

A mi pecho, ó vive Dios  
que creeré que te doy miedo.

MANFREDO.

Jaime... Jaime... (Acercándose poco á poco.)

JAIME.

¡Ven, Manfredo!  
¡En un abrazo los dos!

(Sin soltar á Beatriz coge con el brazo libre á su hermano.)

MANFREDO.

Basta...

JAIME.

Mira, vuelve en sí.

BEATRIZ.

¿Dónde estoy?

(Mirando, como si no comprendiese, á Jaime y á Manfredo.)

¡Virgen sagrada!...  
¡Jaime! y ¡tú!... (Reconociéndolos al fin.)

JAIME.

¡Beatriz amada!

BEATRIZ.

¡Suéltame!...

MANFREDO.

¡También á mí!

(Los dos se arrancan de los brazos de Jaime: los dos retroceden unos pasos y quedan á alguna distancia de él contemplándole con terror. Pausa.)

JAIME.


Singular recibimiento  
y recibimiento triste.  
No comprendo en qué consiste.  
pero extraña angustia siento.  
Vuestro aspecto al contemplar  
dudo si soy, y esto es llano,  
el esposo y el hermano  
que torna al fin á su hogar;  
ó más bien sombra importuna,  
sin contornos y sin vida,  
de unas ruinas desprendida  
á los rayos de la luna;  
sombra de muerte y tristeza,  
que viene á llamar medrosa  
á la puerta desdeñosa  
de su antigua fortaleza.

MANFREDO.

(Reponiéndose algo y acercándose con fingido afán.)  
¿Qué dices?... No: por favor...  
Confunde nuestra alegría... (Á Beatriz.)

JAIME.

Pues cualquiera pensaría  
al veros que era pavor.



MANFREDO.

(Esforzándose de nuevo por fingir.)

¡Qué idea!... Si es, que... se dijo...  
por gentes que aquí llegaron,  
que los franceses que entraron,  
á nadie, á nadie... de fijo...  
dejar quisieron con vida.

JAIME.

No quisieron, eso es cierto.

BEATRIZ.

Y entonces te juzgué muerto.

(Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe á llorar. Jaime se acerca á ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.)

¿Ves mi faz descolorida?

JAIME.

Sí: cual lirio que se trunca.  
Esta faz...

BEATRIZ.

Ya no es aquella.

JAIME.

Pero aun así estás muy bella:  
quizá más bella que nunca!

BEATRIZ.

Y mis ojos, Jaime, dí:  
¿brillan como antes mis ojos?

JAIME.

Sí brillan, pero están rojos.

BEATRIZ.

De tanto llorar por tí.

JAIME.

¿No me engañas? ¿No? Mi bien,  
ese llanto triste y puro  
¿fué por mí?

BEATRIZ.

Por tí: lo juro.

MANFREDO.

(Con verdad y celosa amargura.)

Por tí: lo juro también.

JAIME.

¡Os creo! (Con arranque de noble confianza. Pausa. Queda de nuevo pensativo.)

¿Pero el horror  
que sentísteis y el espanto?...

BEATRIZ.

¡Es que se parecen tanto,  
Jaime, el placer y el dolor!

JAIME.

¡Eso para ser feliz  
es necesario que sea!  
¡Eso es preciso que crea!  
(Como queriendo imponerse á sí mismo.)

BEATRIZ.

¿Pero lo crees? (Con ansiedad.)

JAIME.

(Con nuevo arranque de amor y de confianza.)

¡Sí, Beatriz!  
Con tanta sangrienta herida  
y con tanto delirar,  
casi he llegado á olvidar  
cómo se vive en la vida;  
que del dolor el tormento  
en mí se cebó de suerte,  
que las sombras de la muerte  
aún traigo en el pensamiento.  
¡Otra vez á mí los dos!  
(Abriéndoles los brazos con expansión y alegría.)



BEATRIZ.

(Se acerca á su esposo. Manfredo también.)

Sí, Jaime.

(Se abrazan otra vez: pero Manfredo se retira al instante aunque con dulzura, y trata de dar otro giro á la conversación.)

MANFREDO.

No nos dijiste  
cómo salvarte pudiste.

JAIME.

¿Cómo? Por obra de Dios.

(Coge á Beatriz por una mano y la hace sentar. Él se sienta á su lado. Manfredo en pié. Pausa.)

Rechazar pude el asalto  
con mis bravos montañeses  
y con cuerpos de franceses  
vióse el foso rebosar.

Por el fuego derretido,  
vomitaba cada almena,  
como mónstruo á boca llena,  
plomo hirviente sin cesar.

Siempre las hondas silbando,  
y las ballestas crugiendo,  
y los de afuera cayendo  
al pié siempre del torreón.

Y á la luna, y en mi mano,  
por mi sangre ya manchada  
y por todos aclamada  
la bandera de Aragón.

Pero estaba el enemigo  
en la misma fortaleza,  
y aunque Dios me es buen testigo  
que luché para morir;  
ó por débiles sus brazos,  
ó mi cuerpo por robusto,  
ó el destino por adusto,  
no lo pude conseguir.

Sólo sí perdí el sentido:  
algo horrible vino luego:  
tempestad de sangre y fuego  
por encima me pasó.  
Trascurrieron muchas horas:  
el castillo fué incendiado,  
y fué luego abandonado  
cual cadáver: *como yo*.

*El* y yo en abrazo estrecho.  
Yo enterrado hasta los hombros,  
como si él con sus escombros  
consiguiérame abrazar.  
Y á mi vez con ansia loca,  
aferrado en mi agonía,

á las piedras que podía  
con mis brazos alcanzar.

Á otra noche, entre las ruinas,  
moribundo y desangrado,  
ó ya en ellas sepultado,  
ó guardándolas tal vez;  
por piedad, que el cielo premie,  
con mi helado cuerpo dieron  
unos monjes que vinieron  
del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,  
pero el alma otra vez brava,  
del rey supe, que se hallaba  
detenido en Cervellón.

Llegué: vile, y dije al punto:

2 { «aún me queda alguna sangre:  
1 { »si aprovecha cual barrunto,  
«tómala, rey de Aragón.»

Y esta es toda mi aventura.  
Pero el rey...

(Se oye el ruido del puente levadizo.)

MANFREDO.

¿El Rey te sigue?

JAIME.

Ha querido que le abrigue

una noche por leal  
el castillo de mis padres.  
Y presumo que ha llegado,  
porque el puente han desplomado  
de la torre señorial.

(Se levanta, va á la ventana y mira por ella.)

Ya se escuchan los clarines:  
y las armas ya rechinan:  
y hacia el puente se encaminan:  
ven, Beatriz: vamos los dos.  
Que don Pedro te contemple,  
y que piense bien y note  
que más vale que su lote  
el que quiso darme Dios.

(Vánse por el fondo Beatriz y Jaime.)

## ESCENA VI.

MANFREDO.

Á todos dió este reparto  
ó buena parte ó buen lote:  
solo al bastardo por befa  
su bastardía tocóle.  
Al Rey su reino y á más  
el de Sicilia, que á botes  
supo ganar de su lanza,  
en eso estamos conformes;  
pero que aun siendo muy buenos,  
no han podido ser mejores,

que los que yo hubiera dado  
al frente de mis barones,  
á tener una corona  
y un ejército de nobles.  
Á mi hermano, sus castillos,  
y su condado, y su nombre,  
y por completar su dicha,  
de mujer tal los amores,  
que por lograrlos he dado  
de los inmortales goces  
del cielo, toda mi parte,  
si es que alguna en tales dones  
á un bastardo como yo  
se le guarda y reconoce.  
Á mí en cambio... nada, nada;  
ni coronas, ni blasones,  
ni gloria, ni amor siquiera,  
que de traidor y de torpe  
no lleve sello maldito,  
y no manche cuanto toque.  
Y por si esto no bastase,  
siempre, de día y de noche,  
una voz que nunca suena  
y que eternamente se oye,  
en las largas galerías,  
en los huecos de las torres,  
en los pliegues de las nubes  
y en las frondas de los bosques.  
Voz que dice sin cesar:

«Caín, Caín fué más noble.  
»Por algo Dios y tu padre  
»no quisieron darte nombre.»

## ESCENA VII.

**MANFREDO, JUANA** por la izquierda, segundo término. Viene vestida de luto, y al entrar mira con empeño á Manfredo.

**MANFREDO.**

Juana, ¿qué buscas aquí?

**JUANA.**

Lo único que ya me resta:  
la venganza.

**MANFREDO.**

¿Quién la apresta?

**JUANA.**

Yo.

**MANFREDO.**

¿Contra quién?

**JUANA.**

Contra tí.

MANFREDO.

Eres injusta.

JUANA.

¡Villano!

¿No fuiste tú su asesino?

MANFREDO.

Yo, no. Lo fué su destino.

JUANA.

Pero lo fué por tu mano. (Pausa.)

El amor de mi Roger  
era cuanto yo tenía:  
ni más venturas pedía,  
ni más codiciaba ser,  
de este tránsito mortal  
en el áspero sendero,  
que del humilde escudero  
la compañera leal.

Dió por ciega la fortuna  
á tí y á los tuyos todo:  
y á nosotros ¡pobre lodo!  
mala fosa y mala cuna.  
Para la cuna, el dolor;  
para la fosa, una cruz;  
y sólo un rayo de luz  
de la una á la otra: *el amor*.

Pues ese rayo, remedo  
de más altos resplandores,  
lo apagaron tus furores,  
¡y no se por qué, Manfredo!  
¿Tomé parte alguna vez  
en tus glorias ó reveses?  
¿Te he impedido yo que fueses  
conde ó duque de Argelez?  
¿Fuí yo de tu bastardía  
la causa ni la ocasión?  
¿Pues qué ganó tu blasón  
con *su muerte* y mi agonía?

MANFREDO.

Deliras y te perdono.

JUANA.

¿Tu perdón? Ya viene tarde;  
y con mostrarte cobarde  
aún haces mayor mi encono.

MANFREDO.

Vete.

JUANA.

Cuando hable con él.

MANFREDO.

¡Con él! ¿Con quién?



JUANA.

Con tu hermano.

(Al notar un movimiento de Manfredo.)

Sé que vino. Aunque lejano  
oí ladrar á su lebrel.

Tendido y triste esperaba  
junto al puente levadizo.

Yo en un negro pasadizo  
junto á una puerta lloraba.

Pero él tuvo mejor suerte  
que mi suerte maldecida:  
su dueño tornó con vida,  
mi dueño quedó en la muerte.

En fin, ello es que los dos  
al mismo tiempo esperamos  
y al mismo tiempo lloramos;  
y de este modo ante Dios,  
en lenguaje bien sencillo,  
de un puente los duros gonces  
y de una puerta los bronces  
probarán que este castillo,  
dentro de su barbacana,  
no vió bajo su dinteles,  
más que dos seres fieles:  
*un lebrel y una villana.*

MANFREDO.

(Acercándose amenazador.)

¿Por qué dices eso?

JUANA.

Tú,  
no puedes interrogarme.

MANFREDO.

¿Y tú puedes afrentarme?

JUANA.

Sí puedo.

MANFREDO.

(Cogiéndola de un brazo.)

¡Por Belcebú,  
que hablarás!

JUANA.

Al de Argelez.

MANFREDO.

Llevo su sangre.

JUANA.

No entera.  
Alguna: y de tal manera,  
que esa te sube á la tez.

MANFREDO.

¡Juana! (Amenazando.)

Vete. (Conteniéndose.)

JUANA.

Cuando le hable.

MANFREDO.

Pronto.

JUANA.

Que no.

MANFREDO.

¡Y me provoca!  
Eres implacable ó loca.

JUANA.

Lo que tú fuiste implacable.

MANFREDO.

No puedes verle.

JUANA.

Es de ley  
que le vea.

MANFREDO.

El soberano  
viene con él.

JUANA.

(Con alegría.) ¡Con tu hermano!

MANFREDO.

El Rey. (Asomándose al fondo.)

JUANA.

Pues mejor; al Rey.

### ESCENA VIII.

JAIME, BEATRIZ, D. PEDRO TERCERO DE ARAGÓN, MANFREDO, JUANA, BARONES, CAPITANES, ESCUDEROS, PAJES, ETC.; todos llegan por el fondo.

Delante dos pajes que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan ó sobre la mesa ó en las basas de los trofeos. Jaime, Beatriz y el Rey, á medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero á la izquierda; Manfredo y Juana quedan en primer término, pero á la derecha; los barones casi en primer término: en segundo el resto del acompañamiento: guardia de almogávares á la puerta.

JAIME.

Entrad, señor, y tenga mi castillo,  
baluarte heróico de pasados tiempos,  
la honra de ver sobre sus anchos muros  
al vencedor, y al rey, y al caballero.

REY.

Barón aragonés, mi noble conde,  
bien defendiste el apretado cerco.  
Mucho Aragón te debe.

JAIME.

( Con repugnancia y enojo.)      ¡Nada, nada!

REY.

**Tu mano: yo también mucho te debo.**

(Le da la mano.)

**Para tí no quisiste recompensa.**

JAIME.

**No la quise, señor; no la merezco.**

REY.

**Mal juez en propia causa es uno mismo.**

JAIME.

**¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?**

(Con amargura.)

**El perder un castillo, más merece  
que noble galardón, duro escarmiento.**

REY.

**Al que infame vendió la fortaleza  
tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.  
Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...**

JAIME.

**Nególe Dios, por justo ó por severo,  
el solo galardón á que aspiraba:  
de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.**

REY.

Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;  
pero en esta ocasión yo te recuerdo,  
que muchas veces me pediste, conde,  
lo que yo te negué y hoy te concedo.

(Movimiento de Jaime.)

Ennoblecere á un hombre, que tu sangre  
lleva en sus venas y quizá tu aliento.

(Movimiento de Manfredo.)

JAIME.

¡Señor, señor!... (Con extraordinaria alegría.)

REY.

¿En dónde está tu hermano?  
Quiero hacerle tu igual.

(Manfredo retrocede instintivamente á segundo término, y se hunde por decirlo así en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano á quien deshonra y por ruegos suyos, puede realizar todos sus sueños de ambición.)

MANFREDO.

(Aparte.)

(¡Gran Dios!)

JAIME.

(Se dirige gozoso á Manfredo, le trae de la mano y se lo presenta al Rey. Manfredo dobla la rodilla y aún más la cabeza.)

(Al ir á traerle.)

Manfredo...

REY.

Conde del Ampurdán, que un mismo padre  
su sangre os repartió prueben tus hechos.

(Le hace levantar.)

¿También rechazas la merced que le hago?

(A Jaime.)

JAIME.

Esta no la rechazo, no: la acepto.  
Y aunque él la pagará, que mucho puede,  
somos dos los deudores, Rey don Pedro.

MANFREDO.

Para que haya deudor, es necesario  
que haya otra cosa más: deuda primero.

REY.

La deuda existe, pues la acepta el Conde.

(Con extrañeza y acento de severidad.)

MANFREDO.

(Con energía.)

Si él acepta, señor, yo no la acepto.

JAIME.

¿Qué dices?

MANFREDO.

La verdad. Y esto no amengua  
ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.

Mas por mérito ajeno concedida,  
la merced es afrenta antes que premio.

(Con fiereza.)

REY.

(Con enojo y desdén.)

Las mercedes que otorga tu monarca  
jamás afrenta son, ni aun recayendo  
en un sér... como tú.

MANFREDÓ.

Porque no corran  
peligro semejante, no las quiero.

REY.

¿Y si lo mando yo?

MANFREDO.

De llevar nombre  
ó no llevarlo ¡oh Rey! yo soy el dueño:  
ni mi hermano, ni vos. Soy lo que he sido.  
Pues bastardo nací, bastardo quedo.

REY.

¿Tú desprecias?... (Avanzando amenazador.)

JAIME.

¡Señor!... (Interponiéndose.)

BEATRIZ.

Señor. (Lo mismo.)



REY.

(Conteniéndose.) Ya basta.

En Aragón del noble y del plebeyo  
la libertad es ley, según afirma  
de la *Unión general el privilegio*.

¿Quieres bastardo ser? Como te plazca;  
mas retírate atrás, y al par quedemos  
los que somos iguales: reyes unos,  
barones otros y ambos caballeros.

(Aparte, pensativo y sombrío.)

(Como un bastardo, todos: mala yerba.  
Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo.)

JAIME.

Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY.

Basta, Argelez.

JAIME.

Señor...

REY.

Aquí acabemos.

JAIME.

Enojado quedáis.

REY.

No ciertamente:  
y la noche pasar en prueba de ello  
quiero contigo y con tu noble esposa  
en íntima velada y junto al fuego.  
No ved al Rey en mí. El huesped sólo  
es el que os pide lumbre, albergue y lecho

(Se sienta el Rey en uno de los sillones blasonados al lado de  
gar: á su derecha Beatriz, á su izquierda Jaime. Manfredo, sie  
en pié, en el segundo término. Juana muy cerca de él.)

(Con tono bondadoso y familiar.)

¿Á este castillo feudal  
no trajo jamás el viento  
el enamorado acento  
de la musa provenzal?  
¿Ningún trovador llegó  
bien amado ó mal ferido?

JAIME.

(Con interés.) Uno solo y ese ha sido  
mi hermano.

REY.

(Con disgusto.) Tu hermano no.

(Á Beatriz.)

Aunque soy hombre de guerra  
me agrada la poesía.

La Condesa no tendría,  
de esta torre ó de esta tierra,  
guardada allá en su memoria

que yo sé que es peregrina,  
alguna fabla divina,  
ó alguna sabrosa historia?

BEATRIZ.

(Con tono glacial á pesar suyo. Es mujer y no olvida que acaba el Rey de afrentar á Manfredo.)

No puedo al Rey mi señor  
ofrecer lo que desea.  
Nada recuerdo que sea  
digno de tan alto honor.

REY.

(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)

Perdonad: ¿cómo ha de ser?  
Seguiré la vuelta dando  
á la estancia, mendigando  
un poco de gay-saber.  
Á tí no te he de pedir  
(Fijando la vista en Jaime y hablándole afectuosamente.)  
lo que no me puedes dar.  
Tú sólo sabes luchar.

JAIME.

Y mal, pues no sé morir.

REY.

(Volviéndose á los de segunda fila.)

¿Y entre esa gente tampoco

habrá ninguno que quiera,  
de trovador á manera,  
ó de bufón ó de loco,  
inflamar su fantasía,  
aguzar su entendimiento,  
y de este modo contento  
procurarnos y alegría?  
Que estén solas no es razón  
en tal empresa esas ramas,  
(Señalando á la hoguera.)

que todas se vuelven llamas  
para dar luz al salón.

(El Rey pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio; pausa. Á cada momento se muestra más y más contrariado y juega maquinalmente con el puño de su espada.)

Nada: silencio otra vez.

Por ninguna parte medro.

Mal tratan al Rey don Pedro  
en la torre de Argelez.

Menos me costó en rigor  
la conquista de Sicilia,  
que encontrar en tu familia  
bueno ó malo un trovador.

JUANA.

(Adelantándose.)

Si una leyenda deseáis,  
Rey de Aragón, y tras ella  
de un crimen la roja huella,  
dísteis con lo que buscáis.

JAIME.

¡Juana! (Con sorpresa.)

BEATRIZ.

¡Juana! (Con terror.)

REY.

Esa mujer,  
que se presenta enlutada,  
trayendo á nuestra velada  
dolor en vez de placer,  
¿quién es?

JUANA.

Quien viene á pedir  
venganza, rey justiciero.

BEATRIZ.

(Con cierto apresuramiento.)

La esposa de un escudero.

JUANA.

Su viuda querréis decir.

JAIME.

¿Murió Roger?

(Con verdadero sentimiento y con sorpresa.)

JUANA.

Sí murió.

REY.

(Á Jaime.) Roger se llamaba, un bravo  
que tú me enviaste, y que al cabo  
de San Feliú mandé yo.  
Cierto mensaje le dí  
que contestación pedía.  
¿La traía?

JUANA.

La traía  
cuando murió.

REY.

¿Dónde?

JUANA.

Aquí.

REY.

Expón tu agravio.

JUANA.

Al final  
del cuento ó de la conseja.

REY,

¿Una conseja?...

JUANA.

Tan vieja  
como esta torre feudal.

REY.

¿Y tú la sabes?

JUANA.

Tal vez.  
Mas contarla corresponde  
en justicia...

REY.

¿Á quién?

JUANA.

Al Conde.

REY.

(Volviéndose á Jaime.)

Pues comience el de Argelez.

JAIME.

(Á Juana.) ¿Una leyenda?

JUANA.

Sí.

JAIME.

¿Cuál?

JUANA.

La de la puerta de bronce,  
que al girar sobre su gonce  
se cierra de modo tal,  
que ninguno á no ser vos,  
ó aquel que el condado herede  
y el secreto, abrirla puede.

REY.

¿Y ahora?...

JAIME.

Sí.

REY.

Gracias á Dios.

(Pausa. Movimiento general para prepararse á oír la leyenda.)

JAIME.

En otros siglos de ambiciones locas  
fundaron esta torre mis abuelos:  
diéronle base las gigantes rocas,  
y á sus almenas pabellón los cielos.

El moro fronterizo, el tiempo duro,  
despoblado el breñal, el torreón fuerte,  
sólo su ancho recinto era seguro  
albergue en vida y sepultura en muerte.



Y así en la base de la torre erguida,  
bajo el cimientó y en la roca brava,  
cual negra cripta ó fúnebre guarida  
labróse extensa y anchurosa cava.

Allí fueron, señor, de mis mayores  
á dormir en sepulcros esparcidos  
por fosas, nichos y anchos corredores  
los despojos del alma desprendidos.

Y en ese, del descanso eterno, centro,  
que grandezas humanas avasalla,  
descansaré también, si antes no encuentro  
sepultura en el campo de batalla.

REY.

¿Y la leyenda?

JAIME.

Señor,  
antigua crónica cuenta,  
que halló muerte en lid sangrienta  
contra el árabe Almanzor,  
cierto conde de Argelez;  
que su cadáver trajeron  
al castillo, y que le hicieron  
exequias de su alta prez,  
y de su nombre y caudal,  
dignas por toda manera,  
que según pensaban, era

caballero sin rival.

Tendido en su sepultura,  
entre las manos su espada,  
la lápida levantada,  
por mortaja la armadura,  
le dejan: salen: en pos  
la puerta de encina y hierro  
gira, y en aquel encierro  
se quedan el muerto y Dios.  
Pero no: también quedaron,  
cual severos juzgadores,  
las sombras de sus mayores,  
las de aquellos que bajaron  
antes que él á la región  
de la eterna oscuridad,  
donde se ve la verdad  
sin la llama de un hachón,  
donde el engaño no medra  
ni el criminal nos fascina,  
donde el cuerpo se reclina  
y duerme en lechos de piedra.  
Y la leyenda al llegar  
á este punto, diz que luego  
que todo quedó en sosiego,  
comenzaron á brotar  
fantasmas en larga hilera,  
que el sepulcro circundaron,  
y que del muerto miraron  
por tan extraña manera,

y con mirada tan dura,  
si mira huecos sin ojos,  
los terrenales despojos,  
al través de la armadura,  
que ante el negro tribunal  
aquella carne sin vida  
agitóse estremecida  
en su cárcel de metal.  
¿Recordó algún olvidado  
secreto antiguo y profundo?  
¿algo que ignoraba el mundo,  
crimen, deshonra ó pecado?  
Ello es que poco después  
rompió la puerta de encina,  
y huyó á la torre vecina  
un cadáver con arnés.  
Y ya desde aquella noche  
no hubo paz en el castillo;  
porque al extinguirse el brillo  
del sol y su rojo broche  
traspasar el monte oscuro,  
mostrábase el alma en pena,  
ya apoyada en una almena  
ya vagando por el muro:  
sombra con fieros rigores  
por otras sombras tratada,  
y por ellas arrojada  
del panteón de sus mayores:  
mísero despojo inerte

de un sér noble y poderoso,  
á quien nunca dió la suerte  
ni una noche de reposo  
en el seno de la muerte.

JUANA.

(Aparte.) (Todos bajan la frente:

¿por qué todos,  
tiemblan y palidecen, y se callan?)

(En voz alta al Rey.)

¿No queréis conocer de la leyenda  
la conclusión?

REY.

Sí á fé.

JUANA.

Pues bien...

REY.

Acaba..

JUANA.

La puerta del panteón, que era de encina  
por otra se cambió fuerte y pesada:  
toda de bronce la segunda, y dicen,  
que desde Roma una reliquia santa  
trajeron, y por ella, y entre rezos,  
la metálica puerta fué tocada.  
Con esto y con abrirse por oculta

combinación de misteriosa máquina,  
que sólo el Conde sabe, se ha librado  
este viejo castillo de fantasmas.  
Hasta aquí la leyenda, y ahora el crimen.

REY.

Y también la justicia.

JUANA.

Á reclamarla,  
Rey de Aragón, á tu poder acudo.

REY.

Á nadie la negué.

JUANA.

Lo sé.

REY.

Pues habla.

JUANA.

Pues en ese panteón, que hace algún tiempo  
del castillo á las gentes franco se halla,  
porque en él una imagen milagrosa  
se venera en capilla subterránea,  
un hombre á mi Roger penetrar hizo,  
no sé por qué razón ni por qué causa,  
si por engaño fué, que sí sería...

MANFREDO.

(Adelantándose.)

Mintió quien dijo tal, que fué á estocadas.

(Movimiento de sorpresa en todos.)

REY.

(Á Juana.)

Más tarde lo sabremos: tú prosigue.

JUANA.

El hombre de quien hablo á mi monarca,  
dentro la presa ya, la hoja de bronce  
con estruendo y furor cierra y encaja...

REY.

¿Y tiempo no será?...

(Levantándose: todos se levantan.)

JUANA.

Ya sólo es tiempo  
para el castigo ¡oh Rey! ó la venganza.

REY.

El asesino, dí. Pronto su nombre.

JUANA.

El bastardo.

MANFREDO.

Yo fuí.

REY.

Lo adivinaba.

JAIME.

{Acercándose á él como para protegerle.}

¡Manfredo!

JUANA.

¿Vaciláis porque es su hermano?  
La justicia es mentira.

REY.

No, insensata.  
De mi ley la cuchilla segar supo  
*cabeza* tan indómita y tan alta,  
que el nivel alcanzó no pocas veces  
de don Jaime, su padre y su monarca.  
Nivel halló después por mi mandato  
del turbio Cinca en las revueltas aguas.  
Si con mi propio hermano hice justicia  
con *ese* ¿qué no haré?

BEATRIZ.

{Aparte.}

¡Dios Santo!

JUANA.

Gracias.

JAIME.

(Avanzando respetuoso pero decidido ante el Rey.)

Es mi sangre, señor.

REY.

No por entero,  
tan sólo la mitad.

JAIME.

Pues esa basta  
para que yo le quiera y le defienda  
con todo el corazón y toda el alma.

REY.

Justicia en él haré si la merece.

JAIME.

Que la merezca ó no de mí se ampara.

MANFREDO.

No, Jaime: mi delito reconozco.  
La sentencia, señor.

REY.

Será mañana.

JAIME.

¡No será!... perdonad... mientras yo viva.  
Es mi vasallo.



REY.

encio.) Y yo soy tu monarca.  
(Se sale á cumplimentar la orden.)  
or, coloca centinelas  
en la puerta. Con el alba  
ne que asuntos hay que importan.  
ble conde, de mi cámara  
ne muestra, que fué ruda  
nso alguno la jornada.

JAIME.

liendo al Rey hacia la puerta derecha.)  
or, que vuestro es mi castillo.  
n luces y se disponen á marchar delante del Rey,  
sus capitanes á acompañarle. El Rey se dirige ha-  
resada, pero lentamente después de saludar á los  
Beatriz se acerca á su esposo: Juana se coloca al  
. Manfredo en el centro.)

MANFREDO.

te el Rey al pasar éste.)  
ero.

BEATRIZ.

nos pasos.) ¡Compasión!

JUANA.

¡Venganza!

REY.

(En el umbral de la puerta.)

Con la luz de la aurora querrá el cielo  
 Que luz también al que de allí la aguarda.

(En el orden siguiente por la puerta de la derecha. Los dos  
 con las luces: el Rey: dos capitanes. Quedan al lado de la  
 puerta Jaime y Beatriz. Algo separada, Juana. En el centro, Man-  
 fredo. Salen por el fondo las demás personas.)

## ESCENA IX.

BEATRIZ, JUANA, JAIME, MANFREDO.

Beatriz y Jaime vienen al centro á buscar á Manfredo. Juana en-  
 pie al lado de la puerta por donde salió el Rey.

BEATRIZ.

(Manfredo.) Huye.

MANFREDO.

Jamás.

JAIME.

No temas. Con mi vida  
 Por la tuya respondo. Con mi espada  
 Pejaré si necesario fuere  
 Con mismo Rey, si ciego se empeñara  
 Contra-fuero y contra-ley en darse  
 Por juez de mis vasallos en mi casa.  
 Con mi hermano le escuda mi cariño!

MANFREDO.

Abandóname, Jaime.

JAIME.

No. Te aguarda,  
monarca de Aragón, quien no te cede  
ni por el corazón ni por el alma.

(Volviéndose hacia la puerta por donde salió D. Pedro.)

JUANA.

(En voz alta como desafiando á Jaime.)

Duerme, Rey de Aragón, junto á tu puerta  
en vela está la viuda y la villana.

JAIME.

(Como en contestación.)

El Conde de Argelez vela tu sueño:  
duerme, Rey de Aragón, duerme hasta el alba.

(Queda Juana en pié al lado de la puerta: Jaime en el centro mirando hacia aquella parte: Beatriz y Manfredo á su izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

*La escena representa el panteón subterráneo del castillo de Argelex.*

*En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera; y sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse á muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta se ve bajar de frente, ó algo inclinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera hay un espacio de nivel que representa el ancho del pasadizo. Después de la puerta, por la parte interior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón muy sombrío: á uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, á la izquierda del actor, un sepulcro, que se supondrá que es el del padre de Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él una escultura yacente, á ser posible con armadura de bronce y cara de mármol. Al pié del sepulcro un escalón alto que pueda servir de banco. Á un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente debe suprimirse.*

### ESCENA PRIMERA.

CABRERA, ZURITA, que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro: ésta ha de ser la única luz.

ZURITA.

De estas cosas, tú, ¿qué piensas?

CABRERA.

Yo pienso poco, Zurita.

En estas cosas y en todas  
obedezco sin malicia  
ni repugnancia á quien manda,  
si manda en ley. Mi consigna  
cumpló como buen soldado;  
y que entre por Algeciras  
el moro, ó que entre el francés  
por el Coll de las panizas,  
á mí poco se me importa.  
Yo no dejo que alma viva  
entre, ni dejo que salga  
de esos huecos ni una hormiga,  
sin aplastarla en las losas  
con el cuento de mi pica.  
Y lo demás que lo arregle  
el Rey como es de justicia.  
Pero aunque nada me importa  
de eso que tú dices, mira  
que lo que es hoy no cambiara  
mi pobreza y villanía  
por toda la sangre noble  
del bastardo.

ZURITA.

¡Mala víbora  
le muerda, que no ha de darle  
más veneno del que cría  
el de Provenza en sus venas  
y por sus ojos destila!

CABRERA.

Dicen que el pobre escudero  
era mozo de valía.

ZURITA.

Dicen que por celos fué.

CABRERA.

¿Una mujer en la intriga?  
Si era preciso.

ZURITA.

Manfredo  
há tiempo que perseguía  
á Juana, pero ella, honrada  
le rechazó.

CABRERA.

Si esa gente  
que en la Provenza se anida,  
fué siempre mala y aviesa  
y tocada de herejía.  
Si esos trovadores traen  
con sus cántigas malditas  
la corrupción á esta tierra  
y el vicio á nuestras familias.  
Si eso lo tengo yo dicho.  
Pero escucha, yo creía,

porque anoche lo dijeron,  
que la causa era distinta;  
que en ella nada hay de amor,  
sino infame alevosía.

ZURITA.

Pues tú ¿qué sabes, Cabrera?

CABRERA.

Lo que la gente allí arriba  
murmuraba: que el bastardo  
es un traidor.

ZURITA.

Lo sería  
de fijo.

CABRERA.

Que al rey de Francia  
vendido está de por vida.  
Que él fué quien abrió el torreón  
aquella noche maldita.  
Y que como el escudero  
un mensaje de Castilla  
para el rey don Pedro trajo  
de importancia decisiva,  
quiso impedirle... ¿comprendes?  
que lo llevase. ¿Se explica  
la cosa de esta manera?



ZURITA.

Ya lo creo: á maravilla.  
Traidor; preciso. Pero esto  
á lo que dije no quita.

CABRERA.

Habrán sido las dos cosas.

ZURITA.

Y si otras cien adivina  
de escuderos, y de pajes,  
y de dueñas, la malicia,  
siendo en contra del bastardo  
ciertas son.

CABRERA.

Esa es la mía.

ZURITA.

Pero yo digo algo más.  
Á ser yo el rey ¿qué imaginas  
que hiciese?

CABRERA.

Pues no lo sé.

ZURITA.

En el tormento pondría



dos personas: y á las cuñas,  
y á las cuerdas, y de prisa.

CABRERA.

¿Dos personas?

ZURITA.

El bastardo.

CABRERA.

Ese bien.

ZURITA.

¿Y no adivinas  
la otra quién es?

CABRERA.

No por Dios.

ZURITA.

La Condesa.

CABRERA.

¡Ave María!

ZURITA.

Más culpable es que Manfredo;  
porque, díme, alma sencilla,  
¿no le bastaba mandar  
que, con una buena viga

por ariete y diez jayanes  
en el golpe, hiciesen trizas  
la puerta, para salvar  
de ese pobre hombre la vida?  
Pues ¿por qué no lo hizo?

CABRERA.

Dicen,  
que la puerta está bendita.

ZURITA.

Más bendito es un cristiano,  
que el bronce de alguna mina,  
que del diablo fué antesala  
y camino á sus guaridas.  
Te digo que la Condesa  
del castigo no se libra  
de don Pedro, que es gran Rey  
y duro cual su loriga.

CABRERA.

En eso no piensas mal.  
¡Y esta mañana tenía  
una cara! Levantóse  
con las luces matutinas;  
bajó con el de Argelez;  
mandóle abrir esta cripta;  
puso dobles centinelas;  
subieron, oyeron misa

él, la Condesa y el Conde,  
y el bastardo, en la capilla  
principal... En fin, los cuatro  
preparáronse en la guisa  
de gente que va á juzgar  
y busca la luz divina,  
ó de gente que al morir  
de sus pecados se limpia.

ZURITA.

Ello es que algo se prepara.  
¿En cuál de esas galerías  
estará?

(Separándose de su puesto y mirando á uno de los lados con  
curiosidad.)

CABRERA.

¡Guay del curioso!  
Á tu puesto: es la consigna.

ZURITA.

Yo en su caso, por dar fin  
de una vez á mi agonía,  
de cabeza voy derecho  
al pozo y luego á la sima.

CABRERA.

¡Gran pecado!

ZURITA.

Pero el último.

CABRERA.

Á tu puesto, que ya brillan  
de la escalera en el fondo  
luces que en la sombra oscilan.

ZURITA.

El Rey... que venga y que juzgue.

VÓZ.

(Dentro.) El Rey.

CABRERA.

El Rey se aproxima.

## ESCENA II.

JANE, JUANA, el REY; delante dos pajes con hachones. CABRERA y  
ZURITA, siempre de centinela.

REY.

Sin alardes vengativos,  
por hechos claros y ciertos,  
en esta mansión de muertos  
voy á juzgar á los vivos.  
Ese banco por sitial,

esa tumba por testero,  
y nunca un rey justiciero  
halló mejor tribunal.  
¿Dónde presumes, mujer,  
(Volviéndose á Juana.)  
que el cadáver de tu esposo  
cayó, buscando reposo?

JUANA.

¿Decís?... ¿que dónde, Roger?..  
¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!... (Vacilando.)

JAIME.

Apóyate, Juana, en mí. (Queriendo sostenerla.)

JUANA.

No: dejadme. (Rechazándole.)

REY.

(Sosteniéndola.) Ven aquí.

JUANA.

(Con respeto y asombro.)

¡Vos me sostenéis, señor!

REY.

Quedaron mis pompas reales  
en mi cámara desierta:

del lado acá de esa puerta  
ya todos somos iguales.  
Como en región montaraz  
la tierra desmoronada  
busca en la roca quebrada  
algo á que asirse tenaz,  
sobre mí, tu cuerpo inerte,  
sólo es, si lo miras bien,  
*tierra* que busca sostén  
en otra *tierra* más fuerte.

(Pausa. Juana recobra su fuerza.)

Mi pregunta es bien sencilla.  
Responde si has comprendido.

JUANA.

Sí, señor. Habrá caído  
allá... junto á la capilla.  
En sus últimos instantes  
la lámpara del sagrado  
hacia sí le habrá llamado  
con destellos vacilantes.

REY.

(Á los centinelas.)

Donde dice, buscad bien,  
y avisadme si le halláis.

(Cabrera y Zurita, precedidos de los pajes, hacen un movimiento para salir.)

JUANA.

Un momento: no vayáis  
sin mí, que quiero ir también.

REY.

Mas vencer y resistir  
¿podrás al verlo el dolor?

JUANA.

Cuando al perderlo, señor,  
no me hizo el dolor morir,  
no ha de matarme de cierto,  
en mi empresa de buscarlo,  
la ventura de encontrarlo  
ni aun encontrándolo muerto.

(Salen por una de las galerías de la izquierda Juana, Zurita,  
y Cabrera, precedidos de los pajes.)

### ESCENA III.

JAIME, el REY.

JAIME.

Pensáis á todo pensar  
para mi hermano un castigo,  
y pensando estoy conmigo  
cómo poderlo salvar.



REY.

¿Tan grande afecto le tienes?

JAIME.

Es mi hermano, y en rigor  
jamás alcanzó, señor,  
ni más gloria, ni más bienes  
que mi fraternal ternura;  
y si á esa piedra tornáis  
(Señalando al sepulcro de su padre.)  
la mirada, y si escucháis  
algo, que sé que murmura,  
aunque escuchéis con desdén,  
mal que os pese y mal que os cuadre,  
oiréis la voz de mi padre,  
que me dice que hago bien.

REY.

Sobre cariños humanos,  
y sobre humanas pasiones,  
que al llegar á estas regiones  
se deshacen en las manos,  
hay, Argelez, algo eterno,  
algo que no es de este mundo:  
*un cielo* allá en lo profundo...

JAIME.

Sí ya lo sé: y *un infierno!*

(Con cierto enojo y como si completase el pensamiento del Rey.)

Y bien, será ceguedad,  
ó pecado, ó maleficio,  
mas si deseáis á tal juicio  
someter mi voluntad;  
si queréis, Rey de Aragón,  
que esa justicia severa,  
que en vos implacable impera,  
impere en mi corazón,  
arrancadme de raíz,  
porque yo, señor, no puedo,  
el cariño de Manfredo,  
y el amor de mi Beatriz.

REY.

(Después de contemplarle algunos momentos.)

¡Por Dios que estás apegado  
á las cosas de la vida!  
No importa, tu rey no olvida  
que eres un noble soldado.  
Quedamos, pues, en que haré  
cuanto pueda por el mozo,  
que yo ni medro ni gozo  
con dar tortura á tu fé.

JAIME.

¡Ah! mi señor...

REY.

En conciencia

no me debes gratitud,  
que mi virtud no es virtud.  
¡Ay de aquel que en la existencia,  
renunciando á mejor palma,  
y por capricho bizarro,  
en un ídolo de barro  
pone por entero el alma!  
Que si contra el mármol frío  
(Señalando al sepulcro.)  
choca y se deshace al fin,  
al trocarse en polvo ruín  
queda el alma en el vacío.  
Pero escucha...

JUANA.

(Desde fuera.)      ¡Mi Roger!

JAIME.

Es Juana.

REY.

Su llanto, sí.

JUANA.

¡Rey de Aragón, por aquí!  
(Como antes, pero más cerca.)

JAIME.

Ya viene.

REY.

Pobre mujer.

## ESCENA IV.

JAIME, REY, JUANA, por una de las galerías de la izquierda.

JUANA.

(Vacilante, pálida, terrible: en suma, como la actriz crea que debe de presentarse después de haber abrazado el cadáver de su esposo, y al venir á reclamar venganza del Rey.)

Me prometísteis justicia,  
¿no es verdad? Pues ha llegado  
el momento. Está encontrado.

(Señalando hacia dentro.)

¿No decís que nada vicia  
ni destruye en Aragón  
la rectitud de la ley?  
Pues á demostrarlo, Rey,  
que allá espera la ocasión.  
Sobre las losas mi esposo,  
muy cerca de la capilla;  
y la lámpara que brilla  
de ordinario en el piadoso  
recinto de la sagrada  
Virgen, que en él se venera,  
en el suelo, por de fuera,  
á su lado y apagada.  
Un pergamino ó papel  
estruja su mano fría:  
el mensaje que traía  
debe estar, señor, en él;

en la otra mano un punzón  
ó de madera una astilla:  
lo que sea rojo brilla  
al resplandor del hachón.  
Lo mojó en sangre sin duda,  
que encerráronlo ya herido:  
el pecho tiene partido,  
y su espada está desnuda.  
Venid conmigo de priesa:  
venid y vos lo veréis;  
venid, si es que mantenéis  
vuestra justicia y promesa.  
Y pronto, que están, señor,  
este suelo profanado,  
aquel cadáver helado  
y aun impune el matador.

REY.

Ya te sigo.

(El Rey y Juana se dirigen á la galería por donde ésta vino.  
Jaime les acompaña.)

JUANA.

¿El de Argelez (Deteniéndose.)  
viene con nosotros?

JAIME.

Sí.

JUANA.

Pienso que bastan allí  
las dos víctimas y el juez.

(Con reconcentrado encono.)

Su presencia no apetezco.

JAIME.

(Señalando al Rey.)

¿Torcer pretendes su fallo?

REY.

Basta, Conde. (Con severidad.)

JAIME.

Basta y callo.

REY.

Espéranos.

JAIME.

Obedezco. (Salen el Rey y Juana.)

## ESCENA V.

JAIME.

¿Qué tiene esa losa fría,  
techumbre de un mundo helado,  
que ilumina lo pasado

con la luz de un nuevo día?  
¿Por qué en su región sombría,  
por qué en su cóncavo inerte,  
todo se ve de otra suerte,  
todo pasa de otro modo?  
¿Por qué se transforma todo  
en el seno de la muerte?  
¿Sepulcro de mis mayores,  
que me tienen reservado  
en ese cóncavo helado  
de la muerte los rigores?  
¿Qué suplicios, qué dolores,  
qué engendros de su furor?  
¿Ni cómo hasta mí, Señor,  
sus asaltos llegarán,  
si entrar no puede Satán  
en el cielo de mi amor?

ESCENA VI.

**JAIME, BEATRIZ, MANFREDO**, los dos últimos por el fondo, ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina.

**JAIME.**

Cuando la negra barrera,  
que separa vida y muerte,  
traspase, cayendo inerte  
hacia dentro desde fuera,  
¿bajo qué forma primera

*la verdad* vendrá hacia mí?  
¿Sepulcro, qué veré en tí,  
que no lo sé y tengo miedo?

BEATRIZ.

¡Mi Jaime!...

JAIME.

¡Beatriz! ¡Manfredo! (Volviéndose.) ¡Vosotros!...

BEATRIZ.

Nosotros, sí. (Pausa.)

(Beatriz con angustia profunda, como si aún viese lo que pinta y como buscando instintivamente amparo en Jaime.)

BEATRIZ.

Las horas pasaban rápidas  
y mi impaciencia era grande.  
Algo sucede, decía,  
cuando no regresa Jaime.  
Por la ventana miré,  
y en el patio hay un enjambre  
de escuderos y soldados  
y de fieros almogávares.  
Todos hablan de Roger,  
y á veces miran audaces  
á mi ventana. De fijo  
murmuran cosas infames.



Me dió espanto y fuíme adentro  
cerrando bien los cristales,  
cuyos colores tomaban  
tinte cárdeno al mirarme.  
El solitario salón  
más solitario mostrábase  
que nunca, y aunque llamé,  
fué en vano: no acudió nadie.  
Sólo por la galería,  
de cuando en cuando, algún paje,  
como si huyese, cruzaba  
muy de prisa y sin mirarme;  
ó algún soldado del Rey,  
su oscuro y feroz semblante  
mostraba un punto á la puerta  
entre curioso y cobarde;  
ó algún pájaro nocturno  
que el alba sorprendió errante,  
chocaba ya atolondrado  
del balcón en los cristales,  
pintando un monstruo con alas  
su sombra en los arquivates.  
Tuve miedo. (Abrazándose á Jaime.)

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BEATRIZ.

Perdí el juicio, y á llamarte


me puse á gritos.

MANFREDO.

Entonces  
yo acudí, y á todo trance  
quiso bajar al panteón;  
con lo cual, para librarle  
de impacencias sin motivo,  
y de temores sin base,  
á ser su guía présteme  
y aunque á mi pesar la traje.

BEATRIZ.

(Aparte.) (Parece que es su destino  
á estas regiones guiarme.  
¡Bien venida! si hallan fin  
en sus sombras mis pesares.)  
¡Qué negro todo! (En voz alta.)



JAIME.

Fué negro  
antes de que tú bajases;  
pero al verte sus tinieblas  
se convierten en celajes.  
Vuelva el carmín á tu rostro  
con tinta cálida y suave,  
y al menos por una vez  
aquestos helados mármoles  
comprendan lo que es la vida

al ver tu hermoso semblante,  
y por sus cuerpos de piedra  
¡circule calor de sangre!

MANFREDO.

(*Á Beatriz que está en los brazos de Jaime.*)

Tú eres la vida, bien dice,  
y por ser tuya es de Jaime:  
con que mal estáis los dos  
entre losas sepulcrales.  
Idos arriba: á la luz.  
Á mí entre sombras dejadme,  
que yo soy de estas regiones,  
y aquí estoy con mis iguales,  
como ese Rey de Aragón  
dijo anoche al afrentarme.

JAIME.

¡Manfredo!...

MANFREDO.

(*Asomándose á una de las galerías transversales de la izquierda.*)

Mira, allí viene,  
y á su lado á Juana trae,  
y les preceden á entrambos  
con hachas dos almogávares.  
La justicia y la venganza  
juntas por la misma calle

de sepulcros; buen camino  
 tomaron para buscarme.  
 Que vengan, que yo seré  
 maldito, mas no cobarde:  
 que vengan, que aunque bastarda  
 es de Argelez esta sangre,  
 y quizá desde su lecho *bed*  
 de muerte me ve mi padre.

## ESCENA VII.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO, el REY, JUANA, CABRERA,  
 ZURITA y un paje.

Cabrera y Zurita vienen delante: los dos pajes con hachas; ~~después~~  
 el Rey; después Juana: todos por la izquierda. El Rey trae un per-  
 gamino en la mano.

REY.

(Á Manfredo.)

Por tu impulso viniste: no me pesa.  
 Mi enojo no te espanta: que me place.  
 El hombre que no afronta su destino  
 de cara y sin temblar, es un cobarde.  
 Puedes estar tranquilo por tu víctima:  
 del suelo del panteón sepulcro y cárcel  
 hicieron esos dos, dando piadosos

(Señalando á los almogávares.)

cristiano fin á lo que tú empezaste.  
 Al lado de su fosa, ya colmada,  
 otra mandé cavar profunda y grande,

por si hay quien quiera al acabar sus días,  
junto al fiel escudero reclinarse.

Él cumplió como bueno, que afanoso  
guardó en su helada mano este mensaje:

(*Á Juana.*)

buen marido te dió tu buena estrella:  
mala muerte le dió mano implacable.

JAIME.

Señor...

REY.

Espera. Á tu castillo sube,  
ordena que mi gente se prepare,  
y la tuya dispón, que antes que el día  
del cielo hasta la cumbre se levante,  
voy á partir, y partirás conmigo,  
á librar de un segundo Roncesvalles  
al Rey de Francia, que humillado vuelve  
en procesión luctuosa á sus hogares.  
Demandóme perdón; yo generoso  
le permití volver sin inquietarle,  
pero vamos á ver desde las cumbres  
*quien entra en esta tierra como sale.*

JAIME.

Obedezco.

REY.

Salid.

(*Á los almogávares y á los pajes. Se dirigen al fondo Jaime, los almogávares y los pajes; éstos delante.*)

Tú, Juana, vete.

JUANA.

¿Y el castigo, señor? (En voz baja.)

REY.

o mismo.)

Aquí con sangre  
Roger lo escribió.

JUANA.

¿Y ha de cumplirse?

REY.

Quando venció mi brazo en el combate,  
no siempre perdoné: decirlo puede  
de soberbio rey que á Francia váse.  
Mas nunca en mí, clemencia hallar pudieron  
de la traición las alevosas artes;  
que lo diga también, y era mi hermano,  
desde el fondo del Cinca, Fernán-Sánchez.

JUANA.

tranquila os dejo.

REY.

En mi palabra fía.

o á castigar su muerte, tú á llorarle.

le Juana mirando á Manfredo y á Beatriz, que instintivamente  
án juntos.)

**Vosotros no. Que de este pergamino**  
(Previnendo un movimiento de ambos.)  
**hemos de hablar los tres, ¡voto á San Jaime!**

ESCENA VIII.

BEATRIZ, el REY, MANFREDO.

REY.

Con sólo miraros creo  
lo que me dice el escrito,  
que la prueba del delito  
la lleva en su rostro el reo.

MANFREDO.

Inútil prueba á mi ver,  
porque jamás he negado  
que esté mi hierro manchado  
con la sangre de Roger.

REY.

Escucha y el labio sella,  
que con la verdad arguyo.  
Tu crimen no es sólo tuyo;  
un cómplice tienes: *ella*. (Señalando á Beatriz.)

MANFREDO.

¿Quién?... ¡Beatriz!...

BEATRIZ.

(*Aparte.*)

(¡La expiación!

MANFREDO.

(*Con violencia y señalando el pergamino.*)

¡Miente el impostor inmundo!

REY.

Jamás miente un moribundo,  
ni miente el Rey de Aragón.  
Con su mano casi inerte,  
y con caracteres rojos,  
la causa de tus enojos  
y la historia de su muerte,  
en aqueste pergamino  
dejó escrito el infeliz.

MANFREDO.

¿Y en él habla?... (*Con ansiedad.*)

REY.

De Beatriz,  
y además de su asesino.

(*Acercándose al hachón, que está en el sepulcro, y*

«Yo juro, y juro al morir  
»ante esa santa capilla,  
»decir la verdad sencilla  
»en lo que voy á decir.



»Anteayer de madrugada  
»bajé al salón, según creo  
»á recoger del trofeo  
»para mi viaje una espada.  
»La estancia estaba desierta,  
»la mañana estaba oscura,  
»rechinó una cerradura  
»y á poco abrióse una puerta.  
»Alzó un doncel el tapiz,  
»pasó una dama el dintel:  
»era Manfredo el doncel  
»y era la dama Beatriz.  
»Se miran con embeleso  
»y se despiden los dos,  
»ahogando un último adios  
»en un suspiro y un beso.  
»Grito: *¡infames!* sin querer;  
»viene á mí, después luchamos;  
»luchando al panteón llegamos  
»y llego para caer.  
»Él la puerta de metal  
»empuja sobre su gonce  
»y da sepulcro de bronce  
»á su secreto fatal.  
»De este modo conseguir  
»mi silencio imaginaba,  
»si acertaba ó no acertaba  
»que lo diga el porvenir.  
»Yo la infamia de los dos

»y su pena ó su destino,  
»dejo en este pergamino  
»á la voluntad de Dios.  
»Sea, pues, lo que ha de ser:  
»yo muero como leal.»

(Sin leer.) Y acaba y dice al final:

(Leyendo.) «El escudero Roger.»

(Pausa. Manfredo y Beatriz quedan confundidos y anonadados. El Rey los contempla frío y severo.)

¿Es exacto lo que aquí  
ese vasallo escribió?

Responde, Manfredo.

MANFREDO.

(Con enérgica desesperación.) No.

REY.

Responded, Condesa.

BEATRIZ.

(Resueltamente.) Sí.

REY.

Confesión de buena ley.

MANFREDO.

Que sólo el delirio arranca.

REY.

No tan firme, no tan franca.

BEATRIZ.

Como la debo á mi rey.

REY.

(*À Beatriz.*) Que mucho arriesgas advierte.

BEATRIZ.

À todo estoy prevenida.

REY.

¿Tanto te pesa la vida?

BEATRIZ.

Tanto, que busco la muerte.

REY.

Quien deshonra su blasón  
y deshonra el de Argelez;  
quien echó sobre su tez  
para siempre tal borrón,  
si ha buscado por castigo  
la muerte en esta jornada,  
que la dé por encontrada  
al encontrarse conmigo.

MANFREDO.

Si alardes de justiciero  
queréis hacer, no me opongo,

y el cuello tranquilo pongo  
bajo el corte de ese acero.  
Pero es irritante yugo,  
más que justicia severa,  
confundir de esa manera  
la víctima y el verdugo.  
Yo terco la perseguí,  
yo en mi fuego la inflamé,  
ocasiones preparé  
y por la fuerza vencí.  
Yo, don Pedro de Aragón,  
yo que triunfé de este modo,  
lo merezco todo, todo:  
*ella*, sólo compasión.

BEATRIZ.

Cuando no perdí la vida  
es que falté á mi deber;  
cuando me dejé vencer  
es que debí ser vencida.  
Ya veis que todo me acusa,  
que yo misma me he juzgado,  
que no busco á mi pecado  
causa, pretexto ni excusa.  
Pero ya que de este modo  
mi vida yo misma os doy,  
por quien sois y por quien soy,  
¡que Jaime lo ignore todo!

MANFREDO.

El debe ignorarlo, sí.

REY.

(Aparte y pensativo.)

(Quizá lo mejor sería.)

MANFREDO.

Y yo solo sufriría  
lo que solo merecí.

BEATRIZ.

Si de ambos la culpa ha sido,  
de ambos el castigo sea.

REY.

Ya ves cómo lo desea.

MANFREDO.

¡Si ha mentido! ¡si ha mentido!

(Al Rey procurando convencerle.)

BEATRIZ.

¿Tú solo? No. Yo también.

¿No es verdad? (Al Rey como suplicando.)

MANFREDO.

¡Calla, infeliz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, Beatriz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, mi bien!

(En un arranque de pasión, olvidándose del Rey, acercándose á ella y cogiéndole las manos.)

REY.

¡Tanto os amáis! ¡Vive Dios  
que ni la misma agonía  
os ataja en tal porfía!  
¡Pues bien, moriréis los dos! (Con terrible  
enojo.)

Nada sabrá el de Argelez:  
limpia su honra quedará,  
que venganza le dará  
su monarca como juez.  
Y libre veráse al fin,  
por justicia soberana,  
de una esposa cortesana  
y de un hermano Caín.

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Gracias ¡oh Rey!  
Cuanto deseaba me dais.

MANFREDO.

¡La justicia atropelláis!

REY.

Á igual delito, igual ley.

### ESCENA IX.

**BEATRIZ, MANFREDO, el REY, JAIME, cuatro pajes con hachones, varios caballeros y escuderos. Todos por la puerta del fondo.**

REY.

**Mas un rumor lejano se percibe  
cual si bajase gente la escalera,  
haciéndola crugir al peso grave  
y al choque rudo del arnés de guerra.  
Ahí vienen, sí: con Argelez al frente,  
(Acercándose al fondo.)  
y entre rojas antorchas que flamean.**

JAIME.

**Justicia ¡oh rey! á demandaros vengo;**

aunque ya dí comienzo por mi cuenta  
á la que vos sin duda haréis más tarde  
en esa maldecida soldadesca,  
y algunos que braveaban hace poco  
en el patio las losas ensangrientan.

REY.

Á punto vienes si justicia pides,  
que estábamos los tres en tal faëna.  
¿Quiénes faltaron, Conde?

JUANA.

Los soldados  
á que con vos, señor, la fortaleza  
hospedaje leal brindó orgullosa.

REY.

¿Y cuál la causa fué?

JAIME.

La airada lengua  
de Juana; y de mis gentes las patrañas;  
y la ruín condición de la plebeya.

REY.

En suma: ¿á qué llegaron?

JAIME.

¡ Á pedirme!...



¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda  
ni la maldad llevando hasta el delirio,  
ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,  
ni aun así, sospechar lo que esos hombres  
pidieron... ¡no, que aullaron como fieras!

REY.

¿Pidieron?... dí.

JAIME.

¡La vida!...

REY.

¿De tu hermano?

JAIME.

(Hace una señal afirmativa; se detiene y al fin dice acercándose al Rey.)

¡Y la vida, señor, de la Condesa!

¡De Beatriz! ¡de mi esposa!... ¡Si yo al pronto  
ni pude comprender tanta demencia!

REY.

¿Y comprendiste al fin?

JAIME.

Ellos lo digan,  
pues ellos recibieron la respuesta.

«¿Vidas queréis, les dije, miserables?

Pues á cargo de aquéllas tomad éstas;»

y arremetiendo á la canalla imbécil,

de tal modo sacié mi rabia en ella...  
que ya lo veis, señor, casi tranquilo  
pude volver del Rey á la presencia.

REY.

Que á la ley de hospedaje mis soldados  
turbulentos faltaran, bien me pesa,  
que aun pidiendo en justicia, quien mal pide,  
de su propia razón hace su afrenta.

JAIME.

¡Aun pidiendo en justicia!

(Pausa. Mira al Rey con asombro; mira alternativamente á Beatriz  
y á Manfredo, que deben estar á su espalda y derecha del actor, y  
queda durante algunos momentos como extático.)

No comprendo  
lo que queréis decir.

REY.

Que una sentencia,  
por crimen de traición á su monarca  
dictaba yo aquí dentro, mientras fuera  
por reclamar castigo semejante  
acuchillabas á la guardia regia.

JAIME.

¿Una sentencia?

REY.

Sí: contra el bastardo...  
y otro cómplice más.

JAIME.

¿Quién?

REY.

La Condesa.

JAIME.

¡Contra Beatriz! ¡No es cierto! ¡No es posible!  
¡Contra Beatriz! ¡y vos! ¡Vana quimera!  
Yo sólo soy su dueño. Esa corona,  
todo vuestro poder, vuestra grandeza,  
las glorias de Sicilia, las del mundo,  
ante Beatriz ¿qué son? ¡humo y pavesas!

REY.

Que yo nunca he pecado de sufrido,  
y que hablas con tu Rey, ten muy en cuenta,  
y freno de respeto date prisa  
á poner á tus manos y á tu lengua,  
si no quieres que ponga otro de hierro  
que hace bajar al suelo las cabezas.  
Roger por mi mensaje *era sagrado*  
hasta llegar con él á mi presencia.  
Sin embargo, Manfredo muerte dióle,  
y Beatriz toleró tan grave ofensa.  
Condesa de Argelez, perpetuo encierro  
te enseñará con sombras y tristezas,  
*que á la lealtad debida* no se falta  
(Con doble intención.)  
mientras don Pedro en Aragón gobierna.

Bastardo de Argelez, saldremos todos  
de esta mansión, en que la muerte impera,  
nosotros á buscar la luz del día,  
á entregar tú al verdugo la cabeza.

(Á los caballeros señalando á Beatriz.)

Llevadla á Barcelona.

(Á Manfredo.)

Tú á la muerte.

(Á Jaime.)

Y tú conmigo, á lo alto de la sierra.

#### JAIME.

(Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, á menos que el actor crea otra cosa.)

Ni á Barcelona iré mientras yo exista  
y un hierro sostener mi mano pueda;

(Señalando á Beatriz.)

ni he de salir sin él, si el firmamento  
encima de la torre se viniera;

(Señalando á Manfredo.)

ni el conde de Argelez ha de seguiros,  
monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra.

(Golpeándose el pecho.)

Barón aragonés al fuero acudo  
de libertad en la ocasión extrema.

Diránlo así *de desafío*

*cartas* que provocó vuestra fiereza.

Y con *ella* y con *él*, y con mi gente

(Señalando á Beatriz y á Manfredo.)

pasaré de Castilla las fronteras.

*Desnaturalizarme* es mi derecho,

la ley me ampara de mi noble tierra,

y á donde más sus glorias se respeten,  
mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY.

Desnaturalizarte es tu derecho,  
y nadie lo disputa, ni lo niega;  
por más que de esta vez el fuero ampare  
torpes ingratitudes y soberbias.  
Pero Beatriz, pero Manfredo, Conde,  
bajo mi ley están y aquí se quedan.  
Traidores á su rey fueron entrambos  
y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.  
¡Hola! de esa mujer y de ese hombre,  
sin más vacilación, de grado ó fuerza,  
afiáncense los cuerpos: y tú, ingrato,  
vete, que yo te libro de obediencia.

(Los caballeros á quienes el Rey se ha dirigido pretenden apoderarse de Beatriz y de Manfredo; Jaime desnuda la espada, describe con ella un terrible semicírculo, aleja á todos y pónese delante de su esposa y de su hermano.)

JAIME.

Quien se acerque á los dos, bueno es que mire  
que á mi espada y á mí también se acerca.

REY.

¡Preciso es acabar!

JAIME.

Todo se acaba:  
el honor, la lealtad...

BEATRIZ.

¡Allí!...

(Á Manfredo señalándole el lado en que está el Rey y como proponiéndole que pasen.)

MANFREDO.

Pues sea.

Gracias, hermano.

(Por la espalda de Jaime pasa al grupo de caballeros y se entrega.)

BEATRIZ.

Gracias, Jaime.

(Lo mismo que Manfredo.)

JAIME.

¿Á dónde,  
insensatos, corréis?

BEATRIZ.

(Ya desde la izquierda.) Á donde llevan  
á tu hermano el deber, porque es tu sangre;  
á mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.

(Al Rey.)

Tuyos somos, señor, que Jaime salga.

JAIME.

¿Sin vosotros? ¡Jamás! Pensad que llegan  
olas de sangre al corazón hirviente;  
olas de fuego á la abrasada lengua;

**olas de sombra á mi cerebro loco;  
olas de muerte á mi indomable diestra!  
Y en esta tempestad de mis pasiones,  
sobre el mar de mis iras turbulentas,  
sólo flotan dos seres: dos tan sólo:  
Manfredo... ¡por hermano! Ella... ¡¡por ella!!**

REY.

*(Sin poder contenerse.)*

**Mal te está el defender con tanto empeño...  
¡tu deshonra!**

*(Movimiento de Jaime, Beatriz y Manfredo.)*

JAIME.

**¡No más!**

REY.

**¡Y tu vileza!**

JAIME.

**¡Por vileza tenéis, que de un hermano  
la vida con mi vida así defienda?  
Bien se advierte, señor, que el fratricidio  
es el primer florón de tu diadema!**

REY.

**¡Miserable! (Arrojándose sobre él.)**

JAIME.

¡Yo no: quien en el Cinca  
hundió de Fernán-Sánchez la cabeza!

(El Rey se detiene; queda un momento como acobardado ante  
aquel recuerdo; después con acento sombrío y reconcentrado.)

REY.

¡Mejor es eso que vivir sin honra!

JAIME.

¿Y quién vive sin ella?

REY.

¡Tú!

(Jaime, que está todavía con la espada desnuda, se arroja sobre el  
Rey: los caballeros que rodean á éste se arrojan sobre Argelez:  
D. Pedro los separa con ademán soberbio y se acerca á él: Jaime se  
detiene.)

JAIME.

¡La prueba!

REY.

Por traidor á tu rey más que la muerte  
de merecer acabas. Toma, y lean  
esos ojos, si pueden, estas líneas,  
y cieguen, lloren, salten de vergüenza.

(Le entrega el pergamino. Pausa. Jaime lo toma sin comprender  
nada y mirando á todos con asombro: después se aproxima al ha-  
chón que está clavado desde que principió el acto en el sepulcro de



su padre. Beatriz y Manfredo se hunden, por decirlo así, en la sombra, á espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El Rey á la derecha de Jaime.)

JAIME.

(Á medida que lee.)

¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

(Suspende la lectura; se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto lanza un grito como recordando la extraña escena de la noche precedente, cuando se presentó de improviso á su esposa y á su hermano.)

¡Á mi llegada!...

¡Pronto!...

¡Beatriz! (Buscando por todas partes.)

REY.

Se oculta entre la sombra espesa:  
no acudirá á tu voz. (Al oído.)

JAIME.

(Vacila: mira al Rey, mira á todas partes, al fin se acerca á la tumba de su padre.)

¡Yo también quiero  
silencio!... ¡y soledad!... ¡muerte!... ¡y tinieblas!  
¡Acójeme en tu seno, padre mío!  
¡Dame un beso de amor, uno siquiera!  
¡Escultura que duermes, junta, junta  
á mi afrentada faz tu faz de piedra!

(Cae sobre el sepulcro de su padre, abrazándose á la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y á su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe: la inspiración del artista puede adivinarlo tan sólo.)

gracias, padre: me dió tu helado mármol  
 tanto á poder pedir yo le pidiera:  
 frío de la muerte. Á tus mejillas  
 las mías pasó toda la afrenta.  
 Mas yo te vengaré: me diste calma;  
 te daré satisfacción completa.

REY.

(Mirándose y en voz baja.)  
 perdono, Argelez.

JAIME.

Ya no es posible

(mismo.)  
 perdonarme á mí, ni á él, ni á ella.  
 (voz alta.)  
 Una vez de ese perdón, yo necesito  
 la gracia no más.

REY.

Pide y no temas.

JAIME.

¡Permíteme castigar á los infames.  
 Consientid que una vez el juez yo sea...

REY.

La autoridad te doy: lo que dispongas  
 cumplirá.

JAIME.

Juradlo.

REY.

Por la eterna  
memoria y por el alma de mi padre.  
Que Dios si falto me lo tome en cuenta.

JAIME.

Gracias, señor. (Pausa.)

(Inclinándose ante el Rey como suplicando.)

Salid de este recinto. (Á los demás.)

Al monarca seguid. La doble puerta  
á su cerco de bronce haced que ajuste.

REY.

¿Y tú?

JAIME.

Me quedo aquí.

REY.

¿Solo?

JAIME.

(Con acento que el actor sabrá cuál debe ser.)

¡Con *ella*!...

y también con *Manfredo*. Ha de cumplirse  
y con creces, señor, vuestra sentencia.

REY.

¡La tuya! ¿por qué causa?

JAIME.

Yo á la vida  
del monarca atenté. Mi torpe lengua  
á su corona osó.

(En voz baja.) (Yo fuí quien loco,  
por aquella mujer la fortaleza  
entregó al enemigo.

(El Rey le mira con sorpresa.) ¿No os parece  
que á mi crimen se ajusta bien mi pena?)  
Jurásteis por don Jaime vuestro padre.

REY.

¿Tú lo quieres?

JAIME.

Lo exijo.

REY.

Pues bien, sea.

Salid.

(Al acompañamiento que comienza á salir muy lentamente.)

JAIME.

Señor, la mano.

REY.

Toma, Conde.

(Se arrodilla y besa la mano al Rey.)

Aún es tiempo.

JAIME.

Ya no. Vedlos: *esperan*.

(Señalando á Beatriz y á Manfredo, que están en un ángulo.)

REY.

Que Dios, cuando te juzgue por tus faltas,  
tu amor y su maldad reciba en cuenta.

(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se va como expresan los siguientes versos. Jaime va al último término. Siempre procurando ocultarse Beatriz y Manfredo: la actitud de ambos queda encomendada á los actores.)

JAIME.

¡Ya la luz, ya la vida, ya las pompas  
del mundo y sus honores y grandezas;  
ya del arnés el fulgurante brillo,  
ya el soberbio ondular de las banderas,  
ya todo huye de mí; ya todo sube  
de mi viejo castillo á las almenas!  
¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas,  
seres que allá volvéis á la existencia,  
imágenes de luz y de colores,  
tornad al sol, yo quedo en las tinieblas!

(Cerrando él mismo la puerta del fondo: se oye el rechinar de los

goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el panteón iluminado tan solo por la antorcha del sepulcro: en un rincón Beatriz y Manfredo: en el centro Jaime.)

¡Cruje, puerta de bronce, negra valla  
que entre dos mundos el camino cierras!  
No volverás á abrirte, que tu llave  
á un abismo sin fin conmigo rueda.

(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)

¡Ya estamos en el seno de la muerte;

(Á Beatriz y Manfredo, pero sin acercarse á ellos y con acento terrible.)

caiga deshecha en polvo la materia;  
almas, mostrad lo que en la vida fuísteis,  
si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

## ESCENA X.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO.

Para hacerme traición habéis tenido  
no más que rapidísimos momentos,  
para vengarme yo y atormentaros  
tengo ante mí la eternidad del tiempo.  
Acércate, Beatriz: ven á mis brazos,  
(Le obedece Beatriz maquinalmente pero con lentitud.)  
esposa de mi amor, luz de mi cielo,  
la de la tersa frente alabastrina,  
la del nevado y pudoroso seno,  
Ven á mí: más aún.

(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)

... Quiere tu Jaime  
de esa antorcha contar á los reflejos,  
sobre tu suave cutis nacarado,  
de tu amante feliz todos los besos.

(Le arroja la cabeza hacia atrás y la acerca á la luz: ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de Jaime.)

¡No te separes, no: si no es posible!  
¡Si siempre ya los tres hemos de vernos,  
unidos por los mismos eslabones,  
de infamia y de dolor en el infierno!  
Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora?  
¡Habla pronto! ¿por qué? ¿por qué?

BEATRIZ.

No puedo:

un nudo en la garganta...

JAIME.

¡En la garganta!  
En ella con mis manos debí hacerlo  
la vez primera en que de amor ya loco  
ceñí mis brazos á tu blanco cuello.  
¡Beatriz! ¿no me contestas? ¿que no puedes?  
Pues descansa, respira, toma aliento:  
si no quiero que mueras todavía:  
si quiero oír tu voz, si escuchar quiero  
cómo mientes, y finges, y me acusas:  
descansa... ya hablarás...

(La arroja á un lado, haciéndola pasar por delante con extrema violencia, y llama con la mano á Manfredo.)

Ven tú, Manfredo.

(Manfredo, que ya estaba muy cerca, se aproxima.)

Y en tanto que la sierpe sus anillos  
prepara y que destila su veneno,  
cuéntame tú de la traición infame  
los lances mil, dulcísimos y tiernos.  
¡Todo! ¡todo! ¿Comprendes? Allá arriba  
mi deshonra saber, y hundir mi hierro  
en aquel corazón y en tu garganta,  
hubieran sido rápidos momentos;  
pero aquí ¿para qué? ¡si estamos solos:  
si escapar no podéis: si ya hemos muerto:  
si este es el solo gocé que me resta  
al bajar con vosotros al averno!  
¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces  
como débil mujer ó niño enfermo?  
¡Como niño! ¡No hay más! Es que recuerdas  
de nuestra infancia los alegres juegos.  
El que ahora duerme allí, en sus rodillas

(Señalando el sepulcro.)

á los dos nos tomaba, y algún cuento  
refería de moros ó gigantes  
del ancho hogar junto al rojizo fuego.  
Con sus robustas manos acercaba  
tu cabeza á la mía... ¡así, Manfredo!...

(Hace lo que dice con feroz complacencia juntando mucho su cabeza á la de su hermano. Beatriz los contempla con terror.)

y en una sola, espléndida madeja,  
tu cabello abarcaba y mi cabello.

Ahora escuchar le toca en ese mármol,



quizá le ha despertado nuestro acento,  
y para oír mejor, hacia la piedra  
arrastrándose van sus pobres huesos.  
¡Háblale de tu infamia y mi deshonra!  
¡Devuélvele á tu vez *cuento por cuento!*  
¡Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:  
que no acabe jamás! ¡Ya ves, el tiempo  
es como tu traición y mi desdicha:  
inagotable, inconcebible. eterno!

MANFREDO.

Dí pronto qué prefieres: ¿darme muerte  
ó que me mate yo? Si lo primero  
toma y clava. (Presentándole un puñal.)

Si acaso es lo segundo.  
dilo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.

JAIME.

Junto á la de Roger, dijo el monarca  
que abierta está una fosa.

MANFREDO.

Hasta entonces.

JAIME.

Yo daré luz á tu camino. hermano.

(Arranca Jaime la antorcha del sepulcro, viene al frente de Manfredo y la levanta en alto: Manfredo arroja el puñal contra su pecho, con la cabeza baja, pero cuando alaba el arma contra su pecho para ver á su hermano, se dirige á una de las fósas y cae dentro.)

Adiós, ¡Caín! No tuerzas tu sendero.

MANFREDO.

¡Adiós! Si soy Caín por mi delito,  
no lo soy por odiarte.

(Con cierta ternura y ya desde dentro.)

JAIME.

Adiós, ¡Manfredo!

(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)

¡Cuanto en el mundo amé!

(Después de mirar á Beatriz, que permanece inmóvil en el centro,  
y también hacia el sitio en que supone que cayó Manfredo.)

Luz ¡ya me sobras!

(Arroja la antorcha hacia la izquierda: se apaga y queda la escena  
completamente á oscuras: da algunos pasos, se oprime la cabeza con  
las manos: arranque de desesperación que el actor interpretará.)

Y tú también me sobras, ¡pensamiento!

(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va á caer junto al  
sepulcro. Beatriz se acerca.)

## ESCENA XI.

JAIME, BEATRIZ.

BEATRIZ.

¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad! (Buscándolo.)

(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME.

¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!

Antes se encuentra la muerte

que no la felicidad.

¡Adiós!... Vete. (Rechazándola.)

BEATRIZ.

¡No ha de ser!

Antes, Jaime, de morir (Desesperada.)

¡quiero hablarte!... ¿Vas á oír?

Dime, ¿y me vas á creer?

JAIME.

¿Creerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?

La mentira inútil fuera,

con aguardar á que muera

te bastaba. Pero no:

(Beatriz se prepara á decir algo: Jaime la interrumpe.)

responde y no digas nada,

que no hay tiempo para todo,

y llega el fin de tal modo

que mi vida está acabada.

BEATRIZ.

¿Si supieras?...

JAIME.

Basta; aquí...

(Llevando la mano á la garganta.)

¡siento de sangre una ola!

Contesta á una cosa sola...

¿Has de contestarme?

BEATRIZ.

Sí.

JAIME.

Manfredo murió también  
y tú pronto morirás:  
al morir... ¿donde caerás?

BEATRIZ.

Á tu lado.

JAIME.

¿Sí? Pues ven...  
acércate... ¿No es mentira?  
Responde. (Incorporándose.)

BEATRIZ.

¡No!

JAIME.

Y entre tanto,  
¿donde correrá tu llanto?

BEATRIZ.

¡Sobre tu cuerpo!

JAIME.

Pues mira...  
Abraza mi cuerpo inerte...

*En el seno de la muerte* 183

y no ceses... de llorar...  
que así... vinimos á dar...  
en el seno... de la muerte.

(Cae muerto sobre el banco de piedra, y Beatriz se abraza á él so-  
llorando. Hasta que el telón baje por completo deben oírse sus ho-  
rribles y desesperados sollozos.)

FIN DE LA LEYENDA.







# **LA MUERTE EN LOS LABIOS**

**DRAMA**

**EN TRES ACTOS Y EN PROSA**

**POR**

**JOSÉ ECHEGARAY**

**Representado por primera vez en el Teatro Español el 30 de  
Noviembre de 1880.**



**PERSONAJES DE ESTE DRAMA  
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE  
DEL ESTRENO.**

**MARGARITA, Doña Elisa Mendoza Tenorio.**

**BERTA, Doña Luisa Calderón.**

**MIGUEL SERVET, D. Donato Jiménez.**

**CONRADO, D. Rafael Calvo.**

**WALTER, D. Antonio Vico.**

**JACOBO, D. Ricardo Calvo.**

**NICOLÁS, D. José Calvo.**

**Soldados, esbirros.**

**La escena pasa en Ginebra, año de 1553, que  
fué el del suplicio de Miguel Servet.**

Á LA MEMORIA

DE

D. GREGORIO DE LAS POZAS.

JOSÉ ECHEGARAY.





## ACTO PRIMERO.

*La escena representa una sala modesta, pero no pobre.—A la derecha dos puertas; se llega á la de segundo término por dos ó tres escalones. Á la izquierda, primer término, un balcón. En el fondo otra puerta. En primer término, á la izquierda, una mesa y un sillón; á la derecha otro sillón.—Las palabras derecha, izquierda, refiérense al espectador.*

### ESCENA PRIMERA.

**MARGARITA** asomada al balcón, luego se retira

El sol descende: la tarde acaba: cada vez parecen más oscuras las aguas del lago y menos trasparente el azul del cielo. ¡Otro día sin verle! ¡Ah, Conrado, mucha crueldad es la tuya, si en tí consiste la tardanza! y si en él no consiste, ¿por qué, Dios mío, no escuchas mi ruego? ¡Era yo tan feliz á su lado! ¡qué alegría cuan-

do llegaba el domingo y escapábamos de Ginebra, después de oír misa en la capilla secreta de Roger; y él, y yo, con Berta y con Jacobo, íbamos por esos campos á los valles, á las lomas; donde no hay ni odios, ni luchas, ni salmos que hielan, ni pregonos que espantan, ni calvinistas de trage oscuro y rostro sombrío! ¡Desde que se marchó Conrado me parece que he caído en un abismo sin aire y sin luz! Y luego ese Walter... ¡que recobre la salud, Dios mío, y que nos deje!... ¡que huya, que huya de esta casa ese infame calvinista!

## ESCENA II.

MARGARITA, BERTA por la derecha, primer término.

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Berta!... Ven: acércate, ¿por qué no te acercas?

BERTA.

(Desde la puerta levantando el tapiz y en voz baja.) ¿Estás sola, Margarita?

MARGARITA.

Sola estoy; no temas.

BERTA.

Pero él... ¿no vendrá? (Acercándose poco á poco, con precaución y después de mirar á la segunda puerta del mismo lado.)

MARGARITA.

¿Hablas de Walter?

BERTA.

Calla, no pronuncies su nombre. Sí, de él te hablaba.

MARGARITA.

Pues nunca viene á esta sala de propio impulso, y cuando hasta ella, por acaso, acompaña á Jacobo, ya se le oye bajar la escalera, que su paso lento y firme hace crugir la vetusta armazón.

BERTA.

Es que si yo lo viese, si clavase en mí su mirada... ¡Margarita, hija mía, yo creo que me moriría de espanto!

MARGARITA.

Para tal espanto no hay causa, ni hay razón. Más que á tí me repugna ese feroz hereje, ese calvinista cruel, que en Francia y en Alemania fué azote de católicos, que con sangre de nuestros hermanos está manchado, y que es, aquí en Ginebra, gran consejero de Calvino; pero entre la repugnancia y el espanto hay buen trecho que andar, mi pobre Berta.

BERTA.

Ya: á tí ningún mal puede hacerte; antes debe estarte agradecido, si de agradecimiento es capaz Walter; pero á mí... es distinto.

MARGARITA.

¿Por qué, Berta? (Con interés.) ¿Le conociste en otro tiempo?

BERTA.

Acaso. ¡Ah!... ¡suceden cosas tan extrañas! (Pensativa.)

MARGARITA.

Tú me ocultas algún secreto, madre mía. En las dos semanas que Walter está en mi casa, ni una vez has querido verle, y huyes, cuando él se acerca, como huirías de la muerte.

BERTA.

Esa es la palabra; como huiría de la muerte.

MARGARITA.

Te ruego que me expliques tu conducta, y callas y lloras.

BERTA.

¿Qué otra cosa he de hacer?

MARGARITA.

**Insisto y huyes también de mí. ¡De mí, que te quiero como si fueses mi madre!**

BERTA.

**No; de tí no, hija mía, mi querida Margarita. Tú eres muy buena y muy hermosa. Hermosa como las madonas que veíamos en Italia; buena como los ángeles que tiene Dios en el cielo.**

MARGARITA.

**No me adules así, que tal adulación como ésta dejos tiene de blasfemia.**

BERTA.

**No fuera maravilla que á blasfemia sonase; ¡quién no blasfema teniendo cerca á Walter!**

MARGARITA.

**¡Otra vez!**

BERTA.

**¡Sí, otra vez! Ah, Margarita, ¿por qué le admitiste en tu casa?**

MARGARITA.

**Por Dios, madre, ¿qué querías que hiciese?**



Horrible paroxismo le acomete al pasar por delante de ella y cae desplomado á sus mismos umbrales; ayuda nos piden Calvino y Nicolás, que con él venían; baja Jacobo con nosotras y declara con la autoridad de su ciencia y la energía de su carácter, que en esta casa ha de quedarse Walter si ha de salvarle la vida... y aquí se queda, y aquí le tenemos.

BERTA.

Mal hecho.

MARGARITA.

Pero en aquel estado ¿había de cerrarle mi puerta?

BERTA.

Si la peste negra llamase á ella, aun viniendo en compañía de Calvino, que sí vendría, ¿le abrirías la de tu casa?

MARGARITA.

¡Oh, Berta, no digas cosa tal! Walter es hereje, es infame, es maldito; pero con ser todo eso, es criatura de Dios, y yo no podía rechazar su cuerpo inanimado, ni negar á su alma, con una hora de vida para ese cuerpo, el arrepentimiento y la salvación tal vez.

BERTA.

¡Ojalá no te pese!

MARGARITA.

Haga yo lo que deba, y haga después Dios su voluntad soberana. Esto me enseñó mi santa madre.

BERTA.

Eres un ángel; pero los ángeles no son para esta tierra de herejes. Hija mía, Conrado volverá pronto, y cuando vuelva...

MARGARITA.

¡Seré su esposa!...

BERTA.

¿Y dejaremos Ginebra para siempre?

MARGARITA.

Para siempre; los tres. ¡Aragón nos espera con la casa solariega de mis padres, el cielo de mi patria con su alegre azul!

BERTA.

¡Cuándo llegará ese día!... Pero... oye... una trompeta lejana... es un pregón...

MARGARITA. (Asomándose al balconcillo.

Sí. ¡Allá... en la orilla del lago... un sonido estridente... tortura y dolor anuncia!... ¡Pero

escucha, aquí, en la plaza... otro pregonero!... Allí lejos le veo... mantellina negra pende de su metálica trompeta... 'con rancos y destemplados sonos llama á la gente: ese no anuncia tortura... anuncia suplicio!... ¡Dios mío!

BERTA.

¿Qué dice?

MARGARITA.

Nada se oye, está muy lejos.

### ESCENA III.

MARGARITA, BERTA, JACOBO por el fondo.

BERTA. (Retirándose de la ventana.)

¿Quién es?... ¡Ah, eres tú!

MARGARITA.

¡Jacobo!... ¡Cuánto me alegro que vengas!...  
(Yendo á su encuentro.)

JACOBO.

¿Qué hacíais ahí, imprudentes? ¿No sabéis que Calvino es inflexible y severo? ¿que ante su moral implacable el amor á la luz es tanto como el amor á las tinieblas; y la dicha, cosa muy parecida al mal; y el lujo, un crimen; y la alegría, un ultraje á Dios! ¡Mujeres á la ven-

tana y quizás con la sonrisa en los labios! ¿De qué servirá que los ministros del culto reglamenten las costumbres; que la inquisición suiza clave su mirada inquieta y vigilante en el hogar doméstico, si la primera mozuela de lindo palmito, que espere á su adorado, ha de osar echarse á los abiertos balcones prendida y adornada y con la luz del sol sobre la frente?

(Todo esto dicho con ironía, pero con ironía triste.)

MARGARITA.

No te burles, Jacobo.

JACOBO.

¡Burlarme! Burlarme de Calvino, el rey pontífice, y de sus batallones de emigrados franceses! ¿Yo? un pobre español! un médico que ni cree en Dios, ni en el Diablo!

MARGARITA.

¡Jacobo!...

JACOBO.

Walter no me oye y vosotras no me denunciaréis. Yo, el entusiasta admirador de Lucrecio, el discípulo predilecto de Miguel Servet, ¿tomar á risa á estos protestantes suizos? ¡Buena me esperaba á mí, donde han sucumbido los primeros patriotas ginebrinos, aquellos

ilustres vencedores de la casa de Saboya! Preguntad al consejero Pedro Ameaux si no tuvo que ir descalzo, y con enorme blandón en la mano, en retractación y penitencia de no sé qué palabras poco respetuosas para Calvin. Que os cuente Francisco Fabre qué tal lo pasó en el calabozo por negarse á ser capitán de arcabuceros. Que os refiera Bolsec á dónde tuvo que ir por el nefando crimen de defender el libre albedrío contra la predestinación. Que os diga Perrín, con ser todo un presidente del consejo ginebrino, si por haber puesto la cara fosca al amo y señor espiritual de toda esta gente, no vió citada ante el Consistorio á su propia mujer, bajo la infamante acusación de vida escandalosa. ¿Os parece poco? Pues no diré más: pero como remate y coronamiento á toda esta máquina de tiranía calvinista, alzad el tajo en que puso su cabeza el desgraciado Pedro Gruet, y preguntad de paso á los muros de la sala del tormento, si conservan memoria de cuantos gritos le arrancó el dolor; y si por acaso no os contestasen, más allá del lago, á la vuelta de una verde loma, y al pié de un sauce, encontraréis bajo tierra un tronco humano sin cabeza y una cabeza sin tronco, que quizá recuerden lo que la insensible piedra haya olvidado ó por dura de condición ó por sobra de costumbre.

MARGARITA.

Basta, Jacobo.

JACOBO.

Pues el crimen de Gruet no fué otro que el de atacar por escrito las censuras del Consistorio.

MARGARITA.

Todos esos que has citado eran grandes personajes: de nosotros, gente humilde, ¿quién se acuerda?

JACOBO.

Tan humilde como tú es Juana, y sin embargo el Consejo...

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Juana!... ¿decidieron ya?... ¡habla!

BERTA.

¡No!... ¡escucha!... ¡él!

MARGARITA.

Sí: Walter.

BERTA.

Pues no ha de verme... (Dirigiéndose á la derecha.)

JACOBO.

¿Á dónde vas?... ¡Berta!... ¿por qué huyes

despavorida como si viniese el Ante-cristo?

BERTA.

¡Porque él viene! (Sale apresuradamente.)

JACOBO.

Siempre lo mismo; el seso perdió tu pobre nodriza.

MARGARITA.

Silencio.

#### ESCENA IV.

MARGARITA, JACOBO, WALTER por la derecha segundo término.

WALTER.

(Deteniéndose un momento después de bajar los escalones y dirigiéndose á Jacobo: mientras Margarita se sienta junto á la mesa y se ocupa de sus labores.) Tarde vienes.

JACOBO.

Tarde vengo, cuando nadie me necesita: á punto llegué, cuando llegué para salvarte.

WALTER.

Pues te equivocas, que hoy necesitaba de tí.

JACOBO.

¿Quién? ¿el corazón ó la cabeza?

WALTER.

El corazón va bien: hace muchos años que no lo siento.

JACOBO.

Lo creo.

WALTER.

La cabeza es la que va mal. Llevo en ella algo que gira: no parece sino que traigo aquí dentro una picota y que á su alrededor van dando vueltas una docena de herejes.

JACOBO.

Ya se cansarán.

WALTER.

De sufrirlos lo estoy yo: con que dame de esa medicina prodigiosa que entre tú y el diablo inventásteis, y que me deja más sosegado que una plática de Calvino ó que una noche de buen sueño. (Se sienta en el sillón de la derecha.)

JACOBO.

No puede ser.

WALTER.

Puede ser, pues yo lo quiero.



JACOBO.

Pues yo no, y de tu cuerpo respondo al Consistorio y á las cuatro iglesias de Berna, Zurich, Schaffausen y Basilea; con que ya ves.

(Con ironía.)

WALTER.

¿Pero hay razón?

JACOBO.

Y buena: que la droga es endiablada como tú dices, y aunque es segura, á ella sólo ha de acudirse en casos muy extremos. (En este punto se oye, pero no muy cerca, la trompeta de un pregón.)

MARGARITA.

Otra vez el pregón. (Asomándose á la ventana.) Sí: en la plaza. Me asomaré al balconcillo de la escalinata. ¡Dios mío, pobre Juana! (Sale por el fondo.)

## ESCENA V.

WALTER, JACOBO.

WALTER.

Tendré paciencia: eres mal cristiano, pero buen médico.

JACOBO.

Discípulo de Servet.

WALTER.

¡Que Dios confunda!... ¡ó que Dios ponga en mis manos, que como en ellas caiga, ya le confundiré yo!

JACOBO.

Pues á la obra, Walter, porque cerca anda.

WALTER.

¿Quién?

JACOBO.

¿Quién ha de ser? El *malvado español*, como dice Zuinglio.

WALTER.

(Levantándose con ímpetu.) ¿Qué?... ¿En Ginebra?... ¡Servet!... ¿Servet ha venido?

JACOBO.

Así lo anuncia un pregón que oí sobre el puente.

WALTER.

¡Al fin!... ¡ah!... ¡justicia de Dios!... ¿Pero es verdad?

JACOBO.

Al menos lo suponen los síndicos.

WALTER.

Sí: lo será: él es osado y el abismo atrae.

JACOBO.

(Hablando lentamente, con tono irónico y como en forma de pregón.) Pues requeridos los dichos síndicos por Calvino, en forma de acusación contra el hereje, «mandan y ordenan á todos los ciudadanos libres de nuestra libre ciudad de Ginebra, »que lo denuncien y entreguen,» bajo las penas de costumbre y otras nuevas y severísimas que lo especial del caso exige. Así gritaba allá arriba, cuando pasé, un enorme jayán de destemplada voz, entre cuatro suizos con picas, dos trompeteros con sendas dalmáticas, y buen golpe de gente, que desocupada ó bobalicona, á escuchar el pregón acudía de todas las callejas.

WALTER.

Así: bien hacen: darle caza. ¡Y después, el suplicio, la hoguera, con él su infame libro, y sobre aquella frente que inspiró Satanás, una buena corona de paja empapada de azufre! Esto no más hay que prevenir para ese infame discípulo de Maniqueo.

JACOBO.

¡Pobre maestro, quién te trajo á esta ciudad de Ginebra!

WALTER.

La voluntad de Dios, que antes de nacer nos marca á todos camino, y derrotero, y término. Santificada sea hoy como siempre, y hoy más que nunca, pues nos manda á Servet y á su *Restitución del cristianismo*, ese libro abominable de que ayer me hablabas con entusiasmo mal contenido.

JACOBO. ●

Pero que, por mi desgracia, jamás leí.

WALTER.

Por tu buena fortuna, dirás mejor; que si en tus manos estuvieses, no habían de servirte, ni tu ciencia, ni la salud que me has dado, ni todas tus artes, porque á la más negra mazmorra del Consistorio ibas á dar con tus huesos.

JACOBO.

Nunca me forjé grandes ilusiones sobre tu gratitud, Walter.

WALTER.

La gratitud es crimen cuando ataja el camino á la justicia.

JACOBO.

Pues no hablemos de gratitud, hablemos de justicia; y en ley de justicia te digo, que fueras injusto, porque si en mi poder cayese el tal libro, infame ó sublime, que poco me importa lo que sea, yo te juro que no había de engolfarme, ni en sus metafísicas, que han trastornado el seso á mi pobre maestro, ni en sus teologías, que le van aparejando una buena hoguera de leña verde; y que dando de mano á Plotino, y Porfirio, al mismo Hermes Trismegisto y al mismísimo Zoroastro, sólo habían de buscar mis ojos *una página... no, dos páginas*, que serán gloria eterna para el buen aragonés. Dos páginas, repito, que no lograríais quemar, aunque en el brasero amontonáseis más leña, que leña hay en todos los bosques de vuestras montañas helvéticas; aunque sobre la llama sopláseis, para avivarla, más odios, que odios hay en vuestros corazones, y eso que cuento con el de Calvino; aunque levantáseis más fuego en la hoguera, entre católicos, luteranos y calvinistas, que fuego venís encendiendo hace veinte años en estas maltrechas y peor aconsejadas tierras, por campos, ciudades, plazuelas y encrucijadas.

WALTER.

¿Dos páginas, dices?

JACOBO.

No más.

WALTER.

¿Hay encanto ó brujería en ellas?

JACOBO.

Y no flojo encanto, ni brujería de baja ralea, sino de lo más exquisito y alambicado de la quiromancia.

WALTER.

¿Dan muerte?

JACOBO.

Dan vida, y dan gloria; y á la postre inmortalidad.

WALTER.

¿A quien las lee?

JACOBO.

No; á ese dánle sólo placer singularísimo, y unas, así como lucecillas, por dentro de este hueso redondo que se llama cráneo.

WALTER.

¿Pues á quién dan inmortalidad?

JACOBO.

A quien las escribió.

WALTER.

¿A Servet?

JACOBO.

Ni más ni menos: á Miguel Servet, aragonés de origen, vecino que fué de Villanueva, perturbador contumaz de iglesias protestantes, escándalo de católicos, y enemigo á muerte de Calvino.

WALTER.

Pues entrégame al autor de esas páginas con las dos famosas que dices, y vuelve en busca de esa inmortalidad de que hablabas cuando yo te avise.

JACOBO.

Por el desgraciado Servet temería la prueba, por ellas no.

WALTER.

¿De qué tratan?

JACOBO.

De un gran misterio.

WALTER.

¿De la Santísima Trinidad?

JACOBO.

No acertaste.

WALTER.

¿Del verbo increado?

JACOBO.

Menos aún.

WALTER.

¿De la gracia? ¿Del bautismo?

JACOBO.

Aunque te rompas el tuyo, ni por gracia das con ello.

WALTER.

¿No es nada de eso?

JACOBO.

Nada de eso, mi sublime teólogo.

WALTER.

¿Pues de qué tratan?

JACOBO.

De una quisicosa que se llama, ó pudiera llamarse, *la circulación de la sangre*. ¿Sabes tú lo que esto significa?



WALTER.

Sangre he visto correr y mucha.

JACOBO.

Y aun has ayudado á que corriese. ¿No es así, Walter?

WALTER.

A veces: siempre que lo exigió la religión; cuando lo apeteció la venganza.

JACOBO.

*Correr* no es *circular*, es lo contrario.

WALTER.

¿Pues por dónde circula?

JACOBO.

A lo que yo comprendo, por dentro de toda tu máquina: ahora mismo y apriesa, por tu cerebro, en esa danza de picota de que hace poco te doliste.

WALTER.

Embustes ó hechicerías. Si son engaños, como presumo, buen embaucador está tu maestro: si fuesen verdades, como supones, ¿de qué las sabe él? ¿ni quién se las dijo? ¿ni cómo pu-

do descubrir lo que Aristóteles ignoraba? Pacto con algún espíritu de las tinieblas tendrá, y bastara esta prueba, si otras no hubiese, de que practica magias y hechizos y artes abominables.

JACOBO.

Será lo que quieras, pero media vida diera yo por leer ese pasaje de su libro.

WALTER.

Y como á leer el libro de Servet te diesses, de la otra media vida yo me encargaba.

JACOBO.

Gracias, Walter; pero no aspiro á la gloria de Pedro Gruet, ni apetezco lo que á la pobre Juana habéis preparado.

WALTER.

¿Fallaron los síndicos?

JACOBO.

¿No has oído unas trompetas destempladas y lúgubres?

WALTER.

Sí: ¿acaso eran?...

## ESCENA VI.

WALTER, JACOBO, MARGARITA, por el fondo.

MARGARITA.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Walter!...

WALTER.

¿Qué ocurre, Margarita?

JACOBO.

Pálido está tu rostro: lágrimas lo inundan,  
¿qué tienes?

MARGARITA.

¿No habéis oído? .

JACOBO.

Sí, el pregón.

MARGARITA.

(Sollozando.) ¡Juana!... ¡á muerte!... ¿en la hoguera?... ¿en esta misma plaza!... ¡Ah, Walter, no es posible! ¡no seréis tan crueles!

WALTER.

Mal nombre pones á nuestra justicia.

MARGARITA.

¡Justicia! no lo es: no puede serlo. Juana es inocente: lo juro. ¡Ella hechicerías! ¡Virgen santísima! ¡Es tan buena! ¡La quería yo tanto! ¡Cuántas veces esta primavera pasada, nos sentábamos juntas en el jardín al lado del rosal!

JACOBO.

Lo abrasó el sol de este verano: ¡mal presagio! Si el fuego del cielo lo convirtió en marchito ramaje, cuenta no quiera el ramaje convertirse en fuego.

MARGARITA.

No, Jacobo, no digas eso: no es posible, Walter no lo consentirá: ¿verdad, que no lo consentirás? y tú lo puedes todo con Calvino. Oye, Walter: yo te recogí en mi casa cuando á su puerta caiste sin aliento; yo te velé muchas noches; sequé tu frente empapada en sudor; humedecí tus secos labios. Oye, Walter: yo no te conocía antes: si algo sentí al verte fué miedo, y sin embargo recé por tí, lloré por tí; ¡ya ves que he sido buena, muy buena contigo!

WALTER.

Dios lo quiso; Él dispuso que lo fueses: no

reclames para tí méritos que no son tuyos.

MARGARITA.

¡Walter!...

WALTER.

Esto no quita para que, en lo humano, yo te agradezca el esmero con que me cuidaste. Pero si por gracia de Dios fuiste compasiva, porque Dios retiró de ella su mano, fué Juana culpable, y no han de valerle tus merecimientos, cuando ni aun para tí son tuyos.

MARGARITA.

Eso que dices...

WALTER.

Basta: tu ruego me golpea en el cráneo como una maza de plomo. Calvino sabe lo que hace: hay mucho que corregir: la debilidad es un crimen, y la mujer fué siempre para el pecado tentación y apetito. (Alejándose de ella con enojo.)

MARGARITA.

¡Walter! ¡por Dios santo, no me rechaces!

WALTER.

¿Y por qué no he de rechazarte? Crees tú, que si tú misma cayeses mañana en el abismo de la culpa ¿yo te ampararía? Mira, Calvino

**explica esto bien. El libre albedrío no existe; quien delinque, delinque por voluntad divina; su crimen es sello de infamia y muerte que Dios pone sobre él; es el dedo del Altísimo que le señala y que claramente ordena su castigo. ¿Y no habíamos de castigar nosotros? Predestinados al bien ó al mal nacemos todos: recoja cada cual lo suyo.**

MARGARITA.

(Con exaltación.) ¡Ah! ¡esa doctrina es impía, es execrable, es falsa! ¡Yo, yo que soy una pobre mujer, digo que es falsa!

WALTER.

¡Margarita!... (Con voz amenazadora.)

JACOBO.

¡Margarita!... (Conteniéndola.)

MARGARITA.

¡Déjame! (A Jacobo.)

WALTER.

¡Desdichada!

JACOBO.

**Silencio.** (Señalando hacia la puerta del fondo.)

## ESCENA VII.

MARGARITA, WALTER, JACOBO Y NICOLÁS LA FONTAINE, por el fondo.

WALTER.

Nicolás, bien venido.

NICOLÁS.

Walter, bien hallado.

WALTER.

(Á Margarita en voz baja.) (No quiero recordar lo que has dicho, y con no recordarlo, si mucho hiciste por mí, no hago yo menos en tu favor.)

NICOLÁS.

Buen semblante. (Á Walter.) Ni cuando argumentabas en el Consistorio te ví color más encendido.

WALTER.

La frente me arde; me hierve el pecho; no estoy bueno, Nicolás.

NICOLÁS.

Y aun así argumentabas cuando llegué.

WALTER.

La santa doctrina ha de sustentarse hasta en la hora de la muerte.

NICOLÁS.

¿Era contra Jacobo?

JACOBO.

¡Dios me libre!

NICOLÁS.

Entonces... si no eras tú... ¿Qué... sería?...  
(Señalando á Margarita.)

WALTER.

Dudas, que yo quise resolver, sometió á mi experiencia.

NICOLÁS.

Consulta te traigo también, Walter; pero de mayores alturas viene.

WALTER.

¿Es de Calvino?

NICOLÁS.

Precisamente.

WALTER.

Honor y grande sería para mí, si en estas



materias cupiesen vanidades humanas. Discutiremos. (Pequeña pausa.) ¿Y se trata?...

NICOLÁS.

De Servet y de su proceso.

WALTER.

¿Dieron con el malvado español?

NICOLÁS.

Todavía no, pero se dará con él.

WALTER.

¿De suerte que Calvino por anticipado se ocupa?...

NICOLÁS.

De su acusación ante el Consejo. Yo la sostendré como parte criminal; el hermano de Calvino será mi fiador: los puntos teológicos vienen en este papel.

WALTER.

¿Cuántos son?

NICOLÁS.

Treinta y ocho.

WALTER.

Con uno me basta para encender su pira en esa plaza.

JACOBO.

(Aparte á Margarita.) (Y con los restantes á mí para encender la suya en el infierno.)

WALTER.

¿Los principales?...

NICOLÁS.

Son estos. Se le acusa de negar la Trinidad santísima, la divinidad de Cristo y la inmortalidad del alma. En fin, aquí están todos.

(Mostrando un papel.)

WALTER.

Pues ven, ven: ahora mismo quiero verlos.

(Dirigiéndose á la puerta de la escalerilla.)

NICOLÁS.

Sin embargo... si tu cuerpo anda débil...

WALTER.

Mi voluntad es fuerte. (Sigue marchando; Nicolás le sigue.)

JACOBO.

(Desde su puesto y riendo irónicamente.) ¿Tu voluntad, Walter? ¿De voluntad hablas? ¿Luego con libre albedrío te supones? ¿Como yo fuera miembro

del Consistorio ó del pequeño Consejo, sin una buena acusación de hereje no te escapabas de mis manos!

WALTER.

(Desde lo alto de la escalerilla y ya junto á la puerta, pero volviéndose á Jacobo que está siempre en primer término.)

¡Pues á ello, y á ver cómo prueba algo contra mí el médico famoso de los filtros endiablados!

JACOBO.

Que tú aprovechas.

WALTER.

Pero que tú fabricas.

JACOBO.

¿Quién más culpable?

WALTER.

El que lo es por oficio.

JACOBO.

Que da la vida.

WALTER.

Pues más dijera yo que va la muerte conmigo. (Salen él y Nicolás.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, JACOBO.

JACOBO.

Y en eso acierta.

MARGARITA.

¿De modo que Walter?...

JACOBO.

Lleva la condenación en el alma, según tú dices; y la muerte en el cuerpo, según digo yo. De lo tuyo nada sé; de lo mío respondo por ante Hipócrates y Galeno y la Universidad de París.

MARGARITA.

¿Pues cómo?...

JACOBO.

Del primer ataque le salvó mi famoso filtro, como él dice; vendrá el segundo muy pronto, y aún le sacaremos á tierra de vivos; pero ¡qué poco durará después! Días, horas, quizá instantes.

MARGARITA.

Sea de él lo que Dios disponga; pero... ¡ah, mi pobre Juana!

## ESCENA IX.

MARGARITA, JACOBO, BERTA, por la derecha primer término.

BERTA.

(Avanzando la cabeza poco á poco, mirando á todas partes y entrando después con grandes demostraciones de alegría.)

¡Margarita!... ¿No está?... ¿Verdad que no está?... ¡Ay, Dios mío!

JACOBO.

Marchóse á sus alturas. Entra sin empacho, y acaba de una vez con tus aspavientos y conturbaciones, que vas estando temosa con el tal Walter.

BERTA.

¡Margarita!... ¡si supieses!... ¡Estaba yo en el jardín, y por entre los mal unidos tablones de la empalizada me llamaron!... me llamaron... y voy... (Dirigiéndose al fondo.)

MARGARITA.

(Deteniéndola.) ¿Pero quién era?

BERTA.

«¡Berta!» dijo alguien; «corre, ve y abre... ¡pronto!»

MARGARITA.

¿Pero quién era?

BERTA.

(Abrazando á Margarita.) ¡Quién ha de ser cuando pongo tanto afán en obedecerle! (Se separa presurosa de Margarita y se va hacia la puerta del fondo.)

MARGARITA.

(Yendo tras ella.) ¡Conrado!

BERTA.

¡Ese!... ¡ese!... ¡mi Conrado! (Sale presurosa.)

MARGARITA.

Gracias, ¡Dios mío!

## ESCENA X.

MARGARITA, JACOBO.

JACOBO.

¡Ya era tiempo! Y ahora lo que importa es no perderlo más. Mañana doy por bueno á Walter ¡que es dar! y os deja libres: rociáis la casa con agua bendita, como primera precaución; os encomendáis de seguida á Dios mise-

ricordioso, como quien afronta mortal empresa, y os casáis en la capilla de Roger antes de tercero día. Con lo cual y con despediros de vuestro buen Jacobo, sin dar más espacio al diablo, ¡á España! que anchá es Ginebra por hoy para calvinistas; y para suizos, Suiza; pero no para españoles, cristianos viejos y católicos de los de ¡Roma y el Apóstol!

## ESCENA XI.

MARGARITA, JACOBO, CONRADO, BERTA. Los dos últimos por el fondo. Conrado con gran apresuramiento y ansiedad.

CONRADO.

¡Margarita! (Corriendo hacia ella.)

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Al fin!... ¡para siempre! (Yendo á su encuentro.)

CONRADO.

Para siempre, ¡amor mío!... ¡Jacobo!... (Tendiéndole la mano:) ¡Pero oye!... (Volviéndose hacia Margarita.)

MARGARITA.

¿Qué tienes, Conrado? ¡Algo más que el contento de verme hay en tí!

CONRADO.

¡Hay alegría; pero hay angustia horrible también!

MARGARITA.

¿Por qué ó por quién?

CONRADO.

Por un hombre...

MARGARITA.

Sigue.

CONRADO.

¡Á quien en otro tiempo llamaba padre; por un español, que salvó mi vida; por el sér más perseguido y desdichado que conozco; por el alma más noble que existe!

JACOBO.

(¡Ah... ¿qué dice?... ) (Aparte como adivinando algo.)

MARGARITA.

¿Y en peligro está?

CONRADO.

¡De muerte!

MARGARITA.

¡Pues á salvarle! (Diciéndole con ademán enérgico que vaya.)



CONRADO.

Tú lo puedes.

MARGARITA.

Que es poder tú. Dí, cómo.

CONRADO.

Abriéndole la puerta de tu casa.

MARGARITA.

¿No es tuya más que mía?

CONRADO.

¡Casa! ¡ah! yo no la tengo: cuarto mezquino de mísero estudiante, que con otros divido: á tenerla no le trajera á la tuya.

MARGARITA.

¡Calla, cruel! ¡que hasta hoy jamás me ofendiste!

CONRADO.

¿Luego consientes?

MARGARITA.

¿Por qué tardas en ir á buscarle?

CONRADO.

Abajo espera.

MARGARITA.

¡Pues pronto!

CONRADO.

Gracias, Margarita. (Estrechándole la mano.)

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

Se llama...

MARGARITA.

¡Qué importa!... ¡Ve!

CONRADO.

Sí: los instantes son siglos. (Sale apresuradamente.)

## ESCENA XII.

MARGARITA, JACOBO, BERTA. Margarita corre á la puerta de la escalerilla y la cierra y asegura. Después viene al primer término.

BERTA.

(Á Jacobo.) ¿Quién será?... ¡Margarita y yo oímos dos pregones desde el balconcillo de la escalinata: uno, el de Juana; otro, el de Miguel Servet!... ¡Si fuese!...

JACOBO.

¡Si fuese!... ¡Dios mío, qué idea!

BERTA.

(Á Margarita.) ¿Qué has hecho?

MARGARITA.

Cerrar aquella puerta. Y ahora, prepara el pabellón del jardín para ese desdichado. Nadie ha de verle, nadie, y Walter menos que nadie.

BERTA.

Margarita, los impulsos más generosos son á veces los más imprudentes. ¿Sabes lo que vas á hacer?

MARGARITA.

Sí, madre: cumplir mi obligación.

### ESCENA XIII.

MARGARITA, BERTA, JACOBO, CONRADO, SERVET: los dos últimos por el fondo.

CONRADO.

¡Esa!... ¡esa es mi Margarita!... (Á Servet desde que entran.)

JACOBO.

¡Él!... ¡Servet!...

BERTA.

(Á Margarita.) (¡El proscrito!... ¡el hereje!)

MARGARITA.

(Á Berta.) (Lo sabía.) (Adelantando unos pasos hacia Servet.) Señor... (Todo esto rápido.)

SERVET.

Conrado lo ha querido: fuerzas me faltaban, y cedí á su ruego. Pero al verte niña angelical, vacilo entre dos contrarios impulsos: el de la gratitud me lleva á tus plantas; el del remordimiento me arroja otra vez á esa triste plazuela, en donde me recogió Conrado, y que fué reposo de un instante en esta eterna calle de mi amargura.

MARGARITA.

No harás eso si de algo sirve mi súplica.

JACOBO.

(Adelantándose.) Eso harás, si algo vale para Miguel Servet el leal consejo de un compatriota, de un amigo, de un discípulo.

SERVET.

¡Ah!... ¡Jacobo!... ¡mi buen Jacobo! (Se abrazan.)

JACOBO.

Sí, tu buen Jacobo, que te dice: huye de esta casa; quiso salvarte y al abismo te arroja.  
(Señalando á Conrado.)

CONRADO.

¡Yo!... ¡al abismo! ¿de qué modo?

JACOBO.

Trayéndole á donde está Walter.

CONRADO.

¡Walter aquí!

JACOBO.

Y por si él no bastase, arriba tienes á Nicolás Lafontaine.

CONRADO.

¡Ira de Dios!... ¡Huyamos! (Á Servet.)

SERVET.

¡Sea! pero dejadme, dejadme solo, me fatiga esta lucha. Yo mismo me entregaré al primer esbirro que encuentre, diciéndole: yo soy Mi-

guel Servet y este es mi libro; no nos busquéis más, que al triunfo ó al martirio venimos los dos. (Dice esto mostrando un libro bajo la ropilla y hablando con exaltación.)

CONRADO.

No, eso no. Pero ven por allí. (Señalando hacia el fondo.)

MARGARITA.

Eso tampoco; por allá, al pabellón del jardín. (Señalando la primera puerta de la derecha.) ¿Dónde más seguro que en la misma casa que ocupa Walter? ¿Quién ha de buscarle en ella?

CONRADO.

Es cierto.

JACOBO.

En eso, bien mirado, razón tienes.

MARGARITA.

Walter, ya restablecido por completo, saldrá mañana: tú me lo asegurabas há poco; (Á Jacobo.) y después nos queda la buena sombra de su mala sombra, que sólo por obra de Dios pudo convertirse en algo bueno cosa tan funesta. Creedme, tan seguro estará aquí Miguel Servet como jamás estuvo en parte alguna.

CONRADO.

¡Oh, Margarita; si no fuese mi amor adoración fervorosa por el alma que Dios puso en tí, orgullo sería sin límites por el peregrino ingenio que le plugo darte! Ya lo veis, todos perdemos el juicio y el sentido menos ella, y la mejor prueba de juicio y de sentido que nos resta por dar, creedme á mí también, es obedecerla ciegamente. Al pabellón del jardín.

JACOBO.

Pues sea, que á discreción nadie le gana y me doy por vencido. (Con rapidez como todo lo que sigue.)

BERTA.

(Aparte.) (¡Dios mío! ¡ese hombre en nuestra casa!)

MARGARITA.

Ven. (Á Servet.)

CONRADO.

Sí, Servet, vamos.

JACOBO.

Y pronto, porque si bajan...

MARGARITA.

No temas; cerré aquella puerta y además se les oye venir.

CONRADO.

No obstante... (Invitando á Servet.)

SERVET.

Un momento. Bien pensado, yo no puedo, pobre niña, aceptar tu sacrificio. ¿Qué culpa tienes tú de que yo quisiese luchar con Calvino? ¿Ni menos aún de que el infame... ¡él, un protestante!... me delatara á la inquisición católica de Francia en el Delfinado? ¿Por qué has de pagar tú, Margarita, mis imprudencias ó sus crímenes? Á Miguel Servet la hoguera ginebrina, si este es su destino; á su verdugo el fuego eterno de los réprobos; á vosotros el amor, la felicidad, la vida! (Dirigiéndose á Conrado y Margarita.) Adiós; él os bendiga por el bien que me habéis hecho. (Quiere salir, pero Conrado y Margarita le detienen.)

MARGARITA.

No, Servet. Conrado te debe la vida, ¿no es cierto?

SERVET.

Á mí, no: á Dios.



CONRADO.

Y á la ciencia y á la caridad que Dios puso en tí.

MARGARITA.

Pues si él vive por tí, no sería mucho aunque los dos te diésemos la vida que te debemos.  
(Con entusiasmo.)

CONRADO.

¡No: calla! ¿Morir tú? ¡No, eso no! (Á Margarita con ansia.) Pero ¿quién habla de morir? ¡qué mezquinos alientos tenéis! ¿No está enfrente el lago? ¿no hay barcas que lo crucen? ¡Pues dentro de dos ó tres días á Zurich, y eres libre, y Calvino se abrasa de ira en su propio fuego, por no lograr abrasarte en el de sus hogueras!

SERVET.

(Tristemente, luego con animación.) ¡No me persuades, Conrado! ¡No hay para mí paz, ni descanso, ni albergue seguro en ningún rincón del globo. Me odian por igual católicos y protestantes; *malvado español*, me llaman todos; Alemania, y Francia y Suiza, condenan mis obras á una voz, lo mismo la Geografía de Tolomeo, que la Biblia anotada, que la Restitución del cristianismo; sentencias de muerte llueven sobre

mí, como fuego del cielo; oía esta tarde pregonar mi cuerpo, y aún zumbaba en mis oídos el lúgubre vocear del pregonero de Lión!

CONRADO.

¡Servet, mi buen amigo!...

SERVET.

¡Sí; bien trataban á tu buen amigo en el Delinado!

CONRADO.

Por Dios, Servet, habla más bajo y calma tu delirio.

JACOBO.

Adentro, Servet, que ya más tarde nos contarás tu historia. (Queriendo llevarle.)

SERVET.

No, es inútil. Saldré de esta casa, volveré á la hospedería de la Rosa, y que Dios disponga de mí lo que sea servido. ¡Ah! ¡si yo os digo que Miguel Servet nació para consumirse en las llamas! ¡Qué mucho que entregue esta carne miserable á las de una hoguera, si las de la ciencia han abrasado todo mi pensamiento, si las del amor divino han inflamado, sublimándolo, mi espíritu! (Animándose por grados, á pesar de las muchas protestas de todos, y reuniéndolos á su alrededor.) ¡Por

eso, por eso me odia Calvino! ¿No lo sabíais? No soy yo, es este libro la causa de su inquina. *La restitución del cristianismo*: ¡esto, esto es lo que le muerde en las entrañas, y por esto le asaltan á una, como tres furias, la envidia, la rabia y la impotencia!

JACOBO.

Basta, por Dios santo.

SERVET.

(Exaltándose cada vez más.) No, si no le temo: llegué á Ginebra y fuí el mismo día al templo donde predicaba.

CONRADO.

¡Insensato!

SERVET.

¡No! ¡Calvino! ¡él! ¡él, el insensato! Espíritu frío, seco, estrecho, jamás sintió sobre su frente, en las largas horas de la silenciosa noche, el beso místico de su Dios, ¡y yo, sí! El misterio de la Trinidad, el más profundo de cuantos rodean la esencia eterna del solo Dios, ante cuya grandeza me humillo, fué para él, como para todos, misterio incomprensible, símbolo vacío, cancerbero espantable, como yo le digo aquí: (Golpeando el libro.) algo, en suma, que

no está hecho para espaciarse por su frente, más estrecha y más oscura que correa de pastor luterano. En cambio mi Dios no ha tenido para mí ni sombras ni misterios, y le siento todo luz en mi alma toda fuego!

CONRADO.

En él acabarás, si no atajas los insensatos vuelos de tu fantasía.

JACOBO.

Ven, Servet; Walter y Nicolás pueden sorprendernos.

MARGARITA.

¡Sí, por Dios!

BERTA.

(Aparte.) (¡Ah! ¡este hombre ha de perdernos al perderse!) (Dicen lo que precede afanándose todos, menos Berta, que está en acecho, alrededor de Servet.)

SERVET.

(Como volviendo en sí.) Perdonad; tenéis razón. ¡Pero hace tanto que no puedo contar á nadie estas cosas!... Adiós, niña; no quiero trocar tus bodas en funerales: sé feliz. Adiós, Conrado, eres digno de ella. Adiós, Jacobo: en tu frente hay luz, y fuego en tu alma; adelante!... Adiós, amigos míos, dejadme salir.

CONRADO.

¿Pero tú imaginas que yo he de permi

MARGARITA.

No, Servet, no es posible.

CONRADO.

Aunque tengamos que atarte como á un  
aquí te quedas.

JACOBO.

Y bien mirado, quedarías, maestro, co  
que eres.

SERVET.

¡Sois muy buenos!.... pero es preciso.  
andando.)

CONRADO.

¡No! (Poniéndose delante.)

MARGARITA.

¡Servet!...

JACOBO.

¡Oh! ¡no le detengáis! ¡si él lo quiere! C  
corre al abismo; entrégate á Calvino, ent  
le ese libro; ¡y ya verás cómo no sólo tu cu  
sino tu nombre, tu gloria, tus portentosas

ciones, tus admirables descubrimientos, *todo es humo*, que un instante se mece sobre esa colina, que por algo se llama el Campo del Verdugo, y que luego la brisa del lago se lleva á sus montañas para siempre! ¿Quién fué Servet? Un insensato ó un brujo á quien quemaron en Ginebra. Sigue, maestro, sigue.

SERVET.

(Que al oír las primeras palabras de Jacobo se detuvo y escuchó atentamente, se va acercando al proscenio poco á poco.) ¡No!... ¡mi libro, no! (Apretándolo contra su pecho.) En eso verdad dices. Sólo quedan dos ejemplares en el mundo de toda la edición de Baltasar Arnollet y de Guillermo Gueroult. ¡Los demás los han quemado! ¡los han destruido! ¡ya no son! ¿Pero comprendes tú esto? ¡Infames! ¡impíos! ¡malvados!... Toma, Jacobo: toma, hijo mío; guárdalo: ¡es mi alma, mi alma entera, abrasada por el amor de Cristo, lo que aquí te entrego!

JACOBO.

¿Á mí?... ¡á mí, tu libro!... ¡ah!... ¡sí!... (Con loca alegría: desde este momento él también se exalta y aparece tan loco como Servet.) ¡Sí, maestro, dame!... ¡Ah!... ¡por fin!... ¡por fin lo tengo!

SERVET.

Tú lo pondrás á salvo, ¿no es verdad?

JACOBO.

Antes perderé mi vida que perderlo. (Apretándolo contra su pecho.) Aquí está el gran misterio, ¿no está aquí? (Los dos, separándose de los demás personajes, van á colocarse á la izquierda, cerca de la mesa, y allí hablan en voz no muy alta, pero con exaltación mal contenida. Quedan, pues, divididos en dos grupos: á la izquierda Servet y Jacobo; á la derecha Margarita, Berta y Conrado.)

SERVET.

¿El del hombre-Dios? Sí: ahí está.

JACOBO.

No es eso.

SERVET.

¡Ah, el del Dios trino? También está.

JACOBO.

No, maestro: tu gran descubrimiento: tu gloria imperecedera: tu adivinación maravillosa.

SERVET.

¿Cuál mayor gloria, ni maravilla mayor que las dichas; ni quién, antes que las puedas comprender?

JACOBO.

No, esas teologías.

SERVET.

¡Ah! tú vuelas firme, pero no tan alto. Fí de la Encarnación. Por el me preguntas.

JACOBO.

Más bajo aún, pero más firme.

SERVET.

Pues no sé.

JACOBO.

Maestro, el misterio de la vida humana: ¿el de la circulación de la sangre!

SERVET.

(Con desdén.) Ya... ¿era eso! Sí: ahí está. Pero ¿qué importa, ni qué vale, pobre Jacobo? (Entre tanto hablan en voz baja, dando muestras de impaciencia y señalando hacia ellos, Margarita, Berta y Conrado. En el calor de la conversación, y como buscando algún pasaje, pone Jacobo el libro sobre la mesa y lo abre y examina discutiendo con Servet.)

BERTA.

¡Ah, qué tiempos y qué hombres, y cómo desprecian la vida cuando se enfrascan en sus sueños y delirios... ¡su vida... y la de los demás!...

DO.

¿dónde a Jacobo... estás tú también, Ja-



cobo, tanto como tu maestro: con su teología, él; tú, con tu ciencia, y sobre ambos van á caer Walter y Nicolás, que será dar que reir al diablo, y dar nuevos huéspedes á los calabozos del Consistorio.

JACOBO.

(Como volviendo en sí.) Bien dices. Sigue á Conrado.

(Á Servet, dejando abierto el libro sobre la mesa.)

CONRADO.

Ven conmigo.

SERVET.

No; he de ir solo y por allí. (Se dirige al fondo; en la puerta le detiene Conrado.)

JACOBO.

¡Ah, maldita obstinación, y qué cara has de pagarla!

(Se aproxima al grupo que en el fondo forman Servet y Conrado.)

CONRADO.

Que no pasas; ¡ni Aragón y Navarra juntos han de ganarme en terquedad!

SERVET.

¡Conrado!

MARGARITA.

¡Pronto! 'Acerquémonos á la segunda puerta de la derecha y  
prestando oído.' Creo que bajan: hay tiempo, pero  
el preciso no más.

BERTA.

¡Sí, ya viene: por Dios y su Santísima Ma-  
dre, huid!

SERVET.

Adiós, ¡adiós para siempre! Los personajes están  
colocados en el orden siguiente: Margarita y Berta á la derecha, se-  
gundo término; la primera ha subido los escalones y está junto á la  
puerta; la segunda al pié de la escalera. Servet, Conrado y Jacobo  
en el fondo; Servet pugnando por salir: los otros dos cerrándole el  
paso. En todos profunda ansiedad: hablan en voz muy baja y con  
rapidez.)

CONRADO.

¡Pues no pasas, aunque todos nos perdamos  
contigo!

MARGARITA.

¡Pronto!... ¡pronto!

JACOBO.

¡Por ella al menos!

BERTA.

¡Aquí están!... (Huye de la escalerilla y viene á colocarse  
en la puerta del primer término, disponiéndose á salir.)

WALTER.

(Golpeando.) ¿Quién cerró?... ¡Eh!... ¡Margarita!

SERVET.

¡Ah!... pues bien... por ella... ¡pero mañana!... (Dirigiéndose á la derecha.)

BERTA.

¡Venid!... (Llamándole desde la puerta.)

JACOBO.

Sí... pronto... (Acompañándole desde la puerta del fondo hasta la primera de la derecha. El mismo movimiento hace Conrado.)

WALTER.

¡Margarita!... ¡Jacobo!... ¡Ira de Dios! (Golpeando la puerta.)

SERVET.

¡Ira de Dios!... ¡Esa es la que caerá sobre tí! (Deteniéndose un instante. Berta y Servet salen por la derecha.)

CONRADO.

¡Gracias al cielo!

MARGARITA.

(Disponiéndose á abrir la puerta.) ¿Ya? (Preguntando á Jacobo.)

JACOBO.

**Sí.** (Después de pronunciar esta palabra, y mientras Margarita abre la puerta, recuerda que el libro quedó sobre la mesa y se precipita á recogerlo.) ¡Ah! (Dirigiéndose á la mesa.)

## ESCENA XIV.

MARGARITA, CONRADO, JACOBO, WALTER, NICOLÁS.

La colocación y movimiento de los personajes son los siguientes: Margarita, cuando Jacobo dice que sí, abre la puerta, baja los escalones, y se retira á un lado. Walter y Lafontaine aparecen en este momento, y queda Walter dominando la escena desde lo alto de la pequeña escalera. Conrado siempre en la puerta de la derecha. Jacobo se ha precipitado para coger el libro de sobre la mesa, pero ya Walter está en lo alto de la escalerilla y sorprende este primer impulso. Empieza á anochecer: poca luz en la escena.

WALTER.

(Á Jacobo deteniéndole con el ademán y hablando con enojo.)

¿Por qué huías? ¿Qué llevas ahí? ¿Quién cerró la puerta? ¿Somos fieras para enjaularnos de ese modo? (Bajando los escalones y avanzando: Nicolás le sigue.) Y tú, Margarita, ¿es así como honras y respetas á tus huéspedes? ¡Hola, hola!... ¿aumentó el ilustre senado? ¿quién es aquél? (Señalando á Conrado. Pausa.) ¿No contestáis?

JACOBO.

Ni huía, ni sé quién os enjauló, como tú dices. Y si de enjaular se tratase, ten por cierto

que no sois vosotros quienes más lo merecen. En cuanto á lo que llevo en este libro, pregúntaselo á la droga endiablada que te dió vida, que de él ha salido.

NICOLÁS.

(Á Walter en voz baja.) Serenidad finge y muy oscuro está para verle el rostro, pero no sé qué turbación hay en su acento.

WALTER.

(Á Margarita.) Y tú, ¿nada dices?

MARGARITA.

Digo que mía fué la inadvertencia, señor... y has de perdonarme... Por lo demás, conversábamos cuando llegastéis... y nada oímos... Y ese... ese... es mi prometido.

WALTER.

Muchas cosas pregunté, y en montón y sin orden van llegando las respuestas. ¿Dices que tu prometido es aquél?

MARGARITA.

Sí señor.

WALTER.

(Á Conrado que permanece en la primera puerta de la derecha.) ¿Suiza por patria?

CONRADO.

No: España.

WALTER.

¿Castellano?

CONRADO.

Aragonés.

WALTER.

¿Tu nombre?

CONRADO.

Conrado.

WALTER.

¿Conrado?... ¡Ah, Conrado!... Sí; ¿por qué no? (Pequeña pausa. Los personajes están en el orden siguiente de izquierda á derecha: Jacobo, Nicolás, Walter, Margarita, Conrado. Nicolás observa con curiosidad á Jacobo, que se muestra un tanto inquieto.) Casi con enojo me hablas y sin embargo me agrada tu voz. Hay en ella no sé qué, que me complace y me regocija. El espíritu de gracia debe estar contigo. Sigue: dí más: ya te oigo.

JACOBO.

Dios os guarde. (Haciendo un movimiento para salir.)

WALTER.

Espera: te necesito: mi cabeza va cada vez peor; pero no me interrumpas. Ven, Conrado,

quiero ver tu rostro, y en esta sala ya no hay luz. Acerquémonos á esa ventana y aprovechemos la última claridad del crepúsculo.  
(Le lleva á la ventana.)

NICOLÁS.

(Aparte y observando á Jacobo y á su libro.) Yo conozco otro libro muy parecido á ese. De las prensas lionesas... ó algo así... ha salido: no hay más. Sabueso soy de herejías, y cuando este médico lo guarda y lo acaricia, no hay que decir si merecerá un buen rescoldo. (Se acerca más á Jacobo: éste se retira: le alcanza, sin embargo, y hablan en voz baja señalando el libro.)

WALTER.

El mismo noble reposo que hay en tu voz, hay en tu mirada, mancebo. Pero aguarda... no hay duda... sí... yo te he visto otra vez.

CONRADO.

¿Á mí?

WALTER.

Ciertamente.

CONRADO.

¿En dónde?

WALTER.

Junto al lago.

CONRADO.

¿Cuándo?

WALTER.

Una tarde.

CONRADO.

No lo recuerdo.

WALTER.

**Yo sí: escucha.** (Viene con Conrado al primer término: Margarita se acerca: los tres forman un grupo. Otro grupo Jacobo y Nicolás. El primer grupo hacia la derecha: el segundo algo retirado pero hacia la izquierda.) Salía enojado del Consistorio, esa tarde que te digo, por no sé qué disputa teológica: abrasaba mi frente, mis labios estaban secos, irresistibles impulsos de destrucción se agitaban en el fondo de mi sér. Llegué junto al lago: caí sobre una piedra, que de banco servía: en un grueso tronco apoyé la espalda, sobre su ruda corteza mi sien para contener sus latidos, y cerré los ojos. ¿Dormí? creo que no. ¿Pasó mucho tiempo? no lo sé. ¿Logré descansar? eso sí: descansó mi cuerpo y descansó mi espíritu. Sobre mi abrasado rostro sentí la fresca brisa del lago, los tibios rayos del sol poniente, no sé qué efluvios dulces, consoladores y amorosos, como los de otros tiempos que ya pasaron. Abrí los ojos, y tú estabas cerca y me mirabas distraído; pero no eras nota discordante en toda aquella armonía: antes bien, en la primera vaguedad del despertar, porque ahora creo que había dormido, me



figuré que luz y calor, y brisa y efluvios emanaban de un solo foco, y que ese foco de misteriosa calma... eras tú... ¡Pero bravas cosas te estoy diciendo, y bueno es que Walter ande al fin de sus años con mimos y lagoterías!

CONRADO.

No tienes en verdad esa fama.

WALTER.

Ni tampoco la apetezco. Todo ello es, que yo conozco y distingo al primer golpe de vista los réprobos y los elegidos, y conocí que era de los últimos. Mancebo, sé feliz (Volviéndose.) ¿Y tú qué haces, Nicolás, que no llevas mis notas á Calvino? (Los personajes quedan de izquierda á derecha en el orden siguiente: Jacobo, Nicolás, Walter, Conrado y Margarita; los tres primeros hacia el segundo término, los dos últimos en el primero.)

NICOLÁS.

Disputaba con Jacobo.

WALTER.

¿Sobre qué?

NICOLÁS.

Asegurábale yo, que ese libro no es de prensa lícita y conocida.

WALTER.

¿Y él?

NICOLÁS.

Lo negaba.

WALTER.

¿Y acabásteis la disputa?

NICOLÁS.

No acabó, que antes se encrespaba cuando tú nos interrumpiste, y á punto estábamos de ponerle yo cien coronas de oro contra un maravedí de Castilla.

WALTER.

¿Y aceptó él?

NICOLÁS.

No quiso.

WALTER.

Pues pronto se desvanece la duda en viendo el libro.

JACOBO.

¿Dudas? yo no las tengo.

NICOLÁS.

Pero yo sí.

JACOBO.

Pues buen provecho te hagan, que con ellas te dejo.

(Al decir esto pasa delante de Nicolás y quiere salir.)

WALTER.

Mal corazón y buena descortesía. (Deteniéndole.)

JACOBÓ.

Él responde de ella. (Golpeándose el pecho.)

MARGARITA.

(En voz baja á Conrado.) (¡Dios mío!)

CONRADO.

(Lo mismo á Margarita.) (Silencio.)

WALTER.

Dame ese nido de víboras. (Extendiendo el brazo.  
Conrado deja á Margarita y va á colocarse al lado de Jacobo.)

JACOBÓ.

Lo mío es mío, y nadie pone en ello mano sin que yo se la taladre con este hierro. (Golpeando el puñal.)

WALTER.

Nadie que no tenga derecho, pero ese lo tiene.

NICOLÁS.

**Y por tenerlo...** (Intenta coger el libro: Jacobo retrocede hacia la derecha y queda junto á Walter: con una mano, como para huir de Nicolás, retira el libro que de este modo queda al alcance de Walter; con la otra coge el puñal y hace frente á Lafontaine.)

JACOBO.

**¡Ni tú, ni el mismo Calvino!**

WALTER.

**¡Pues en su nombre te lo arranco!** (Le quita el libro.)

JACOBO.

**¡Miserable!** (Puñal en mano se arroja sobre Walter. Conrado le contiene: después los dos vienen al primer término y con Margarita forman un grupo. Los gritos que siguen casi simultáneos.)

CONRADO.

**¡Jacobo!**

MARGARITA.

**¡No!**

JACOBO.

**¡Walter!** (Queriendo ir hacia él.)

WALTER.

(Á Nicolás, que se dirige á él, dándole el libro.) **Toma y mira.** (Nicolás mirando el libro junto á la ventana; delante y como defendiéndole, Walter; más allá, formando un grupo, Jacobo, Conrado y Margarita.)

MARGARITA.

(Aparte.) (¡Dios mío!)

CONRADO

(Aparte á Jacobo.) (Calma... calma, Jacobo.)

JACOBO.

¡Déjame, déjame, Conrado!... ¡Yo basto para los dos!... ¡Ese libro es mío!... ¡es mío!

WALTER.

(Á Nicolás.) ¿Qué es ello? ¿árabe ó turco?

NICOLÁS.

Espera... ¡por Cristo!... ¡No!... ¡me engaña el deseo!

WALTER.

¿Qué ves?

NICOLÁS.

Detén á ese hombre.

JACOBO.

(Recobrando su serenidad.) No huía.

WALTER.

¿Qué libro es ese? (Á Nicolás.)

JACOBO.

El de Servet. Yo te lo digo antes que él te lo diga.

WALTER.

No es cierto.

NICOLÁS.

Lo es.

WALTER.

(Poniéndole la mano en el hombro.) ¡Ah!... En nombre del Consistorio eres mío.

JACOBO.

No es maravilla, que há tiempo dí mi alma al diablo.

CONRADO.

¡Walter, él te salvó!

WALTER.

De salvarle trato.

MARGARITA.

¡Te dió la vida!

WALTER.

¡La del cuerpo, y la del alma voy á ¡procu-

rarle! (Volviéndose á Nicolás.) Avisa á Calvino: vive con gente: yo entre tanto de él respond bien pronto ha de ver la cristiandad regocija cómo Ginebra reprime herejías, consume probos, y aplica la ley inflexible del Dios las justicias á los impíos que hicieron reb la copa de sus misericordias!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

---

*La misma decoración del anterior.*

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA Y CONRADO.

MARGARITA.

¿No quieres que hable á Walter? ¿que le pida, que le ruegue por Jacobo?

CONRADO.

No.

MARGARITA.

Tú has de ver cómo es preciso.

CONRADO.

Y si el caso llega, tú has de ver cómo es inútil. (Pausa.)

MARGARITA.

¿Qué tienes, Conrado? No me miras: tu voz es áspera: hay sombras en tu frente y relámpagos en tus ojos, signos ciertos de que en tu alma ruge la tempestad.



CONRADO.

¿Qué tengo? ¿y tú me lo preguntas? ¡Ah! garita, recuerda nuestra infancia y mira nuestro presente. ¡Entonces todo nos acerca hasta la muerte: hoy todo nos separa, ha de ser! Mueren mis padres asesinados en las primeras luchas religiosas de Alemania, se dice Berta, y ella por caridad y amor me la coge. ¿No es esto empezar la vida por mal? ¿bien triste? Pues no tanto, porque viuda y madre, sin amigos y en tierra extraña, y pobre y sola mi nodriza, bien pronto la calamidad la unió bajo el mismo techo, la miseria y la muerte, con ser ángeles de la tierra, estrecharon en dulcísimo abrazo á los niños. ¡Y cómo nos queríamos, aun antes de saber lo que era cariño! y cómo te amé, cuando supe lo que era amar!

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¡Hoy, Jacobo en peligro, en peligro Se cómo pensar en bodas, ni en amores!... que yo te decía: hoy hasta el deber, hasta la amistad nos separa! ¡Por qué habremos de ir á Ginebra!

MARGARITA.

Éramos pobres: mi madre tenía que recoger la herencia de su hermano... ¡ya ves!

CONRADO.

Sí, ya veo que hubo razón: pero así es la vida, lo que parece más razonable es no pocas veces suprema insensatez. ¡Cuándo podremos huir de esta casa?

MARGARITA.

¡Ingrato! ¡llorando la abandonaré yo! ¡Aquí murió mi madre! ¡aquí me amaste!

CONRADO.

¡Ah! sí. ¿Lo recuerdas. Margarita? Era una noche: tu madre y Bertta trabajaban allí, junto á tosca mesa en que ahumaba más que lucía mezquina lámpara. ¡Pobres ancianas! así las ví al entrar, porque yo no estaba.

MARGARITA.

Es verdad.

CONRADO.

Tú habías abierto aquella ventana; en pié, detrás de sus cristales, esperabas á que yo viniese; y un rayo de luna formaba plateado

nimbo alrededor de tus rubios cabellos, Margarita. Al fin llegué, y te ví desde la calle, y me detuve, y nos miramos. ¡Qué extraño, Margarita! ¡qué extraño! Vivir juntos diez y ocho años: primero, niños; luego, yo mozo, tú ángel; al fin, hombre yo, tú ángel siempre. Mezclar risas y lágrimas, placeres y penas: tener-te mil veces en mis brazos: quererte con toda el alma, y no haberte dicho nunca, «¡te amo, Margarita!» Y tú tampoco.

MARGARITA.

Tampoco yo, Conrado.

CONRADO.

Y aquella noche, sin estar juntos, tú en la ventana, yo en la calle, al mirarte, decir «¡qué hermosa es, Dios mío!» Y pensar de repente, «¡pero si yo amo á Margarita!»

MARGARITA.

Y abrir yo los cristales y gritarte «¡Conrado!»

CONRADO.

Sí, pero aquel grito era decirme «¡te amo!»

MARGARITA.

Eso era.

CONRADO.

Así es, que yo te contesté «yo también. Margarita!»

MARGARITA.

Y yo te comprendí: ¿cómo no?

CONRADO.

No, si las palabras son inútiles cuando las almas se comprenden. ¡Ah! ¡Dios mío. cómo subí! ¡No era subir, era remontarme á un cielo!

MARGARITA.

¡Y cómo te esperaba yo!

CONRADO.

¿Te acuerdas? Entré, y sin decimos nada. nos cogimos de las manos, y nos acercamos á las pobres ancianas: te arrojaste tú llorando y ocultaste el rostro en el seno de tu madre. y yo dije: «nos amamos: has de ser mi esposa: me muero sin ella.»

MARGARITA.

Y yo no puedo vivir sin él, repetí yo, como si mi voz fuese un eco de la tuya.

CONRADO.

Y lo era.

MARGARITA.

Sí.

CONRADO.

Y las pobres mujeres... ¿te acuerdas?... ¡primero, qué sorpresa; después, qué alegría; al fin, qué crueldad! «Bien, será tuya, dijo tu madre; pero hasta entonces... ya ves, hijo mío... no podéis vivir juntos.» De manera que nos separaron, y fuíme con Jacobo. ¡Nuestro primer grito de amor fué nuestra primera separación!

MARGARITA.

Es verdad.

CONRADO.

Pero en fin ¡iba á ser tan corta! ¡Ya las lámparas del desposario eran estrellas en el cielo de mi esperanza... cuando murió tu madre!

MARGARITA.

¡Pobre madre mía!

CONRADO.

¡Trocáronse las bodas en funerales!

MARGARITA.

¡Ah, Conrado, en aquellos días de llanto pensé á veces que os había perdido á los dos!

CONRADO.

Pasa un año: clarean los enlutados ropajes; vuelven fugitivas sonrisas á tus labios... ¡Á mí para siempre! ¿quién podrá separarnos? ¡Ah, la fatalidad terca y traidora! Tengo que ir á Zurich para recoger los dispersos restos de tu herencia. ¡Separados de nuevo!

MARGARITA.

¡Oh! ¡esta vez por breves días!

CONRADO.

Eso creía yo; pero ¿cómo pensar en dichas ni en venturas mientras peligre la vida de Jacobo?

MARGARITA.

¿Temes acaso?...

CONRADO.

✱  
¡Sí: todo lo temo del furor de esos calvinistas! ¡Ay del noble aragonés, si cae en poder de Calvino! ¡ay de Jacobo, que ya cayó! ¡ay de tí, si supieran que en tu casa está el blasfemo, el hereje, el demoniaco, el hombre del cancerbero! Margarita, Margarita, para un sér como tú, los calabozos del Consistorio, negros y fríos, son la muerte; la muerte son los gar-

fios del tormento; y ¿quién sabe? Estos herejes son feroces: por causas fútiles han sacrificado ilustres patricios... ¡Y pensar que es por mí!... ¡por mí!... ¡que yo le traje!... ¡que yo traje á Servet!...

MARGARITA.

¡Calla!... ¡calla!...

CONRADO.

¡No!

MARGARITA.

¡Servet!... (Señalando hacia la derecha.)

CONRADO.

Servet... (Mirando hacia el mismo lado.)

## ESCENA II.

MARGARITA, CONRADO, SERVET: este último por la derecha, primer término.

SERVET.

(Deteniéndose un momento.) ¡Ah, la juventud, el amor! Sentimiento divino sería el amor, si no existiese el *amor divino*. Cuando un rayo de sol descende de allá arriba, y viene á iluminar el perfumado cáliz de flor entreabierta, ¿no es verdad, Margarita; no es verdad, Conrado,

que causa enojo la torpe y oscura nube, que en los aires se interpone y trueca la claridad de los cielos en sombra y tristeza? Vuestro amor. es el cáliz: la dicha. su radiante luz: este proscrip- to, la negra nube. Pero no os enojéis con- migo: viento de tempestad me trajo. viento de tempestad me llevará muy pronto.

MARGARITA.

¡Causarnos enojos tu presencia!... ¡Servet!

CONRADO.

Mal nos juzgas, si tales cosas piensas. Im- porta, sí, que huyas de Ginebra, pero no por nosotros: por tí.

SERVET.

No es posible.

CONRADO.

Lo es. Tengo ya barca, fuerte, ligera y se- gura: hombre tengo también: ahí en frente te esperarán cuando la noche llegue, y con Dios por guía y tu noble aliento, ver puedes el nue- vo sol desde la otra orilla del lago.

SERVET.

Te repito que es imposible.



CONRADO.

¿Pero por qué?

MARGARITA.

¿Por qué razón?

SERVET.

Porque no he de salir de Ginebra.

CONRADO.

¡Pero aquí te espera la muerte!

SERVET.

Es posible, no es segura.

MARGARITA.

¿Tienes alguna esperanza?

SERVET.

La de vencer á Calvino.

CONRADO.

¡Ah, siempre esa idea!

SERVET.

En disputa teológica tendría que probarme  
que soy hereje, y no es fácil probar lo que no

**es.** (*Animándose por grados.*) ¡Allí tendría que convencerme Calvino de todas las cosas horribles y execrables de que me acusa! ¡Qué! ¡si no sabéis lo que ese impío dice de mí!

CONRADO.

Eso te da medida de su odio.

SERVET.

Eso sí: su odio. ¡Pues no supone que yo niego la inmortalidad del alma! ¡cuando no hay crimen mayor que éste, porque para todos los demás hay esperanza y para un tal crimen no puede haberla! (*Exaltándose por grados.*) Quien tal cree, ni cree que hay Dios, ni justicia, ni resurrección, ni Jesucristo, ni santas Escrituras, ni nada; sino que todo es tinieblas y muerte. Así con estas mismas palabras lo diré yo, y quedará escrito, y se oirá en los siglos venideros. Si yo hubiese pensado ó impreso tales abominaciones, inficionando con pestilencia semejante los aires y las almas, yo mismo me condenaría, antes de que me condenase Calvino. ¡Ah! que yo me vea ante él, y ya me oiréis decirle: «¡Mientes, mientes, mientes sin pudor, embrollón infame, Simón el Mago, endemoniado furioso!...» No; no es posible que yo no convenciera á los demás, ya que á él por hereje y empedernido no pudiese.

MARGARITA.

(Dejándose llevar por la exaltación de Servet.) ¡Le oyes, Conrado! Su alma es fuerte, su fé profunda: ¿quién sabe?

CONRADO.

¡Esas ideas, ese furor por la controversia le perderán! ¡El fuego de su fé le abrasa!

SERVET.

¡Eso sí: el fuego de mi fé!

CONRADO.

¡No comprende que está solo!

SERVET.

Eso no: Miguel Servet no está solo, ¡porque Dios está con él!

CONRADO.

¡Vives en otro mundo!

SERVET.

Mejor que éste.

CONRADO.

Pero en éste vive Calvino y por eso no le conoces.

SERVET.

Porque le conozco estoy dispuesto á todo.

CONRADO.

Perecerás en la lucha.

SERVET.

Seré inmortal en el martirio.

CONRADO.

¡La pierdes al perderte! (Señalando á Margarita.)

SERVET.

¿Perder á Margarita? ¡no! Saldré esta noche como deseas.

CONRADO.

¡Ah! (Con alegría.)

SERVET.

Pero no para alejarme de Ginebra, sino para entregarme á Calvino.

CONRADO.

¡Tú!...

MARGARITA.

¿Pero qué dice?



SERVET.

¿Qué os admira? El pobre Jacobo está en poder del Consistorio por culpa mía, y es preciso que yo le salve.

CONRADO.

Salvarle sí, ¿pero de qué manera?

SERVET.

Ofreciendo á Walter que yo mismo me entregaré á su amo y señor si dan libertad á mi pobre discípulo.

CONRADO.

¿Pero tú has hecho?...

SERVET.

Lo que digo.

CONRADO.

¿Cómo?

SERVET.

Escribiendo á Walter.

MARGARITA.

¡Ah!... ¿y Berta?

SERVET.

Fué á buscar un hombre. que entregase mi carta.

MARGARITA.

¿Te convences de que es preciso que yo le hable? (Á Conrado.)

CONRADO.

No me convenzo; pero cedo á la fatalidad que á todos nos arrastra no sé á dónde.

SERVET.

¿También tenéis un proyecto?

CONRADO.

Que hará inútil el tuyo, ó es Walter el más infame de los seres.

MARGARITA.

Pues ve pronto. (Á Conrado.)

CONRADO.

Yo no sé resistir á tus súplicas, Margarita. Iré, aunque algo me dice aquí (Golpeándose el pecho.) que mal consejo me das.

MARGARITA.

Conrado...

CONRADO .

No temas; allá voy. (Se dirige á la puerta del fondo; luego vuelve.) Pero si nada consigo, te prevengo, Servet, que en cuanto cierre la noche te ato como á un demente que eres, te meto en la barca que dispuse, empuño los remos, y entre el barquero y yo nos llevamos por ese tranquilo lago, como á cualquier pobre diablo, al más sublime, pero al más desatentado filósofo de la cristiandad; al más noble, pero al más testarudo aragonés. (Se dirige resueltamente al fondo.) Adiós.

SERVET.

¡Pobre Conrado; qué bueno, pero qué niño!

## ESCENA III.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, BERTA por el fondo.

BERTA.

(Deteniendo á Conrado en la puerta.) ¿Á dónde vas, hijo mío?

CONRADO.

Á donde Margarita quiere que vaya: á ver á Walter.

BERTA.

¡Tú! ¿á ver á ese hombre? No; pues no has de ir.

CONRADO.

¡Ah, mi buena Berta!... ¡déjame!

BERTA.

No.

MARGARITA.

(Acercándose á los dos.) Es preciso, madre.

CONRADO.

Presto vuelvo, no temas; al fin y al cabo Walter no es basilisco que mate con la vista.

BERTA.

¡Lo es! ¡No vayas! ¡Yo te lo ruego, hijo mío!

CONRADO.

Perdona, ¡Berta!... ¿No ves que Margarita lo desea? (Desprendiéndose de su nodriza.)

BERTA.

¡Hijo!...

MARGARITA.

(Conteniendo á Berta.) ¡Por Dios, Berta!



CONRADO.

(Conrado desde fuera ya.) ¡Adiós!

## ESCENA IV.

MARGARITA, BERTA, SERVET.

BERTA.

(Queriendo seguir á Conrado; Margarita la contiene.) ¡Conrado!... ¡hijo mío!... ¡ah, no me oye! ¡Así van los que van al abismo de su perdición!... ¡Insensato!... ¡insensato! (Berta y Margarita vienen al primer término.)

MARGARITA.

¿Pero qué daño puede resultar á Conrado de ver á Walter?

BERTA.

De ver á Walter, ninguno: de que Walter le vea, mayor daño del que tú imaginas.

MARGARITA.

(Con extrañeza.) ¿Por qué?

BERTA.

¿Por qué? No preguntes la razón de las cosas; son porque son.

SERVET.

¿Llevaste mi carta? (Á Berta.)

BERTA.

¡Yo!... no. Pero busqué quien la llevase.

SERVET.

¿De suerte que ya estará?...

BERTA.

En su poder.

SERVET.

Así sea.

BERTA.

Así será, si ha de ser causa de desdichas, que entre Walter y el mal hay atracción irresistible. (Se sientan todos: junto á la mesa Margarita y Berta se ocupan en sus labores. En el sillón del lado opuesto Servet.)

SERVET.

Mucho le odias y sentimiento poco cristiano es ese.

BERTA.

Menos cristiano es él.

MARGARITA.

Le conoció en otro tiempo, presencié sus hazañas, y sólo el nombre de Walter horroriza á mi pobre Berta.

SERVET.

¿Le conociste? (Á Berta.)

BERTA.

Sí.

SERVET.

¿En dónde?

BERTA.

En Alemania.

SERVET.

¿En qué ciudad de Alemania?

BERTA.

En Witemberg.

SERVET.

¿Era ya reformista?

BERTA.

Y verdugo de católicos. Más de una vez la sangre de nuestros hermanos saltó á su frente,

y el humo del incendio tiznó su rostro, y del rasgado paño del altar hizo dogales. Fué en los campos soldado de la herejía; cabeza de motín en las ciudades; asaltó iglesias como lobo carnicero desamparado aprisco, y blandió su brazo, enorme martillo de herrero contra las sagradas imágenes, agudo puñal de Italia contra mujeres y niños.

MARGARITA.

¡Jesús, Berta! no es posible; en esa pintura hay exageración. Perversa en su índole, pero en todo hay límites, hasta en el mal.

BERTA.

Pues eso decían.

SERVET.

Sin duda sus enemigos.

BERTA.

Que para el caso lo eran todos, porque todos repetían el mismo son.

MARGARITA.

No, Berta: Satán existe, pero en sus infernales antros.

BERTA.

Y á veces también bajo forma humana; esto se sabe, y el que lo niegue poco aprendió de magias y de hechicerías.

MARGARITA.

¡Dios nos libre!

SERVET.

En suma, tú solo conoces las maldades de Walter por cuentos de viejas y por inquinas de católicos. Yo le conozco más y mejor, ¡que por experiencia hablo! y con todo no le creo tan malo.

BERTA.

(Exaltándose.) Por experiencia hablo yo también.

SERVET.

¿Tú? (Mirándola fijamente; Margarita suspende su labor.)

BERTA.

Sí.

SERVET.

¿Tú le has visto asaltar templos?

BERTA.

¡Pues no! Y profanar altares.

SERVET.

¿Tú le has visto matar?

BERTA.

(Exaltándose más.) ¡Matar mujeres!... ¡y niños!... No, eso no: matar niños no le he visto; pero es muy capaz.

MARGARITA.

Cuenta, madre; cuéntanos la historia de Walter. No sé por qué, pero quiero saber quién es Walter.

BERTA.

¿Quién es? Ya lo sabes por desgracia, y si no, pregúntaselo al desdichado Jacobo.

MARGARITA.

Pues bien, si sé quién es, quiero saber quién fué.

BERTA.

Un ciudadano de Witemberg; esposo de la mujer más buena y más hermosa de la Sajonia, y padre de un ángel, que por no tener alas, no pudo volar al cielo.

SERVET.

¿Le amaba Walter?

BERTA.

¿Á quién?

SERVET.

¿Á su hijo?

BERTA.

No: él jamás amó; le miraba, sí, horas enteras, sin fruncir el entrecejo, ni apretar los dientes, que esto era en él el límite supremo de la ternura, pero nada más.

SERVET.

¿Ni un beso siquiera?

BERTA.

¿Un beso? tampoco: nunca... Sí, una vez; yo creo que entre sueños, por distraído, más que por amante.

MARGARITA.

Vamos, Berta, eso ya no es justicia.

BERTA.

Te diré cómo fué. (Pausa. Margarita y Servet escuchan con interés marcado.) Era la caída de la tarde. Walter salió al jardín y dejóse caer en un banco de piedra: el niño jugaba entre las flores: le vió su padre y le llamó, y hacia él fuese el pe-

queñuelo. Púsole al fin sobre sus rodillas, le miró largo rato y cerró los ojos. No sé cuánto tiempo pudo pasar; ello es que el niño permaneció inmóvil. Despertó Walter, le contempló con afán, le apretó entre sus brazos, y entonces... entonces fué cuando le dió un beso. Aquel grupo, iluminado por el sol poniente, parecióme que era Satanás y un ángel besándose en un rayo de luz.

SERVET.

Todo lo que quieras, pero le besó.

BERTA.

Fué maldad, no amor; y la prueba es que el niño, que al principio reía, al fin se echó á llorar, y yo tuve que ir á quitárselo á su padre.

SERVET.

¡Tú! (Con extrañeza.)

MARGARITA.

¡Tú! (Idem.)

BERTA.

Yo... que casualmente estaba allí: éramos muy amigas la nodriza del niño y yo... ¿Qué hay en esto que os extrañe? (Turbada.)



SERVET.

Bien mirado, nada. Pero decias que habíasle visto asaltar templos, romper imágenes y matar mujeres, y nos encontramos conque hasta ahora sólo le has visto dar un beso á un niño.

BERTA.

Y también... *¡lo otro!*

MARGARITA.

(Con cierta impaciencia.) Pues dí, acaba: ¿cómo fué? ¿cuándo? ¿por qué?

SERVET.

Si en ello no hay misterio...

BERTA.

¿Misterio?... ¡No! ¡No creais!... El hecho fué público...

SERVET.

Pues dinos lo que sepas.

BERTA.

(Fingiendo indiferencia.) Pues lo diré: sí, lo diré. Fué el caso que la pobre mujer de Walter era católica, y católica la nodriza del niño... aquella amiga mía.

SERVET.

¿Pero Walter?...

BERTA.

¡Lo ignoraba!... ¡ya lo creo que lo ignoraba!

SERVET.

¿Y bien?...

BERTA.

Pues llegó un domingo: Walter había ido de expedición: luego se supo cuál era. Conque no le esperábamos: mal hace quien no cuenta con él. Las luces de la mañana blanqueaban el horizonte, cuando la pobre Dorotea, y el niño, y yo... y además, por supuesto, la nodriza... nos deslizamos por las oscuras y revueltas callejas hasta llegar á casa de don Gonzalo, un buen hidalgo español, que tenía capilla secreta, y sacerdote católico, y licencia de Roma. Entramos y empezó al punto el santo sacrificio de la misa, que sacrificio fué al cabo. ¡Dios mío, veinte años han pasado y aún me parece que veo aquella escena, tan de paz al principio, tan horrible al fin!

(Se levanta agitada; Margarita y Servet se levantan al mismo tiempo y se acercan á ella con afán é interés.)

MARGARITA.

Sigue.

SERVET.

¿Y qué más?

BERTA.

(Como evocando recuerdos.) Dorotea de rodillas; de rodillas yo y empeñada en que el niño doblase las suyas: ¡pobre pequeñuelo! me miraba, sonreía y vuelta á levantarse. D. Gonzalo junto al altar, á su alrededor la servidumbre, algunas velas encendidas, mucha sombra por los muros, por una claraboya del techo un rayo del alba, el sacerdote, sus cabellos blancos, una campanilla que á intervalos suena débilmente, una pequeña nube de incienso que parece que sube por el rayo de luz!... ¡qué dulzura, qué calma, qué inefable misterio!... (Pequeña pausa.)

MARGARITA.

¿Y después?

SERVET.

¿Y luego?

BERTA.

¡De repente un grito de dolor allá fuera! ¡otro grito allí mismo junto á mí! ¡luteranos que entran! ¡brazos que golpean! ¡un hombre

que hiere á Dorotea en la garganta! ¡era Walter!... ¡Hijo mío! grité yo y me abracé al niño... No, dejadme... les veo aún... ¡Dorotea!... ¡Walter!...

MARGARITA.

¿Y el niño?

BERTA.

¡Yo le salvé, yo; con él huí, con mi Conrado!...

MARGARITA.

¿Qué?

SERVET.

¿Qué has dicho?

MARGARITA.

¿Se llamaba?... ¿dices que se llamaba?...

SERVET.

Que se llamaba Conrado, ¡eso te hemos oído!

BERTA.

(Retrocediendo hacia la derecha.) Y bien... ¿por qué no?

SERVET.

¡Berta!...

MARGARITA.

Madre, una idea horrible se aferra á mi rebro...

BERTA.

¡Quiero irme de aquí!... ¡estos recuerdos me enloquecen!

SERVET.

¡Acaba!...

MARGARITA.

¡Por Dios santo, dílo todo!... ¡todo!

BERTA.

(Siempre retrocediendo. Margarita y Servet la siguen.)  
inútil... no diré más... dejadme... paso... ]  
so...

SERVET.

¡Hablarás!

MARGARITA.

¡Berta!... ¡Berta!... ¡has de hablar!...

BERTA.

¡No!... ¡no!... ¡apartaos!...

WALTER.

(Desde fuera.) Espera, Lafontaine...

BERTA.

¡Su voz!... ¡que no me vea!...

MARGARITA.

¡Madre mía!...

BERTA.

¡Pues si lo soy, no quieras matarme!...

(Se desprende de ambos y huye por la derecha, primer término.)

## ESCENA V.

SERVET, MARGARITA.

SERVET.

Esa mujer no lo dice todo.

MARGARITA.

Pues ha de decirlo.

SERVET.

(Dirigiéndose á la derecha.) Yo la obligaré.

MARGARITA.

(Yendo tras él, deteniéndole y hablando en voz baja.) ¿Será  
cierto?

SERVET.

¿Qué?

MARGARITA.

Lo que yo estoy pensando.

SERVET.

¿Y cuál es tu idea?

MARGARITA.

La tuya.

SERVET.

¿Tú crees?

MARGARITA.

No: ¡no lo digas!... Vete... arranca de sus tercos labios ese secreto... Pronto... ya vienen..

SERVET.

No temas; yo sabré la verdad. (Sale por la recha.)

MARGARITA.

¡Dios mío!... ¡no: imposible!

## ESCENA VI.

MARGARITA, CONRADO por el fondo.

MARGARITA.

¡Él!... ¡él!... (Retrocediendo con espanto.)

CONRADO.

¡Margarita!... Margarita... ¿por qué huyes de mí?

MARGARITA.

¡Huir!... ¡huir de tí!... ¡no, jamás!... (Corre á su encuentro.)

CONRADO.

Fué tu primer impulso.

MARGARITA.

¡No!... ¡no!... ¡digo que no! (Distraída y contestando á su propio pensamiento.)

CONRADO.

¿Por qué no me miras? ¿por qué ocultas el rostro entre las manos?

MARGARITA.

¡Creí que venía Walter!... ¡Pero no es Walter!... ¡Tú no eres Walter!... ¿Verdad que no?... ¡Dí que no, Conrado!...

CONRADO.

Sí...

MARGARITA

¿Qué?...



CONRADO.

Que sí: que ahí viene. Cediendo á tu ruego, con galantería, que es en él raro prodigio, se empeñó en venir, pero al entrar se ha encontrado á Lafontaine, y hablando quedan mientras yo te aviso. ¿Pero por qué me miras de ese modo, Margarita? ¿en tus dilatadas pupilas no hay espanto que amor!

MARGARITA.

(Aparte después de escucharle atentamente y sonriendo con alegría.) ¡Ah, su voz, qué dulce suena para mí... es la de Walter!) Mírame: mírame, Conrado.

CONRADO.

Que te mire? ¡Sí, te miraré y me miraré en los ojos! ¡Ah, Margarita, allá en su fondo veo reproducida mi propia imagen... pero muy pequeña, como se ven los objetos cuando están muy lejos ó muy arriba!... ¡qué mucho, si va volando por el cielo de tu alma!

MARGARITA.

(Aparte como antes.) ¡Ah, su mirada!... ¡cuánta... ¡no: no es la de Walter!)

CONRADO.

¿Qué tienes, Margarita?

MARGARITA.

¿Qué sientes por ese hombre... por Walter?

CONRADO.

Odio.

MARGARITA.

¿Profundo?

CONRADO.

¡Implacable!

MARGARITA.

¿Á qué llega?

CONRADO.

¡Á desear su muerte! (Con voz terrible y mirada sombría.)

MARGARITA.

(Aparte con espanto y separándose de Conrado.) (¡Ah, como Walter! ¡así habla, así mira!)

CONRADO.

(Siguiéndola.) ¡Margarita!...

MARGARITA.

¡Calla, insensato! (Rechazándole.)

CONRADO.

¿Por qué me rechazas?

MARGARITA.

¿Sangre en tus manos?... ¡No!... ¡Me das horror!

CONRADO.

¿Ya no me amas?... (Con expresión de horrible angustia.)

MARGARITA.

¡Ah! ¡no amarte!... (Da un grito, se precipita á él y le abraza con trasporte.) ¡No amarte yo!... ¿Quién lo ha pensado?... ¿Quién lo ha dicho?... ¡Insensato!... ¡ahora sí que eres insensato!... ¡Yo te amaría aunque fueses el más infame de los hombres! ¡aunque me odiasen! ¡aunque fueran tus brazos mi dogal!... ¡Qué más! ¡yo te amaría aunque en tus venas hubiese sangre de Walter!... ¿Puedo amarte más?

CONRADO.

¡Así, Margarita, así!...

WALTER.

(Desde dentro.) ¡Margarita!...

MARGARITA.

(Desprendiéndose de Conrado.) ¡Él!... ¡no!... ¡ahora no!...

CONRADO.

Espera...

MARGARITA.

En este momento... no sé lo que digo...  
Después... muy pronto... volveré... ¡Adiós!

CONRADO.

Margarita...

MARGARITA.

(Ya en la misma puerta de la derecha.) ¡Te amaré siempre!... ¡siempre, Conrado!...

CONRADO.

¡Ah, mi amor!... (Con expresión de dicha.)

## ESCENA VII.

CONRADO, WALTER, LAFONTAINE, por el fondo los dos últimos.

WALTER.

(Deteniéndose un momento en la puerta.) ¿Y Margarita?

CONRADO.

Pronto vendrá. Á prevenirla voy. Perdona si te dejo.

WALTER.

¿Por qué tanta prisa? Yo no la tengo, y no

me desagrada platicar contigo. (Aparte á Nicolás.)  
(Parece mozo de valía.)

NICOLÁS.

(Aparte á Walter.) (Lo será sin duda, pero no sé  
en qué lo conoces, ni qué muestras dió de  
ello.) (Aparte.) (Mal anda la cabeza de Walter.)

WALTER.

(Aparte á Nicolás.) (Eso se conoce en todo.) (Aparte.) (Este Lafontaine es un pobre mentecato; pero Calvino se empeña en hacerle un personaje!) (En voz alta á Conrado.) ¿Eres ginebrino?

CONRADO.

Ya me lo preguntaste en otra ocasión, y en ella contesté.

WALTER.

Cierto. ¿Y tus padres?

CONRADO.

Murieron cuando era muy niño, y de ellos sólo sé lo que me ha referido mi nodriza.

WALTER.

¿Tienes parentesco con Jacobo?

CONRADO.

No: somos amigos; pero tan amigos que por hermano le tengo.

WALTER.

Mal amigo y amistad peligrosa. Supongo que no serás como ese infeliz, todo un desafortado hereje y un empedernido ateo. No lo seas, mancebo, no lo seas. (Con vivo interés.)

CONRADO.

Ni soy hereje, ni soy ateo, á Dios gracias; pero tampoco eres tú mi confesor, ni la confesión forma parte de la doctrina de tu maestro.

NICOLÁS.

Sin ser confesor pudiera ser juez. (En tono de amenaza.)

CONRADO.

¿Y quién el reo? (Con fiereza.)

NICOLÁS.

Tú, por ejemplo.

CONRADO.

¡Vive Dios!

WALTER.

No, Conrado: yo no soy tu juez; no le hagas caso; Lafontaine no sabe lo que se dice: Calvino piensa por él de ordinario, y él perdió la costumbre por inútil.

NICOLÁS.

¡Walter, cuenta con los insultos, que no he de sufrirlos!

WALTER.

Ni Walter sufre réplicas de nadie, ni siquiera de tí.

NICOLÁS.

Las sufre de ese. (Señalando á Conrado.)

WALTER.

¿De ese?... Bueno: pues será capricho, y mis caprichos hay que respetarlos porque llevo consigo razón que los abona y los mantiene.

(Golpeando en el puño de la espada.)

CONRADO.

Mucho tarda Margarita. Permíteme...

WALTER.

Como te plazca.

CONRADO.

En breve estaremos aquí los dos.

WALTER.

Bueno: ve allá, Conrado. (Sale Conrado por la derecha, primer término.)

## ESCENA VIII.

WALTER, LAFONTAINE.

WALTER.

(Se deja caer como fatigado en el sillón próximo á la mesa y se queda pensativo. Aparte.) ¡Conrado!... ¡Conrado!... ¡Su nombre!... ¿Y qué? un sonido igual á otro sonido: no más. Sombra vana de algo que ya no es.)

NICOLÁS.

¿Sabes lo que pienso?

WALTER.

Lo sabré si lo dices, que en adivinarlo no he de poner empeño.

NICOLÁS.

Que no eres el mismo hombre que antes.



WALTER.

Gasta el día sus horas de luz y de calor, y en negra y fría noche viene á dar al fin. Derrocha el torrente sus aguas invernales, y queda seco y pedregoso en el estío. Desmorónanse las montañas lentamente, y al mar van los escombros de sus cúspides. ¿Qué mucho que yo pase, y me desmorone, y me derrumbe? Si eso no más discurriste, no has de heredar á Calvino en aquella su incomparable sabiduría para interpretar santas escrituras.

NICOLÁS.

Palabras nunca te faltan.

WALTER.

Ni obras me faltaron jamás.

NICOLÁS.

Hasta hoy.

WALTER.

Ni hoy siquiera.

NICOLÁS.

Cierto será, pero no se conoce.

WALTER.

¿Pues qué hice?

NICOLÁS.

Dejar de hacer.

WALTER.

Sepa yo lo que ha sido.

NICOLÁS.

Pues ahí es nada. Casi á la mano tenemos á Servet, y te opones al último esfuerzo que nos resta para dar con ese desapoderado herético, lepra de la religión en el mundo y quizá conspirador en Ginebra.

WALTER.

Si tan á vuestro alcance está, tended la mano.

NICOLÁS.

En sabiendo dónde se oculta.

WALTER.

¡Ah! pues en no sabiéndolo no hay para qué alardear de victoria.

NICOLÁS.

Pues hay para qué, porque hay medio de conseguirla.

WALTER.

¿Cuál?

NICOLÁS.

El que tú sabes. (Con misterio y en voz baja.) Aquí encontramos á Jacobo con el libro de la mentira y de la blasfemia de ese teólogo de Barrabás.

WALTER.

Y á pesar de que yo le era deudor de la vida, yo mismo le entregué al Consejo, que, quién sabe, si fué entregarle á la muerte: él mitigó los dolores de mi cuerpo y yo dí tortura al suyo. Si esto no es celo religioso, descontentadizos sois á fé mía.

NICOLÁS.

Tortura que fué inútil, porque no habló.

WALTER.

Ó tan bajo que no le oísteis.

NICOLÁS.

¿Y tú? (Con interés.)

WALTER.

Algo: una palabra de que os daré cuenta á su tiempo.

NICOLÁS.

Y entre tanto... ¿por qué no apoderarnos de Margarita y de Conrado? Cómplices son: no hay duda.

WALTER.

Cuando no haya otro medio se hará lo que dices.

NICOLÁS.

Tu terquedad es por ese mancebo, que metiósete en el corazón como diablillo travieso por boca entreabierta de vieja bobalicona.

WALTER.

Mi terquedad... mi terquedad... Yo sé lo que hago.

NICOLÁS.

Pero...

WALTER.

(Levantándose y cogiéndole por un brazo.) Oye y no seas botoso. Mañana, no más tarde que al rayar el día, antes de que comience la ejecución, á la cual he de asistir, ve á buscarme, y yo te diré dónde se oculta Servet, quiénes son sus cómplices, cuáles los altos personajes que le protegen: todo. Déjame unas horas no más: des-

pués pregunta, que como me quede una centella de vida, yo te contestaré.

NICOLÁS.

¡Al fin vuelves á ser lo que fuiste!

WALTER.

Espera. Supón que yo muero antes.

NICOLÁS.

¡Walter!... ¡por Dios!... ¡qué idea!

WALTER.

Lo supongo, no lo afirmo: caso posible, no seguro. Mi vida va tambaleándose como libertino beodo al salir de desenfrenada orgía, y de un instante á otro puede caer. Algo, que será la sangre, si Jacobo acierta, y que sino, será el dogal que la muerte va tanteando sobre mi cuerpo antes de echarlo á mi garganta, siento bullir por mi piel. En fin, oye y no me distraigas. Si yo muriese, no ha de decirse que por tema mía el español se escapó de Ginebra, y este pliego os da el medio de echarle mano. (Entregándole un papel.)

NICOLÁS.

¿Este pliego?

WALTER.

Es una carta de Servet.

NICOLÁS.

¿De Servet? ¿Sabes lo que dices?

WALTER.

Acabo de recibirla: promete entregarse si dais libertad á Jacobo.

NICOLÁS.

(Después de leer.) Promete entregarse; pero ¿se entregará?

WALTER.

¡Oh, Servet es aragonés y el orgullo le pierde! No faltaría á su palabra, así tuviese que ir al infierno á cumplírsela al diablo.

NICOLÁS.

Bien dices. Seguro le tenemos. Todo debe esperarse de su valor ó de su soberbia. ¿Pues no osó, el mismo día de su llegada á Ginebra, ir por la tarde al templo en que predicaba Calvino? ¡Será nuestro: será nuestro!

WALTER.

Pero sólo acudís á ese recurso en el caso de

que yo muera; que como Dios me conserve la vida, yo cogeré á la fiera en su cubil y al lobo con la manada.

NICOLÁS.

Fía en mi palabra, Walter.

WALTER.

En ella fío, aunque no tanto como en la de Servet, que eres tú tan humilde como él es vanidoso. (Con ironía.)

NICOLÁS.

¡Walter!...

WALTER.

Y mira... (Como dudando.) una vez el hereje en vuestro poder... ¡qué diablo!... os dais por contentos... y á los demás... ¿eh? ¿me comprendes?... no quiero que resulte de todo ello daño ni aun amenaza para Conrado.

NICOLÁS.

¿Lo ves? ¡ves, Walter, lo que te decía! ¡Hechizos te ha dado el tal mozo!

WALTER.

¿Hechizos?... ¡Imbécil! (Cogiéndolo por un brazo con furia.) Yo tuve un hijo... se llamaba Conrado... y ese nombre... ese nombre... ¿qué te impor-

ta lo que ese nombre sea para mí... ¿Qué? ¿que esto es capricho? ¿que es fealdad... ¿que debilidad no es?... ¿que sea fealdad y capricho hay que respetarlo? ¿hay que respetarlo!... ¡Nicolás!...

NICOLÁS.

¡Basta, Walter!... ¡Basta! ¿Estará? ¿será como deseas? ¡Tu rostro se inyecta de sangre! ¡tus ojos saltan de las órbitas! ¡tu mano es una tenaza!... ¡Oh! ¡no temas!... Además, ese caso no es probable... y mañana...

WALTER.

Te lo diré todo. Ahora mándame á Jacobo: se entiende, bien guardado. Quiero interrogarle, aquí delante de Margarita.

NICOLÁS.

Aquí te lo enviaré. Adiós, Walter. Buen ánimo. (Con tono sumiso.)

WALTER.

(Cayendo en el sillón.) Adiós.

NICOLÁS.

(Aparte cerca de la puerta del fondo y volviéndose para mirar á Walter.) (Oportuno está en lo de llamar á Jacobo. Como el paroxismo no llegue antes...)



WALTER.

(Volviendo la cabeza.) ¿No te vas?

NICOLÁS.

Sí, al momento: adiós... adiós. (Sale por el fondo.)

## ESCENA IX.

WALTER, después MARGARITA, y CONRADO por la derecha.

WALTER.

Mayor impertinente no ví jamás. Ocurrencia fué la de Calvino: convertir á este pobre diablo en teólogo.

CONRADO.

Walter...

WALTER.

¡Ah! ¿sois vosotros?... Ven tú, Margarita; más cerca. Deseabas verme y aquí estoy.

CONRADO.

No temas, Margarita. Habla: Walter lo desea. (Margarita muestra profunda agitación y huye instintivamente de Walter cuando Conrado la lleva hacia él.)

WALTER.

Ya espero, ya oigo. ¿Nada dices? ¿Por qué

con espantados ojos nos miras alternativamente á Conrado y á mí? ¿Qué buscas en nosotros?

CONRADO.

(Aparte.) (Valor, Margarita. Á tu lado estoy. Tú lo deseaste.)

WALTER.

¡Por la gran bestia de la Apocalipsis, que eres estatua más que mujer!

MARGARITA.

¡Walter!... (Avanzando.)

WALTER.

¿Qué vas á pedirme?

MARGARITA.

¡La vida, la libertad de Jacobo!

WALTER.

En tus manos están.

MARGARITA.

¿Yo puedo?...

WALTER.

Salvarle.

MARGARITA.

¿Cómo?

WALTER.

Pronunciando una palabra.

MARGARITA.

¿Cuál? ¿qué quieres que diga? (Acercándose á él con afán y esperanza.)

WALTER.

(Después de una pausa y mirándola fijamente.) ¿Dónde está Servet?

MARGARITA.

(Retrocediendo.) ¡Walter!...

CONRADO.

(Lo mismo.) ¡Esa pregunta!...

WALTER.

Por menos que por el desatentado aragonés no soltamos á ese sabio sin seso, que se nos vino á la llama como atolondrada mariposa.

MARGARITA.

¡Pero yo!...

CONRADO.

¿Cómo quieres que Margarita?...

WALTER.

¡Ea! es inútil fingir. Escucha. (À Margarita.) Jacobo fué interrogado: no quiso contestar: convirtióse la pregunta en *cuestión* ¿comprendes? (Con sonrisa cruel.) Allá se le calzaron unos borceguíes que le venían estrechos y diósele por añadidura un buen trato de cuerda; ello es, que al cabo de un rato púsose pálido como doncella melindrosa, dobló la cabeza y perdió el sentido. Pero antes, dijo quedo, muy quedo, á pesar suyo, y sin conciencia de lo que decía... ¡yo le creí más fuerte!... pues dijo esto: «¡No temas, Margarita, no temas!» Yo mismo le oí las palabras que acabó de repetirte.

CONRADO.

¡Ah!

MARGARITA.

(Acercándose á Conrado.) ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Y los demás oyeron!...

WALTER.

Nadie más que yo, porque en aquel momento me inclinaba sobre él para animarle y con-

vencerle. ¡Oh! yo no le quiero mal: es un atolondrado, pero hace famosos filtros.

CONRADO.

(Con afán.) Nadie le oyó; pero tú, después, habrás repetido sus palabras.

WALTER.

Aquí por vez primera.

CONFADO.

(Aparte, retrocediendo unos pasos y con terrible explosión de alegría.) ¡Pues cuenta con que lo has dicho por última vez!) (La situación de los personajes es como sigue: Walter en pie; junto á él Margarita; Conrado algunos pasos más atrás apretando el puño de su espada y como en acecho. Esta última actitud, con las variantes necesarias, se conserva hasta el fin del acto.)

WALTER.

(Cogiendo á Margarita por una mano y atrayéndola.) Escucha y vamos claramente al asunto. Que Servet está en Ginebra, no admite duda: el mismo Calvino le vió en el templo. Que no vino á tu casa es evidente, porque yo estaba en ella. Que tú sabes dónde se oculta, no hay para qué negarlo, porque Jacobo lo confesó, de suerte que son inútiles tus aspavientos y melindres. Á no ser tú mi enfermera, tu casa mi asilo, y Conrado el nombre de aquél, ya estaríais los

dos ante los síndicos; pero yo con la edad voy haciéndome blando de corazón y me he propuesto salvaros: me dices dónde está Servet, y por tan gran servicio á la causa de Dios, razón será perdonaros los demás pecadillos.

MARGARITA.

No puedo, Walter: si no lo sé, ¿cómo adivinarlo? Si lo supiese, ¿cómo venderle?

CONRADO.

(¡Ah! ¡mi Margarita!) (Aparte con expresión de orgullo.)

WALTER.

¡Cuenta que no le salvas! De todas maneras el hereje estará mañana en mi poder.

MARGARITA.

¿Pues qué falta te hace entonces mi delación?

CONRADO.

(Aparte.) (¡Inútiles son tus teologías de infamia! ¡ya lo ves!)

WALTER.

¡Ya te lo he dicho: quiero cazar la fiera y descubrir la guarida!

MARGARITA.

De achaques de montería, Walter, yo no entiendo: allá, tú y Calvino.

WALTER.

(Con expresión de ira.) ¡Margarita!...

CONRADO.

(Aparte.) (Suplica, convence, amenaza; que yo estoy en esta puerta, y en mi cinto la espada, y ya mi mano la busca con caricias de muerte!)

WALTER.

¡Te cuesta la vida!

MARGARITA.

¿Qué importa?

WALTER.

¡Y la vida á Conrado!

MARGARITA.

¡Eso no! (Con espanto.)

WALTER.

¡Eso sí!

MARGARITA.

¡Él no querría tampoco!... (Volviéndose á Conrado.)

CONRADO.

¡No, mi Margarita!... ¡así!... ¡así!... (Animándola desde lejos.)

WALTER.

¡Mira que acaban las súplicas y que comienza el mandato!... (Â Margarita.)

MARGARITA.

¡Mira que acaba el terror y que comienza el desprecio!

CONRADO.

(Aparte.) (¡Mira, Walter, que acabas tú y que comienzo yo!)

WALTER.

¿Dónde está Servet? (Acercándose á Margarita.)

MARGARITA.

Sin duda en sitio seguro, pues no le encuentras.

WALTER.

¿Dónde está pregunto? (Acercándose más.)

MARGARITA.

Pregúntaselo á tus esbirros.



WALTER.

¿Te niegas á contestarme?

MARGARITA.

Sí.

WALTER.

Pues ven; ven á donde preguntan cuerdas de cáñamo, tenazas de hierro y cuñas que con tan irresistible persuasión se insinúan, que no hay modo de que una delicada doncella como tú las desoiga y desaire. (La coge por un brazo y la lleva hacia el fondo.)

MARGARITA.

(Resistiéndose.) ¡No; déjame! ¿dónde me llevas?

WALTER.

Ya lo verás.

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Conrado!...

CONRADO.

(Cubriendo la puerta con su cuerpo.) ¡Aquí estoy, Margarita! ¡Aquí estoy, Walter!

WALTER.

¡Paso!

CONRADO.

¡Atrás, miserable!

WALTER.

(Soltando á Margarita y retrocediendo hacia la derecha.)

¡Conrado!...

CONRADO.

Cuando tanto te dejé atormentarla, es porque estaba saboreando mi venganza, y por el deseo de que fuese mayor, ¡calvinista del infierno! quería que creciese tu crimen. ¡Cuando consentí que hablaras y hablaras, es porque ibas á callar para siempre! ¡Cuando no te partí el corazón, es porque no lo tienes; pero tienes garganta, que por ella vomitaste, entre roncos alientos, el veneno y la hiel de tu alma, y á segar tu garganta voy con el filo de este hierro (Desnudando la espada.), aunque tenga después que ir en peregrinación á Toledo á comprar otra hoja limpia, por si la magia negra, y Lucifer tu deudo, te lograrian resucitar!

MARGARITA.

(Abrazándose á él.) ¡No!... ¡Conrado!... ¡por Dios!... ¡calla!... ¡calla!

WALTER.

(Oprimiéndose la cabeza entre las manos.) ¿Qué ha di-

cho?... ¿qué ha dicho?... ¡Él!... ¡Ah!... Por ningún sér humano he sentido, mancebo loco, la insensata simpatía que por tí: algo al verte se me aferró á este corazón que me niegas, y del que reniego yo también, porque siempre que en la vida quiso dar muestras de sí, dió muestras de torpe y de pazguato; pero no importa: cariño, simpatía ó locura, fuéronse ya de mi pecho, y pues de resucitados hablas, oye lo que te digo.

CONRADO.

Sí: ya te oigo: habla. (Margarita siempre á su lado conteniéndole.)

WALTER.

Si mi propio padre volviese á la vida y me dijese lo que tú me has dicho; si la mujer á quien amé tornase á mis brazos y en sueños lo murmurara; si el Conrado que perdí, él, mi hijo, no un Conrado cualquiera como tú, sino mi propia sangre, niño aún, sin comprender lo que decía, lo repitiese... padre, mujer ó niño, fueran bien pronto ante mí lo que vas á ser tú, miserable, ¡tierra inerte, polvo frío, cuerpo yerto!

CONRADO.

¡Pues prueba!

WALTER.

¡Mira si pruebo!... (Desnuda la espada y se arroja sobre él.)

MARGARITA.

¡No!... ¡no!... (Abrazándose á Conrado.)

CONRADO.

¡Aparta si no quieres mi muerte! (Rechazándola.)

MARGARITA.

¡Walter!... (Cogiéndole el brazo.)

WALTER.

¡Suelta!... (Desprendiéndose de ella.)

CONRADO.

¡Al fin! (Riñe con furor.)

WALTER.

¡El tuyo! (Idem.)

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Walter!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡á mí! (Dice esto dirigiéndose á la derecha, primer término, y llegando á la misma puerta, mientras Conrado y Walter riñen con encarnizamiento en el fondo.)

CONRADO.

¡Ah!

WALTER.

¡Ves!... .

CONRADO.

¡No!... ¡toma!...

WALTER.

¡Nada!... ¡esta!...

CONRADO.

¡Tampoco!... (Todo esto muy rápido, al compás de las estocadas, y al mismo tiempo que Margarita llama en su auxilio.)

## ESCENA X.

MARGARITA, WALTER, CONRADO, SERVET, BERTA.

Los dos últimos por la derecha. Berta queda detrás del tapiz que cubre la puerta, pero de suerte que el espectador la vea. Servet avanza hasta colocarse entre Conrado y Walter. Margarita corre á buscar á Conrado, y ambos quedan junto á la puerta del fondo.

SERVET.

¡Insensatos!

WALTER.

¡Ah!... ¡No!... ¡Mentira!... ¡Servet!...

SERVET.

Sí, yo: Miguel Servet.

WALTER.

¡Al fin... ¡ahora... más... más más  
¡Preferimos al porvenir!

DOLORES.

¡Todas veces te pasabas esta puerta, pero no  
la pasabas!

WALTER.

¿Que no? Sin embargo ahora...

DOLORES.

¡O saldrás como entraste la vez primera...  
¡sin vida!

WALTER.

Sin vida ¿eh?... ¿Qué te han hecho para que... Ser-  
ves de decora y novela.

SERVET.

No será.

WALTER.

(Ya ciega de dolor y profunda agridura habla con tanta  
torpeza y confusión en las ideas: ¿Qué yo no voy a hundi-  
dir esta España en aquel peñol? ¿eso dices tú?

SERVET.

Eso digo: que no puedes.

WALTER.

¿Por qué?... ¿porque la sangre me ahoga? ¿porque me ahoga la alegría? Ya lo sé. ¡Siento un nudo aquí! (Llevándose la mano á la garganta.) ¡y aquí como el golpe de un martillo! (Indicando el cráneo.) Pero no importa... me queda vida aún para arrancarle la suya... Suelta... suelta... que después vendrás tú...

SERVET.

No es por eso.

WALTER.

¿Pues por qué?

SERVET.

(Llevándole al extremo de la derecha junto á la primera puerta y hablándole en voz baja. La puerta queda á su espalda y por ella asoma Berta con precaución procurando escucharles. Margarita y Conrado en el fondo formando un grupo.) Porque aquel Conrado...

WALTER.

¿Qué?

SERVET.

(Al oído.) ¡Es tu Conrado!

WALTER.

(En voz muy baja.) ¿Cómo?... no te comprendo... ¡mi Conrado!...

SERVET.

¡Sí, el que perdiste en Witemberg aquella mañana!... ¡tu hijo, tu Conrado, tu sangre!

WALTER.

¡Él!... ¡mientes!... ¡hereje del infierno!...  
¡mientes!...

SERVET.

¡Mira! (Da un paso atrás: coje á Berta; la obliga á salir por completo y se la presenta.)

BERTA.

¡No!... ¡por Dios!... ¡déjame!...

SERVET.

¿La conoces?...

WALTER.

¡Berta!... (Después de mirarla.)

BERTA.

¡Walter!

WALTER.

¿Él?... (Cogiéndola con ansia y señalando á Conrado.)

BERTA.

¡Sí!... ¡pero no me mates!... (Arrodillándose.)



WALTER.

¡h!... ¡él!... ¡Jesús! (Da unos pasos como para ir á lo, y cae sin sentido en el centro del escenario.)

## ESCENA XI.

MARGARITA, BERTA, CONRADO, SERVET, WALTER, JACOBO.

Ultimo por el fondo, andando difícilmente y apoyándose en el de la puerta. Berta se levanta y se separa hacia la derecha.

MARGARITA.

Jacobo!

CONRADO.

Jacobo! (Casi simultáneos.)

SERVET.

tiempo llegas: salva la vida de ese hombre.

JACOBO.

La vida de ese hombre? (Con acento rencoroso.)

CONRADO.

Sí, para que yo le dé muerte!

SERVET.

No, para cumplir tu deber.

JACOBO.

... ¡Servet!...

SERVET.

¡Yo lo mando!... No: Dios lo manda. Obedece, obedece, Jacobo. (Conrado y Margarita se han corrido hacia la izquierda: en pié en la puerta del fondo, Jacobo que después avanza apoyado en Servet: Berta á la derecha: en el centro y en tierra Walter: junto á Walter en pié y dominando con su ademán, Servet.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO <sup>(1)</sup>.

---

*La escena representa otra sala de la casa de Margarita distinta de la de los dos actos anteriores.—En el fondo, á la izquierda del espectador, un lecho con grandes cortinas oscuras medio corridas; en el lecho, Walter sin sentido. Siempre en el fondo, y en el centro, una puerta. Á la derecha, pero en el mismo lienzo, una ventana con reja dando al jardín.—Á la izquierda, en el primer término, una ventana con hojas de cristal; el lecho debe estar muy próximo á dicha ventana, para que de este modo se halle lo más inmediato que sea posible al proscenio.—Á la derecha, en primer término, una puerta; además una mesa, un sillón, y sobre la mesa una lámpara encendida.—Junto al lecho otro sillón.—Es de noche: grandes sombras por todas partes; aspecto humilde, pero no pobre; carácter sombrío en el conjunto del cuadro.*

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER.

Walter sin sentido en el lecho, medio oculto por el cortinaje; junto al lecho Servet y Jacobo; éste sentado en el sillón, aquél en pie á la cabecera. Conrado en el sillón de la mesa y con la cabeza entre las manos; á su lado, y en pie ó sentada, Margarita.

SERVET.

La crisis se aproxima; marcha la sangre más violenta cada vez; el calor crece y crece la ca-

(1) Á fin de aligerar la representación de este acto, pueden hacerse todas las supresiones que van marcadas: se indica el principio de cada supresión con el núm. 1; el fin con el núm. 2.

lentura; su corazón golpea contra mi mano, como su mano golpearía contra mi corazón, á estar Walter en su sentido y tenerme á su alcance... (Con la mano puesta sobre el corazón de Walter.)

JACOBO.

Contrastes de la vida y caprichos de la suerte, ¡sobre un tal corazón mano como la tuya! Quita, quita; que juntas no están bien, cosas que tan poco se parecen.

SERVET.

¡Calla; escucha, escucha cuán angustiosa es su respiración! Conrado ¿qué hora será?

CONRADO.

El reló del Consistorio dió las cuatro y la corneja graznó tres veces. (Dice esto levantando la cabeza: luego vuelve á inclinarla.)

SERVET.

Al amanecer será la crisis; cuando la sombra y la luz luchen en Oriente, sobre ese lecho la muerte y la vida se disputarán su presa.

JACOBO.

Buena presa y segura.

SERVET.

No es segura por hoy, aunque mañana tal vez lo sea.

JACOBO.

Días, horas de diferencia, poco importa.

SERVET.

Importa mucho un solo instante de vida, y yo te digo, que por esta vez entre los dos le salvaremos.

CONRADO.

(Levantando la cabeza.) ¿Le salvaréis?

SERVET.

Sí.

JACOBO.

Capaces somos. Él, de puro bueno; yo, de puro imbécil.

SERVET.

No te comprendo.

JACOBO.

Gracias á Dios, maestro, que dí con algo que tú no comprendieses. Pero déjame descansar, que el tormento que Walter permitió que

me dieran, metióseme en los huesos y aún me muerde en ellos. (Se apoya aún más sobre el lecho.)

MARGARITA.

¡Pobre Jacobo!

CONRADO.

(Aparte.) (¡Ay, Margarita!)

SERVET.

¿Qué le diste en la pasada crisis? (Á Jacobo.)

JACOBO.

(Levantando la cabeza.) ¿En cuál?

SERVET.

En aquella de que tú le salvaste.

JACOBO.

¡Ah! sí. Pues debí darle una buena mistura italiana de esas que no dejan ni sombra de vida, ni rastro de muerte; pero inspiréme, maestro, en tus lecciones y en tu ciencia, y además en un cierto libro árabe que ya te mostraré, si escapamos con vida de entre las manos de ese muerto, y compuse esta droga (Sacando del pecho un frasquito.) que por digna de figurar la tengo en tu célebre tratado, ya sabes

**cuál: no el de las teologías, sino aquel otro en que tan reciamente la emprendes con Aberrroes. ¡Pero que no puedas estar en paz con nadie!**

**SERVET.**

**(Que ha estado examinando el frasco sin atender á Jacobo.)  
¿Y su efecto?**

**JACOBO.**

**Fué admirable y fué inmediato.**

**SERVET.**

**¿Bastará con esto? (Devolviéndole el frasco.)**

**JACOBO.**

**La cantidad precisa. Ni gota más, ni gota menos.**

**SERVET.**

**¿Y el instante?**

**JACOBO.**

**El de la crisis.**

**SERVET.**

**Pues esperemos. (Quedan ambos como estaban: Servet observando á Walter, Jacobo en el sillón. Pequeña pausa.)**

**CONRADO.**

**¡Margarita!**



MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¿Ves aquel hombre tendido en aquel lecho? ¿Ves aquel cuerpo inerte, sin memoria, sin pensamiento, sin vida casi? Pues ahí está nuestro destino. ¡Una palabra de Walter es tu muerte, pero no la pronunciará aunque tenga yo que clavarle en la garganta mi puñal hasta el pomo!

MARGARITA.

(1) No digas eso, Conrado, que mayor muerte y más cruel que todas las que pueda darme el odio de aquel hombre, me da tu amor cuando tales pensamientos acoge y en ellos se recrea.

CONRADO.

¿Recrearme en ellos? No. ¡Ellos están moriendo mi cerebro como impalpables monstruos; ellos se enroscan en mi corazón y entre mi sangre se deslizan como víboras; en ellos agonizo cuando su sombra se extiende sobre mi conciencia! Y sin embargo... ¿qué pecado habría en ello? (2)

MARGARITA.

¡Calla, por Dios santo!... ¡No sabes lo que dices!

CONRADO.

¡Sí lo sé todo! (Con misterio.)

MARGARITA.

¡Que lo sabes todo! (Con asombro.)

CONRADO.

Sí.

MARGARITA.

¿Pero qué? ¿pero cómo?

CONRADO.

Aquella escena fué muy extraña, ¿no es verdad? ¡Cuando le dijo Servet al oído... no sé qué... y él me miró... y reconoció á Berta... y luego vino á tierra desplomado!

MARGARITA.

¿Y tú?...

CONRADO.

Yo, al fin arranqué su secreto á mi nodriza.

MARGARITA.

¡Ah!

CONRADO.

Al menos creo haberlo adivinado.

MARGARITA.

¿Y qué adivinaste?

CONRADO.

¡Que aquel hombre... aquel... Walter... hirió á mi madre!... ¡quiso darle muerte!... Eso dice Berta... pero ¿quién sabe?... ¡quizá no lo dice todo: tal vez murió á sus manos!... ¡Ah!... y me niegas el derecho... (Echando mano al puñal y levantándose.)

MARGARITA.

(1) ¡No, Conrado!... ¡No!... ¡eso no!... ¡Por mí!... ¡por mí!... (Conteniéndole: Conrado vuelve á caer en el sillón.)

CONRADO.

Bueno; ya sé que no. Pero ¿por qué no? ¿Ese hombre es algo mío? ¿es siquiera un hombre? Aquella masa que apenas alienta tras aquel cortinaje, ¿qué es, Margarita? Pregúntaselo á Jacobo. Un puñado de tierra que hoy se mueve por virtud de la calentura, y que mañana será polvo, y aguaceros y vientos se llevarán; una lámpara que se extingue, que ya sólo tiene un punto de luz y que muy en breve será eterna sombra. Pues lo que ha de ser mañana ¡sea esta noche y te salvo!

MARGARITA.

Jacobo no dice verdad; quien dice verdad es Servet. Ni aquello, como tú supones, es tierra que se deshace, ni lámpara que se extingue, ni sombra en la sombra. Es un hombre, un hombre infame, es cierto; un monstruo, tal me parece; pero por cuanto sea monstruo é infame no deja de tener un alma, que puede salvarse por el arrepentimiento, y no hay arrepentimiento humano sin vida humana.

CONRADO.

¿Un alma dices que tiene? Pues digna del infierno será, con que le damos lo que merece.

MARGARITA.

Pero no querrás que lo merezcan las nuestras: tu alma y la mía, que es donde pusimos nuestro amor. Conrado, vuelve en tí: sé lo que siempre fuiste, modelo de nobleza y de hidalguía; cumple como caballero y como cristiano, que eso eres, y así te quiero, y no por las sombras, sino por los resplandores de tu espíritu me enamoraste.

CONRADO.

Eres un ángel, pero yo soy un hombre enamorado, á quien de entre los brazos quieren

arrancarle su amor; con que no es mucho que se trueque en fiera, fiera digna de aquella.

MARGARITA.

¿Un ángel yo? No, Conrado, no lo creas. Pobre pecadora soy, mujer que te ama, criatura que empieza á vivir y á quien encanta la vida. ¡La vida contigo, con mi Conrado! ¡Ah! ¡si supieras cómo la deseo! ¡con qué suprema angustia me aferro al borde del abismo para no caer! ¡cómo tengo que ahogar en mi garganta gritos de desesperación, para no desesperarte más! Mira: si aquel hombre estuviese en pié, fuerte y amenazador, la espada en la mano, el fuego de Satanás en los ojos... y sobre todo ¡si no fuese lo que es!...

CONRADO.

¿Si no fuese lo que es? No te comprendo. Si no lo fuese, no sería Walter.

MARGARITA.

(Conteniéndose.) Pues por eso lo digo.

CONRADO.

¿Y bien?...

MARGARITA.

Pues si no fuera... Walter y pudiera defenderse, y quisiera perdernos, yo te gritaría:

¡adelante mi Conrado, mi bravo esposo! ¡a él! ¡hiere, mata, sálvame, sálvanos!» Ya ves que para ser ángel, como afirmas, de sobra me dejo llevar por la ira y la pasión.

CONRADO.

Hay ángeles de consuelo, pero los hay también de justicia, y aun de celestes venganzas, y como tú quisieras serlo, yo me encargaría de ellas. (2)

MARGARITA.

¿En un hombre vencido y moribundo? ¡noble hazaña!

CONRADO.

Eso ata mis manos y desata el infierno en mi corazón.

MARGARITA.

¡Y además... en mi propia casa está! ¡ah, Conrado!

CONRADO.

Sagrada es para mí como la bóveda del santuario.

MARGARITA.

¿Luego sagrada será para él?

CONRADO.

Lo será, Margarita. (Con nobleza y resignación.)

MARGARITA.

Así te amo: así eres mi Conrado. Lo demás ¿qué importa? Vivamos juntos, ó hiéranos la muerte á la vez.

CONRADO.

¡Morir! ¡tú! ¡mi Margarita! ¡No: eso no: mil veces no! ¡Lucharé como bueno, mientras pueda: como si en mí llevase sangre de Walter, si él me obliga; como infame, si no hay otro medio y con infamias logro tu salvación! Esto ha de ser.

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¡Ah! ¿por qué hablaste de morir? ¿no sabes que esa idea me enloquece?

MARGARITA.

Calma tus temores: ¿quién sabe lo que sucederá?

CONRADO.

(Levantándose con ímpetu.) Espera. (Dirigiéndose á Servet.)  
¡Servet!

SERVET.

(Sin separarse del lecho.) ¿Qué me quieres?

CONRADO.

¿Vais á salvar á ese hombre?

SERVET.

Con la ayuda de Dios, y con la de un maravilloso elixir que Jacobo ha compuesto, así lo espero.

CONRADO.

Y recobrará los sentidos, y despertará su memoria, y se desatará su lengua ¿no es eso?

SERVET.

Sí.

CONRADO.

¿Cuándo?

SERVET

Al amanecer: dentro de una hora.

CONRADO.

Y al volver á sentir, lo primero que sentirá será odio.

SERVET.

Fué su costumbre.

CONRADO.

Y al recordar de nuevo, recordará que en esta casa estabas.



SERVET.

Fué su última idea, será la primera.

CONRADO.

Y cuando la palabra acuda á sus labios, estará Lafontaine junto á su lecho, y la primera que pronuncie será para entregarte á Calvino.

SERVET.

Al mar va el río: á su destino el hombre: á donde Dios disponga iré yo.

CONRADO.

¿Y á pesar de todo quieres salvarle?

SERVET.

Quiero cumplir mi deber.

CONRADO.

Pues cúmpelo, que á cumplir voy el mío.  
(Dice esto dirigiéndose á la puerta del fondo.)

MARGARITA.

¿Á dónde vas?

SERVET.

¿Á dónde vas, Conrado?

CONRADO.

Pronto lo sabréis. ¡Por ahora lo que importa que sepáis, si es que no lo sabíais, es que Margarita es mi vida, mi fé, mi cielo, mi todo: que esa frente limpia y pura no fué modelada para el dolor, ni el dolor ha de empañarla mientras yo pueda atajarlo con mi pecho ó con mis brazos: que esos ojos serenos y radiantes no se encendieron para anegar su luz en lágrimas, en tanto que yo pueda secarlas, aunque, para buscar calor que las seque, tenga que incendiar á Ginebra: que ese corazón de mi Margarita sólo ha de palpar entre mis brazos y de amor, no entre las correas del potro, ni entre los garfios del tormento, aunque tenga yo que dar al tormento y al potro hasta la última fibra de mi carne, hasta la última astilla de mis huesos: (1) que ese divino cuerpo no salió de las manos de su Hacedor para consumirse como seco sarmiento en las hogueras calvinistas, aunque haya de consumirse en el eterno fuego el alma que Dios me dió. (2) Ya lo sabes tú, Walter: no es tuya esta mujer: ¡no lo será! ¡Antes que lo fuese!... (Desnuda el puñal y lo levanta en alto, pero sin acercarse ni mostrar intención de herir.)

MARGARITA.

¡No, Conrado!... ¡quita ese hierro!

SERVET.

¡Insensato! ¡ni lo digas, ni lo pienses!

CONRADO.

No temáis: todavía no. Hay otros medios. Cuando se agoten... ¡Ah!... cuando se agoten, no os pongáis entre ese hombre y yo. Dejadme: adiós. (Sale por el fondo precipitadamente.)

SERVET.

¡Loco está!

JACOBO.

¿Tú y yo lo estamos menos, por ventura? ¡Tú, con tus teologías y misterios! ¡yo con mis ciencias! ¡con su amor él! ¡Bah!... ¡todo es uno, y quién sabe si todo es nada!

## ESCENA II.

MARGARITA, WALTER, SERVET, JACOBO.

MARGARITA.

(Acercándose á Servet: ambos vienen al proscenio.) ¿Qué intentará?

SERVET.

No lo sé: la fiebre y la desesperación son malos consejeros.

MARGARITA.

Mira, Servet, por horrible que sea, es preciso declararle la verdad, para impedir algo más horrible.

SERVET.

Dudé hasta ahora; pero ahora creo que tienes razón.

JACOBO.

(1) Y ahora dudo yo de que la tengáis y conservéis vosotros.

MARGARITA.

Le va en ello á Conrado la salvación del alma.

JACOBO.

Á que acabe de perderla le ayudáis, si de ella algo le queda por perder, que no debe ser mucho, según las cosas que le oí.

MARGARITA.

No, Jacobo. Te engañas: *el delirio* habla en él, no la *voluntad*.

JACOBO.

Lenguaraz y atrevido es *él* de ordinario; y *ella*, como al sexo conviene, callada, modesta

7. *Echegaray*

ida. ¡Ay, si el delirio se apodera de Con-

(2)

SERVET.

Silencio!... (Señalando hacia el fondo.)

MARGARITA.

Él vuelve. (Pausa. Los tres se aproximan á la puerta del fondo. Conrado pasa rápidamente de izquierda á derecha. Sólo se ve un instante cruzar por fuera.)

SERVET.

No: pasa: corre: huye ¿pero de quién?

JACOBO.

(Con amargura.) De sí mismo, sin duda. Así vamos todos; pero nos alcanzamos al fin.

SERVET.

Del portalón venía al parecer, y ahora creo que por el jardín cruza. (Mirando por la ventana enrejada.)

MARGARITA.

¡Dios mío, como un insensato iba! ¿Le viste?  
(À Servet.)

SERVET.

Di más bien, que como una fiera enjaulada que se revuelve y busca salida.

JACOBO.

Eso: al fin dísteis con ello. Como fiera enjaulada que busca por dónde escapar. ¡Pobre Conrado! mitad león, mitad niño: maridaje imposible.

MARGARITA.

¿Pero qué pretende? ya que tú lo has adivinado. (A Jacobo.)

JACOBO.

¿No te lo dijo él mismo? salvarte.

MARGARITA.

¿De qué manera?

JACOBO.

Él te lo explicará, que aquí llega.

### ESCENA III.

MARGARITA, SERVET, JACOBO, WALTER, CONRADO.

CONRADO.

(Entrando con ímpetu por la derecha.) ¡Tampoco por el jardín! ¡tampoco!

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

Dejadme: dejadme. Á ver... á ver... esa ventana no es muy alta... (Precipitándose á la ventana de la izquierda y mirando por ella.) ¡Ah!... todo oscuro... No: en aquel ángulo una luz: alrededor unos bultos negros... Servet, Jacobo, aquí... (Los dos y Margarita se acercan.) Decidme, ¿qué veis? ¿qué sombras son aquellas?

SERVET.

(1) Mi vista es poco penetrante, Conrado: un punto de luz veo, pero no más.

JACOBO.

Con claridad ves, según dices, entre los resplandores del cielo; pero torpe eres, en efecto, para las sombras de este bajo y miserable mundo. Déjame á mí.

CONRADO.

Sí; mira, mira bien. (2)

JACOBO.

¡Ah! ya distingo.

CONRADO.

¿Qué?

JACOBO.

Una linterna y unos hombres: acertaste, Conrado.

CONRADO.

¿Qué hombres son?

JACOBO.

Soldados del Consejo y esbirros del Consistorio: los que me trajeron y me custodian, y la guardia de honor de Walter: orden les dieron delante de mí de no dejar salir á nadie de esta casa.

CONRADO.

Condenación.

MARGARITA.

Calma, Conrado.

SERVET.

Valor, hijo mío.

CONRADO.

¡Por todas partes lo mismo! ¡Centinelas á la entrada; y alrededor del jardín, espías; y esbirros y soldados al pié de ese muro, y aquí *ella y él!* (Señalando á Margarita y á Walter.) ¡No... no... es inútil que me revuelva... no hay salida!



JACOBO.

¿Pues qué pensabas, pobre mozo? ¿que no tenías más que coger en tus brazos á Margarita, huir con ella por el muelle, meterte en la barca que preparaste y apretar los remos? ¡Ah! ¡las cosas en el mundo no se arreglan á gusto de las víctimas! Eso, que el maestro llama *el deber*, cuesta más caro. La fatalidad os envuelve en círculo de hierro: tú y Walter estáis frente á frente, y entre vosotros Margarita. ¡Huir! ¡qué cómodo sería huir! pero no es posible. ¡Luchar! ¡cuánto cuesta! pero es preciso. (1) Pregúntale á Servet, y él te dirá que esas luchas mortales que en el fondo del alma riñen deberes y pasiones, tu Hacedor las permite; que cuando en el mar invisible del pensamiento la tempestad se desata, es que ha pasado el espíritu de Dios sobre sus aguas. (2)

CONRADO.

Pues bien, la lucha: yo la acepto.

SERVET.

Á ella, sí; pero aún no: no estás en tu razón.

CONRADO.

Ni quiero estarlo: momentos hay en que la

razón.sobra, Servet. ¡Mira allá en Oriente la luz del día! ¡luz maldita! No vacilaré; no. ¡Hiero!... ¡mato!... ¡silencio eterno! (Señalando hacia el lecho.) ¡Llegan!... ¡me entrego!... ¡yo el asesino!... ¡al suplicio!... ¡Vosotros huís!... ¡ella se salva!... ¡que Dios me juzgue!

SERVET.

¡No: jamás!... (Los dos se aproximan á él con ansiedad.)

MARGARITA.

¡Jamás, Conrado!...

CONRADO.

¡Oh, no temáis: esperaré, esperaré justicias de la tierra, si las hay; prodigios del cielo, si el cielo me los concede; la muerte de ese hombre, si ella bien á bien llega; pero cuando Lafontaine se aproxime, y Walter abra sus labios, este puñal será justicia, y será prodigio, y será muerte!

SERVET.

¡Antes á mí!

MARGARITA.

¡Á mí antes! (Conrado en pié y sombrío les hace señal de que esperen.)

## ESCENA IV.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER, BERTA  
por el fondo.

BERTA.

Conrado... Margarita...

SERVET.

(1) ¿Qué quieres, Berta?

BERTA.

¿Yo? nada. No puede querer quien no tiene voluntad, y la perdí há tiempo, que á conservarla no estaríamos ya en Ginebra. (2)

SERVET.

¿Á quién buscas?

BERTA.

Á Conrado ó á Margarita, para ver qué ordenan, y si doy ó no paso franco á ese hombre.

CONRADO.

¿Y quién es ese hombre? ¿quién pretende entrar en esta casa?

BERTA.

¿No lo he dicho? Pues el hombre es Galifa.

CONRADO.

(1) Jamás le conocí.

BERTA.

Pues ya le conoceremos todos, á lo que yo presumo, como ha de conocerle la pobre Juana cuando asome el día.

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Juana!

SERVET.

En suma ¿quién es?

BERTA.

Pues un hombre, que cuando anda por el mundo algún hereje como tú, ó alguna hechicera como Juana, ó algún insensato como cualquiera de nosotros, va y toma, y clava de punta en el centro de la plaza de Champel un buen pilar, bien recto, y bien alto, y bien provisto de sólida cadena y á su alrededor prepara á modo de plataforma ó pira, un gran montón de haces de leña, y ramaje, y sarmientos, si los hay, y cuando todo está dispuesto y á punto, crúzase de brazos y espera. (2)

CONRADO.

¿Pero á qué viene ese hombre?

BERTA.

Á cumplir su obligación, como que *es* él quien coge la tea. y prende fuego á los *haces*; primero de cara al reo y luego todo alrededor.

CONRADO.

¿Pero qué pretende?

BERTA.

Pues echó ayer la vista Galifa, por entre las tablas que cercan el jardín, á las secas ramas de unos rosales marchitos, y entre sacarlos á la plaza ó ir á la orilla del lago á cortar la leña que le falta, prefiere su pereza lo primero, y á nuestra puerta acude, pidiéndonos auxilio, como á buenos calvinistas que supone que somos, para la obra piadosa que trae entre manos desde media noche, y ha de terminar antes de que se anuncie la alborada.

MARGARITA.

¡Calla, Berta! ¡calla! ¡eso es horrible!

BERTA.

Pues óyele á él, y te dirá que es obra de caridad: la leña que tiene abajo es verde, y arde mal, y hace humo, ¡mucho humo y poco fuego! ¡Cá, si á veces dura *más de dos horas*! Esa será

Buena, decía Galifa, para un cierto español á quien van dando caza; á ese sí, porque es duro, y terco, y gran hereje.

JACOBO.

Basta, Berta. (Servet deja caer la cabeza sobre el pecho y queda sombrío.)

BERTA.

(1) No, si él lo dice. Á ese, aunque nos dé para comprar leña seca un magnífico collar que es fama que siempre lleva, porque los de allá, los de tierra de moros, son muy ostentosos; á ese, *la otra, la que dura*. ¡Pero á Juana, decía casi enternecido, si la ví ayer, si es tallo de lirio, hoja de azucena, botón de rosa! Con la primera llamarada de ese rosal no tenemos mujer, y sin penar, sin sufrir yo te lo fío.

CONRADO.

¡Ah, mi Margarita! (Como amparándola.) (2)

JACOBO.

¡Ah! ¡Servet!... ¡haz que no sean las palabras de Berta la fúnebre profecía de tu suerte!

(Acercándose á él y estrechándole la mano. Dos grupos: Conrado en uno protegiendo á Margarita; en otro Jacobo como suplicando á Servet; en medio Berta.)

SERVET.

¡Y bien... si lo fuesen... si lo fuesen... el eterno Dios recibiría mi espíritu! ¡el hijo de Dios eterno, tendría compasión de mí! ¡Ni Calvino, ni Farel oirían, en esas dos horas que me prometen, más que este grito que arranca de lo profundo de mi alma! ¡Ellos, *hijo eterno de Dios*! ¡Yo, *hijo de Dios eterno*! (1) ¡No hay dolor que me doblegue, ni tormento que me humille, ni hay llama tan viva como viva es mi creencia! (2) Pero tú no comprendes estas cosas, buena anciana, no hablemos más de ello.

BERTA.

Bueno; pues decidme, qué debo hacer, si darle entrada, ó cerrarle la puerta y dejarle que vocee allá fuera.

CONRADO.

Cierra la puerta y mándale al infierno. (Se sienta á la mesa y queda pensativo.)

JACOBO.

Al infierno ya se irá él: la puerta no se la cierras: y en cuanto á dejarle vocear, mira que es peligroso encender riñas y alentar gritos delante de esta casa.

MARGARITA.

Bien dices, Jacobo: pero lo que ese hombre pretende es horrible. No, no será. Sin embargo, no le irritemos.

BERTA.

En que hemos de pechar para su hoguera está empeñado.

MARGARITA.

Me espanta ese hombre... No importa... yo iré. Ven tú, Berta; las dos hemos de convencerle. (Aparte á Servet.) (Entre tanto... tú y Jacobo... ¿me comprendes?...) (Señalando á Conrado.)

SERVET.

(Sí, todo: la verdad.) (Aparte á Margarita.)

MARGARITA.

(Dios os inspire.) (Aparte á Servet.) VAMOS. (Á Berta.) ¡Conrado!... ¡Ah! ¡mi Conrado!) Ven, ven tú. (Á Berta.)

BERTA.

Será inútil.

MARGARITA.

¿Quién sabe?... ¡Dios mío, Dios mío, dame fuerzas! (Salen Margarita y Berta.)



## ESCENA V.

CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER.

Jacobo se aproxima á la ventana, abre las hojas de cristal y queda en ella hasta que el diálogo indique que debe separarse.

JACOBO.

(Aparte.) Yo creo que la fiebre de Walter se ha pasado á mis venas.)

SERVET.

¡Conrado!... ¿Qué pensamientos son los tuyos? (Acercándose.)

CONRADO.

No lo sé. Mis ideas se confunden, mi cabeza vacila, no distingo el bien del mal. ¡Ah! ¡mi buen amigo, mi salvador, aconséjame! (Levantándose.)

SERVET.

¿Quieres mi consejo?

CONRADO.

Sí, lo deseo; y además tu amparo y tu ayuda.

SERVET.

Pues oye. (Pequeña pausa.) Margarita es sagrada para tí; ¿no es cierto?

CONRADO.

¡Sí lo es! ¡Dios mío!

SERVET.

Y bien, más sagrado es para tí Walter. (Pequeña pausa. Conrado le mira con asombro. Esta escena queda encomendada al talento del actor.)

CONRADO.

¡Él!... ¡Walter!... ¡Más que Margarita!

SERVET.

Sí.

CONRADO.

(Después de meditar un momento.) Ya: porque es débil, porque no puede defenderse, porque el sagrado de la hospitalidad le escuda ¿no es por eso?

SERVET.

¡Por todo eso, y por algo más que todo eso!  
(Nueva pausa. Nuevo asombro de Conrado que mira fijamente á Servet.)

CONRADO.

No te comprendo.

SERVET.

Yo te digo, que entre tu vida y la vida de ese hombre, la vida de ese hombre es primero.

CONRADO.

Tan poco vale la mía, que no se la disputo.

BERTA.

Yo agregó, que entre él y yo... ya ves, que yo te salvé la vida, que te quiero como á un hijo, que de tu lealtad estoy confiado... (Dice esto, acercándose á él y cogiéndole la mano con efusión.)

CONRADO.

¿Y qué?

SERVET.

¡Que *él* es para tí más que tu salvador y tu maestro!

CONRADO.

(Separa su mano y retrocede unos pasos hacia la ventana donde se apoya Jacobo.) Tan generoso fuiste siempre de tu sangre y de tu vida, que no es mucho que ni á un sér tan miserable como ese, que empieza á retorcerse sobre el lecho, se la disputes.

SERVET.

¡Ah! no me comprendes aún; pero tienes el instinto del peligro y huyes. (Acercándose á él.)

CONRADO.

Es verdad, no te comprendo; pero es inútil

que sigas. (Le mira con recelo y retrocede aún más, hasta acercarse á Jacobo.) ¿Para qué?

SERVET.

Para que acabes de comprenderme.

CONRADO.

(¿Le oyes, Jacobo? ¡ha perdido el juicio! ¿verdad?) (Á Jacobo en voz baja y señalando á Servet.)

JACOBO.

(Quizá tengas razón; y mira, él es terco en sus locuras, le conozco; por eso no procuré atajarle.) (Aparte á Conrado.)

SERVET.

Escucha esto no más. (Trayéndole al centro.) Por salvar la vida de Walter, si es preciso, debes sacrificar la de Margarita.

CONRADO.

¡Yo!... ¡la vida de Margarita!... ¡por la de Walter!... ¡Ella por él... por él!... ¡y tú lo dices!... ¡y tú lo piensas!... ¡Ah! maestro, yo te venero, yo te admiro; á donde sube tu inteligencia soberana, jamás logró ¡ni cómo era posible! remontarse la mía; pero... perdóname, maestro... ¡En todo lo que dices, en todo lo que escribes, en cuanto piensas, hay algo que ma-

ravilla, que ofusca, que confunde, que espanta, que enloquece!... Yo ofenderte no quisiera... yo te respeto, yo te amo... Pero, maestro, maestro... ¡vive Dios, que ahora comprendo lo que dicen de tí! (Durante este parlamento se separa Jacobo de la ventana.)

SERVET.

(Herido en lo vivo y sin poder contenerse.) ¡Dicen lo que dicen con la misma razón que lo dices tú! ¡Les hablo de Dios padre, eterno padre de todos, y no me entienden!... (Aparte y con enojo.) (¡Le hablo del suyo, y no me entiende tampoco!) (Pausa.)

CONRADO.

Servet, me pesa si te ofendí; olvida mis palabras.

SERVET.

No, no me ofendiste; pero dejemos esto y volvamos á lo tuyo.

CONRADO.

Terco eres.

SERVET.

Díme, ¿desde que Walter te vió, no pudiste observar que era para tí lo que no era para los demás?

CONRADO.

¿Yo?... No.

SERVET.

Pues todos lo observaron.

CONRADO.

Sí, me lo dijeron; pero la explicación es fácil.

SERVET.

¿Á ver cuál? (Con interés.)

CONRADO.

Walter tuvo un hijo.

SERVET.

¡Sí! (Con afán.)

CONRADO.

Que llevaba mi mismo nombre.

SERVET.

¡Eso! (También con afán.)

CONRADO.

Un hijo á quien perdió.

SERVET.

¡Es verdad! (Como siempre y con creciente interés.)

CONRADO.

¿A quien dicen que, por furor religioso, él, por su propia mano... (Imitando con el ademán un golpe.)

SERVET.

¡Eso sí que no es verdad! (Con energía.)

CONRADO.

¿Y qué me importa?...

SERVET.

¡Insensato!... ¡Ven!... (Acercándose á él y cogiéndole por un brazo.)

CONRADO.

¡No!... ¡suelta!... ¿á dónde?... ¡Servet!... ¡suelta!...

SERVET.

(Llevándole al lecho.) ¡Mira!... ¡mira!...

CONRADO.

Sí...

SERVET.

¡Es Walter!

CONRADO.

Sí...

SERVET.

¡El dolor ha purificado su rostro; el odio, los malos pensamientos, el espíritu de muerte han ennegrecido y torturado el tuyo; y *él* que sube y *tú* que descienes, os encontráis en el camino!

CONRADO.

¡Yo!... ¿con Walter?

SERVET.

Sí: mira bien.

CONRADO.

¡Ya veo, pero suelta!

SERVET.

Recoge ese rostro en tu memoria: grábalo en ella: reténlo un instante no más... y ahora sígueme...

CONRADO.

¿Á dónde?... ¿á dónde me llevas?... (Resisténdose.)

SERVET.

(Aproximándose con Conrado á la ventana, que como se ha dicho debe estar cerca del lecho y con su hoja de cristal abierta. Todos los movimientos y accidentes de esta escena quedan encomendados al talento de los actores.) ¡La alborada comienza: cárdena viene y triste ilumina tu fren-



te! El cristal de esa ventana no es mal espejo...  
mírate en él, Conrado, y recuerda el pálido  
rostro de aquel hombre que muere!

CONRADO.

¡Maldición!... ¡su rostro, sí!... ¡en la sombra  
que tras el cristal se extiende!...

SERVET.

¡Pues el tuyo es!

MARGARITA.

¡Ah!... ¡mentira!... (Aferrándose con las manos á su  
cara como si pugnase por arrancar sus propias facciones.)

SERVET.

¡Ley es de naturaleza, luego es ley de  
verdad!

CONRADO.

¿Qué ley es esa?

SERVET.

¡La de la sangre!

CONRADO.

¡La mía será que me ahoga!

SERVET.

¡Ó la suya, que iguales son, y juntas estu-  
vieron!

CONRADO.

¿Qué?... ¡iguales!... ¡juntas!... ¡Yo!... ¡él!...  
¡Ese hombre!... ¡No!... ¡Dí que no!

SERVET.

¿Por qué he de mentir?

CONRADO.

¡Porque mientes!... ¡porque mientes!...  
¡porque eres un impostor! ¡un impostor! ¡lo  
eres!... ¡lo eres!... ¡lo eres!... ¡El mundo entero  
lo vocea!... ¡Calvino dice verdad!... ¡Decir  
tú... que él... él!... ¡Si no te creo... si no creo  
nada... si no creo á nadie!... ¡Jesús!... ¡Je-  
sús!... ¡Dios mío! ¡Dios mío, ten compasión de  
mí! (Cae de rodillas junto al lecho y oculta el rostro entre los  
paños del mismo.)

SERVET.

(Contemplando á Conrado.) ¡Desdichado!

JACOBO.

Ya conseguiste tu objeto.

SERVET.

Todavía no. Ahora lucha: luego vencerá.

JACOBO.

¡Quién vencerá!

SERVET.

El deber.

JACOBO.

¿Y qué es el deber? tú lo entiendes á tu manera, y á la mía lo entiendo yo.

SERVET.

Pero él es *uno*, como *uno* es Dios, como *una* es su ley.

JACOBO.

Unico eres, Servet, en esto de sutilezas.

MARGARITA.

(Desde dentro.) ¡Conrado!... ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Margarita!... ¡ah!... ¡ella me llama!... ¡sí, voy!... (En este momento, por automática agitación, Walter extiende el brazo y sujeta á Conrado: éste hace un movimiento para levantarse, pero cae de nuevo.) ¡No!... ¡no puedo!... ¡su mano me oprime y me retiene!... ¡Pero no la oís?... ¡es su VOZ! (Á Servet y Jacobo: ambos se acercan á la ventana del fondo.)

JACOBO.

Sí... mira, Servet, ¿ves aquella luz?... allá van.

SERVET.

Sí les veo: un hombre con una antorcha va por entre las sombras del jardín... y de trecho en trecho se pára, buscando secos ramajes... es Galifa. Á una mujer se lleva consigo á la fuerza... ¡qué hermosa es!... ¡qué espanto y qué dolor se adivinan en ella!... ¡es Margarita! Se les ve... desaparecen... tornan á aparecer... ¡Grupo fantástico, verdugo y ángel, seguid vuestro camino! ¡Furor religioso, tienes forma de sayón! ¡Piedad cristiana, tienes forma de mujer!... ¡Id!... ¡id!... ¡cruza las sombras, pechad para la hoguera, la tea que ha de prenderla os guía!... ¡Inútil resistir, pobre Margarita! ¡Hoy es él más fuerte que tú; pero llora, llora, sigue llorando, tú le vencerás!

MARGARITA.

¡Conrado!...

CONRADO.

¡Ah!... ¡ella otra vez!... (Poniéndose en pié.) ¡Y el día que se acerca!... (Señalando hacia la ventana de la izquierda.) ¡Y la muerte que llega!... (Señalando al lecho.) ¡Y aquel hombre que ya puso sus infames manos sobre mi adorada Margarita! (Señalando hacia el jardín.) ¡Y yo aquí, sin pensamiento, sin voluntad ¡Yo debo hacer algo: ¿verdad que sí?

¿pero qué debo hacer? Si arrojando sombras encima de aquel cielo pudiese apagar la luz del día y hacer que no llegase nunca... ¡qué feliz! Si dándole mi vida lograse salvar á ese que muere... pero había de quedar en perpetuo sueño... ¡vivir, sí; despertar no!... ¡ah, entonces, qué ventura! Si de algún modo pudiese yo sacar á Margarita de este abismo y trasponer aquel anfiteatro de montañas, ó sobre las alas de los arcángeles, ó prestándome Satanás sus negras alas... ¡qué dicha, qué dicha suprema! Dime tú, Servet, tú que todo lo sabes, ¿qué debo hacer para conseguir todo esto? Tú... mi único amigo... mi maestro... mi verdadero padre... no me abandones.

SERVET.

Valor: siempre hay un medio de vencer á la desgracia.

CONRADO.

¿Un medio? (Con afán.)

SERVET.

Sí.

JACOBO.

Pues entonces hay dos.

CONRADO.

¿Dos?... pues hablad. Tú primero: ¿cuál es?  
(A Servet.)

SERVET.

Mirar á tu conciencia: leer lo que en ella ha escrito Dios: cumplirlo y basta. Con ello toda desdicha queda deshecha, toda mala fortuna queda vencida, toda sombra es ya luz.

CONRADO.

Pero así ¿impediré... que *él*... hable? (Señalando á Walter.)

SERVET.

No lo espero.

CONRADO.

¿Y entonces tampoco salvaré á Margarita?...  
¡Dí!... ¡Responde!...

SERVET.

¡De furores humanos... quizá no!

CONRADO.

¿Pues entonces de qué sirve lo que dices?  
(Á Servet.) Habla tú, Jacobo.

SERVET.

¡Jacobo, piensa lo que vas á decir!

CONRADO.

¿Es algo para salvar á Margarita?

JACOBO.

Sí.

CONRADO.

¡Pues habla y no pienses en lo que digas!

JACOBO.

(1) Oye y resuelve este problema. Que ya la muerte vino á buscar sus víctimas no cabe duda, pues por algo penetró en la casa, y llevóse á la fuerza á Margarita á buscar leña seca, maese Galifa, el gran purificador de almas y de cuerpos en esta libre ciudad de Ginebra.

CONRADO.

¡Sigue!... ¡acaba!... ¡acaba por Dios santo!

JACOBO.

Hay tiempo: el instante supremo de la crisis se aproxima, pero aún no estamos en ella: ya llegará á punto, que en estos casos la luz y la muerte van á la par.

CONRADO.

¡No importa! acaba. (2)

JACOBO.

Pues sea. Si Walter habla, Servet y Margarita...

CONRADO.

¡Caen en el abismo! ¡lo sé! ¡crimen de herejía y complicidad con herejes!... ¡Ah, mi Margarita!

JACOBO.

¡Si Walter enmudece... él... es el único que cae en el abismo!

CONRADO.

¡Él!... ¡en el abismo!... ¡Dios mío!... (Retrocediendo.)

JACOBO.

¡Oh! no temas, puedes salvarle: yo le salvé con este filtro que él llama diabólico; tal es de maravilloso. Toma. Toma, Conrado... (Dándole el frasco del filtro.) ¡Ahí tienes hielo para su fiebre, aire para su pecho, reposo para su angustia, calma para su dolor, gotas de vida para su sangre!

SERVET.

¡Sí, Conrado; con lo que aquí resta puedes darle la vida!

JACOBO.

Pero por breve espacio: unos días, unas horas, tal vez no más que el tiempo necesario



para que pronuncie al oído de Lafontaine esta palabra: «¡Margarita!»

SERVET.

¡Satanás te inspira: la tentación eres! (Á Jacobo.) ¡No le oigas, hijo mío! (Á Conrado.)

JACOBO.

¿Yo? no. La vida de su padre le entrego en ese filtro; pero una duda se agita en mi conciencia, y yo os digo: *En sus labios está la muerte: ¿hay que sellarlos?* Resolved vosotros; que resuelva él. Y ahora ¿me comprendes, Conrado?

CONRADO.

¡Sí, te comprendo: muerte para mi padre ó muerte para mi amor y muerte para Servet! ¡Mira si te he comprendido!

JACOBO.

¡Al fin!... ¡eso!... Pues decídete, que ya es tiempo.

CONRADO.

¡Dejadme!... ¡dejadme pensar!... De modo que si lo que tú me has dicho tantas veces es cierto (Á Jacobo.); si el hombre es tierra, y la tierra se deshace en polvo, y al deshacerse, alma, conciencia, memoria y voluntad se des-

vanecen también en la nada, como relámpagos que en noche tempestuosa brillan un punto, y luego del negro caos se borran... ¡oh, entonces! ¡entonces sacrificar á una hora de vida para ese hombre manchado de sangre, dos existencias enteras, nobles y puras, la de Margarita y la de Servet, es delirio monstruoso, es inconcebible demencia, es repugnante crimen!

SERVET.

No, Conrado, no es eso.

CONRADO.

*Eso es*, si no hay más vida que la vida de aquí. Si sólo estas vidas que vemos han de compararse y medirse, más son dos existencias enteras consagradas al bien, á la verdad, al amor, que el rápido centellear de un punto de existencia, toda odio, y sangre, y muerte. ¡No, Servet, contra esto no hay razones, ni valen palabras, ni prosperan argucias!

SERVET.

Pero, desdichado, ¿tú lo crees?

CONRADO.

Yo creo, que si al otro lado del sepulcro no hay más que silencio y negrura, y el mar va-

cío de una eternidad inmóvil, el arrepentimiento postrero es estéril para el pecador; aquel hombre está juzgado; tú eres un pobre demente al exigirnos sacrificios en nombre de su salvación; y yo, que llevo su sangre, daré pruebas de cordura, cruzándome de brazos al pié de su lecho, espiando su agonía impasible, abriendo de par en par esa ventana para que se marche al espacio su último suspiro, y haciendo pedazos contra el suelo este imprudente cristal, que vidas nos brinda, cuando deseamos muertes. ¡De la tierra vengo, ella es mi madre, sólo con ella tengo deberes y así los cumplo! (Haciendo ademán de arrojar el frasco, pero no más que el ademán.)

SERVET.

¡Conrado! (Sujetándole el brazo.)

CONRADO.

¡Si todo esto es verdad, aparta, aparta, Servet, que Jacobo tiene razón!

JACOBO.

Tú lo has dicho. (Acercándose á Conrado.)

CONRADO.

Pero ¡ay! ¡si no la tienes! (Á Jacobo.) ¡Si aquella acierta! (Señalando á Servet.) Si en ese cuerpo que se agita hay un alma, y esa alma me pide á

mí, á su hijo, una hora de memoria para recordar, una hora de conciencia plena para arrepentirse, una hora de voluntad para querer el bien; y yo, por dichas transitorias, por pasiones humanas, por dos vidas terrenas, que comparadas con lo infinito son dos puntos, lo que me pide le niego, y ciño con mis crispados dedos este frío cristal, como pudiera ceñir y apretar su helada garganta, y le dejo morir, y le dejo caer en el abismo... ¡ah, entonces, Jacobo... el insensato eres tú, la víctima es él, y el criminal soy yo!... ¡Y mis días serán días de horribles remordimientos; y mis noches, noches de infernales torturas; y mi agonía, la agonía del parricida!... ¡No!... ¡más!... ¡mucho más!... ¡más que parricida de un cuerpo! ¡parricida de un alma!... ¡Ah, tú no sabes lo que es esto, tú que no crees en ella!

JACOBO.

Pues escoge; pero pronto, porque la claridad aumenta, la aurora refleja sus tintas rosadas sobre el lago, la crisis llega, y esa respiración que oyes es el eco profundo de la lucha entre la vida y la muerte.

SERVET.

Sí, Conrado, por última vez, piensa y decide.

CONRADO.

¡Pensar!... ¡no quiero pensar!... ¡me volvería loco!... ¡No quiero oír más que un grito que resuena aquí dentro! (Golpeándose el pecho.) ¡Seré imbécil! ¡seré insensato! ¡lo que tú quieras! (Á Jacobo.) ¡todo eso que yo decía antes!... ¡pero es mi padre! ¡he de salvarle!... (Acercándose al lecho.) ¡Qué angustia en su rostro! ¡qué dolorosa contracción en sus labios! ¡qué sudor frío en su frente!... ¡Déjame, Jacobo! ¡Déjame tú!... ¡te digo que voy á salvarle! (Precipitándose sobre el lecho.)

SERVET.

(Acompañándole con afán.) ¡Ah! ¡al fin! ¡sí, pronto!

MARGARITA.

(Desde dentro.) ¡Conrado!... ¡á mí!... ¡socorro!

CONRADO.

(Deteniéndose.) ¡Ah!... ¡no quiero que muera Margarita! ¡Aparta tú, Servet!... ¡déjame solo! (Se separa del lecho; en este momento entra Margarita.)

## ESCENA VI.

CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER, MARGARITA.

MARGARITA.

(Entra por la derecha dando señales de espanto.) ¡Conrado!... ¡Conrado!... ¡Dios mío!

CONRADO.

¡Margarita!... (Corriendo á su encuentro.)

MARGARITA.

¡Sálvame!... ¡sálvame!... ¡aquel hombre!... ¡ah! ¡si oyeras qué cosas tan horribles dice!... ¡sus manos sobre mí!... ¡eran tenazas!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡huyamos, huyamos de Ginebra!... ¡la muerte está aquí!... ¡No! ¿verdad que no? ¡tú no querrás que muera tu pobre Margarita!... ¡La muerte, Conrado! ¡la muerte!... ¡ampárame en tus brazos!

SERVET.

La muerte, sí; pero en aquel lecho. ¡Walter muere!

MARGARITA.

¡Ah!... (Mirando hacia el lecho, pero sin separarse de Conrado.)

SERVET.

Y Conrado, en ese cristal que oprime, tiene su vida.

MARGARITA.

Pues bien...

SERVET.

¡Pues duda!

MARGARITA.

¿Por qué?

SERVET.

¡Por tí!... ¡por tu amor!

MARGARITA.

¡Dios mío!...

SERVET.

¡Sálvale!... ¡sálvale tú!... ¡en esa duda está la verdadera muerte! ¡Adiós!... ¡adiós, hija mía!... ¡Ahora ven! (Á Jacobo cogiéndole con autoridad é imperio por el brazo.)

JACOBO.

(Aparte á Servet.) ¡Con ella le dejas!... con ella, que es crédula, que es débil...

SERVET.

¡Crédula!... ¡débil!... ¡sublime, digo yo!

JACOBO.

Sublime será; pero mujer al fin.

SERVET.

Por eso confío.

JACOBO.

Por eso temo.

SERVET.

(1) VAMOS. (Llevándole hacia la derecha mientras dura el último diálogo.)

JACOBO.

¡Te pierdes y la pierdes! (Llegando á la puerta.)

SERVET.

Que salvo lo que más importa, eso creo. (2)

JACOBO.

¡Margarita, piensa en tu amor!

SERVET.

¡Margarita, piensa en Conrado! (Salen Servet y Jacobo por la derecha.)

## ESCENA VII.

CONRADO, MARGARITA, WALTER.

Margarita y Conrado estrechamente unidos en primer término. Walter comienza á agitarse en el lecho, pero sin exageración; movimientos débiles y como angustiosos. La última vez que se acercó Conrado descorrió las cortinas, y se ve por completo el cuerpo del moribundo. Comienza á amanecer; la luz de la mesa palidece, y los primeros albores del día penetran débilmente por las dos ventanas. Por la del jardín se ve el follaje. Toda esta escena en voz un tanto apagada, y, por decirlo así, íntima.

MARGARITA.

¡Conrado!...

CONRADO.

¡Margarita!...



MARGARITA.

Mira... ¡es tu padre! ¡Ese hombre que muere es tu padre!

CONRADO.

Lo sé.

MARGARITA.

Pues vamos... Acércate á su lecho... Te espera.

CONRADO.

¿Y tú?

MARGARITA.

Contigo: siempre juntos. Contigo iría hasta el crimen, ¡cómo no he de ir allí!... ¡á salvar á tu padre! (Dan unos pasos, estrechamente unidos, hacia Walter: después se detiene Conrado.)

CONRADO.

Pero ¿y nuestro amor y nuestra dicha, Margarita?

MARGARITA.

Si le dejásemos morir... ¿podríamos ser dichosos con ese recuerdo?

CONRADO.

No.

MARGARITA.

Pues ya ves que es preciso. (Siguen adelantando hacia el lecho.)

CONRADO.

Tú lo quieres: sea. Pero oye: si tú mueres, ¡yo muero también!

MARGARITA.

Eso sí. ¡Cómo vivir sin tu Margarita!... ¡Pero pronto!... ¡pronto!

CONRADO.

Toma. (Queriendo darle el frasco.)

MARGARITA.

No, tú: has de ser tú. (Dulcemente.)

CONRADO.

Sí... yo... ¡ah, padre mío! ¡padre mío!

MARGARITA.

Yo le sostengo... (Levantando la cabeza de Walter.)  
Así... pronto... ¡Sudor de agonía empapa su frente!... ¡pronto por Dios!...

CONRADO.

¡El corazón me salta!... ¡mi mano tiembla!...  
¡no veo!... ¡Ah! ¡sus labios!... ¡áridos están!...

Al fin... (Dándole el filtro.) Déjale que repose. (Margarita deja caer la cabeza de Walter.) ¡Dios mío, cómo pude dudar!... ¡Bendita seas!... (Cogiendo entre las suyas las manos de Margarita y besándolas con efusión.)

MARGARITA.

¡Ya estoy tranquila: ya no me espanta aquel hombre: aquí siento un consuelo!... (Poniendo la mano sobre el corazón.)

CONRADO.

Yo también, Margarita.

MARGARITA.

Conrado...

CONRADO.

¿Quién sabe? Quizá seremos dichosos.

MARGARITA.

¿Por qué no?... Él te amaba... Yo le salvé...

CONRADO.

¡Ni aunque tuviera entrañas de tigre!

MARGARITA.

¡Cómo! ¿si es tu sangre?

CONRADO.

¡No: no es posible!

MARGARITA.

Yo creo que pronto volverá en sí: estas crisis son en él muy rápidas. Así fué la primera.

CONRADO.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (Acercándose aún más al lecho y juntando las manos.) ¡Si recobrarse pronto el sentido!... ¡yo le suplicaría tanto!... Padre... óyeme... ¿me oyes?... ¡soy yo, padre!...

MARGARITA.

Escucha... ruido en la plaza... (Se precipita á la ventana.)

CONRADO.

(Sin atender á Margarita observa con creciente angustia á su padre.) ¡Sus labios se agitan!... ¡Creo que vuelve en sí!... ¡Se abren sus ojos!... ¡Padre, mírame!... Quiero hablarte antes de que llegue Lafontaine... antes... ¿me comprendes?

MARGARITA.

Lafontaine con soldados del Consistorio... ¿Por qué viene esa gente?... ¡Ah, la ejecución de Juana!

CONRADO.

(Con desesperación: cogiendo las manos á Walter y besándolas.) ¡Por Dios!... ¡por el amor que me tienes!...

¡por la memoria de mi madre!... ¿Me ves?...  
¿me conoces? ¿me oyes?...

MARGARITA.

(Echándose sobre el barandal con ansiedad y como para ver mejor.) ¡Nicolás llama... Berta abre la puerta... ya sube... Jesús nos valga! (Se retira con espanto de la ventana y viene vacilante al centro del proscenio.)

CONRADO.

(Abrazándose á su padre con frenesí.) ¡Luz, ven á sus ojos!... ¡Pensamiento, más aprisa!... ¡Vida, acude á mi padre!... (Separándose de su padre con la expresión trágica y desesperada que su talento inspire al actor.) ¡Ah, mi castigo! De mala gana te traje ¡oh vida! ¡y de mala gana vienes!

MARGARITA.

¡Ya está ahí!... (Prestando oído.)

CONRADO.

¡Sí!... (Lo mismo. Walter procurando incorporarse en el lecho.) ¡Condenación!... ¡ya es tarde!

MARGARITA.

¡Conrado!... (Abrazándose á él.)

CONRADO.

¡Mi Margarita! (Lo mismo.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, CONRADO, WALTER, LAFONTAINE.

Margarita y Conrado á la derecha formando un grupo. Lafontaine entra por el fondo: quedan fuera los esbirros. Walter incorporado en el lecho y mirando con vaguedad á todas partes. El volver en sí de Walter y todas las escenas siguientes quedan encomendadas á la inspiración del actor.

LAFONTAINE.

¿Y Walter? (Á Conrado y Margarita.)

CONRADO.

Allí está.

LAFONTAINE.

¿Volvió en sí?

CONRADO.

Mírale.

LAFONTAINE.

(Aproximándose.) ¡Ah, mi bravo compañero! por vez segunda escapas de la muerte: eres duro como colete de hugonote. ¿Te acuerdas de la palabra que me diste?... ¡Eh!... no te oigo: ¿qué dices?... ¿te acuerdas?

WALTER.

Sí.

LAFONTAINE.

Al cabo desatóse tu lengua: eres buen calvinista: tratándose del servicio de Dios, no hay quien pueda contigo.

WALTER.

Sí, eso.

LAFONTAINE.

Y urge mucho, porque si se nos escapa Servet...

WALTER.

¡No!... ¡Servet, no!... (Animándose al oír este nombre.)

LAFONTAINE.

Pues dime dónde se oculta.

WALTER.

Espera... (Procurando recordar.)

LAFONTAINE.

¡Ah! ¿se te olvidó?

WALTER.

¡No!... ¡no!... ¡aquí está! (Golpeándose la frente.)

LAFONTAINE.

¡Sí, brava jornada!... ahí, su imagen; pero ¡él... él... su cuerpo infame, su alma maldita!

WALTER.

¡Aquí también!... ¡pero... no encuentro la palabra... la palabra!... (Conrado y Margarita siguen este diálogo con profunda ansiedad y se van acercando al lecho de Walter.) ¡Ah, por fin! (Reparando en Margarita y extendiendo el brazo hacia ella.) Sí... ella... ella... ¿lo ves?... (Á Lafontaine.)

LAFONTAINE.

¿Ella lo sabe?... ¿Es eso?

WALTER.

¡Eso es, sí!... Pero no es eso... más... más... la *palabra*! (Buscando la palabra que le falta y sin encontrarla; Margarita retrocede y se ampara de Conrado instintivamente.)

LAFONTAINE.

¿Por qué palideces?... ¿por qué tiemblas?... ¿por qué te ocultas? (Á Margarita.)

WALTER.

(Con explosión de alegría.) ¡Ah!... ¡al fin!... eso: ¡ocultar!... ¡ella... ella le *oculta*!... ¡yo lo decía!...

LAFONTAINE.

¿En esta casa?

WALTER.

Sí.

LAFONTAINE.

¿Será verdad?



WALTER.

¡Sí... lo digo yo!... ¿qué?... ¡dudas!

LAFONTAINE.

¡Qué es dudar!... ¡por él voy!... (Asomándose á la puerta.) ¡Adentro la gente!... ¡Aquí está Servet!... ¡Orden del Consistorio!... ¡Buscad! (Pasan por el corredor soldados con antorchas; otros quedan en la puerta del fondo.) Gracias, Walter, siempre el mismo. ¡Y tú, encubridora de herejes, eres mía! (Á Margarita.)

CONRADO.

¿Tuya?... ¡prueba, prueba, cobarde! (Poniéndose delante de Margarita.)

LAFONTAINE.

¡Ella y tú!... ¡hola!... ¡aquí! (Llamando á los soldados ó esbirros que quedan á la puerta: éstos le obedecen y entran.)

CONRADO.

¡Padre!... ¡padre mío!... ¡por cuanto hayas amado! ¡por la vida que me diste! ¡por el Dios en quien creas! ¡sálvala! (Dice esto extendiendo los brazos hacia su padre, pero sin abandonar á Margarita y protegiéndola siempre de Lafontaine y de sus hombres que están en la puerta en ademán de arrojarla sobre ella.)

WALTER.

(Procurando incorporarse aún más en el lecho.) ¡Ese!...

¡quién es ese!... ¡su voz!... ¡espera, á ese no!  
(Dirigiéndose á Lafontaine.) ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Sí!... ¡yo!... ¡tu hijo!...

WALTER.

¡Ah!... ¡mi hijo!... ¡no le toquéis!... ¡lo prohibo!... ¡yo mando!... ¡yo soy quien manda!

LAFONTAINE.

No le hagáis caso: delira: adelante: los dos.  
(Dice esto dirigiéndose á su gente y señalando á Conrado y Margarita.) ¡Á mí Servet! (Sale por el fondo.)

CONRADO.

¡Y vosotros á mí! (Coge la espada que estará sobre la mesa: tira de ésta hacia la derecha como para hacer una barricada ó defensa: se coloca detrás y cubre con su cuerpo á Margarita. La luz cae, se apaga y queda la escena casi á oscuras: sólo la ilumina la claridad del alba que penetra por la ventana del jardín.)

## ESCENA IX.

MARGARITA, CONRADO, WALTER, SOLDADOS.

Los soldados se precipitan sobre Conrado y éste los recibe á estocadas, sin dejar que se acerquen á Margarita; lucha violenta: Walter se retuerce desesperado sobre el lecho.

MARGARITA.

¡Protégele, Virgen Santa!



CONRADO.

¡Rayo y sangre!... (Estos dos gritos y el último de Conrado en la escena anterior, muy rápidos, casi simultáneos.)

WALTER.

(Queriendo arrojarle del lecho.) ¡Así!... ¡firme en la canalla!... ¡espera!... ¡ya voy!... (Mientras dice esto logra saltar del lecho, pero cae á tierra; se levanta, vacila, vuelve á caer: todo esto queda encomendado al actor.) ¡Mi espada!... ¡Ira del cielo, mi espada!... ¡así!... ¡así!...

CONRADO.

Conrado, llevado de su ímpetu, sale de detrás de la mesa y hace retroceder al pronto á los soldados. Después le rodean y le hieren.) Ah!... (Cayendo en tierra.)

WALTER.

Al verle caer se pone en pié agarrándose á la cama y da un grito terrible.) ¡Miserables! (Los soldados se detienen y se separan de Conrado. Margarita se precipita sobre él y le abraza.)

MARGARITA.

¡Conrado!...

UN SOLDADO.

¡Ella!

LOS DEMÁS.

¡Sí!... ¡ella! (Se precipitan sobre Margarita y procuran arrancarla de Conrado.)

CONRADO.

¡Margarita!... ¡no!... ¡no!... ¡es mía!... ¡ah!

MARGARITA.

¡Dejadme... dejadme!... ¡Conrado!... ¡no!...  
¡soy suya! ¡Conrado! (Simultáneo. Lucha rápida para  
arrancar á Margarita de los brazos de Conrado: al fin lo consiguen,  
y Conrado queda en tierra mientras se llevan á su amada.)

MARGARITA.

¡Adiós!... ¡te amo!... ¡te amo!... (Ya en la puerta,  
casi fuera.)

CONRADO.

¡Ella!... ¡ella!... ¡ya no está!... ¡Margarita!...  
¡Margarita!...


## ESCENA X.

CONRADO, WALTER.

La escena casi á oscuras, sin más luz que la pálida del amanecer  
que penetra por las ventanas.

WALTER.

(Buscando por la sala da al fin con el cuerpo de Conrado.)  
¡Conrado!... ¡No he podido!... ¡No tenía mi  
espada!... ¿Qué es esto?... ¡Sangre!... ¡sangre!...  
¡Hijo mío!...



CONRADO.

¡Salva á Margarita!... ¡y te perdono... y te amo!... ¡pero has de salvarla!

WALTER.

¡Sí!... ¡sí!... ¡pero tú!... ¡yo no quiero que mueras!

CONRADO.

¡No!... ¡ella!... ¡ella!...

WALTER.

¡Tú primero!... ¡Cuánta sangre!... ¡Socorro!... ¡Es mi hijo!... ¡Aquí todos!... ¡Conrado!... ¡tú mismo... oprime tus heridas!... ¡Son muchas!... ¡todas... yo no puedo!... ¡no puedo!... (Procurando atajar la sangre con sus manos.) ¡Socorro!... ¡Se escapa la sangre por entre mis dedos!... ¡Vertí tanta, y no puedo atajar la de un hombre!... ¡Socorro!... ¡hijo mío!... ¡socorro!

ESCENA XI.

WALTER, CONRADO, SERVET, JACOBO, dos soldados con hachones.  
Los dos últimos entre los soldados, por la derecha, primer término.  
La única luz, la rojiza de las hachas: al final de la escena el resplandor de la hoguera que se ve por la ventana de la derecha.

WALTER.

¡Servet!... ¡se muere!... ¡es mi Conrado!...

SERVET.

¡Ah!... ¡Conrado!...

JACOBO.

¡Infeliz!...

CONRADO.

¡Padre!... ¡ella!... ¡sálvala!... ¡y te amaré!...  
¡cuánto te amaré!... ¡Margarita!... ¡padre!...  
¡adiós!... (Cae muerto.)

WALTER.

(Arrodillado junto al cadáver de Conrado y volviéndose hacia Servet.) ¡Pronto!... ¡su vida!... ¡dame su vida!...

SERVET.

¡Imposible!...

WALTER.

¿Qué dices?... ¿que ha muerto?... ¡impostor... siempre impostor!

JACOBO.

Mira esa sangre: esa es tu obra. (Á Servet.)

SERVET.

(Á Jacobo.) Mientes. Mira esas lágrimas: son las primeras: ¡mi obra es esa! (Dice esto señalando á Walter, que está de rodillas junto á Conrado, y á quien iluminan los hachones.) ¡Adiós, Conrado!... ¡Adiós, hijo mío! (Se dirige con Jacobo hacia el fondo, entre los dos soldados: Walter, siempre de rodillas, los sigue con la vista. Este es el momento en que por la ventana se ve el resplandor de la hoguera.)

WALTER.

¡Y nos dejas!... ¡y le abandonas!... ¡á dónde vas, Servet?

SERVET.

¡Á luchar!... ¡á morir!... ¡Gloria á Calvino!  
(Salen por el fondo.)

## ESCENA XI.

CONRADO, muerto; WALTER, de rodillas junto á él.

La escena á oscuras: el resplandor de la hoguera en la ventana de la izquierda iluminando el grupo.

WALTER.

¡Solos!... ¡nos dejan solos!... ¡no importa, yo salvaré su vida!... ¡Qué frío está!... ¡siempre

está frío!... ¡ah! ¡mis besos le darán calor! (se detiene con horror al ir á besarle.) ¡Pero no... no puede ser!... ¡yo hablé... y le maté al hablar!... ¡Mis labios no pueden tocarle!... ¡no!... *¡en mis labios está la muerte!* (Queda de rodillas junto á Conrado, queriendo besarle y sin atreverse.)

FIN DEL DRAMA.







# **EL GRAN GALEOTO**

**DRAMA**

**EN TRES ACTOS Y EN VERSO**

**PRECEDIDO DE UN DIÁLOGO EN PROSA**

**POR**

**JOSÉ ECHEGARAY**

**Representado por primera vez en el Teatro Español el 19 de Marzo  
de 1881.**

**PERSONAJES DE ESTE DRAMA  
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE  
DEL ESTRENO.**

**TEODORA, Srta. Mendoza.**

**DON JULIÁN, Sr. Donato.**

**DOÑA MERCEDES, Sra. Calderón.**

**DON SEVERO, Sr. Valentín.**

**PEPITO, D. Ricardo Calvo.**

**ERNESTO, D. Rafael Calvo.**

**UNO DE LOS TESTIGOS, D. José Calvo.**

**DOS CRIADOS, Sres. Paris y Fernando Calvo.**

**ÉPOCA MODERNA: AÑO 18.....**

**La escena en Madrid.**

## Á TODO EL MUNDO

dedico este drama, porque á la buena voluntad *de todos*, y no á méritos míos, debo el éxito alcanzado.

Á todos, sí: al *público*, que con profundo instinto y alto sentido moral, comprendió desde el primer momento la idea de mi obra, y la tomó cariñosamente bajo su protección; á la *prensa*, que tan noble y generosa se ha mostrado conmigo y que me ha dado pruebas de simpatía que jamás olvidaré; á los *actores*, que ya con inmenso talento y altísima inspiración, ya con exquisita delicadeza y profundo sentimiento, unas veces con honrada y magnífica energía, otras con acentos cómicos dignos de los grandes maestros del arte de la declamación, y siempre con la discreción y el tacto más perfectos cuando había peligros que evitar, han dado vida en la escena á los personajes de mi obra.

Á todos debo y á todos doy en estas desaliñadas frases prueba humilde, pero sincera, de mi profunda gratitud.

JOSÉ ECHEGARAY.

I have not much more to say  
 but I am sure you will  
 find it all very interesting.



## EL GRAN GALEOTO.

### DIÁLOGO.

*La escena representa un gabinete de estudio. Á la izquierda un balcón; á la derecha una puerta. casi en el centro una mesa con papeles, libros y un quinqué encendido. hacia la derecha un sofá. Es de noche.*

### ESCENA PRIMERA.

ERNESTO sentado á la mesa y como preparándose á escribir.

ERNESTO.

¡Nada!... ¡imposible!... Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí: bajo mi ardorosa frente se agita; yo la siento; á veces luz interna la ilumina, y la veo... La veo con su forma flotante, con sus vagos contornos, y de

repente suenan en sus ocultos senos voces que la animan, gritos de dolor, amorosos suspiros, carcajadas sardónicas... ¡todo un mundo de pasiones que viven y luchan!... ¡y fuera de mí se lanzan, y á mi alrededor se extienden, y los aires llenan! Entonces, entonces me digo á mí mismo:—«este es el instante,»—y tomo la pluma, y con la mirada fija en el espacio, con el oído atento, conteniendo los latidos del corazón, sobre el papel me inclino... pero, ¡ah sarcasmo de la impotencia!... ¡Los contornos se borran, la visión se desvanece, gritos y suspiros se extinguen... y la nada, la nada me rodea!... ¡La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio soñoliento!—Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida, sin la vida de la idea. ¡Ah!... ¡cuántas formas tiene la nada, y cómo se burla, negra y silenciosa, de creadores de mi estofa! Muchas, muchas formas: lienzos sin colores, pedazos de mármol sin contornos, ruidos confusos de caóticas vibraciones; pero ninguna más irritante, más insolente, más ruín que esta pluma miserable (tirándola), y que esta hoja en blanco. ¡Ah!... ¡no puedo llenarte, pero puedo destruirte, cómplice vil de mis ambiciones y de mi eterna humillación! Así... así... más pequeños... aún más pequeños... (Rompiendo el papel.—Pausa.) ¿Y

qué?... La fortuna que nadie me ha visto; que por lo demás, estos furores son ridículos y son injustos. No... pues yo no cedo. Pensaré más, más... hasta vencer, ó hasta estrellarme. No; yo nunca me doy por vencido. Á ver... á ver si de este modo...

ESCENA II.

ERNESTO Y DON JULIÁN. Éste por la derecha, de frac y con el abrigo al brazo.

DON JULIÁN.

(Asomándose á la puerta, pero sin entrar.) Hola, Ernesto.

ERNESTO.

¡Don Julián!

DON JULIÁN.

¿Trabajando aún?... ¿Estorbo?...

ERNESTO.

(Levantándose.) ¡Estorbar!... ¡Por Dios, don Julián!... Entre usted, entre usted. ¿Y Teodora?  
(D. Julián entra.)

DON JULIÁN.

Del Teatro Real venimos. Subió ella con mis hermanos al tercero á ver no sé qué compras de Mercedes, y yo me encaminaba hacia



mi cuarto cuando ví luz en el tuyo, y me asomé á darte las buenas noches.

ERNESTO.

¿Mucha gente?

DON JULIÁN.

Mucha, como siempre; y todos los amigos me preguntaron por tí. Extrañaban que no hubieses ido.

ERNESTO.

¡Oh!... ¡qué interés!

DON JULIÁN.

El que tú mereces, y aún es poco. Y tú, ¿has aprovechado estas tres horas de soledad y de inspiración?

ERNESTO.

De soledad, sí; de inspiración, no. No vino á mí, aunque rendido y enamorado la llamaba.

DON JULIÁN.

¿Faltó á la cita?

ERNESTO.

Y no por vez primera. Pero si nada hice

de provecho, hice en cambio un provechoso descubrimiento.

DON JULIÁN.

¿Cuál?

ERNESTO.

Este: que soy un pobre diablo.

DON JULIÁN.

¡Diablo! Pues me parece descubrimiento famoso.

ERNESTO.

Ni más, ni menos.

DON JULIÁN.

¿Y por qué tal enojo contigo mismo? ¿No sale acaso el drama que me anunciaste el otro día?

ERNESTO.

¡Qué ha de salir! Quien sale de quicio soy yo.

DON JULIÁN.

¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la inspiración y el drama á mi buen Ernesto?

ERNESTO.

Consistió en que al imaginarlo, yo creí que

La idea del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestirla con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa extraña, difícil, anti-dramática, imposible.

DON JULIÁN.

Pero, ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, díme algo, que ya voy entrando en curiosidad. (Sentándose en el sofá.)

ERNESTO.

Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe, el que la devora y la goza, no puede salir á escena.

DON JULIÁN.

¿Tan feo es? ¿tan repugnante ó tan malo?

ERNESTO.

No es eso. Feo, como cualquiera: como usted ó como yo. Malo, tampoco: ni malo ni bueno. Repugnante, no en verdad; no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida estoy, que tal cosa afirme, ó que tamaña injusticia cometa.

DON JULIÁN.

Pues entonces ¿cuál es la causa?

ERNESTO.

Don Julián, la causa es, que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.

DON JULIÁN.

¡Virgen santísima, y qué cosas dices! ¿Es drama mitológico por ventura y aparecen los titanes?

ERNESTO.

Titanes son, pero á la moderna.

DON JULIÁN.

+ ¿En suma?

ERNESTO.

¡En suma, ese personaje es... *todo el mundo*, que es una buena suma!

DON JULIÁN.

¡*Todo el mundo*! pues tienes razón, todo el mundo no cabe en el teatro; he ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.

ERNESTO.

Pues ya ve usted, cómo yo estaba en lo cierto.

DON JULIÁN.

No completamente. *Todo el mundo* puede

condensarse en unos cuantos tipos ó caracteres. Yo no entiendo de esas materias, pero tengo oído que esto han hecho los maestros más de una vez.

ERNESTO.

Sí, pero en mi caso, es decir, en mi drama, no puede hacerse.

DON JULIÁN.

¿Por qué?

ERNESTO.

Por muchas razones que fuera largo el explicar, y sobre todo á estas horas.

DON JULIÁN.

No importa; vengan algunas de ellas.

ERNESTO.

Mire usted, cada individuo de esa masa total, cada cabeza de ese mónstruo de cien mil cabezas, de ese titán del siglo que yo llamo *todo el mundo*, toma parte en mi drama un instante brevísimo; pronuncia una palabra no más, dirige una sola mirada, quizá toda su acción en la fábula es una sonrisa; aparece un punto y luego se aleja; obra sin pasión, sin sã-  
a, sin maldad, indiferente y distraído; por distracción muchas veces.

DON JULIÁN.

¿Y qué?

ERNESTO.

Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de todas esas pequeñas murmuraciones y de todas esas pequeñísimas maldades, de todos esos, que pudiéramos llamar rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosión, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento; unos cuantos tipos en escena, repulsivos por malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta además el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad infame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar, que ni aun las acciones más insignificantes, son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna, pueden llegar á producir inmensos efectos.

DON JULIÁN.

Mira, no sigas, no sigas: todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos, otra cosa sería.

ERNESTO.

¡Oh, no; usted tiene buen sentido, que es lo principal!

DON JULIÁN.

Gracias, Ernesto, eres muy amable.

ERNESTO.

¿Pero está usted convencido?

DON JULIÁN.

No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.

ERNESTO.

¡Si fuera eso solo!

DON JULIÁN.

¿Hay más?

ERNESTO.

Ya lo creo. Dígame usted, ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?

DON JULIÁN.

Hombre, yo no sé á punto fijo qué es eso que tú llamas *resorte dramático*; pero yo lo que te digo es, que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo amores desgraciados, que para amores felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.

ERNESTO.

Bueno, magnífico; pues en mi drama casi, casi, no puede haber amores.

DON JULIÁN.

Malo, pésimo, digo yo. Oye, no sé lo que es tu drama, pero sospecho que no va á interesar á nadie.

ERNESTO.

Ya se lo dije yo á usted. Sin embargo, amores pueden ponerse, y hasta celos.

DON JULIÁN.

Pues con eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situación de efecto...

ERNESTO.

No, señor; eso sí que no: todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... como que el dra-



ma no puede brotar á lo exterior. El drama va por dentro de los personajes; avanza lentamente; se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazón; mina la voluntad poco á poco.

DON JULIÁN.

¿Pero todo eso en qué se conoce? ¿Esos estragos interiores, qué manifestación tienen? ¿quién se los cuenta al espectador, dónde los ve? ¡Hemos de estar toda la noche á <sup>el. us</sup>caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta! Pero, hijo, eso no es divertirse; para meterse en tales profundidades se estudia filosofía.

ERNESTO.

Nada; repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.

DON JULIÁN.

No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luego venga la catástrofe con bríos... y que la explosión... ¿eh?

ERNESTO.

¡Catástrofe... explosión!... casi casi, cuando cae el telón.

DON JULIÁN.

¿Es decir, que el drama empieza cuando el drama acaba?

ERNESTO.

Estoy por decir que sí; aunque ya procuraré ponerle un poquito de calor.

DON JULIÁN.

Mira, lo que has de hacer es escribir *ese segundo drama*, ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, según tus noticias, no vale la pena y ha de darte muchas.

ERNESTO.

De eso estaba yo convencido.

DON JULIÁN.

Y ahora lo estamos los dos; tal mañana te has dado, y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?

ERNESTO.

¡Título!... Pues esa es otra... Que no puede tener título.

DON JULIÁN.

¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...

ERNESTO.

No, señor; á no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.

DON JULIÁN.

Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué: soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.

ERNESTO.

¿Soñando?... sí. ¿Desatinos?... tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.

DON JULIÁN.

Es que para acertar en este caso no se necesita gran penetración. Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no suceda todos los días; que empieza al caer el telón en el último acto, y que no tiene título, yo no sé como puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo oiga, ni cómo es drama.

ERNESTO.

¡Ah!... pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.

DON JULIÁN.

¿Quieres seguir mi consejo?

ERNESTO.

¿Su consejo de usted?... ¿De usted, mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julián!

DON JULIÁN.

Vamos, vamos, Ernesto, no hagamos aquí un drama sentimental á falta del tuyo que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.

ERNESTO.

Y yo decía que sí.

DON JULIÁN.

Pues déjate de dramas; acuéstate, descansa, vente á cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices, con lo cual te excusas el matar un par de personajes de tu obra, y quizá de que el público haga contigo otro tanto, y á fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERNESTO.

Eso sí que no. El drama lo escribiré.

DON JULIÁN.

Pero, desdichado; tú lo concebiste en pecado mortal.

ERNESTO.

No sé cómo, pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

DON JULIÁN.

Pero ¿no puedes buscar otro argumento?

ERNESTO.

Pero ¿y esta idea?

DON JULIÁN.

Mándala al diablo.

ERNESTO.

¡Ah, don Julián! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero éste, éste maldito de la cuestión no le dejará sitio hasta que no prote al mundo.

DON JULIÁN.

Pues nada... que Dios te dé feliz alumbramiento.

ERNESTO.

Ahí está el problema, como dice Hamlet.

DON JULIÁN.

¿Y no podrías echarlo á la inclusa literaria de las obras anónimas? (En voz baja y con misterio cómico.)

ERNESTO.

¡Ah, don Julián! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos ó malos, son legítimos; llevarán mi nombre.

DON JULIÁN.

(Preparándose á salir.) No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERNESTO.

Eso quisiera yo. No está escrito por desgracia; pero no importa, si yo no lo escribo, otro lo escribirá.

DON JULIÁN.

Pues á la obra; y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

## ESCENA III.

ERNESTO, DON JULIÁN, TEODORA.

TEODORA.

(Desde fuera.) ¡Julián!... ¡Julián!...

DON JULIÁN.

Es Teodora.

TEODORA.

¿Estás aquí, Julián?

DON JULIÁN.

(Asomándose por la puerta.) Sí, aquí estoy; entra.

TEODORA.

(Entrando.) Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO.

Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEODORA.

Como siempre. ¿Y usted ha trabajado mucho?

ERNESTO.

Como siempre: nada.

TEODORA.

Pues para eso, mejor hubiera sido acompañarnos. Todas mis amigas me han preguntado por usted.

ERNESTO.

Está visto que *todo el mundo* se interesa por mí.

DON JULIÁN.

¡Ya lo creo!... Como<sup>1</sup> que de *todo el mundo* vas á hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEODORA.

(Con curiosidad.) ¿Un drama?

DON JULIÁN.

¡Silencio!... Es un misterio... no preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni acción, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERNESTO.

Adiós, don Julián.

TEODORA.

Hasta mañana.



ERNESTO.

Buenas noches.

TEODORA.

(Á D. Julián.) Qué preocupada estaba Mercedes.

DON JULIÁN.

Y Severo hecho una furia.

TEODORA.

¿Por qué sería?

DON JULIÁN.

¿Qué sé yo? En cambio Pepito, alegre por ambos.

TEODORA.

Ese siempre. Y hablando mal de todos.

DON JULIÁN.

Personaje para el drama de Ernesto. (Salen Teodora y D. Julián por la derecha.)

#### ESCENA IV.

ERNESTO.

Diga lo que quiera don Julián, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo... adelante. (Se levanta y se pasea agitadamente. Después se acerca al balcón.) Noche, protégeme, que en tu negrura, mejor que en el manto azul

del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración. Alzad vuestros techos, casas mil de la heróica villa, que, por un poeta en necesidad suma, no habéis de hacer menos que por aquel diablillo cojuelo que traviesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julián y á Teodora preguntaban por mí. Y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos; y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas los mares, así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejáis dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje también mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia, lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y dióme en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala

osadía escribir en un libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válganme vuestros amores. (Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.) ¡Al drama!... ¡El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título. (Escribiendo.) EL GRAN GALEOTO. (Escribe febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO.

## ACTO PRIMERO.

---

*La escena representa un salón en casa de D. Julián. — En el fondo una gran puerta: más allá un pasillo transversal: después la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto. — Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta. Á la derecha en primero y segundo término, respectivamente, dos puertas. — En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda una pequeña mesa y una butaca. Todo lujoso y espléndido. — Es de día, á la caída de la tarde.*

### ESCENA PRIMERA.

**TEODORA, DON JULIÁN.** — Teodora asomada al balcón: Don Julián sentado en el sofá y pensativo.

**TEODORA.**

¡Hermosa puesta de sol!  
¡qué nubes, qué luz, qué cielo!  
Si en los espacios azules  
está el porvenir impreso,  
como dicen los poetas  
y nuestros padres creyeron;  
si en la esfera de zafir  
escriben astros de fuego,  
de los humanos destinos  
el misterioso secreto,  
y es esta espléndida tarde,  
página y cifra del nuestro,

¡qué venturas nos aguardan,  
qué porvenir tan risueño,  
cuánta vida en nuestra vida,  
cuánta luz en nuestro cielo!

¿No es verdad? (Dirigiéndose á Julián.)

Pero ¿qué piensas?

Ven, Julián; mira aquel lejos.

¿No me contestas?

DON JULIÁN.

(Distraído.)

¿Qué quieres?

TEODORA.

¿No me escuchaste? (Acercándose á él.)

DON JULIÁN.

El deseo  
siempre está donde estás tú,  
que eres su imán y su centro;  
pero á veces importunos,  
acosan al pensamiento  
preocupaciones, cuidados,  
negocios...

TEODORA.

De que reniego,  
pues de mi esposo me roban  
la atención, si no el afecto.

Pero ¿qué tienes, Julián? (Con sumo cariño.)  
algo te preocupa, y serio  
debe ser, pues hace rato  
que estás triste y en silencio.  
¿Tienes penas, Julián mío?  
pues las reclama mi pecho,  
que si mis dichas son tuyas,  
tus tristezas yo las quiero.

DON JULIÁN.

¿Penas? ¡siendo tú dichosa!  
¿Tristezas? ¡cuando poseo  
de todas las alegrías  
en mi Teodora el compendio!  
En mostrando tu semblante,  
de la salud de tu cuerpo  
como fruto, esas dos rosas;  
y tus ojos ese fuego,  
que es el resplandor del alma,  
que se entiende por dos cielos;  
en sabiendo, como sé,  
que yo solo soy tu dueño,  
¿qué tristezas, ni qué penas,  
ni que sombras, ni qué duelos,  
pueden impedirme ser,  
del corazón hasta el centro,  
el hombre más venturoso  
que existe en el universo?

TEODORA.

¿Y tampoco son disgustos  
de negocios?

DON JULIÁN.

El dinero  
no me hizo perder jamás  
ni el apetito, ni el sueño:  
y como siempre le tuve,  
no aversión, mas sí desprecio,  
él se vino hacia mis arcas  
sumiso como un cordero.  
Y fuí rico, y rico soy,  
y hasta que muera de viejo,  
don Julián de Garagarza,  
en Madrid, Cádiz y el Puerto,  
gracias á Dios y á su suerte,  
será, Teodora, el banquero,  
si no de mayor fortuna,  
más seguro, y de más crédito.

TEODORA.

Pues bien, entonces ¿por qué  
estabas hace un momento  
tan preocupado?

DON JULIÁN.

¡Pensaba!  
y pensaba en algo bueno.

TEODORA.

No es maravilla, Julián,  
siendo tuyo el pensamiento. (Con mimo.)

DON JULIÁN.

¡Lisonjera! ¡no me adules!

TEODORA.

Pero sepa yo qué es ello.

DON JULIÁN.

Quería encontrar remate  
para cierta obra de mérito.

TEODORA.

¿Para la fábrica nueva?

DON JULIÁN.

No es obra de piedra y fierro.

TEODORA.

¿Pero es?...

DON JULIÁN.

De misericordia  
obra, y de lejanos tiempos  
deuda sagrada.



TEODORA.

(Con alegría natural y espontánea.)

Ya sé.

DON JULIÁN.

¿Sí?

TEODORA.

Pensabas en Ernesto.

DON JULIÁN.

Acertaste.

TEODORA.

¡Pobre chico!  
bien hacías. ¡Es tan bueno,  
tan noble, tan generoso!

DON JULIÁN.

Todo á su padre: ¡modelo  
de lealtad y de hidalguía!

TEODORA.

¡Vaya! ¡y de mucho talento!  
veintiseis años... ¡y sabe!  
¿qué sé yo?... ¡si es un portento!

DON JULIÁN.

¿Si sabe? ¡pues ahí es nada!  
y ese es el mal: porque temo

que allá perdido en sublimes  
esferas su pensamiento,  
no sepa andar por el mundo,  
que es prosáico y traicionero,  
y no se paga jamás  
de sutilezas de ingenio,  
hasta tres siglos después  
de habérselas dicho el muerto.

TEODORA.

En teniéndote por guía...  
porque, tú Julián... ¿no es cierto?  
no piensas abandonarle.

DON JULIÁN.

¡Abandonarle! muy negro  
era menester que fuese  
el corazón, que en el pecho  
me late, para que yo  
olvidase lo que debo  
á su padre. Por el mío  
arriesgó Don Juan de Acedo  
nombre y caudal, y la vida  
acaso. Si ese mancebo  
necesita de mi sangre,  
que la pida; que la tengo  
siempre dispuesta á pagar  
deudas del nombre que llevo.

TEODORA.

¡Bien, Julián! ¡ese eres tú!

DON JULIÁN.

Tú lo viste: me dijeron  
hace un año, ó poco más,  
que el buen don Juan era muerto,  
y que su hijo en la miseria  
quedaba, y faltóme tiempo  
para meterme en el tren,  
ir á Gerona, cogerlo  
casi á la fuerza, hasta aquí  
volver con él, y en el centro  
de esta sala colocarle  
y decirle: «Eres el dueño  
de lo mío, que ya es tuyo,  
porque á tu padre lo debo.  
Si quieres, amo serás  
de esta casa, ó cuando menos  
por segundo padre tenme,  
que si no alcanzo al primero,  
por lo mucho que valía,  
tras él voy con el deseo;  
y en cuanto á quererte... ¡vaya!  
quién es más, allá veremos.»

TEODORA.

Es verdad: eso dijiste;  
y el pobre... como es tan bueno,

rompió á llorar como un niño,  
y colgósete del cuello.

DON JULIÁN.

Es un niño: dices bien;  
y pensar en él debemos  
y en su porvenir. Y ahí tienes  
por qué preocupado y serio  
me viste há poco, buscando  
forma y modo á lo que pienso  
hacer por él, mientras tú  
me brindabas con un bello  
panorama, y un celaje,  
y un rojo sol, que desdeño,  
desde que brillan dos soles  
más puros en nuestro cielo.

TEODORA.

Pues no adivino tu idea.  
¿Lo que piensas por Ernesto  
hacer?

DON JULIÁN.

Tal dije.

TEODORA.

¿Pues cabe  
hacer más de lo que has hecho?  
Hace un año vive aquí

con nosotros, como nuestro.

Ni aun cuando hijo tuyo fuese,  
ni mi propio hermano siendo,  
le mostraras más cariño,  
ni en mí hallara más afecto.

DON JULIÁN.

Está bien: pero no basta.

TEODORA.

¿Que no basta? Pues yo creo...

DON JULIÁN.

Tú piensas en lo presente  
y yo en lo futuro pienso.

TEODORA.

¿Lo futuro? ¿el porvenir?  
pues fácilmente lo arreglo.  
Mira: vive en esta casa  
cuanto quiera, años enteros,  
como suya, pues es claro;  
hasta que allá, con el tiempo,  
por ley justa y natural,  
se enamore y le casemos.  
Entonces, de tu fortuna  
le entregas con noble empeño  
una buena parte; vánse  
á su casa, desde el templo,

*ella y él:* que el refrán dice,  
y yo á su razón me atengo,  
*que el casado casa quiere,*  
y no porque vivan lejos,  
hemos de olvidarle nunca,  
ni hemos de quererle menos.  
Y ya lo ves: son felices:  
nosotros más, por supuesto.  
Tienen hijos: ¿quién lo duda?  
¡nosotros más!... ¡por lo menos (Con mimo.)  
una niña!... se enamoran  
ella y el hijo de Ernesto,  
y se casan...

(La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento,  
quedan encomendados al talento de la actriz.)

DON JULIÁN.

¡Pero á dónde  
vas á parar, justo cielo! (Riendo.)

TEODORA.

Hablabas de porvenir  
y este porvenir te ofrezco;  
que si no es este, Julián,  
ni me gusta, ni lo acepto.

DON JULIÁN.

Es como tuyo, Teodora.  
Pero...

TEODORA.

¡Ay, Dios! ya tiene un pero.

DON JULIÁN.

Mira, Teodora, nosotros  
pagamos lo que debemos,  
al amparar á ese joven  
desdichado, como á deudo,  
y á la obligación se agregan  
exigencias del afecto,  
que vale tanto por sí,  
como por hijo de Acedo.  
Pero en toda acción humana  
siempre hay algo de complejo,  
siempre hay dos puntos de vista,  
y siempre tiene un reverso  
la medalla. Con lo cual  
decirte, Teodora, quiero,  
que en este caso, son casos  
más que contrarios, diversos,  
el de dar y recibir  
protección, y que me temo  
que al fin le sepan mis dones  
á humillación por lo menos.  
Él es noble, y es altivo,  
y casi, casi, soberbio,  
y á su situación, Teodora,  
es forzoso hallarle término.

Hagamos por él aún más,  
y finjamos hacer menos.

TEODORA.

¿De qué modo?

DON JULIÁN.

Vas á ver...

Pero él viene. (Mirando hacia el fondo.)

TEODORA.

Pues silencio.

## ESCENA II.

TEODORA, DON JULIÁN, ERNESTO por el fondo.

DON JULIÁN.

Bien venido.

ERNESTO.

Don Julián...

Teodora...

(Saluda como distraído y se sienta junto á la mesa, quedando pensativo.)

DON JULIÁN.

¿Qué tienes? (Acercándose á él.)

ERNESTO.

Nada.



DON JULIÁN.

Algo noto en tu mirada,  
y algo revela tu afán.  
¿Tienes penas?

ERNESTO.

¡Desvarío!

DON JULIÁN.

¿Tienes disgustos?

ERNESTO.

Ninguno.

DON JULIÁN.

¿Acaso soy importuno?

ERNESTO.

¡Usted importuno! ¡Dios mío!

(Levantándose y acercándose á él con efusión.)

No, su cariño le inspira:  
su amistad es su derecho;  
y lee dentro de mi pecho  
cuando á los ojos me mira.

Algo tengo, sí, señor;  
pero todo lo diré.

Don Julián, perdone usted:  
y usted también: ¡por favor! (Á Teodora.)

Yo soy un loco, y un niño,  
y un ingrato: en puridad,  
ni merezco su bondad,  
ni merezco su cariño.  
Yo debiera ser dichoso  
con tal padre y tal hermana,  
y no pensar en mañana,  
y sin embargo es forzoso  
que piense. La explicación  
me sonroja... ¿No me entienden?...  
Sí, sí, que ustedes comprenden  
que es falsa mi situación.  
De limosna vivo aquí. (Con energía.)

TEODORA.

Esa palabra...

ERNESTO.

Teodora...

TEODORA.

Nos ofende.

ERNESTO.

Sí, señora,  
dije mal; pero es así.

DON JULIÁN.

Y yo te digo que no.

Si de limosna, y no escasa,  
alguien vive en esta casa,  
ese no eres tú: soy yo.

ERNESTO.

Conozco, señor, la historia  
de dos amigos leales,  
y de no sé qué caudales  
de que ya no hago memoria.  
Á mi padre le hace honor  
rasgo de tal hidalguía;  
pero yo lo mancharía  
si cobrase su valor.

Yo soy joven, don Julián,  
y aunque es poco lo que valgo,  
bien puedo ocuparme en algo  
para ganarme mi pan.

¿Será esto orgullo ó manía?

No lo sé y el tino pierdo;  
pero yo siempre recuerdo  
que mi padre me decía:

«Lo que tú puedas hacer,  
»á nadie lo has de encargár;  
»lo que tú puedas ganar,  
»á nadie lo has de deber.»

DON JULIÁN.

De modo que mis favores  
te humillan y te envilecen;

tus amigos te parecen  
importunos acreedores.

TEODORA.

Usted discurre en razón;  
usted sabe mucho, Ernesto;  
pero mire usted, en esto  
sabe más el corazón.

DON JULIÁN.

Esa altivez desdeñosa  
no mostró mi padre al tuyo.

TEODORA.

La amistad, según arguyo,  
era entonces otra cosa.

ERNESTO.

¡Teodora!

TEODORA.

Es noble su afán.

(Señalando á su esposo.)

ERNESTO.

Es cierto, soy un ingrato:  
ya lo sé: y un insensato...  
perdone usted, don Julián.  
(Profundamente conmovido.)

DON JULIÁN.

¡Su cabeza es una fragua!

(Á Teodora refiriéndose á Ernesto.)

TEODORA.

¡Si no vive en este mundo!

(Á D. Julián, lo mismo.)

DON JULIÁN.

Eso sí, sabio y profundo,  
y se ahoga en un charco de agua.

ERNESTO.

¡Qué de esta vida no sé, (Tristemente.)

ni hallo en ella mi camino!

Es verdad; mas lo adivino

y tiemblo no sé por qué.

¡Que en las charcas de este mundo

como en alta mar me anego!

Me espantan más; no lo niego,

mucho más que el mar profundo.

Hasta el límite que marca

suelta arena el mar se tiende:

por todo el espacio extiende

emanaciones la charca.

Contra las olas del mar

luchan brazos varoniles:

contra miasmas sutiles

no hay manera de luchar.

Y yo, si he de ser vencido,  
que no humilla el vencimiento,  
en el último momento  
sólo quiero, y sólo pido,  
ver ante mí, y esto baste,  
al mar que tragarme quiera,  
á la espada que me hiera  
ó á la roca que me aplaste.  
Á mi adversario sentir,  
su cuerpo y su furia ver,  
y despreciarle al caer,  
y despreciarle al morir.  
Y no aspirar mansamente  
mi pecho, que se dilata,  
el veneno que me mata  
esparcido en el ambiente.

DON JULIÁN.

¿No te dije? ¡perdió el seso! (Á Teodora.)

TEODORA.

Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?

DON JULIÁN.

Con el caso que tratamos  
¿qué tiene que ver todo eso?

ERNESTO.

Que al verme, señor, aquí,

amparado y recogido,  
lo que he pensado, he creído  
que piensan todos de mí:  
que al cruzar la Castellana  
en el coche con ustedes,  
con Teodora ó con Mercedes  
al salir una mañana,  
al ir á su palco al Real,  
al cazar en su dehesa,  
al ocupar en su mesa  
de diario el mismo sitio;  
aunque á su optimismo pese,  
el caso es, señor, que todos,  
con estos ó aquellos modos,  
se preguntan: ¿quién es ese?  
¿Será su deudo?—No tal.  
¿Su secretario?—Tampoco.  
¿Su socio?—Si es socio, poco  
trajo á la masa social.  
Eso murmuran.

DON JULIÁN.

Ninguno.

Eso sueñas.

ERNESTO.

Por favor...

DON JULIÁN.

Pues venga un nombre.

ERNESTO.

Señor...

DON JULIÁN.

Me basta sólo con uno.

ERNESTO.

Pues lo tienen á la mano:  
está en el piso tercero.

DON JULIÁN.

¿Y se llama?

ERNESTO.

Don Severo.

DON JULIÁN.

¿Mi hermano?

ERNESTO.

Justo: su hermano.

¿No basta? Doña Mercedes,  
su noble esposa y señora.

¿Más? Pepito. Con que ahora  
á ver qué dicen ustedes.

DON JULIÁN.

(Con enojo.) Pues digo, y juro, y no peco,  
que *él*, más que severo, es raro; y



que *ella* charla sin reparo,  
y que el chico es un muñeco.

ERNESTO.

Repiten lo que oyen.

DON JULIÁN.

Nada:

esas son cavilaciones.  
Donde hay nobles intenciones,  
y á la gente que es honrada,  
le importa poco del mundo:  
cuanto el murmurar más recio,  
más soberano el desprecio,  
y más grande y más profundo,

ERNESTO.

Eso es noble y eso siente  
todo pecho bien nacido;  
pero yo tengo aprendido  
que lo que dice la gente,  
con maldad ó sin maldad,  
según aquel que lo inspira,  
comienza siendo mentira  
y acaba siendo verdad.  
¿La murmuración que cunde  
nos muestra oculto pecado,  
y es reflejo del pasado,

ó inventa el mal y lo infunde?  
¿Marca con sello maldito  
la culpa que ya existía,  
ó engendra la que no había  
y da ocasión al delito?  
El labio murmurador  
¿es infame, ó es severo?  
¿es cómplice, ó pregonero?  
¿es verdugo, ó tentador?  
¿remata, ó hace caer?  
¿hiere por gusto, ó por pena?  
Y si condena, ¿condena  
por justicia ó por placer?  
Yo no lo sé, don Julián:  
quizá las dos cosas son;  
pero el tiempo y la ocasión  
y los hechos lo dirán.

DON JULIÁN.

Mira, no entiendo ni jota  
en esas filosofías.

Presumo que son manías  
con que tu ingenio se agota;  
pero en fin tampoco quiero  
afligirte ni apurarte.

¿Quieres, Ernesto, crearte,  
independiente y severo  
una posición honrada  
por tí solo? ¿no es así?

ERNESTO.

Don Julián...

DON JULIÁN.

Responde.

ERNESTO.

(Con alegría.)

Sí.

DON JULIÁN.

Pues la tienes alcanzada.  
Me encuentro sin secretario:  
de Londres me brinda uno,  
pero no quiero ninguno,  
más que un sér estafalario,  
(Con tono de cariñosa reconvención.)  
que su pobreza prefiere  
su trabajo y sueldo fijo,  
como cualquiera, á ser hijo  
de quien por hijo le quiere.

ERNESTO.

Don Julián...

DON JULIÁN.

Pero exigente

(Con tono de cómica severidad.)

y hombre de negocios soy,  
y mi dinero no doy  
nunca de balde á la gente.

Y he de explotarte á mi gusto,  
y he de hacerte trabajar  
y en mi casa has de ganar  
únicamente lo justo.  
Diez horas para el tintero,  
despierto al amanecer,  
y contigo voy á ser  
más severo que Severo.  
¡Esto serás ante el mundo!  
víctima de mi egoismo...  
pero Ernesto... ¡siempre el mismo  
de mi pecho en lo profundo!

(Sin poder contenerse, cambiando de tono y abriéndole los brazos.)

ERNESTO.

¡Don Julián!... (Abrazándole.)

DON JULIÁN.

¿Aceptas?

ERNESTO.

Sí.

Haga de mí lo que quiera.

TEODORA.

Al fin domaste la fiera. (Á D. Julián.)

ERNESTO.

¡Todo por usted! (Á D. Julián.)



DON JULIÁN.

Así:

asi te quiero. Ahora escribo  
á mi buen corresponsal:  
le doy como es natural  
las gracias, y que concibo  
el mérito extraordinario  
del inglés de que hace alarde,  
pero que ha llegado tarde,  
porque tengo secretario.

(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

Eso ahora... pero andar  
deja al tiempo... ¡Socio luego!

(Volviendo y fingiéndose que habla con misterio.)

TEODORA.

¡Calla por Dios!... te lo ruego,  
¡no ves que se va á espantar! (Á D. Julián.)  
(Sale D. Julián por la derecha, primer término, riendo bondadosamente y mirando á Ernesto.)

### ESCENA III.

TEODORA, ERNESTO. Al final de la escena anterior comenzó á anochecer, de suerte que al llegar á este momento el salón está ya completamente oscuro.

ERNESTO.

¡Ah que su bondad me abruma!

¿cómo pagarle, Dios mío?

(Se deja caer en el sofá profundamente conmovido. Teodora se acerca á él y queda á su lado en pié.)

TEODORA.

Dando de mano al desvío  
y á la desconfianza. En suma,  
teniendo juicio y pensando  
que de veras le queremos,  
que lo que fuimos seremos,  
y en fin, Ernesto, que cuando  
Julián promete, no es vana  
su promesa y la mantiene,  
de manera que usted tiene,  
en *él*, padre, y en *mí*, hermana.

#### ESCENA IV.

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES, DON SEVERO. Los dos últimos se presentan por el fondo y en él se detienen. El salón á oscuras: sólo una pequeña claridad en el balcón, hacia el cual se dirigen Teodora y Ernesto.

ERNESTO.

¡Ah, qué buenos son ustedes!

TEODORA.

¡Y usted qué niño! De hoy más  
no ha de estar triste.

ERNESTO.

Jamás.

DOÑA MERCEDES.

(¡Qué oscuro!) (Desde fuera en voz baja.)

DON SEVERO.

(Lo mismo.) (Vamos, Mercedes.)

DOÑA MERCEDES.

No hay nadie. (Pasando la puerta.)

DON SEVERO.

(Deteniéndola.) Gente hay allí.

(Se quedan los dos en el fondo observando.)

ERNESTO.

Teodora, mi vida entera,  
y otras mil, gustoso diera  
por el bien que recibí.  
No me debe usted juzgar  
por mi carácter adusto:  
de hacer alarde no gusto  
de amor, pero yo sé amar,  
y también aborrecer,  
que en propios iguales modos  
en mi pecho encuentran todos  
lo que en él quieren poner.

MERCEDES.

¿Qué dicen? (Á Severo.)

DON SEVERO.

Cosas extrañas  
que no oigo bien.

(Teodora y Ernesto siguen hablando en voz baja en el balcón.)

MERCEDES.

Si es Ernesto.

DON SEVERO.

Y ella... es ella... por supuesto.

MERCEDES.

Teodora.

DON SEVERO.

Las mismas mañas:  
siempre juntos. ¡No hay paciencia!...  
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERCEDES.

Es verdad: vamos, Severo,  
es ya caso de conciencia.  
Todos dicen...



DON SEVERO.

(Avanzando.)      Á Julián  
he de hablar hoy mismo y claro.

MERCEDES.

Pero también es descarado  
el de ese hombre.

DON SEVERO.

   ¡Voto á san!      ✓  
El de él, y el de ella.

MERCEDES.

   ¡Infeliz!  
¡es tan niña! De ella yo  
me encargo.

TEODORA.

   ¿Á otra casa? no.  
¿Dejarnos? ¡pues es feliz  
la idea! No lo consiente  
Julián.

DON SEVERO.

(Á Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!

(En voz alta.)

¡Eh, Teodora! ¿no me has visto?  
¿Se recibe así á la gente?

TEODORA.

(Separándose del balcón.)

¡Don Severo!... ¡qué placer!

MERCEDES.

¿No se come? qué ¿no es hora?

TEODORA.

¡Ah, Mercedes!

MERCEDES.

Sí, Teodora.

DON SEVERO.

(Aparte.) (¡Cómo finge! ¡qué mujer!)

TEODORA.

Pediré luces.

(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)

DON SEVERO.

Bien hecho:  
la gente debe ver claro.

UN CRIADO.

Señora... (Presentándose en el fondo.)

TEODORA.

Luces, Genaro. (El criado sale.)

DON SEVERO.

✓ Quien sigue el camino estrecho  
del deber y la lealtad,  
y es siempre lo que parece,  
no se apura ni enrojece  
por la mucha claridad.

(Entran criados con luces: el salón queda espléndidamente iluminado.)

TEODORA.

(Después de una pequeña pausa dice con naturalidad y riendo.)

Eso me parece á mí  
y á cualquiera. (Dirigiéndose á Mercedes.)

MERCEDES.

Por supuesto.

DON SEVERO.

¡Hola, hola, don Ernesto,  
con que estaba usted aquí,  
con Teodora, cuando entré? (Con intención.)

ERNESTO.

(Friamente.) Aquí estaba por lo visto.

DON SEVERO.

Por lo visto, no, ¡por Cristo!

que en las sombras no se ve.

(Acercándose á él, dándole la mano y mirándole fijamente.  
Teodora y Mercedes hablan aparte.)

(Aparte.) (Su color es encendida,  
y parece haber llorado.  
De niño y de enamorado  
se llora sólo en la vida.)  
¿Y Julián? (En voz alta.)

TEODORA.

Pues allá dentro,  
se fué á escribir una carta.

ERNESTO.

(Aparte.) (Aunque mi paciencia es harta,  
me saca este de mi centro.)

DON SEVERO.

Voy á verle. ¿La comida  
da tiempo? (Á Teodora.)

TEODORA.

Tiempo de sobra.

DON SEVERO.

Bien: pues manos á la obra.

(Aparte restregándose las manos y mirando á Teodora y  
Ernesto.)

Adiós. (En voz alta.)

TEODORA.

Adiós.

DON SEVERO.

¡Por mi vida!

(Aparte y mirándolos rencorosamente al salir.)

## ESCENA V.

TEODORA, MERCEDES, ERNESTO. Las dos mujeres se sientan en el sofá. Ernesto en pié.

MERCEDES.

Hoy no nos ha visto usted. (Á Ernesto.)

ERNESTO.

No.

MERCEDES.

Ni tampoco á Pepito.

ERNESTO.

No, señora.

MERCEDES.

Está solito  
allá arriba.

ERNESTO.

(Aparte.) (Que lo esté.)

MERCEDES.

(Á Teodora con severidad y misterio.)  
(Yo quisiera que se fuese,  
porque he de hablarte...)

TEODORA.

¿Tú?

MERCEDES.

(Lo mismo que antes.)

Sí.

De asuntos graves.

TEODORA.

Pues dí.

MERCEDES.

Como no se marcha ese...

TEODORA.

No te comprendo. (Todo en voz baja.)

MERCEDES.

¡Valor!

(Le coge la mano y se la estrecha afectuosamente. Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)

Haz porque nos deje presto.

TEODORA.

Si tú te empeñas...)

(En voz alta.) Ernesto...

Si me hiciera usted un favor...

ERNESTO.

Con mil amores.

MERCEDES.

(Aparte.)

(Con uno  
y sobra.)

TEODORA.

Pues... suba usted  
y á Pepito... vamos... que...  
pero acaso le importuno  
con este encargo.

ERNESTO.

No tal.

MERCEDES.

(Aparte.) (¡Con qué dulzura y qué tono!)

TEODORA.

Que... si renovó el abono  
de nuestro palco del Real  
como le dije: ya sabe.

ERNESTO.

Con mucho gusto: al momento.

TEODORA.

Gracias, Ernesto: yo siento...

ERNESTO.

¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)

TEODORA.

¡Adiós!

(Sale Ernesto por el fondo )

## ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES.

TEODORA.

¡Cosa grave!  
¡Alarmada estoy, Mercedes!  
Ese tono, ese misterio...  
¿se trata?

MERCEDES.

De algo muy serio.

TEODORA.

¿Pero de quién?



MERCEDES.

Pues de ustedes.

TEODORA.

¿De nosotros?

MERCEDES.

De Julián,  
de Ernesto y de tí. Ya ves.

TEODORA.

¿De los tres?

MERCEDES.

Sí; de los tres.

(Teodora contempla con asombro á Mercedes: pequeña  
pausa.)

TEODORA.

Pues dí pronto.

MERCEDES.

(Aparte.)

(¡Ganas dan!... ✓ *NOTA*)

Pero no, cierro la mano,  
que es el asunto escabroso.)

Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)  
al fin del tuyo es hermano,  
y de una familia todos

venimos á ser, de suerte  
que en la vida y en la muerte,  
por estos ó aquellos modos,  
nos debemos protección,  
y ayuda, y consejo... es claro;  
hoy, yo te brindo mi amparo,  
y mañana, en la ocasión,  
sin sonrojos en la tez  
acudimos al de ustedes.

TEODORA.

Y cuenta con él, Mercedes.  
Pero acaba de una vez.

MERCEDES.

Hasta hoy no he querido dar,  
Teodora, este paso; pero  
hoy ya, me dijo Severo:  
»De aquí no puede pasar;  
»que de mi hermano el honor,  
»cual mi propio honor estimo,  
»y al ver ciertas cosas gimo  
»de vergüenza y de dolor.  
»Siempre indirectas oyendo,  
»siempre sonrisas mirando,  
»siempre los ojos bajando  
»y de las gentes huyendo.  
»En ésta, de infamias lid  
»es necesario acabar,

»que no puedo tolerar  
»lo que se dice en Madrid.»

TEODORA.

¡Sigue, sigue!

MERCEDES.

Pues escucha.

(Pausa. Mercedes mira fijamente á Teodora.)

TEODORA.

Vamos: ¿qué dicen, Dios mío?

MERCEDES.

Mira: cuando suena el río  
agua lleva poca ó mucha.

TEODORA.

¡No sé si suena ó no suena,  
si agua lleva mucha ó poca:  
sólo sé, que ya estoy loca!

MERCEDES.

(Aparte.) (Pobre niña, me da pena.)

(En voz alta.)

Pero en fin, ¿no has comprendido?

TEODORA.

¿Yo? no.

MERCEDES.

(Aparte.) (Torpeza es también.)

(En voz alta y con energía.)

¡Está en ridículo!

TEODORA.

¿Quién?

MERCEDES.

¿Quién ha de ser? Tu marido.

TEODORA.

(Levantándose con ímpetu.)

¿Julián? ¡Mentira! Villano  
quien habló de esa manera.

¡Ah, si Julián le tuviera  
al alcance de su mano!

MERCEDES.

(Calmándose y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)

Necesitara tener  
manos para mucha gente,  
que si la fama no miente  
todos son de un parecer.

TEODORA.

Pero en fin ¿qué infamia es esa?  
¿cuál el misterio profundo?

¿qué es lo que repite el mundo?

MERCEDES.

¿Con que te pesa?

TEODORA.

¡Me pesa!

¿Pero qué?

MERCEDES.

Mira, Teodora:  
eres muy niña; á tu edad  
se cometen, sin maldad,  
ligerezas... ¡y se llora  
después tanto!... ¿Todavía  
no me comprendes? Dí.

TEODORA.

No.

¿Por qué he de entenderte yo  
si esa historia no es la mía?

MERCEDES.

Es la historia de un infame,  
y es la historia de una dama..

TEODORA.

¿Y ella se llama?... (Con ansia.)

MERCEDES.

Se llama...

TEODORA.

¿Qué importa como se llame?...

(Conteniéndola.)

(Teodora se separa de Mercedes sin levantarse del sofá: Mercedes se le acerca á medida que habla. Este movimiento de repugnancia y alejamiento en Teodora, de protección é insistencia en Mercedes, muy marcado.)

MERCEDES.

El hombre es ruín y traidor,  
y exige de la mujer,  
por una hora de placer,  
una vida de dolor.  
La deshonra del esposo,  
de la familia la ruina,  
y la frente que se inclina  
bajo sello vergonzoso;  
como social penitencia  
el desprecio en los demás,  
¡y Dios que castiga aún' más  
con la voz de la conciencia!

(Ya están al otro extremo del sofá: Teodora huye del contacto de Mercedes, inclina hacia atrás el cuerpo y se cubre el rostro con las manos: al fin ha comprendido.)

Ven á mis brazos, Teodora...

(Aparte.) (¡Pobrecilla, me enternece!)  
ese hombre no te merece.

TEODORA.

¿Pero á dónde va, señora,  
con ese arretrato ciego?  
¡si no es miedo, ni es espanto;  
si no hay en mis ojos llanto:  
si en mis ojos sólo hay fuego!  
¿Á quién oyó lo que oí?  
¿Quién es ese hombre? ¡será!...  
¡él acaso?...

MERCEDES.

Ernesto.

TEODORA.

¡Ah!... (Pausa.)

La mujer, yo: ¿no es así?

(Señal afirmativa de Mercedes. Teodora se levanta.)

Pues escucha aunque te irrites:  
cuál es más vil no sé yo,  
si el mundo que lo inventó  
ó tú que me lo repites.  
¡Maldito el labio mundano  
que dió forma á tal idea!  
¡y maldito quien lo crea  
por imbécil ó villano!  
¡tan maldita y tan fatal,  
que sólo por no arrancarla  
de mi memoria y llevarla

en ella, ya soy criminal!

¡Jesús, nunca lo pensé;

Jesús, nunca lo creí:

tan desgraciado le ví

que como á hermano le amé!

Julián fué su providencia...

y él es noble y caballero...

(Deteniéndose, observando á Mercedes y volviendo el rostro.)

(Aparte.) (¡Cómo me mira!... no quiero alabarle en su presencia.

¡De modo que ya, Dios mío,

he de fingir!) (Acongojándose visiblemente.)

MERCEDES.

Vamos, calma.

TEODORA.

(En voz alta.)

¡Qué angustia siento en el alma...

qué desconsuelo... y qué frío!...

¡Por la pública opinión

de esta manera manchada!...

¡Ay mi madre!... ¡madre amada!...

¡Ay Julián del corazón!

(Cae sollozando en el sillón de la izquierda. Mercedes procura consolarla.)

MERCEDES.

Yo no presumí... perdona...

TOMO II

30



no llores... Si no creía  
nada serio... ¡Si sabía  
que tu pasado te abona!  
Pero siendo el caso así,  
has de confesar también  
que de cada ciento, cien,  
de tu Julián y de tí  
dirán con justo rigor,  
que fuísteis hartos imprudentes  
dando ocasión á las gentes  
á pensar en lo peor.  
Tú, joven de veinte abriles;  
Julián en su cuarentena,  
y Ernesto la mente llena  
de fantásticos perfiles...  
En sus asuntos tu esposo,  
el otro en sus fantasías,  
más ocasiones que días,  
y tu pensamiento ocioso...  
La gente que os ve en paseo,  
la gente que os ve en el Real...  
mal hizo en pensar tan mal;  
pero, Teodora, yo creo  
que en justicia y en razón,  
en todo lo que ha pasado,  
el mundo puso el pecado  
y vosotros la ocasión.  
La moderna sociedad,  
permíteme que te diga,

que la culpa que castiga  
con más saña y más crueldad,  
y en forma más rica y varia,  
en la mujer y en el hombre,  
es, Teodora, y no te asombre,  
*la imprudencia temeraria.*

TEODORA.

(Volviéndose á Mercedes; pero sin atender á su parlamento.)  
¿Y dices que Julián?...

MERCEDES.

¡Sí;  
es la mofa de la corte!  
Y tú...

TEODORA.

De mí... no te importe.  
¡Pero Julián!... ¡ay de mí!  
¡tan bueno!... ¡tan caballero!...  
cuando sepa...

MERCEDES.

Lo sabrá,  
porque ahora mismo estará  
hablando con él Severo.

TEODORA.

¡Qué dices!

DON JULIÁN.

(Desde dentro.) ¡Basta!

TEODORA.

¡Dios mío!

DON JULIÁN.

¡Que me dejes!

TEODORA.

¡Ay de mí!

Vámonos pronto de aquí...

MERCEDES.

(Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)

¡Sí, pronto, que es desvarío!...

(Teodora y Mercedes se dirigen hacia la izquierda.)

TEODORA.

(Deteniéndose.)

Pero ¿por que?... ¡no parece  
sino que yo soy culpable!

¡La calumnia miserable  
no mancha sólo, envilece!

¡Es engendro tan maldito,  
que, contra toda evidencia,  
se nos mete en la conciencia  
con el sabor del delito!

¿Por qué de un necio terror  
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha, primer término, D. Julián y detrás D. Severo.)

¡Julián!

DON JULIÁN.

¡Teodora!

(Corre á él, que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!

Este es tu puesto de honor.

## ESCENA VII.

TEODORA, MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO.—El orden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: Mercedes, Teodora, D. Julián, D. Severo. Teodora y D. Julián forman un grupo: ella en los brazos de él.

DON JULIÁN.

Pase por primera vez,  
y ¡vive Dios! que es pasar;  
pero quien vuelva á manchar  
con lágrimas esta tez,

(Señalando á Teodora.)

yo juro, y no juro en vano,  
que no pasa, si tal pasa,  
los umbrales de esta casa,  
ni aun siendo mi propio hermano.

(Pausa. D. Julián acaricia y consuela á Teodora.)

DON SEVERO.

Repetí lo que la gente  
murmura de tí, Julián.

DON JULIÁN.

Infamias.

DON SEVERO.

Pues lo serán.

DON JULIÁN.

Lo son.

DON SEVERO.

Pues deja que cuente  
lo que todo el mundo sabe.

DON JULIÁN.

¡Vilezas, mentira, lodo!

DON SEVERO.

Pues repetirlo...

DON JULIÁN.

No es modo  
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)

DON SEVERO.

No tienes razón.

DON JULIÁN.

Razón  
y de sobra. Fuera bueno,  
que me trajeses el cieno  
de la calle á mi salón.

DON SEVERO.

¡Pues será!

DON JULIÁN.

¡Pues no ha de ser!

DON SEVERO.

¡Mío es tu nombre!

DON JULIÁN.

¡No más!

DON SEVERO.

¡Y tu honor!

DON JULIÁN.

Piensa que estás  
delante de mi mujer. (Pausa.)

DON SEVERO.

(Á D. Julián en voz baja.)

(¡Si nuestro padre te viera!)

DON JULIÁN.

¡Cómo!... Severo ¿qué es esto?

DOÑA MERCEDES.

Silencio, que viene Ernesto.

TEODORA.

(Ap.) (¡Qué vergüenza!... ¡si él supiera!...)  
(Teodora vuelve el rostro y lo inclina: D. Julián la mira fijamente.)

## ESCENA VIII.

TEODORA, MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO, ERNESTO, PEPITO: los dos últimos por el foro.—El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda á derecha: Mercedes, Pepito, Teodora, Don Julián, Ernesto, D. Severo. Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito se separan; aquél viene al lado de D. Julián, éste al de Teodora.

ERNESTO.

(Observando un instante desde el fondo el grupo de Teodora y de D. Julián.)

(Aparte.) (Ella y él... no es ilusión.

¿Si será lo que temí?...

Lo que á ese imbécil oí...

(Refiriéndose á Pepito, que en este momento entra.)

No fué suya la invención.)

PEPITO.

(Que ha mirado con extrañeza á uno y otro lado.)

Salud y buen apetito,

porque se acerca la hora.  
Aquí está el palco, Teodora.  
Don Julián...

TEODORA.

Gracias, Pepito.

(Tomando el palco maquinalmente.)

ERNESTO.

¿Qué tiene Teodora?

(Á D. Julián en voz baja.)

DON JULIÁN.

Nada.

ERNESTO.

(Como antes.) Está pálida y llorosa.

DON JULIÁN.

(Sin poder contenerse.)

No te ocupes de mi esposa.

(Pausa. D. Julián y Ernesto cruzan una mirada.)

ERNESTO.

(Aparte.) (¡Miserables! Fué jornada completa.)

PEPITO.

Loco de atar.

(Á su madre en voz baja señalando á Ernesto )



Porque le dí cierta broma  
con Teodora... toma, toma...  
¡que me quería matar!

ERNESTO.

(En voz alta; triste pero resuelto y con ademán noble.)

Don Julián, pensé despacio  
en su generosa oferta...  
y aunque mi labio no acierta...  
y anda torpe y va reacio...  
y aunque conozco que yo  
ya de su bondad abuso...  
en fin, señor, que rehusó  
el puesto que me ofreció.

DON JULIÁN.

¿Por qué?

ERNESTO.

Porque soy así:  
un poeta, un soñador.  
Nunca mi padre, señor,  
hizo carrera de mí.  
Yo necesito viajar;  
soy rebelde y soy inquieto;  
vamos, que no me sujeto  
como otros, á vegetar.  
Espíritu aventurero,  
me voy cual nuevo Colón...

En fin, si tengo razón,  
que lo diga don Severo.

DON SEVERO.

Habla usted como un abismo  
de ciencia y como hombre ducho.  
Hace mucho tiempo, mucho,  
que pensaba yo lo mismo.

DON JULIÁN.

¿Con que sientes comezón  
de mundos y de viajar?  
¿Con que nos quieres dejar?  
Y los medios... ¿cuáles son?

DON SEVERO.

Él... se marcha... á donde sienta  
que ha de estar más á su gusto.  
Lo demás, para ser justo,  
ha de correr de tu cuenta. (A D. Julián.)  
Cuanto quiera... no concibo  
que economice ni un cuarto.

ERNESTO.

(A Severo.) Ni yo deshonras reparto,  
ni yo limosnas recibo. (Pausa.)  
Pero, en fin, ello ha de ser,  
y como la despedida  
fuera triste, que en la vida...

quizá no los vuelva á ver,  
es lo mejor que ahora mismo  
nos demos un buen abrazo... (Á D. Julián.)  
y rompamos este lazo...  
y perdonen mi egoismo.  
(Profundamente conmovido.)

DON SEVERO.

(Aparte. ¡Cómo se miran los dos!)

TEODORA.

(Aparte.) ¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERNESTO.

Don Julián, ¿qué le detiene?  
este es el último adiós.

(Dirigiéndose á D. Julián con los brazos abiertos. D. Julián le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

DON JULIÁN.

No: las cosas bien miradas  
ni el último, ni el primero:  
es el abrazo sincero  
de dos personas honradas.  
De ese proyecto insensato  
no quiero que me hables más.

DON SEVERO.

Pero ¿no se va?

DON JULIÁN.

Jamás.

Yo no mudo á cada rato  
el punto en que me coloco,  
ó aquel plan á que me ciño,  
por los caprichos de un niño  
ó los delirios de un loco.  
Y aun fuera mayor mancha,  
el sujetar mis acciones  
á necias murmuraciones  
de la muy heróica villa.

DON SEVERO.

Julián...

DON JULIÁN.

Basta, que la mesa  
nos aguarda.

ERNESTO.

¡Padre' mío!...  
no puedo.

DON JULIÁN.

Pues yo confío  
en que podrás. ¿Ó te pesa  
mi autoridad?

ERNESTO.

¡Por favor!

DON JULIÁN.

Vamos allá, que ya es hora.  
Dáale tú el brazo á Teodora (Á Ernesto.)  
y llévala al comedor.

ERNESTO.

¡Á Teódora!... (Mirándola y retrocediendo.)

TEODORA.

(Lo mismo.) ¡Ernesto!...

DON JULIÁN.

Sí:

como siempre.

(Movimiento de duda y vacilación en ambos. Al fin se acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo ello queda encomendado á los actores.)

(Á Pepito.) Y vamos, tú...

el tuyo... ¡por Belcebú!

á tu madre. Y junto á mí

(Pepito da el brazo á Mercedes.)

Severo, mi buen hermano:

(Apoyándose en él un momento.)

y así... en familia comer,

y que rebose el placer

con las copas en la mano!  
¿Hay quien murmura? corriente:  
pues que murmure ó que grite,  
á mí se me da un ardite  
de lo que dice la gente.  
Palacio quisiera ahora  
con paredes de cristal,  
y que á través del fanal  
viesen á Ernesto y Teodora  
los que nos traen entre manos,  
porque entendiesen así  
lo que se me importa á mí  
de calumnias y villanos.  
Cada cual siga su suerte.

(En este momento aparece un criado con traje de etiqueta:  
de negro y corbata blanca.)

La comida.

CRIADO.

Está servida.

(Abre la puerta del comedor: se ve la mesa, los sillones, lámpara colgada del techo, etc.; en suma, una mesa y un comedor de lujo.)

DON JULIÁN.

Pues hagamos por la vida  
que ya harán por nuestra muerte.  
Vamos... (Invitando á que pasen.)

TEODORA.

Mercedes...

MERCEDES.

Teodora...

TEODORA.

Ustedes...

MERCEDES.

Pasen ustedes...

TEODORA.

No: ve' delante, Mercedes.

(Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen al comedor lentamente. Teodora y Ernesto quedan todavía inmóviles y como absortos en sus pensamientos. Ernesto fija en ella la vista.)

DON JULIÁN.

(Aparte.) (El la mira y ella llora.)

(Siguen muy despacio á Mercedes: Teodora vacilante, deteniéndose y enjugando el llanto.)

¿Se hablan bajo? (Á D. Severo aparte.)

DON SEVERO.

No lo sé,  
pero presumo que sí.

DON JULIÁN.

¿Por qué vuelven hacia aquí

(Ernesto y Teodora se han detenido y han vuelto la cabeza furtivamente. Después siguen andando.)

la vista los dos?... ¿por qué?

DON SEVERO.

Ya vas entrando en razón.

DON JULIÁN.

¡Voy entrando en tu locura!

¡Ah! ¡la calumnia es segura:

va derecha al corazón!

(Él y D. Severo se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





## ACTO SEGUNDO.

---

*La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.—Una puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, una sola: á la izquierda un balcón.—Un estante de pino con algunos libros; una mesa; un sillón.—La mesa á la izquierda: sobre ella una fotografía de D. Julián en su marco; al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningún retrato: ambos son bastante pequeños.—También sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de la Divina Comedia del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: además papeles sueltos y el manuscrito de un drama.—Algunas sillas.—Todos los muebles pobres, en armonía con la pobreza del cuarto. Es de día.*

### ESCENA PRIMERA.

DON JULIÁN, DON SEVERO, un CRIADO. Los tres entran por el fondo.

DON SEVERO.

¿No está el señor?

CRIADO.

No, señor;  
ha salido muy temprano.

DON SEVERO.

No importa, le esperaremos;

porque supongo que al cabo  
don Ernesto ha de venir.

CRIADO.

Es lo probable, que el amo  
es puntual como ninguno  
y como ninguno exacto.

DON SEVERO.

Bueno; vete.

CRIADO.

Sí, señor.

Si algo mandan, fuera aguardo.

(Sale el Criado por el fondo.)

## ESCENA II. ✓

DON JULIÁN, DON SEVERO.

DON SEVERO.

¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)

DON JULIÁN.

¡Qué pobreza  
dirás mejor!

DON SEVERO.

¡Vaya un cuarto!

Una alcoba sin salida:

(Mirando por la puerta de la derecha; luego por la del foro.)

la antesala: este despacho,  
y pare usted de contar. ✓

DON JULIÁN.

Y empiece á contar el diablo  
de ingratitudes humanas,  
de sentimientos bastardos,  
de pasiones miserables,  
de calumnias de villanos,  
y no acabará jamás  
aunque cuente aprisa y largo.

• DON SEVERO.

La casualidad lo quiso.

DON JULIÁN.

Ese no es el nombre, hermano.  
Lo quiso... quien yo me sé. ✓

DON SEVERO.

¿Y quién es ese? ¿yo acaso?

DON JULIÁN.

Tú también. Y antes que tú  
los necios desocupados,  
que de mi honor y mi esposa  
sin rebozo murmuraron.  
Y después yo, que cobarde,  
y celoso, y ruín, y bajo,

dejé salir de mi hogar  
á ese mancebo, que ha dado  
pruebas de ser tan altivo,  
como yo de ser ingrato.  
Ingrato: ¿porque tú ves  
mi ostentación y regalo?  
¿el lujo de mis salones,  
de mis trenes el boato,  
el crédito de mi firma,  
los caudales que gozamos?  
Pues todo, ¿sabes de dónde  
procede?

DON SEVERO.

Y hasta olvidado  
lo tengo.

DON JULIÁN.

Tú lo dijiste:  
el olvido: premio humano  
á toda acción generosa,  
á todo arranque bizarro,  
que en su modesto retiro,  
sin trompetas ni reclamos,  
realice un hombre por otro,  
como amigo ó como honrado.

DON SEVERO.

Eres injusto contigo:

tu gratitud llegó á tanto,  
que tu honor y hasta tu dicha  
casi le has sacrificado.  
¿Qué más se puede pedir?  
¿Ni qué más hiciera un santo?  
Todo su término tiene:  
lo bueno como lo malo.  
Es orgulloso... empeñóse...  
y aunque te opusiste... claro...  
él es dueño de sí mismo,  
de su persona y sus actos,  
y una mañana dejó,  
porque quiso, tu palacio,  
y en este zaquizamí  
metióse desesperado.  
Es muy triste; pero, amigo,  
¿quién ha podido evitarlo?

DON JULIÁN.

Todos, si estuviesen todos  
atentos á sus cuidados,  
y de las honras ajenas  
no se llevasen pedazos,  
al revolver de sus lenguas  
y al señalar de sus manos.  
¿Qué les importaba, dí,  
que yo cumpliendo un sagrado  
deber, hiciese de Ernesto  
un hijo y ella un hermano?

¿Es suficiente, en mi mesa,  
ó en paseo, ó en el teatro,  
junto á una joven hermosa,  
ver á un mancebo gallardo,  
para suponer infamias,  
y para aventar escándalos?  
¿Acaso el amor impuro,  
en este mundo de barro,  
es entre hombres y mujeres  
único supremo lazo?  
¿No hay amistad, gratitud,  
simpatía, ó tal estamos,  
que juventud y belleza  
sólo se unen en el fango?  
Y aun suponiendo que fuese  
lo que suponen menguados,  
¿qué falta me hacen los necios  
para vengar mis agravios?  
Para ver tengo mis ojos,  
para observar mis cuidados,  
y para vengar injurias  
hierro, corazón y manos.

DON SEVERO.

Bien, pues hicieron muy mal  
las gentes que murmuraron;  
pero yo, que soy tu sangre,  
que llevo tu nombre... vamos,  
¿debí callar?

DON JULIÁN.

¡No, por Dios!  
Pero debiste ser cauto,  
y con prudencia, á mí solo,  
hablarme del triste caso,  
y no encender un volcán  
en mi casa y en mi tálamo.

DON SEVERO.

Pequé sólo por exceso  
de cariño; pero aun cuando  
reconozca yo mi culpa;  
aunque confiese que el daño  
entre el mundo y yo lo hicimos,  
él, infamias inventando,  
y yo, recogiendo torpe  
los ecos mil del escándalo;

(Acercándose á él con expresión de interés y cariño.)

lo que es tú, Julián, estás  
limpio y libre de pecado;  
con que escrúpulos desecha  
y ensancha tu pecho hidalgo.

DON JULIÁN.

No puedo ensanchar mi pecho,  
que albergue en mi pecho he dado  
á eso mismo, que condenan  
mi entendimiento y mis labios.



Yo las calumnias del mundo  
con indignación rechazo:  
mienten, digo á voz en cuello,  
y repito por lo bajo,  
«¿y si mintiendo no mienten,  
y si aciertan por acaso?»  
De modo que en esta lucha  
de dos impulsos contrarios,  
para los demás soy juez,  
y soy su cómplice en tanto.  
Y en mí mismo me consumo;  
conmigo mismo batallo;  
la duda crece y se ensancha;  
ruge el corazón airado,  
y ante mis ojos de sangre  
se extiende rojizo manto.

DON SEVERO.

¡Deliras!

DON JULIÁN.

No, no deliro;  
el alma te muestro, hermano.  
¿Acaso piensas que Ernesto  
mi casa hubiese dejado,  
si yo, con firme propósito  
de oponerme y de estorbarlo,  
cuando él cruzó sus umbrales,  
le hubiera salido al paso?  
Se fué, porque allá en el fondo

de mi espíritu turbado,  
traidora voz resonaba  
diciéndome: «deja franco  
»el portillo á la salida,  
»y cierra bien en pasando,  
»que en fortalezas de honor  
»es mal alcaide el confiado.»  
Y en lo interior un deseo,  
y otro deseo en los labios:  
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,  
y «no vuelvas» por lo bajo,  
á un mismo tiempo, con él,  
con apariencias de franco,  
¡era hipócrita y cobarde,  
era astuto y era ingrato!  
No, Severo, no se porta  
así, quien es hombre honrado.

(Se deja caer en el sillón que está junto á la mesa, mostrando gran abatimiento.)

DON SEVERO.

Así se porta, quien cuida  
á esposa de pocos años,  
y de espléndida hermosura,  
y de espíritu exaltado.

DON JULIÁN.

¡No hables tal de mi Teodora!  
es espejo que empañamos

con nuestro aliento, al <sup>querer</sup> querer  
imprudentes acercarnos.

¡La luz del sol reflejaba,  
antes que del mundo airado,  
las mil cabezas de víboras  
se acercasen á mirarlo!

Hoy bullen en el cristal  
dentro del divino <sup>marco</sup> marco;  
pero sombras son sin cuerpo,  
ha de espantarlas mi mano,  
y otra vez verás en él  
el limpio azul del espacio.

DON SEVERO.

Mejor que mejor.

DON JULIÁN.

No así.

DON SEVERO.

¿Pues qué falta?

DON JULIÁN.

¡Falta tanto!

Advierte que estas internas  
luchas, que te he confesado,  
han hecho de mi carácter  
otro carácter contrario.  
Ahora mi esposa me ve

siempre triste, siempre huraño;  
no soy el mismo que he sido,  
por serlo me esfuerzo en vano;  
y ella debe preguntarse  
al observar este cambio:

«¿Dónde está Julián, Dios mío;  
»dónde está mi esposo amado?  
»¿qué hice yo para perder  
»su confianza? ¿qué villanos  
»pensamientos le preocupan  
»y le arrancan de mis brazos?»

Y una sombra entre los dos  
se va de este modo alzando,  
y nos separa y aleja  
lentamente y paso á paso.

No ya más dulces confianzas,  
no ya más coloquios plácidos,  
heláronse las sonrisas,

los acentos son amargos,  
en mí recelos injustos,  
en Teodora triste llanto,  
yo herido en mi amor, y en ella,  
heridos, y por mi mano,  
su dignidad de mujer,  
y su cariño. Así estamos.

DON SEVERO.

Pues estamos en camino  
de perdición. Si tan claro

ves lo que pasa ¿por qué  
no pones remedio?

DON JULIÁN.

Es vano  
mi esfuerzo. Yo sé que soy  
injusto de ella dudando:  
es más, si por hoy no dudo;  
pero ¿quién dice que al cabo,  
yo perdiendo poco á poco,  
y él poco á poco ganando,  
no será verdad mañana,  
lo que hoy mentira juzgamos?

(Cogiendo por el brazo á D. Severo y hablándole con recon-  
centrada energía y mal contenidos celos.)

Yo, el celoso; yo, el sombrío;  
yo, el injusto; yo, el tirano;  
y él, el noble y generoso,  
siempre dulce y resignado,  
con la aureola del martirio,  
que á un mozo apuesto y gallardo  
sienta también á los ojos  
de toda mujer, es llano  
que él lleva la mejor parte  
en este injusto reparto,  
y que gana lo que pierdo,  
sin que pueda remediarlo.  
Esto es lo cierto: no dudes:  
y agrega que con reclamos

infames, llega traidor  
el mundo á los dos en tanto,  
y aunque dicen con verdad  
«¡pero si no nos amamos!»  
á fuerza de repetirlo  
acabarán por pensarlo.

DON SEVERO.

Si así estás, mira, Julián,  
yo creo que lo más sano  
es dejar que Ernesto lleve  
todo su proyecto á cabo.

DON JULIÁN.

Pues á estorbárselo vengo.

DON SEVERO.

Pues eres un insensato.  
¿Á *Buenos Aires* pretende  
marcharse? pues ni de encargo:  
váyase en buque de vela,  
viento fresco y mucho trapo.

DON JULIÁN.

Y á los ojos de Teodora  
¿quieres que aparezca ingrato,  
y miserable, y celoso?  
¿tú no sabes, pobre hermano,

que hombre á quien mujer desprecia,  
podrá ser su amante al cabo,  
pero que si lleva nombre  
de esposo, está deshonrado?  
¿Quieres que mi esposa siga,  
á través del mar amargo,  
con el pensamiento triste,  
al infeliz desterrado?  
¿No sabes, que si yo viese  
sobre su mejilla el rastro  
de una lágrima no más,  
y pensase que era el llanto  
por Ernesto, la ahogaría  
entre mis crispadas manos?

(Con reconcentrado furor.)

DON SEVERO.

¿Pues entonces, qué debemos  
hacer?

DON JULIÁN.

Sufrir: que el cuidado  
de preparar desenlace  
para este drama, está á cargo  
del mundo que lo engendró  
solamente con mirarnos;  
tal su mirada es fecunda  
en lo bueno y en lo malo.

DON SEVERO.

Presumo que viene gente.

(Acercándose al fondo.)

UN CRIADO.

No puede tardar el amo.

(Desde dentro, pero sin presentarse.)

### ESCENA III.

DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO por el fondo.

DON SEVERO.

¿Tú por aquí?

PEPITO.

(Aparte.)

(¡Toma, ya lo supieron! me he lucido.)

(En voz alta.) Pues todos hemos venido.

Adiós, tío; adiós, papá.

(Aparte.) (Nada: saben lo que pasa.)

(En voz alta.)

¿Conque ustedes... por supuesto, buscando vendrán á Ernesto?

DON SEVERO.

¿Pues á quién en esta casa?



DON JULIÁN.

¿Y tú estarás al corriente  
de lo que trata ese loco?

PEPITO.

¿De lo qué?... Pues claro: un poco.  
Sé... lo que sabe la gente.

DON SEVERO.

¿Y es mañana cuando?...

PEPITO.

No:

mañana se ha de marchar,  
y tiene que despachar  
hoy mismo.

DON JULIÁN.

(Con extrañeza.) ¿Qué dices?

PEPITO.

¿Yo?

lo que dijo Pepe Uceda  
á la puerta del Casino  
ayer noche: y es padrino  
del Vizconde de Nebreda.  
Conque si él no acierta... Pero,

¡miran ustedes de un modo!  
¿Acaso no saben?...

DON JULIÁN.

Todo.

(Con resolución, previniendo un movimiento de su hermano.)

DON SEVERO.

Nosotros...

DON JULIÁN.

(Aparte.) (Calla, Severo.)

Que parte mañana oímos, (En voz alta.)  
y que hoy... se juega la vida...  
y á evitar duelo y partida...  
como es natural, vinimos.

(En toda esta escena D. Julián finge estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venía por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)

DON SEVERO.

(Aparte á D. Julián.) (¿Qué duelo es ese?)

DON JULIÁN.

(Aparte á D. Severo.)

pero lo sabremos pronto.)

(No sé;

PEPITO.

(Aparte.) (Vamos, pues no he sido un tonto.)

DON JULIÁN.

Nosotros sabemos que...

(Con tono de estar muy enterado.)

con un vizconde...

PEPITO.

Sí tal.

DON JULIÁN.

¡Tiene Ernesto concertado  
un duelo!... Nos lo ha contado  
cierta persona formal  
que lo supo en el instante.

¡Dicen que es grave la cosa!...

(Señas afirmativas de Pepito.)

¡Una riña escandalosa!...

¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.)

¡Que tú mientes!... ¡que yo miento!

¡y palabras en montón!...

PEPITO.

(Interrumpiendo con el placer y el afán del que sabe más.)

¡Palabras!... ¡un bofetón!

¡más grande que un monumento!

DON SEVERO.

¿Quién á quién?

PEPITO.

Ernesto al otro.

DON JULIÁN.

¡Ernesto!... ¿no te enteraste? (Á D. Severo.)  
Ese Vizconde dió al traste  
con su paciencia. En un potro  
le tuvo... Vamos... de modo...  
que el pobre chico rompió.

PEPITO.

Cabal.

DON JULIÁN.

Si te dije yo,  
que nos lo han contado todo.

(Con suficiencia.)

¿Y el lance es serio?

(Con ansiedad mal contenida.)

PEPITO.

Muy serio.

Pena el decirlo me da,  
pero con ustedes ya  
es inútil el misterio.

DON JULIÁN.

¿Con qué objeto, ni á qué fin?...

(Se acerca con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se da todo el tono del que comunica una mala noticia.)

PEPITO.

¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo.)  
(Movimiento de D. Julián y de D. Severo.)

Y el Vizconde  
ni se espanta, ni se esconde:  
¡y es un gran espadachín!

DON JULIÁN.

Y la disputa... ¿por qué?  
Á Nebreda se le imputa...

PEPITO.

Si casi no hubo disputa...  
yo les diré cómo fué.  
(Pausa: se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)  
Como Ernesto proyectaba  
dejar mañana á Madrid,  
por si pasaje en el Cid  
á tiempo en Cádiz, lograba;  
y como Luis Alcaraz  
prometida le tenía  
una carta, que decía  
que era de efecto eficaz  
como recomendación,  
á recogerla se fué  
el pobre chico al café  
con la mejor intención.  
No estaba el otro: le espera:

ninguno allí le conoce,  
y prosiguen en el goce  
sublime de la tijera,  
sin reparar en su faz,  
ni en sus dientes apretados  
unos cuantos abonados  
á la mesa de Alcaraz.  
Venga gente, y caiga gente:  
mano larga, y lengua lista:  
¡allí se pasó revista  
á todo bicho viviente!  
Y en medio de aquel cotarro,  
con más humo que echa un tren,  
entre la copa de Ojén,  
la ceniza del cigarro,  
y alguno que otro terrón  
de azúcar, allí esparcido,  
quedó el mármol convertido  
en mesa de disección.  
Cada mujer deshonorada,  
una copa de lo añejo:  
cada tira de pellejo,  
una alegre carcajada.  
En cuatro tijeretazos,  
dejaron aquellos chicos  
las honras hechas añicos,  
las damas hechas pedazos.  
Y sin embargo, ¿qué fué,  
ni qué era aquello en verdad?

Eclos de la sociedad  
en la mesa de un café.  
Esto no lo digo yo,  
ni lo pienso, por supuesto.  
Esto me lo dijo Ernesto,  
cuando el lance me contó.

DON JULIÁN.

¡Acaba! ¿no acabarás?

PEPITO.

Por fin, entre nombre y nombre,  
el nombre sonó... de un hombre,  
y Ernesto no pudo más.  
«¿Quién se atreve á escarnecer  
á un hombre de honor?» exclama:  
y le responden: «¡La dama!»  
y nombran una mujer.  
Brotando fuego el semblante  
se arroja sobre Nebreda:  
el pobre Vizconde rueda;  
y es un campo de Agramante  
aquel centro principal.  
Resumen de la jornada:  
hoy es el duelo y á espada,  
en un salón. No sé cuál.

DON JULIÁN.

(Cogiéndole por un brazo con furor.)  
¿Y el hombre era yo?

PEPITO.

¡Señor!

DON JULIÁN.

¿Y Teodora la mujer?

¡Dónde fueron á caer

ella, mi nombre y mi amor!

(Se desploma sobre el sillón ocultando el rostro entre las manos.)

DON SEVERO.

(Aparte á Pepito.)

(¡Qué has hecho, desventurado!

PEPITO.

¿No dijo que lo sabía?

Pues yo... por eso... Creía...)

DON JULIÁN.

¡Deshonrado! ¡deshonrado!...

DON SEVERO.

¡Julián! (Acercándose con cariño.)

DON JULIÁN.

Es verdad: ya sé  
que es preciso tener calma...  
pero ¡ay! ¡que me falta el alma



cuando me falta la fé!

(Cogiéndose á su hermano con ansia.)

Pero ¿por qué de este modo  
nos infaman, cielo santo?

¿Dónde hay razón para tanto  
revolver y echarnos lodo?...

No importa, yo sé cumplir  
como cumple un caballero.

¿Cuento contigo, Severo?

DON SEVERO.

¿Si cuentas?... ¡Hasta morir!

(Se aprietan la mano con energía.)

DON JULIÁN.

¿El duelo? (Á Pepito.)

PEPITO.

Á las tres.

DON JULIÁN.

(Aparte.)

(¡Le mato!

Sí... ¡le mato!...) Vamos. (Á D. Severo.)

DON SEVERO.

¿Dónde?

DON JULIÁN.

Á buscar á ese Vizconde.

DON SEVERO.

¿Tratas por ventura?...

DON JULIÁN.

Trato...

trato de hacer lo que puedo:  
de vengar mi honra ofendida  
y de salvarle la vida  
al hijo de Juan Acedo.

(Á Pepito.) ¿Quiénes los padrinos son?

PEPITO.

Los dos: Alcaraz y Rueda.

DON JULIÁN.

Los conozco. Aquí se queda  
ese por si hay ocasión (Señalando á Pepito.)  
y vuelve Ernesto...

DON SEVERO.

Entendido.

DON JULIÁN.

Tú, sin inspirar recelo,  
averiguas dónde el duelo  
debe ser.

DON SEVERO.

Ya lo has oído.

DON JULIÁN.

Ven.

DON SEVERO.

Julián ¿qué tienes?

DON JULIÁN.

¡Gozo!  
¡como há mucho no sentí!  
(Cogiéndole el brazo nerviosamente.)

DON SEVERO.

¡Qué diablo, no estás en tí!  
¿gozo?

DON JULIÁN.

De ver á ese mozo.

DON SEVERO.

¿Á Nebreda?

DON JULIÁN.

Sí: repara,  
que hasta hoy la calumnia fué  
impalpable, y no logré  
ver cómo tiene la cara.

¡Y al fin sé dónde se esconde;  
al fin tomó cuerpo humano,  
y se me viene á la mano  
bajo forma de un Vizconde!  
Devorando sangre y hiel  
tres meses ¡por Belcebú!  
y ahora... figúrate tú...  
¡frente á frente, yo con él!  
(Salen por el fondo D. Julián y D. Severo.)

—/

## ESCENA IV.

PEPITO.

¡Pues señor, vaya un enredo!  
y un enredo sin motivo.  
Aunque también fué locura,  
por más que diga mi tío,  
poner bajo el mismo techo,  
casi en contacto continuo,  
á una niña como un sol,  
y á Ernesto, que es guapo chico,  
con un alma toda fuego,  
y dado al romanticismo.  
Él perjura que no hay nada,  
que es un afecto purísimo,  
que como hermana la quiere,  
y que es su padre mi tío;  
pero yo, que soy muy zorro,  
y que aunque joven he visto

muchas cosas en el mundo,  
de hermanazgos no me fío,  
cuando los hermanos son  
tan jóvenes y postizos.  
Mas supongamos que sea,  
como dicen, su cariño:  
la gente ¿qué entiende de eso?  
¿qué obligación han suscrito  
para pensar bien de nadie?  
¿No los ven siempre juntitos  
en el teatro, en el paseo,  
á veces en el Retiro?  
pues el que los vió, los vió,  
y como los vió, lo dijo.  
«*Que no,*» me juraba Ernesto,  
que «*casi nunca*» han salido  
de ese modo. ¿Fué una vez?  
pues basta. Si les han visto  
cien personas ese día,  
es para el caso lo mismo,  
que haberse mostrado en público  
no en un día, en cien distintos.  
Señor ¿ha de hacer la gente  
información de testigos,  
y confrontación de fechas,  
para averiguar si han sido  
muchas veces ó una sola,  
cuando pasearon juntitos  
su simpatía purísima

y su fraternal cariño?  
Esto ni es serio, ni es justo,  
y además fuera ridículo.  
Lo que vieron dicen todos  
y no mienten al decirlo.  
Les ví una vez.—Otra yo.  
Una y una, dos: de fijo. Y  
Y yo también.—Ya son tres,  
y ese cuatro y aquel cinco.  
Y de buena fé sumando  
se llega hasta lo infinito.  
Y vieron, porque miraron,  
y en fin, porque los sentidos  
son para usados á tiempo, /  
sin pensar en el vecino.  
Que él se ocupe de lo suyo, /  
y recuerde, que en el siglo, /  
el que quita la ocasión, /  
quita calumnia y peligro.

(Pequeña pausa.)

Y cuidado que concedo  
la pureza del cariño,  
y este es asunto muy grave,  
porque á mis solas cavilo, \  
que estar cerca de Teodora  
y no amarla, es ser un risco.  
Él será sabio, y filósofo,  
y matemático, y físico,  
pero tiene cuerpo humano,

y la otra cuerpo divino,  
y basta *corpo di baco*,  
para cuerpo de delito.  
¡Si estas paredes hablasen!  
¡si los pensamientos íntimos  
de Ernesto, forma tangible  
tomasen, aquí esparcidos!...  
Vamos á ver, por ejemplo,  
aquel marco está vacío,  
y en el otro don Julián  
lucen su semblante típico.  
Antes estaba Teodora  
*pendant* haciendo á mi tío,  
¿por qué su fotografía  
habrá desaparecido?  
¿Para evitar tentaciones?  
(Sentándose junto á la mesa.)  
si esta es la causa, ¡malísimo!  
Y peor si dejó el cuadro  
para mejorar de sitio,  
y cerca del corazón  
buscar misterioso abrigo.  
Vamos á ver, ¡acusad,  
de la sospecha diablillos,  
que flotáis por el espacio  
tejiendo invisibles hilos!  
¡acusad sin compasión  
á ese filósofo místico!

(Mirando á la mesa y observando el Infierno del Dante.)

Y esta es otra: ni una vez  
á ver á Ernesto he venido,  
que en su mesa no encontrase  
abierto este hermoso libro.  
«Dante: Divina comedia, (Leyendo.)  
su poema favorito.  
Y no pasa del pasaje (Mirando otra vez.)  
de Francesca, por lo visto.  
Tiene dos explicaciones  
el caso: ya lo concibo.  
Ó que Ernesto no lee nunca,  
ó que siempre lee lo mismo.  
Pero aquí noto una mancha:  
como si hubiese caído  
una lágrima. ¡Señor,  
qué misterios y qué abismos!  
¡y qué difícil es ser  
casado y vivir tranquilo!  
¿Un papel hecho ceniza?...  
(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)  
No, que aún queda algún vestigio.  
(Se levanta y se acerca al balcón procurando leer en el pe-  
dazo de papel. En este momento entra Ernesto y se detiene  
observándole.)

## ESCENA V.

PEPITO, ERNESTO.

ERNESTO.

¿Qué estás mirando?



PEPITO.

¡Hola, Ernesto!  
pues... un papel que flotaba...  
el aire se lo llevaba...

ERNESTO.

(Tomándolo y devolviéndoselo después de un instante de observación.)

No recuerdo lo que es esto.

PEPITO.

Eran versos. Tú sabrás.

(Leyendo, pero con dificultad.)

«El fuego que me devora.»

(Aparte.) (Pues, consonante á Teodora.)

ERNESTO.

Cualquier cosa.

PEPITO.

(Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERNESTO.

Nuestra vida simboliza  
ese papel sin valor:  
unos gritos de dolor,  
y unos copos de ceniza.

PEPITO.

¿Pero fueron versos?

ERNESTO.

Sí.

Á veces no sé qué hacer:  
dejo la pluma correr...  
y anoche los escribí.

PEPITO.

¿Y para ayudar al estro,  
y ponerte en situación,  
buscabas inspiración  
en el libro del maestro?

ERNESTO.

Me parece...

PEPITO.

No hay que hablar...  
es una obra gigantesca.  
Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERNESTO.

(Con ironía é impaciencia.)  
Hoy estás para acertar.

PEPITO.

No en todo ¡por Belcebú!

ahí mismo, donde está abierto,  
algo dice, que no acierto,  
y que has de explicarme tú.  
Leyendo un libro de amor,  
por pasatiempo tan solo,  
diz que Francesca y Paolo  
llegaron donde el autor  
gallardamente celebra,  
demostrando no ser zote,  
amores de Lanzarote,  
y de la reina Ginebra.  
Tal fuego, para tal roca:  
trajo un beso el libro aquel,  
y un beso le dió el doncel,  
loco de amor en la boca.  
Y en tal punto y ocasión,  
el poeta florentino,  
con acento peregrino,  
y sublime concisión,  
dice, lo que aquí hallarás,  
(Señalando el libro.)  
y lo que yo no alcancé:  
*que Galeoto el libro fué,*  
*y que no leyeron más.*  
¿No leyeron? entendido,  
y no está mi duda ahí.  
Pero ese Galeoto, dí,  
¿por qué sale y quién ha sido?  
Y tú lo debes saber,

es el título del drama

(Señalando unos papeles que se supone que son el drama.)

que escribiste y tanta fama  
te ha de dar. Vamos á ver.

(Coge el drama y lo examina.)

ERNESTO.

De la reina y Lanzarote  
fué Galeoto el medianero,  
y en amores, *el tercero*  
puede llamarse por mote,  
y con verdad, *el Galeoto*;  
sobre todo si se quiere  
evitar nombre que hiere,  
y con él un alboroto.

PEPITO.

Bueno: justo: lo concibo,  
¿pero no hay en castellano  
nombre propio y á la mano?

ERNESTO.

Muy propio y muy expresivo.  
Este oficio que en doblones  
convierte las liviandades,  
y concierta voluntades,  
y se nutre de aficiones,  
nombre tiene y yo lo sé,  
pero es ponerme en un brete

hacer que diga... y concrete

(Señalando el drama.)

lo que al cabo no diré.

(Le arranca el drama y lo arroja sobre la mesa.)

En cada caso especial,  
uno especial también noto,  
pero á veces es Galeoto  
toda la masa social.

Obra entonces sin conciencia  
de que ejerce tal oficio,  
por influjos de otro vicio  
de muy distinta apariencia;  
pero tal maña se da  
en vencer honra y pudor,  
que otro Galeoto mayor,  
ni se ha visto, ni verá.

Un hombre y una mujer  
viven felices y en calma,  
cumpliendo con toda el alma  
uno y otro su deber.

¡Nadie repara en los dos,  
y va todo á maravilla;  
pero esto en la heróica villa  
dura poco, vive Dios!

Porque ocurre una mañana,  
que les miran al semblante,  
y ya desde aquel instante,  
ó por terca, ó por villana,  
se empeña la sociedad,

sin motivo y sin objeto,  
en que ocultan un secreto  
de impureza y liviandad.  
Y ya está dicho y juzgado:  
no hay razón que les convenza,  
ni hombre existe que les venza,  
ni honra tiene el más honrado.  
Y es lo horrible de esta acción,  
que razón, al empezar,  
no tienen, y al acabar,  
acaso tienen razón.  
¡Porque atmósfera tan densa  
á los míseros circunda,  
tal torrente los inunda,  
y es la presión tan intensa,  
que se acercan sin sentir,  
y si ligan sin querer,  
se confunden al caer,  
y se adoran al morir!  
El mundo ha sido el ariete  
que virtudes arruinó:  
él la infamia preparó:  
fué Galeoto y... (Aparte.) (¡Vete, vete,  
pensamiento de Satán,  
que tu fuego me devora!)

PEPITO.

(Aparte.) (Si discurre así Teodora,  
¡Dios proteja á don Julián!)

(En voz alta.) ¿Y acaso sobre ese tema fueron los versos de anoche?

ERNESTO.

Ciertamente.

PEPITO.

¡Que derroche  
su tiempo con esa flema,  
y que esté... así... tan sereno...  
sin ocuparse de nada,  
quien ha de cruzar su espada  
muy pronto sobre el terreno  
con Nebreda, que en rigor,  
con un florete en la mano  
es mucho hombre! ¿No es más sano  
y no te fuera mejor,  
preparar un golpe recto,  
ó una parada en tercera,  
que exprimírte la mollera  
sobre tal verso incorrecto,  
ó sobre tal consonante  
declarado en rebeldía?  
¿Con toda tu sangre fría  
no piensas que estar delante  
del Vizconde es serio?

ERNESTO.

No.

Y en buena razón me fundo.

Si le mato, gana el mundo:  
si me mata, gano yo.

PEPITO.

¡Bueno! mejor es así.

ERNESTO.

No hablemos más del asunto.

PEPITO.

(Aparte.) (Ahora con maña pregunto...)

¿Y es hoy mismo?

(Acercándose á él y en voz más baja.)

ERNESTO.

Hoy mismo: sí.

PEPITO.

¿Vais á las afueras?

ERNESTO.

No.

No era posible á tal hora.

Un lance que nadie ignora...

PEPITO.

¿En alguna casa?



ERNESTO.

Yo  
lo propuse.

PEPITO.

¿Dónde?

ERNESTO.

Arriba.

(Todo esto con frialdad é indiferencia.)

Un cuarto desalquilado:  
gran salón: luz de costado...  
Sin que nadie lo perciba,  
mejor sitio que da un cerro, ✓  
para el caso que se trata,  
nos da un puñado de plata.

PEPITO.

¿Y ya sólo falta?...

ERNESTO.

¡Hierro!

PEPITO.

Hablan fuera... gente viene...

(Acercándose al fondo.)

¿Los padrinos? (A Ernesto.)

ERNESTO.

Podrá ser.

PEPITO.

Parece voz de mujer...

(Asomándose á la puerta.)

ERNESTO.

Pero por qué les detiene...

(Acercándose también.)

## ESCENA VI.

ERNESTO, PEPITO, CRIADO.

CRIADO.

(Con cierto misterio.)

Preguntan por el señor.

PEPITO.

¿Quién pregunta?

CRIADO.

Una señora.

ERNESTO.

Es extraño.

PEPITO.

¿Pide? (En voz baja al Criado.)

CRIADO.

(Lo mismo á Pepito.) Lloro.

PEPITO.

¿Es joven? (En voz alta.)

CRIADO.

Pues en rigor,  
yo no lo puedo decir:  
la antesala es muy oscura,  
y la señora procura  
de tal manera cubrir  
la cara, que el percibirla  
ya es empresa y ya es trabajo;  
y habla tan bajo, tan bajo,  
que no hay manera de oirla.

ERNESTO.

¿Quién será?

PEPITO.

Quien quiere verte.

ERNESTO.

No adivino...

PEPITO.

(Aparte.) (Está perplejo.)

Oye, á tus anchas te dejo:  
un abrazo y buena suerte.

(Dándole un abrazo y tomando el sombrero.)

¿Qué esperas, bobalicón? (Al Criado )

CRIADO.

Que mande el señor que pase.

PEPITO.

En asuntos de esta clase  
se adivina la intención.  
Y después, hasta el momento  
en que salga la tapada,  
no abras la puerta por nada  
aunque se hunda el firmamento.

CRIADO.

¿Con que la digo que sí?

ERNESTO.

Bueno. Adiós.

(Á Pepito, que está ya en la puerta.)

PEPITO.

Adiós, Ernesto.

(Salen él y el Criado por el fondo.)

ERNESTO.

¿Una dama?... ¿Qué pretexto?...

¿O qué razón?...

(Pausa: en este momento se presenta en la puerta del fondo, y en ella se detiene cubriéndose con un velo, Teodora.)

Ya está aquí.

## ESCENA VI

TEODORA, ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse á avanzar: él en primer término volviéndose hacia ella.

ERNESTO.

Usted hablarme deseó:  
si usted se digna, señora...

(Invitándola á que pase.)

TEODORA.

Perdón, Ernesto. (Levantando el velo.)

ERNESTO.

¡Teodora!

TEODORA.

Hago mal, ¿no es cierto?

ERNESTO.

(Cortado y balbuciente.) Yo...  
no lo sé... porque yo ignoro...

honra tal á que debí...  
¿Pero qué digo? ¡ay de mí!...  
¡si en mi casa su decoro  
ha de hallar respeto tal...  
que ya más no pueda ser! (Con exaltación.)  
¿por qué, señora, temer,  
que en ello pueda haber mal?

TEODORA.

Por nada... y un tiempo ha sido,  
¡que para siempre ha pasado!  
en que, ni hubiera dudado,  
ni hubiera, Ernesto, temido;  
en que cruzara un salón  
cualquiera, de usted cogida,  
sin la frente enrojecida,  
sin miedo en el corazón;  
en que al partirse de aquí...  
como dicen que mañana,  
á la tierra americana,  
parte usted... yo misma... sí...  
como aquellos que se van...  
acaso no han de volver...  
como es tan triste perder...  
un amigo... ante Julián...  
ante el mundo... conmovida...  
pero sin otro cuidado...  
yo misma... le hubiera dado...  
¡los brazos por despedida!

ERNESTO.

(Hace un movimiento, y luego se detiene.)  
¡Ah, Teodora!...

TEODORA.

Pero ahora...  
presumo que no es lo mismo.  
Hay entre ambos un abismo.

ERNESTO.

Tiene usted razón, señora.  
Ya no podemos querernos,  
ni siquiera como hermanos:  
ya se manchan nuestras manos,  
si se aproximan al vernos.  
Lo que ha sido ya se fué:  
es necesario vencerse:  
es preciso aborrecerse.

TEODORA.

(Con ingenuidad y angustia.)  
¡Aborrecernos! ¿por qué?

ERNESTO.

¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?  
¿á usted, pobre niña?

TEODORA.

Sí.

ERNESTO.

No haga usted caso de mí:  
y si la ocasión lo exige,  
y mi vida há menester,  
mi vida, Teodora, pida,  
que dar por usted la vida  
será... (Con pasión.)

(Transición: conteniéndose y cambiando de tono.)  
cumplir un deber.

(Pequeña pausa.)

¡Aborrecer! si mis labios  
dijeron palabra tal,  
fué que pensaba en el mal,  
que pensaba en los agravios  
que sin querer hice yo  
á quien tanto bien me hacía.  
Usted, Teodora, debía  
aborrecerme: yo... no.

TEODORA.

(Con tristeza.) Mucho me han hecho llorar:  
razón tiene usted en esto;

(Con mucha dulzura.)

pero á usted... á usted, Ernesto,  
yo no le puedo acusar.

Ni pensando sin pasión  
hay nadie que le condene:  
porque usted ¿qué culpa tiene  
de tanta murmuración?



¿ni del ponzoñoso afán  
que muestra ese mundo impío,  
ni del carácter sombrío  
de nuestro pobre Julián?  
de su enojo, que es dolor;  
de su acento, que me hiere;  
¿de la pena con que muere,  
porque duda de mi amor!

ERNESTO.

¡Eso es lo que no concibo,  
y en él, aún menos que en otro;  
lo que me pone en un potro;  
lo que juro por Dios vivo,  
que no es digno de merced,  
ni hay pretexto que lo escude;  
que exista un hombre que dude  
de una mujer como usted.

(Con profunda ira.)

TEODORA.

¡Bien paga su duda fiera  
mi Julián!

ERNESTO.

(Espantado de haber acusado á D. Julián delante de Teodora.)

¡Qué dije yo!

¿Yo acusarle?... ¡No!... Dudó,

(Apresurándose para disculpar á D. Julián y para borrar el efecto de lo que dijo.)

como dudara cualquiera;  
como duda quien adora;  
si no hay cariño sin celos;  
¡hasta del Dios de los cielos  
hay quienes dudan, Teodora!  
Es natural egoismo:  
es que el dueño de un tesoro,  
guarda su oro porque es oro,  
y teme por él. Yo mismo,  
si por arte sobrehumano  
consiguiera hacerla mía,  
¡dudaría!... ¡dudaría!...  
¡hasta de mi propio hermano!

(Con creciente exaltación: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va á caer en el mismo abismo de que antes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hacia la puerta del fondo y se dirige á ella.)

(Aparte.) (¿Á dónde vas, corazón?  
¿qué hay en tu seno profundo?  
¡dices que calumnia el mundo,  
y tú le das la razón!)

TEODORA.

Escuche usted... gente viene...

ERNESTO.

Las dos apenas...

(Acercándose al fondo.) ¿Serán?...

TEODORA.

(Con cierto terror.)

¡Esa es la voz de Julián!...

¡Entrará!

ERNESTO.

No... se detiene...

TEODORA.

(Lo mismo, como preguntando á Ernesto.)

Si es Julián...

(Hace un movimiento para dirigirse á la puerta de la derecha: Ernesto la detiene respetuosa pero enérgicamente.)

ERNESTO.

Si es él, aquí:  
nuestra lealtad nos escuda.

Si es... esa gente que duda,  
entonces, Teodora, allí.

(Señalando la puerta de la derecha.)

Nada... nada... (Escuchando.)

TEODORA.

¡El corazón  
me salta!

ERNESTO.

No hay que dudar,  
marchóse quien quiso entrar,

ó todo fué una ilusión.

(Viniendo al primer término.)

Por Dios, Teodora...

TEODORA.

(Lo mismo.)

Tenía  
que hablar con usted, Ernesto,  
y el tiempo pasa tan presto...

ERNESTO.

¡Vuela el tiempo!

TEODORA.

Y bien, decía...

ERNESTO.

Teodora... perdón le pido;  
pero... acaso no es prudente...  
si llegase gente... y gente  
debe llegar...

TEODORA.

He venido  
precisamente por eso...  
para evitarlo.

ERNESTO.

¿De modo?...

TEODORA.

De modo que lo sé todo,  
y que me horroriza el peso  
de esa sangre que por mí  
quieren ustedes verter:  
la siento en mi frente arder,  
¡la siento agolparse aquí!  
(Oprimiéndose el pecho.)

ERNESTO.

¡Porque afrentada se esconde,  
afrentada y encendida,  
hasta que arranque la vida  
yo por mi mano al Vizconde!  
¿Lodo quiso? ¡tendrá lodo  
de sangre!

TEODORA.

(Con espanto., ¿Su muerte?

ERNESTO.

Sí.

(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)  
Usted dispone de mí,  
conmigo lo puede todo:  
todo, con una excepción:  
¡la de lograr que yo sienta,  
recordando aquella afrenta,  
por Nebreda compasión!

TEODORA.

(Con acento lloroso y suplicante.)

¿Y por mí?

ERNESTO.

¿Por usted?

TEODORA.

Sí;  
¡será el escándalo horrible!

ERNESTO.

Es posible.

TEODORA.

¿Qué es posible?  
¡y lo dice usted así!  
¡sin procurar evitarlo,  
cuando yo misma intercedo!

ERNESTO.

Evitarlo yo no puedo,  
pero puedo castigarlo.  
Esto pienso, y esto digo,  
y esto corre de mi cuenta:  
otros buscaron la afrenta,  
pues yo buscaré el castigo.

TEODORA.

(Acercándose á él, y en voz baja, como temiendo oírse á sí misma.)

¿Y Julián?

ERNESTO.

¿Julián? ¿y bien?...

TEODORA.

¡Si lo sabe!...

ERNESTO.

Lo sabrá.

TEODORA.

¿Y qué dirá?

ERNESTO.

¿Qué dirá?

TEODORA.

¿Qué en mi defensa... que quién...  
pudo mostrar su valor...  
sino mi esposo... que me ama?

ERNESTO.

¿En defensa de una dama?  
cualquiera que tenga honor.  
Sin conocerla; sin ser

pariente, amigo, ni amante:  
con escuchar es bastante  
que insultan á una mujer.  
¿Que por qué á ese duelo voy?  
¿que por qué la defendí?  
Porque la calumnia oí  
¡y porque yo soy quien soy!  
¿Quién hay que defensas tase,  
ni tal derecho repese?  
¿no estaba yo? ¡pues quien fuese,  
el primero que llegase!

TEODORA.

(Que le ha oído atentamente y como dominada por el acento enérgico de Ernesto, se acerca á él y le estrecha la mano con efusión.)

¡Eso es noble y es honrado  
y es digno de usted, Ernesto!

(Se detiene, se aleja de Ernesto, y dice tristemente lo que sigue.)

Pero mi Julián con esto,  
Ernesto, queda humillado.

(Con profunda convicción.)

ERNESTO.

¿Él humillado!

TEODORA.

Sí á fe.



ERNESTO.

¿Por qué razón?

TEODORA.

Sin razón.

ERNESTO.

¿Quién lo dirá?

TEODORA.

La opinión  
de todos.

ERNESTO.

¿Pero, por qué?

TEODORA.

Cuando llegue hasta la gente  
que un insulto he recibido,  
y que mi esposo no ha sido  
quien ha dado al insolente  
su castigo... y además

(Bajando la voz y la cabeza, y huyendo la mirada de Ernesto.)

que usted su puesto ha tomado,  
sobre el escándalo dado,  
habrá otro escándalo más.

ERNESTO.

(Convencido, pero protestando.)

Si en lo que hayan de decir  
hay que pensar para todo,  
vive Dios que ya no hay modo  
ni manera de vivir.

TEODORA.

Pero es como digo yo.

ERNESTO.

Es así; pero es horrible.

TEODORA.

¡Pues ceda usted!

ERNESTO.

Imposible.

TEODORA.

¡Yo se lo suplico!

ERNESTO.

No.

Y bien mirado, Teodora,  
más vale que ante Nebreda,  
suceda lo que suceda,

que lo que ha de ser se ignora,  
acuda yo; porque al fin,  
á ese Vizconde malvado,  
lo que le falta de honrado,  
le sobra de espadachín.

TEODORA.

(Algo herida de la especie de protección, un tanto humillante,  
que Ernesto dispensa á D. Julián.)

Corazón tiene también  
mi esposo.

ERNESTO.

¡Suerte fatal!...

Ó yo me explico muy mal,  
ó usted no me entiende bien.  
Yo conozco su valor,  
pero entre hombres de coraje,  
cuando hay un sangriento ultraje  
á la fama ó al honor,  
no se puede adivinar  
lo que puede suceder:  
ni quién llegará á caer,  
ni quién logrará matar.  
Y si ese hombre, en conclusión,  
vence en el lance funesto,  
entre don Julián y Ernesto  
no es dudosa la elección.

(Con sinceridad, pero con tristeza.)

TEODORA.

(Con verdadera angustia.)

¿Usted?... ¡Eso no!... ¡Tampoco!

ERNESTO.

¿Por qué? si es esa mi suerte...  
Nadie pierde con mi muerte,  
y yo mismo pierdo poco.

TEODORA.

(Casi sin poder contener el llanto.)

¡No diga usted eso por Dios!...

ERNESTO.

¿Pues qué dejo yo en el mundo?  
¿qué amistad, qué amor profundo?  
¿qué mujer seguirá en pos  
de mi cadáver, llorando  
con llanto de enamorada?

TEODORA.

(Sin poder contener las lágrimas.)

Toda la noche pasada...

por usted estuve rezando...

y dice usted que ninguno...

¡Yo no quiero que usted muera!

(Con explosión.)

ERNESTO.

¡Ah!... ¡se reza por cualquiera!  
¡sólo se llora por uno! (Con pasión.)

TEODORA.

¡Ernesto!... (Con extrañeza.)

ERNESTO.

(Asustado de sus propias frases.)

¿Qué?

TEODORA.

(Separándose de él.) Nada...

ERNESTO.

(Con timidez: bajando la cabeza y huyendo también de Teodora.)

Sí...

si ya le dije hace rato  
que yo soy un insensato:  
no haga usted caso de mí.

(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: lejos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEODORA.

¡Otra vez! (Señalando hacia el fondo.)

ERNESTO.

(Siguiendo el movimiento de Teodora.)

¡Gente ha venido!...

TEODORA.

(Acercándose al fondo y prestando oído.)

Y quieren entrar...

ERNESTO.

(Lo mismo.)

No hay duda.

¡Allí, Teodora!... (Señalándole el cuarto.)

TEODORA.

¡Me escuda  
mi honor!

ERNESTO.

Si no es su marido.

TEODORA.

¡No es Julián!

ERNESTO.

No.

(Llevándola á la derecha.)

TEODORA.

Yo esperaba...

(Deteniéndose junto á la puerta y suplicante.) •

Renuncie usted á ese duelo.

ERNESTO.

Si he llegado ¡vive el cielo!  
á su rostro...

TEODORA.

¡Lo ignoraba!...

(Con desesperación; pero comprendiendo que todo arreglo es imposible.)

¡Pues huya usted!

ERNESTO.

¡Que huya yo!

TEODORA.

¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!

ERNESTO.

Odiarme... sí... ¡lo concibo!  
¡Pero despreciarme!... ¡no!

(Con desesperación.)

TEODORA.

Una palabra no más.  
¿Vienen por usted?

ERNESTO.

No es hora.

TEODORA.

¿Lo jura usted?

ERNESTO.

Sí, Teodora.  
¿Me aborrece usted?

TEODORA.

¡Jamás!

PEPITO.

(Desde fuera.) Nada... ¡verle necesito!...

ERNESTO.

¡Pronto!

TEODORA.

Sí. (Entra por la derecha.)

PEPITO.

¿Quién se me opone?

ERNESTO.

¡Ah! la calumnia se impone  
y hace verdad el delito.



## ESCENA VIII.

ERNESTO, PEPITO. Este por el fondo, sin sombrero  
y profundamente agitado.

PEPITO.

¡Vete al infierno!... ¡entraré!  
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERNESTO.

¿Qué pasa?

PEPITO.

Yo no sé cómo decirlo...  
y es necesario...

ERNESTO.

Pues habla.

PEPITO.

¡La cabeza me da vueltas!  
¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensara!

ERNESTO.

Pronto y claro ¿qué sucede?

PEPITO.

¿Qué sucede? ¡una desgracia!  
Supo don Julián el duelo: (Muy rápido.)

vino á buscarte, no estabas:  
se fué á ver á tus padrinos,  
y todos juntos á casa  
del Vizconde.

ERNESTO.

¿De Nebreda?  
¿Pero cómo?

PEPITO.

¡Vaya en gracia!  
Como quiso don Julián,  
que era tromba que arrastraba  
voluntades, conveniencias...  
todo, todo...

ERNESTO.

¡Sigue, acaba!

PEPITO.

(Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)  
Ya suben...

ERNESTO.

¿Quiénes?

PEPITO.

Pues ellos...  
Le traen en brazos... (Asomándose.)

ERNESTO.

¡Me espanta  
lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!...

(Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer término.)

PEPITO.

Le obligó á batirse: nada,  
no hubo medio: y el Vizconde  
dijo, «pues los dos,» y á casa:  
á la tuya... Don Julián  
sube: tu fámulo atranca  
la puerta y jura que tú  
con una señora estabas  
y que no entra nadie, nadie.

ERNESTO.

¿Y entonces?

PEPITO.

Don Julián baja  
diciendo: «mejor: á mí  
por entero la jornada.»  
Y él, Nebreda, los padrinos,  
mi padre, y yo que llegaba,  
arriba todos... ya sabes...

ERNESTO.

¿Y se han batido?

PEPITO.

¡Con rabia!  
¡con furor! como dos hombres  
que van buscando con ansia  
un corazón que aborrecen  
tras la punta de una espada.

ERNESTO.

¿Y Don Julián?... ¡No!... ¡mentira!

PEPITO.

Ya están aquí.

ERNESTO.

¡Calla! ¡calla!  
¡dí quién es!... ¡y dílo bajo!

PEPITO.

Por acá.

(Se presentan en el fondo D. Julián, D. Severo y Rueda.  
Traen á D. Julián mal herido entre los otros dos. El orden  
de izquierda á derecha es: Severo, Julián, Rueda.)

ERNESTO.

¡Jesús me valga!

## ESCENA IX.

ERNESTO, DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO, RUEDA.

ERNESTO.

¡Don Julián!... ¡mi bienhechor!

¡mi amigo!... ¡mi padre!

(Precipitándose á su encuentro llorando.)

DON JULIÁN.

(Con voz débil.)

Ernesto...

ERNESTO.

¡Maldito yo!

DON SEVERO.

Vamos presto.

ERNESTO.

¡Padre!

DON SEVERO.

¡Le vence el dolor!

ERNESTO.

¡Por mí!

DON JULIÁN.

No es cierto...

ERNESTO.

¡Por mí!...

¡perdón!

(Cogiéndole la mano á D. Julián por el lado de la derecha, y arrodillándose ó inclinándose.)

DON JULIÁN.

No lo has menester.  
Cumpliste con tu deber:  
yo con mi deber cumplí.

DON SEVERO.

¡Un lecho!

(Suelta á D. Julián: le sustituye Pepito.)

PEPITO.

(Señalando la puerta de la derecha.)

¡Vamos á entrar!

ERNESTO.

¡Nebreda!... (Con acento terrible.)

DON SEVERO.

No más locura,  
¿ó es que quieres por ventura  
acabarlo de matar?

ERNESTO.

¡Locura!... ¡Veremos!... ¡Oh! (Frenético.)

¡Vengan dos... es mi derecho!

(Precipitándose hacia el fondo.)

DON SEVERO.

(Dirigiéndose á la derecha.)

A tu alcoba y en tu lecho...

(Ernesto, que ya estaba en el fondo, se detiene espantado.)

ERNESTO.

¿A dónde?

DON SEVERO.

Adentro.

PEPITO.

¡Sí!

ERNESTO.

¡No!

(Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo. El grupo que conduce á D. Julián, casi desfallecido, se detiene mostrando asombro.)

DON SEVERO.

¿Tú le niegas?...

PEPITO.

¡Estás loco!

DON SEVERO.

.

¡Aparta!... ¿No ves?... ¡se muere!

DON JULIÁN.

¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...

(Incorporándose y mirando con mezcla de asombro y espanto á Ernesto.)

RUEDA.

¡No comprendo!

PEPITO.

¡Yo tampoco!

ERNESTO.

¡Está muriendo!... ¡y me implora!...  
¡y duda!... ¡padre!...

DON SEVERO.

¡Ha de ser!

(Por encima del hombro de Ernesto empuja la puerta: Teodora se presenta.)

ERNESTO.

¡Jesús!

DON SEVERO, PEPITO.

¡Ella!

RUEDA.

¡Una mujer!



TEODORA.

(Precipitándose sobre él y abrazándole.)

¡Mi Julián!

DON JULIÁN.

(Separándola para mirarla, y por un violento esfuerzo poniéndose en pie y desprendiéndose de todos.)

¿Quién es? ¡Teodora!

(Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

---

*La misma decoración del primer acto: en vez del sofá una butaca.—  
Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa.*

### ESCENA PRIMERA.

PEPITO escuchando en la puerta de la derecha, segundo término:  
después viene al centro.

Al fin la crisis pasó,  
ó al menos no se oye nada.  
¡Pobre don Julián! muy grave:  
muy grave. De la balanza  
está en el fiel su existencia:  
á un lado la muerte aguarda,  
y al otro lado otra muerte,  
¡la del honor, la del alma!  
Dos abismos más profundos  
que un amor sin esperanza.  
¡Diablo! ¡que me voy volviendo,  
con las tragedias de casa,  
más romántico que el otro  
con sus coplas y sus dramas!  
¡Qué! ¡si tengo la cabeza  
hecha toda un panorama,

de escándalos, desafíos,  
muertes, traiciones é infamias!  
¡Jesús, qué día! ¡y qué noche!  
¡y lo peor es lo que falta!

(Pequeña pausa.)

Vamos, que también ha sido  
imprudencia temeraria, *vamos*  
en tal estado sacarle...  
y traerle... ¡pero vaya!...  
¿quién á mi tío se opone,  
cuando entre las dos arcadas  
poderosas de sus cejas, *aprovechándose*  
una idea se le graba?

Y hay que darle la razón:  
ninguna persona honrada  
teniendo un soplo de vida, *húntese*  
en tal caso y en tal casa,  
se hubiera quedado. Y él, *Severo*  
es hombre de temple y alma. *Severo*  
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)  
Mi madre. Sí.

## ESCENA II.

PEPITO, MERCEDES por el fondo

MERCEDES.

¿Y Severo?

PEPITO.

No se aparta  
ni un momento de su hermano.

Mucho pensé que le amaba,  
pero á tanto no creí  
que su cariño llegara.  
¡Si sucede lo que temo!...

MERCEDES.

¿Y tu tío?

PEPITO.

Sufre y calla.

Algunas veces, «¡Teodora!»  
dice con voz roncá y áspera;  
«¡Ernesto!» dice otras veces,  
y entre las manos la sábana  
arruga. Después se queda  
inmóvil como una estatua,  
en el espacio vacío  
fija tenaz la mirada,  
y helado sudor de muerte  
su frente copioso baña.  
De pronto la calentura  
vigor le presta: en la cama  
se incorpora: escucha atento:  
dice que *ella* y *él* le aguardan:  
se arroja, quiere venir,  
y sólo á fuerza de lágrimas  
y de súplicas, mi padre  
consigue calmar sus ansias.  
¿Calmar? no: ¡que por sus venas

lleva su sangre abrasada,  
las iras del corazón,  
del pensamiento las llamas!  
Vamos, madre, que da angustia  
ver la contracción amarga  
de su boca; ver sus dedos  
crispados como dos garras;  
y aquel cabello en desorden  
y aquellas pupilas anchas,  
que parece que codician,  
y beben desesperadas,  
todas las sombras que flotan  
alrededor de la estancia.

MERCEDES.

¿Y tu padre al verle?...

PEPITO.

¡Gime,  
y jura tomar venganza!  
Y también dice «¡Teodora!»  
y también «¡Ernesto!» clama:  
¡quiera Dios no los encuentre;  
porque si los encontrara,  
quién sus enojos disipa,  
quién sus furores ataja!

MERCEDES.

Tu padre es muy bueno.

PEPITO.

Mucho.

Pero con un genio, ¡vaya!...

MERCEDES.

Eso sí, muy pocas veces,  
muy pocas veces se enfada;  
pero como llegue el caso...

PEPITO.

¡Es un tigre de Bengala!...  
salvo el respeto debido.

MERCEDES.

Siempre con razón sobrada.

PEPITO.

No sé si siempre la tiene;  
pero esta vez no le falta.  
¿Y Teodora?

MERCEDES.

Arriba queda.  
Quiso bajar... ¡y lloraba!...  
¡una Magdalena!...

PEPITO.

¡Ya!  
¿arrepentida ó liviana?

MERCEDES.

No digas eso: ¡infeliz!  
¡si es una niña!

PEPITO.

Que mata,  
inocente y candorosa,  
dulce, purísima y mansa,<sup>meek</sup>  
á don Julián. De manera,  
que si vale tu palabra,  
y es una niña, y tal hace  
casi al borde de la infancia,  
deja á los años correr  
y Dios nos tenga en su gracia.

MERCEDES.

Ella casi no es culpable.  
Tu amiguito, el de los dramas,  
el poeta, el soñador...  
¡el infame! fué la causa  
de todo.

PEPITO.

Si no lo niego.

MERCEDES.

¿Y por dónde anda?

PEPITO.

¡Pues anda!...

Ernesto á estas horas corre  
por las calles y las plazas,  
huyendo de su conciencia  
y sin poder evitarla.

MERCEDES.

¿Pero la tiene?

PEPITO.

Es posible.

MERCEDES.

¡Qué tristezas!

PEPITO.

¡Qué desgracias!

MERCEDES.

¡Qué desengaño!

PEPITO.

¡Cruel!

MERCEDES.

¡Qué traición!



PEPITO.

¡De mano airada!

MERCEDES.

¡Qué escándalo!

PEPITO.

¡Sin igual!

MERCEDES.

¡Pobre Julián!

PEPITO.

¡Suerte aciaga!

### ESCENA III.

MERCEDES, PEPITO, CRIADO.

CRIADO.

Don Ernesto.

MERCEDES.

¡Y él se atreve!...

PEPITO.

¡Es osadía que pasma!

CRIADO.

Yo pensé...

PEPITO.

Pensaste mal.

CRIADO.

Viene solo de pasada.  
Al cochero que traía,  
le dijo: «Ya salgo: aguarda.»  
De modo...

PEPITO.

(Consultando con su madre.)

¿Qué hacer?

MERCEDES.

Que pase.

(Sale el criado.)

PEPITO.

Yo le despido.

MERCEDES.

Con mañana.

## ESCENA IV.

MERCEDES, PEPITO, ERNESTO por el fondo. Mercedes sentada en la butaca: al otro lado, en pie, Pepito: en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle.

ERNESTO.

(Aparte.)

(¡Desdén; silencio hostil; asombro mudo!  
¡Prodigio de maldad y de insolencia  
seré desde hoy, sin culpa que me manche...  
para todos!... ¡que todos me desprecian!)

PEPITO.

Escucha, Ernesto.

(Volviéndose hacia él y con acento duro.)

ERNESTO.

¿Qué?

PEPITO.

(Lo mismo.)

Quiero decirte...

ERNESTO.

¿Que salga acaso?

PEPITO.

(Cambiando de tono.) ¡Yo!... ¡Jesús, qué idea!...

Era... no más... que preguntar... si es cierto...

(Como buscando algo que decir.)

que después... al Vizconde...

ERNESTO.

(Con voz sombría y bajando la cabeza.)

Sí.

PEPITO.

¿Tu diestra?...

ERNESTO.

Salí loco... bajaban... los detuve...  
subimos otra vez... cierro la puerta...  
dos hombres... dos testigos... dos espadas...  
Después... no sé... dos hierros que se estre-  
[chan...  
¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... sangre que  
[brota...  
un asesino en pie... y un hombre en tierra.

PEPITO.

¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, madre?

MERCEDES.

¡Más sangre aún!

PEPITO.

Lo mereció Nebreda.

ERNESTO.

(Acercándose.)

¡Mercedes, por piedad!... ¡una palabra!

¿Don Julián?... ¿Don Julián?... ¡Si usted supiera cuál es mi angustia... mi dolor!... ¿Qué dicen?

MERCEDES.

Que la herida mortal dentro la lleva  
y más se encona cuanto más al lecho  
de muerte y de dolor usted se acerca.  
Salga usted de esta casa.

ERNESTO.

Quiero verle.

MERCEDES.

Salga usted pronto.

ERNESTO.

No.

PEPITO.

¡Tal insolencia!...

ERNESTO.

Es muy digna de mí. (Á Pepito.)

(Á Mercedes con tono respetuoso.)

Perdón, señora:  
soy como quieren los demás que sea.

MERCEDES.

¡Por Dios, Ernesto!

ERNESTO.

Mire usted, Mercedes,  
cuando á un hombre cual yo se le atropella,  
y sin razón se le declara infame,  
y al crimen se le obliga y se le lleva,  
la lucha es peligrosa... para todos;  
pero no para mí, que en lucha fiera  
con invisibles seres, he perdido  
honra, cariño, amor, y no me resta  
ya por perder más que girones tristes  
de insípida y monótona existencia.  
Sólo vine á saber si hay esperanza...  
¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué  
[me niegan  
este consuelo?

(Suplicando á Mercedes.) ¡Una palabra!

MERCEDES.

Vamos...

dicen... que está mejor.

ERNESTO.

¿Pero de veras?...  
¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo asegu-  
[ran?...  
¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...  
¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mío?...  
¡Que se salve, Señor!... ¡que no se muera!  
¡que torne á ser feliz!... ¡que me perdone!

¡que me abrace otra vez!... ¡que yo le vea!

(Cae en el sillón próximo á la mesa, y oculta el rostro entre las manos sollozando. Pausa.)

MERCEDES.

Si oye tu padre... si tu padre viene...

(Se levanta Mercedes, y ella y Pepito se acercan á Ernesto.)

¡Juicio!... ¡Valor!... (Á Ernesto.)

PEPITO.

¡Que un hombre llanto vierta!

(Aparte.) (Estos seres nerviosos son terribles:

¡lloran y matan por igual manera!)

ERNESTO.

Si llanto vierto, si el sollozo acude  
á mi garganta en convulsión histérica,  
si débil soy, como mujer ó niño,  
no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!  
por su dicha perdida: por su nombre,  
manchado para siempre: por la afrenta  
que á cambio de su amor y beneficios  
les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!  
¡Por eso lloro! ¡y si el pasado triste  
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,  
en lágrimas mi sangre trocaría  
sin dejar una gota por mis venas!

MERCEDES.

¡Silencio por piedad!

PEPITO.

Luego más tarde  
hablaremos de llantos y tristezas.

ERNESTO.

Si todos hablan hoy ¿por qué nosotros  
no hemos de hablar también? La villa entera  
es hervidero y torbellino móvil  
que llama, absorbe, atrae, devora, anega,  
tres honras, y tres nombres, y tres seres,  
y entre espumas de risa se los lleva,  
por canalizos de miseria humana,  
al abismo social de la vergüenza,  
y en él hunde por siempre de los tristes  
¡el porvenir, la fama y la conciencia!

MERCEDES.

Más bajo, Ernesto.

ERNESTO.

No; si ya son voces,  
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!  
Ya nadie ignora el trágico suceso;  
mas cada cual lo dice á su manera.  
Todo se sabe siempre ¡gran prodigio!  
más nunca la verdad ¡suerte funesta!

(Ernesto en pie: á su lado, y mostrando interés por saber lo que corre por la villa, Mercedes y Pepito.)

*Los unos, que en mi casa sorprendida*



Teodora por su esposo, yo con ciega furia le arremetí, y al noble pecho infame hierro le asestó mi diestra. *Los otros*, mis amigos por lo visto, de asesino vulgar al fin me elevan á más noble región: yo le dí muerte, pero en lucha leal... ¡un duelo en regla! *Hay* sin embargo quien la historia sabe con más exactitud, y *ese* ya cuenta, que tomó don Julián mi vez y puesto en el pactado lance con Nebreda. ¡Llegué tarde!... por cálculo ó pavora, ó porque en brazos... ¡No! mis labios quema la frase impura, y mi cerebro loco es todo llamas que volcán semejan. Buscad lo que más mancha; lo más bajo; lo más infame; lo que más subleva; lodos del corazón, cienos del alma, escoria vil de míseras conciencias; echadlo al viento, que las calles cruza, con ello salpicad labios y lenguas, y la historia tendréis de este suceso, y encontraréis en ella lo que resta de dos hombres de honor y de una dama cuando sus honras por la villa ruedan!

MERCEDES.

Es triste, no lo niego; pero acaso no todo es culpa en la opinión ajena.

PEPITO.

Fué Teodora á tu casa... en ella estaba...

ERNESTO.

Para evitar el duelo con Nebreda.

PEPITO.

¿Pues por qué se ocultó?

ERNESTO.

Porque temimos  
que fuese mal juzgada su presencia.

PEPITO.

La explicación es fácil y sencilla:  
lo difícil, Ernesto, es que la crean;  
porque hay otra más fácil y más llana...

ERNESTO.

¿Y que deshonra más? ¡y esa es la buena!

PEPITO.

Pues concede que al menos en Teodora  
si malicia no fué... fué ligereza.

ERNESTO.

¡El delito es prudente y cauteloso!  
¡en cambio, qué imprudente la inocencia!

PEPITO.

Pues mira, sólo hay ángeles y santos  
como apliques á todos esa regla.

ERNESTO.

Pues bien, tienes razón: tales calumnias  
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?  
¡Lo horrible es que se mancha el pensamiento  
al ruín contacto de la ruín idea!  
¡Que á fuerza de pensar en el delito  
llega á ser familiar á la conciencia!  
Que se ve repugnante y espantoso...  
*¡pero se ve!*... ¡de noche en la tiniebla!  
¡Esto sí...

(Aparte.) (¿Pero qué?... ¿Por qué me escuchan  
con curiosa mirada y faz suspensa?)

(En voz alta.)

Yo soy quien soy; mi nombre es nombre hon-  
[rado:

si sólo por mentir maté á Nebreda,  
¿por trocar en verdades sus calumnias  
yo, conmigo culpable, qué no hiciera?

PEPITO.

(¡Y negaba!... Si es claro.) (Aparte á Mercedes.)

MERCEDES.

(Aparte á Pepito.)

(Hay extravío.)

PEPITO.

(Lo que hay en puridad es que confiesa.)

MERCEDES.

(En voz alta.)

Retírese usted, Ernesto.

ERNESTO.

No es posible.

Si yo esta noche lejos estuviera  
de aquel lecho... señora, perdería  
¡el juicio!... ¡la razón!...

MERCEDES.

¿Pero si llega  
Severo, y si le ve?

ERNESTO.

¿Y qué me importa?  
Él es hombre leal... ¡mejor!... ¡que venga!  
Huye quien teme, y teme quien engaña;  
y no es fácil que yo ni huya, ni tema.

PEPITO.

Pues se acercan. (Después de escuchar.)

MERCEDES.

¡Es él!

PEPITO.

(Yendo al fondo.)

No es él: Teodora.

ERNESTO.

¡Es Teodora!... ¡Teodora!... ¡Quiero verla!

MERCEDES.

¡Ernesto! (Con severidad.)

PEPITO.

¡Ernesto!

ERNESTO.

Sí... para pedirle  
que me perdone.

MERCEDES.

¿Usted no considera?...

ERNESTO.

Lo considero todo y lo comprendo.  
¿Juntos los dos? ¡Ah! no. Basta: no teman.  
¡Dar por ella mi sangre; dar mi vida,  
mi porvenir, mi honor, y mi conciencia!...  
pero ¿vernos? jamás; ya no es posible.  
¡Vapor de sangre entre los dos se eleva!  
(Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

MERCEDES, PEPITO.

MERCEDES.

Déjame á solas con ella.  
Vete con tu padre adentro.  
Quiero llegar hasta el centro  
de su corazón. Y mella \  
le han de hacer, lo sé de sobra,  
mis palabras.

PEPITO.

Pues las dos  
os quedáis.

MERCEDES.

Adiós.

PEPITO.

Adiós.

(Sale por la derecha segundo término.)

MERCEDES.

Pongamos mi plan por obra.

## ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES. Teodora entra tímidamente, se detiene junto á la puerta de D. Julián (segundo término, derecha) y escucha con ansia ahogando con el pañuelo sus sollozos.

MERCEDES.

Teodora...

TEODORA.

¿Eres tú?...

(Viniendo á su encuentro.)

MERCEDES.

Valor.

Con llorar ¿qué se consigue?

TEODORA.

¿Cómo sigue?... ¿cómo sigue?

¡La verdad!

MERCEDES.

Mucho mejor.

TEODORA.

¿Se salvará?

MERCEDES.

Ya lo creo.

TEODORA.

¡Mi vida por él, Dios mío!

MERCEDES.

(La trae cariñosamente al primer término.)

Y después... después confío  
en tu juicio... que hartó veo  
por tu llanto y tu ansiedad  
tu arrepentimiento.

TEODORA.

Sí:

(Mercedes asiente y parece satisfecha.)

hice muy mal ¡ay de mí!  
en ir á verle: es verdad.

(Desagrado de Mercedes al ver que no es la clase de arrepentimiento que creía.)

Pero anoche me dijiste  
lo del insulto y el duelo...

Yo te agradezco ese celo,  
aunque el daño que me hiciste,  
no lo puedes sospechar,  
ni explicártelo sabría:

¡ay qué noche, madre mía!

(Cruzando las manos y mirando al cielo.)

¡qué gemir, qué delirar!

¡De mi Julián los enojos!...

¡el escándalo!... ¡la afrenta!...

¡la sangre!... ¡la lid violenta!...



¡todo pasó ante mis ojos!  
Y también el pobre Ernesto,  
muriendo tal vez por mí...  
¿Por qué me miras así?  
¿Pero qué mal hay en esto?  
¿Es que no estás convencida?  
¿Piensas como los demás?

MERCEDES.

(Con tono seco.) Pienso que estaba de más  
que temieses por la vida  
de ese joven.

TEODORA.

No: ¡Nebreda  
es famoso espadachín!  
Ya ves... mi Julián...

MERCEDES.

Al fin  
tu Julián vengado queda,  
y el espadachín tendido  
de un golpe en el corazón:  
de suerte que sin razón  
(Con intención y dureza.)  
has llorado y has temido.

TEODORA.

¿Y fué Ernesto?... (Con interés.)

MERCEDES.

Ernesto, sí.

TEODORA.

¡Al Vizconde!

MERCEDES.

Frente á frente.

TEODORA.

(Sin poder dominarse.)

¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!

MERCEDES.

¡Teodora!

TEODORA.

¿Qué quieres? dí.

MERCEDES.

(Con severidad.) Te adivino el pensamiento.

TEODORA.

¿Mi pensamiento?

MERCEDES.

Sí.

TEODORA.

¿Cuál?

MERCEDES.

¡Bien lo sabes!

TEODORA.

Hice mal  
al demostrar mi contento  
por ver á Julián vengado:  
mas del alma impulso ha sido  
que refrenar no he podido.

MERCEDES.

No es eso lo que has pensado..

TEODORA.

¿Pero tú lo has de saber  
mejor que yo misma?

MERCEDES.

(Con profunda intención.) Mira,  
cuando mucho el alma admira:  
va camino del querer.

TEODORA.

¡Que yo admiro!

MERCEDES.

La bravura  
de ese mozo.

TEODORA.

¡Su nobleza!

MERCEDES.

Da lo mismo, así se empieza.

TEODORA.

¡Eso es delirio!

MERCEDES.

¡Es locura!

pero en tí.

TEODORA.

¡No cede!... ¡no!...  
¡Siempre esa idea maldita!...  
¡Lástima inmensa, infinita!  
eso es lo que siento yo.

MERCEDES.

¿Por quién?

TEODORA.

¿Por quién ha de ser?  
por Julián.

MERCEDES.

¿Nunca has oído  
que van lástima y olvido  
á la par en la mujer?

TEODORA.

¡Calla por Dios!... ¡por piedad!

MERCEDES.

Quiero alumbrar tu conciencia  
con la voz de mi experiencia  
y la luz de la verdad. (Pausa.)

TEODORA.

Te escucho, y al escucharte,  
no mi madre, no mi hermana,  
no mi amiga; me parece,  
tal me suenan tus palabras,  
que Satanás por tus labios  
aconseja, inspira y habla.  
¿Por qué quieres convencerme,  
que mengua y mengua en el alma,  
el cariño de mi esposo,  
y que en ella impuro se alza  
otro cariño rival  
con fuego que quema y mancha?  
¡Si yo quiero como quise!  
Si yo diera, hasta agotarla,  
toda la sangre que corre  
por mis venas y me abrasa,  
por sólo un punto de vida  
(Señalando hacia el cuarto de D. Julián.)

de aquel de quien me separan.  
Si yo entraría ahora mismo,  
si tu esposo me dejara,  
y en mis brazos á Julián,  
inundándolo de lágrimas,  
con cariño tan entero  
y tal pasión estrechara,  
¡que se fundieran sus dudas  
al calor de nuestras almas!  
Y porque á Julián adore,  
¿he de aborrecer ingrata  
al que noble, generoso,  
por mí su vida arriesgaba?  
¿Y no aborrecerle es ya...  
amarle? ¡Jesús me valga!...  
Tales cosas piensa el mundo,  
oigo historias tan extrañas,  
tan tristes sucesos miro,  
tales calumnias me amagan,  
que á veces dudo de mí,  
y me pregunto espantada:  
¿seré lo que dicen todos?  
¿llevaré pasión bastarda  
en el fondo de mi sér,  
quemándome las entrañas,  
y sin saberlo yo misma,  
en hora triste y menguada,  
por potencias y sentidos  
brotará la infame llama?

MERCEDES.

¿Luego me dices verdad?

TEODORA.

¡Si digo verdad!

MERCEDES.

¿No le amas?

TEODORA.

¡Mira, Mercedes, que yo  
no sé cómo te persuada!  
¡Tal pregunta en otro tiempo  
la sangre me sublevaba,  
y ahora, ya lo ves, discuto  
si soy ó no soy honrada!  
¿Es esto serlo de veras?  
¿es serlo con toda el alma?  
¡No! ¡sufrir la humillación  
es ser digna de la mancha!...

(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca de la derecha.)

MERCEDES.

No llores: vamos, te creo.  
No llores, Teodora... basta.  
No más. Ya sólo te digo,  
y concluyo, una palabra.

Ernesto no es lo que crees:  
no merece tu confianza.

TEODORA.

Es bueno, Mercedes.

MERCEDES.

No.

TEODORA.

Quiere á mi Julián.

MERCEDES.

Le engaña.

TEODORA.

¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!

MERCEDES.

No digo que tú escucharas  
su pasión: tan sólo digo...  
digo tan sólo, *que te ama*.

TEODORA.

¡Él á mí? (Con asombro y levantándose.)

MERCEDES.

¡Lo saben todos!  
Hace poco en esta sala,



delante de mí, de mi hijo...  
¡ya ves tú!...

TEODORA.

(Con ansia.) Y bien... acaba.  
¿Qué?

MERCEDES.

¡Que confesó de plano!  
¡Y con frase arrebatada  
juró que por tí daría  
vida, honor, conciencia y alma!  
¡Y al llegar tú, quiso verte,  
y sólo á fuerza de instancias  
conseguí que se marchase  
adentro! Y estoy en ascuas  
por si le encuentra Severo  
y sus enojos estallan.  
Y ahora ¿qué dices?

TEODORA.

(Á pesar suyo ha seguido esta relación con una mezcla extraña de interés, asombro y terror: algo indefinible.)

¡Dios mío,  
será verdad tanta infamia!  
¡Y yo que por él sentía!...  
¡Y yo que le profesaba  
cariño tan verdadero!...

MERCEDES.

¿Otra vez lloras?

TEODORA.

¡El alma  
no ha de llorar desengaños  
de esta vida desgraciada!  
Un sér tan noble, tan puro...  
ver cómo se hunde y se mancha...  
Y dices que está allí dentro...  
¡él!... ¡Ernesto!... ¡Virgen santa!  
Mira, Mercedes... Mercedes...  
¡que se aleje de esta casa!

MERCEDES.

Eso quiero yo también  
y tu energía me agrada. (Con verdadero gozo.)  
¡Perdóname!... ¡que ahora creo!...  
(Abrazándola con efusión.)

TEODORA.

¡Y antes no?

(La actriz dará á esta frase toda la intención que el autor ha querido que tenga.)

MERCEDES.

Silencio... calla...  
él se acerca.

TEODORA.

(Con ímpetu.) ¡No he de verle!  
Díle tú... ¡Julián me aguarda!  
(Dirigiéndose á la derecha.)

MERCEDES.

(Deteniéndola.) Imposible... ya lo sabes...  
y él mis órdenes no acata: ↓  
y ahora que conozco á fondo  
tus sentimientos, me agrada  
que encuentre el desprecio en tí  
que antes halló en mis palabras.

TEODORA.

¡Déjame!

ERNESTO.

¡Teodora!... (Deteniéndose al entrar.)

MERCEDES.

Aparte á Teodora.) (Es tarde.  
Cumple tu deber y basta.)  
(En voz alta á Ernesto.)  
El mandato que hace poco  
de mis labios escuchaba,  
va á repetirlo Teodora  
como dueña de esta casa.

TEODORA.

(No me dejes. (En voz baja á Mercedes.)

MERCEDES.

¿Temes algo? (Lo mismo á Teodora.)

TEODORA.

¡Yo temer!... No temo nada.)

(Le hace señal de que salga.)

(Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO.

ERNESTO.

Que saliese... fué el mandato.

(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven á mirarse.)

¿Y usted... lo repite ahora?

(Teodora hace una señal afirmativa, pero sin fijar la vista en él.)

Pues no tema usted, Teodora:  
yo lo cumplo y yo lo acato.

(Triste y respetuoso.)

¡Los demás no hallarán modo  
de obediencia, aunque les pese! (Con dureza.)  
De usted... aunque me ofendiese...  
de usted... yo lo sufro todo. (Con sumisión.)

TEODORA.

¡Ofenderle, Ernesto!... no.

¿Cree usted que yo?...

(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)

ERNESTO.

No lo creo.

(Nueva pausa.)

TEODORA.

Adiós... su dicha deseo.

(Sin volverse ni mirarle.)

ERNESTO.

Adiós, Teodora.

(Se detiene un momento, pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Después de llegar al fondo vuelve y se acerca á ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige á él la vista.)

Si yo  
todo el mal que á mi pesar,  
por mi maldecida suerte,  
le he causado, con mi muerte  
ahora pudiese borrar,  
bien pronto no quedaría,  
lo juro como hombre honrado,  
ni una sombra del pasado,  
ni un suspiro de agonía,  
ni esa triste palidez,

(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)

ni esa mirada que espanta,  
ni un sollozo en su garganta,  
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)  
ni una lágrima en su tez.

TEODORA.

(Aparte alejándose de Ernesto.)

(¡Mercedes dijo verdad!...  
y yo ciega, inadvertida...)

ERNESTO.

Un adiós de despedida,  
uno solo, ¡por piedad!

TEODORA.

Adiós... sí... yo le perdono  
el mal que nos hizo.

ERNESTO.

¡Que hice!

¡Yo, Teodora!

TEODORA.

Usted lo dice.

ERNESTO.

¡Esa mirada!... ¡Ese tono!...

TEODORA.

¡No más, Ernesto, por Dios!

ERNESTO.

¿Qué hice yo que mereciera?...

TEODORA.

Como si yo no existiera:  
todo acabó entre los dos.

ERNESTO.

¡Ese acento!... ¡ese desdén!...

TEODORA.

(Con dureza y extendiendo el brazo hacia la puerta.)  
¡Salga usted!

ERNESTO.

¡Que salga... así!

TEODORA.

¡Mi esposo se muere allí...  
y aquí me muero también!...

(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERNESTO.

¡Teodora!... (Precipitándose para sostenerla.)

TEODORA.

¡Tocarme, no!

(Rechazándole con energía.)

¡Sola!

(Pausa. La actitud y las miradas de los actores, las que su talento les inspire.)

Ya el pecho se ensancha.

(Quiere dar unos pasos: de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella le rechaza y se aleja de él.)

ERNESTO.

¿Por qué no?

TEODORA.

(Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERNESTO.

¿Que yo mancho?

TEODORA.

Cierto.

ERNESTO.

¡Yo!

(Pausa.) ¿Pero qué dice, Dios mío?...

¡Ella también!... ¡Imposible!

¡Si la muerte es preferible!...

¡No es verdad!... ¡Yo desvarío!...

¡Diga usted que no, Teodora!

¡Una frase por el cielo:

de perdón, ó de consuelo,

ó de lástima, señora!

¡Yo me resigno á partir,

y á no verla á usted ya nunca,



aunque esto desgarrar y trunca,  
y mata mi porvenir!  
Pero es, si á mi soledad  
me siguen, con su perdón,  
su afecto, su estimación...  
¡por lo menos su piedad!  
¡Es creyendo, que usted cree  
que soy leal, que soy honrado;  
que ni mancho, ni he manchado;  
ni afrento, ni afrentaré!  
¡Me importa poco del mundo,  
desdeño sus maldiciones,  
y me inspiran sus pasiones  
el desprecio más profundo!  
¡Hiera terco, ó hiera cruel,  
murmure de lo que fuí,  
nunca pensará de mí  
todo lo que pienso de él!  
¡Pero usted! ¡el sér más puro  
que forjó la fantasía!  
¡usted! ¡por quien yo daría,  
una y mil veces, lo juro,  
y con ansia, con anhelo,  
en esta insensata guerra,  
no ya mi vida en la tierra,  
sino mi puesto en el cielo!  
¡usted sospechar que yo  
de traiciones soy capaz,  
que no está el alma en mi faz!...

eso, Teodora... ¡eso, no!

(Con profunda emoción, con angustia profundísima, con acento desesperado.)

TEODORA.

(Con creciente ansiedad.)

No me ha comprendido usted.

Separémonos, Ernesto.

ERNESTO.

¡Así no es posible!...

TEODORA.

¡Presto!...

¡se lo pido por merced!...

Julián... sufre... (Señalando hacia su cuarto.)

ERNESTO.

Ya lo sé.

TEODORA.

Pues no lo olvidemos.

ERNESTO.

No.

¡Pero también sufro yo!

TEODORA.

¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?

ERNESTO.

¡Por su desprecio!

TEODORA.

No hay tal.

ERNESTO.

Usted lo dijo.

TEODORA.

Mentí.

ERNESTO.

¡No! fué por algo: y así  
no sufrimos por igual.  
¡En este luchar eterno,  
en esta implacable guerra,  
*él* sufre como en la tierra  
y *yo* como en el infierno!

TEODORA.

¡Por Dios!... ¡se abrasa mi frente!

ERNESTO.

¡Se oprime mi corazón!

TEODORA.

¡Basta, Ernesto, compasión!

ERNESTO.

¡Eso pido solamente!

TEODORA.

¿Piedad?

ERNESTO.

¡Pues eso, piedad!  
De mí... ¿qué teme?... ¿ó qué piensa?  
(Acercándose á ella.)

TEODORA.

Perdone usted si hubo ofensa...

ERNESTO.

Ofensa, no. ¡La verdad!...  
¡La verdad es lo que quiero!...  
¡y la pido de rodillas,  
con el llanto en las mejillas!

(Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este momento, en la puerta que corresponde al cuarto de D. Julián, aparece D. Severo y en ella se detiene.)

DON SEVERO.

{Aparte.) (¡Miserables!)

TEODORA.

¡Don Severo!

## ESCENA VIII.

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO. Ernesto se separa hacia la izquierda. D. Severo viene á colocarse entre él y Teodora.

DON SEVERO.

(Á Ernesto con ira reconcentrada, y en voz baja para que no le oiga D. Julián.)

Por no encontrar ni frase ni palabra,  
que mi cólera exprese y mi desprecio,  
habré de contentarme con decirle  
¡es usted un miserable!... salga presto.

ERNESTO.

(Lo mismo.)

Por respeto á Teodora y á esta casa,  
porque sufre, quien sufre, en aquel lecho,  
habré de contentarme, señor mío,  
con poner la respuesta... en el silencio.

DON SEVERO.

(Creyendo que sale y con cierta ironía.)

Callar y obedecer es lo prudente.

ERNESTO.

No me ha entendido usted: si no obedezco.

DON SEVERO.

¿Se queda usted?

ERNESTO.

En tanto que Teodora  
no reitere el mandato, aquí me quedo.  
Iba á salir há poco para siempre,  
y Dios ó Satanás me detuvieron.  
Vino usted, me arrojó, y á sus injurias,  
cual si fuesen conjuros del infierno,  
raíces sentí brotar, que de mis plantas  
se agarraban firmísimas al suelo.

DON SEVERO.

Voy á probar, llamando á los criados,  
si á palos las arrancan.

ERNESTO.

Pruebe.

(Ernesto da un paso hacia D. Severo con aire amenazador. Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)

TEODORA.

¡Ernesto!

(Volviéndose después con energía y dignidad hacia su cuñado.)

Olvida usted sin duda, que es mi casa,  
mientras viva mi esposo, que es su dueño.  
Para mandar aquí, los dos tan sólo  
autoridad tenemos y derecho.

(Á Ernesto con dulzura.)

No por él... por mi causa, por mi angustia...

(Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora le defiende.)

ERNESTO.

Teodora, ¿usted lo quiere?

TEODÓRA.

Se lo ruego.

(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

DON SEVERO.

¡Me confunde y me asombra tu osadía,  
tanto... no; mucho más que la de Ernesto!

(Acercándose amenazador á Teodora. Ernesto, que ha dado unos pasos, se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada,  
y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos á los anteriores, pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde ¡cómo encuentras,  
por defenderle, enérgicos acentos!

¡Bien habla la pasión!

(Ernesto, ya en el fondo, se detiene.)

¡Pero tú olvidas,  
que antes de echarle á él, supo Severo  
de esta casa arrojarte, que manchabas  
con sangre de Julián! ¿Para qué has vuelto?

(Cogiéndola brutalmente un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más á ella.)

ERNESTO.

¡Ah! ¡no es posible!... ¡No!...

(Se precipita entre Teodora y D. Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

DON SEVERO.

¡Otra vez!

ERNESTO.

¡Otra vez!

DON SEVERO.

¡Vienes de nuevo!

ERNESTO.

Pues á Teodora tu insolencia ofende

(Desde este momento no es dueño de sí.)

y me siento con vida, ¿qué remedio?

¡Volver, volver, y castigar tu audacia,  
y llamarte cobarde á voz en cuello!

DON SEVERO.

¡Á mí!

ERNESTO.

Sin duda.

TEODORA.

¡No!

ERNESTO.

¡Si él lo ha querido!

¡Si la mano le ví poner colérico  
sobre usted, sobre usted!... (Á Teodora.)

¡De esta manera!

(Coge violentamente á D. Severo por un brazo.)



DON SEVERO.

¡Insolente!

ERNESTO.

¡Es verdad; pero no suelto!  
¿Tuvo usted madre? Sí. ¿La amaba mucho?  
¿La respetaba aún más? ¡Pues así quiero  
que respete á Teodora, y que se humille  
de esta mujer ante el dolor inmenso!  
¡De esta mujer más pura y más honrada  
que su madre de usted, mal caballero!!

DON SEVERO.

¡Á mí!... ¡tal dice!

ERNESTO.

Sí; y aún no he concluído.

DON SEVERO.

¡Tu vida!...

ERNESTO.

Sí; mi vida: pero luego.

(Teodora quiere separarlos; pero él la aparta dulcemente con una mano sin soltar la otra.)

En un Dios creará usted: es necesario...

¡un Hacedor!... ¡una esperanza!... Bueno:

¡pues como dobla sus rodillas torpes

ante el altar del Dios que está en los cielos,

ante Teodora han de doblarse, y pronto!  
¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEODORA.

¡Por piedad!

ERNESTO.

¡Al suelo!

(Le obliga á arrodillarse delante de Teodora.)

TEODORA.

¡Basta, Ernesto!

DON SEVERO.

¡Mil rayos!

ERNESTO.

¡Á sus plantas!

DON SEVERO.

¡Tú!

ERNESTO.

¡Yo!

DON SEVERO.

¡Por ella!

ERNESTO.

¡Sí!

TEODORA.

¡No más!... ¡silencio!

(Teodora aterrada señala hacia el cuarto de D. Julián. Ernesto suelta su presa; D. Severo se levanta y retrocede hacia la derecha. Teodora se lleva hacia el fondo á Ernesto. De este modo ella y él forman un grupo que se aleja.)

## ESCENA IX.

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO; después DON JULIÁN y MERCEDES.

DON JULIÁN.

¡Déjame!... (Desde dentro.)

MERCEDES.

¡No por Dios!... (Lo mismo.)

DON JULIÁN.

¡Son ellos... vamos!...

TEODORA.

¡Salga usted!... (Á Ernesto llevándoselo.)

DON SEVERO.

(Á Ernesto.)

¡La revancha!

ERNESTO.

No la niego.

(En este momento se presenta D. Julián, pálido, descompuesto, casi moribundo, y Mercedes conteniéndolo. Al presentarse él, D. Severo está á la derecha, primer término, y Teodora y Ernesto formando un grupo en el fondo.)

DON JULIÁN.

¡Juntos!... ¿Á dónde van?... ¡Que los detengan!  
¡Huyen de mí!... ¡Traidores!

(Quiere precipitarse sobre ellos; pero le faltan las fuerzas y vacila.)

DON SEVERO.

(Acudiendo á sostenerle.)

¡No!

DON JULIÁN.

¡Severo,  
me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!

(Mientras pronuncia estas palabras, entre Mercedes y D. Severo le traen á la butaca de la derecha.)

¡Allí!... ¡Mira!... ¡Los dos... ella y Ernesto!  
¿Porqué están juntos?...

TEODORA Y ERNESTO.

(Se separan uno de otro.)

¡No!

DON JULIÁN.

¿Por qué no vienen?  
¡Teodora!...

TEODORA.

(Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)

¡Mi Julián!...

DON JULIÁN.

¡Sobre mi pecho!

(Teodora se precipita en los brazos de D. Julián, que la estrecha fuertemente. Pausa.)



¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me enga-  
(Á su hermano.) [ña!...

¡y en mis brazos la oprimó y la sujeto!...  
¡y puedo darle muerte!... ¡y la merece!...  
¡y *la miro!*... ¡*la miro!*... ¡y ya no puedo!

TEODORA.

¡Julián!...

DON JULIÁN.

¿Y aquél?... (Señalando á Ernesto.)

ERNESTO.

¡Señor!...

DON JULIÁN.

¡Y yo le amaba!...

Calla y acércate... (Ernesto se aproxima.)

(Sujetando á Teodora.) ¡Aún soy su dueño!

TEODORA.

¡Tuya!... ¡tuya!...

DON JULIÁN.

¡No finjas!... ¡no me mientas!

MERCEDES.

¡Por Dios santo!... (Procurando calmarle.)

DON SEVERO.

(Lo mismo.)

¡Julián!...

DON JULIÁN.

(Á los dos.)

¡Callad!... ¡silencio!

(Á Teodora.)

¡Si yo te adiviné!... ¡si sé que le amas!

(Teodora y Ernesto quieren protestar, pero no les deja.)

¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!

ERNESTO.

¡No, padre!

TEODORA.

¡No!

DON JULIÁN.

¡Lo niegan!... ¡y lo niegan!

¡Si es la evidencia! ¡si en mi sér la siento!

¡porque esta calentura que me abrasa  
con su llama ilumina mi cerebro!

ERNESTO.

¡Del hervor de la sangre, del delirio,  
todas esas traiciones son engendros!

¡Escuche usted, señor!

DON JULIÁN.

¡Vas á mentirme!

ERNESTO.

¡Es inocente! (Señalando á Teodora.)

DON JULIÁN.

¡No!... ¡Si no te creo!

ERNESTO.

¡De mi padre, señor, por la memoria!...

DON JULIÁN.

¡No profanes su nombre y su recuerdo!

ERNESTO.

¡Por el último beso de mi madre!...

DON JULIÁN.

¡No está en tu frente ya su último beso!

ERNESTO.

Por cuanto quiera usted ¡oh, padre mío!  
juraré, juraré.

DON JULIÁN.

No juramentos,  
ni engañosas palabras, ni protestas...

ERNESTO.

Pues bien, ¿qué quiere usted?

TEODORA.

¿Qué quieres?

DON JULIÁN.

¡Hechos!

ERNESTO.

¿Qué desea, Teodora? ¿qué nos pide?

TEODORA.

¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿qué hacer, Er-  
[nesto?

DON JULIÁN.

(Que les ha seguido con mirada febril y con instintiva desconfianza.)

¡Ah! ¿Delante de mí buscáis engaños?...

¡Os concertáis, infames!... ¡Lo estoy viendo!

TEODORA.

¡Por la fiebre ve usted, no por los ojos!

DON JULIÁN.

¡La fiebre, sí! ¡Como la fiebre es fuego,

la venda consumió que ante la vista

me pusísteis los dos, y al fin ya veo!

Y ahora ¿por qué os miráis?... ¿por qué, trai-  
[dores?

¿por qué brillan tus ojos? ¡Habla, Ernesto!



No es el brillo del llanto... Ven... más cerca...  
aún más...

(Le obliga á acercarse; le hace bajar la cabeza, y al fin viene á caer de rodillas ante él. De este modo queda D. Julián entre Teodora, que está á su lado, y Ernesto, que está á sus pies. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)

¿Lo ves!... ¡no es llanto!... ¡si están secos!

ERNESTO.

¡Perdón!... ¡perdón!...

DON JULIÁN.

¡Pues si perdón me pides,  
confieras tu maldad!

ERNESTO.

¡No!

DON JULIÁN.

¡Sí!

ERNESTO.

¡No es eso!

DON JULIÁN.

Pues cruzad ante mí vuestras miradas...

DON SEVERO.

¡Julián!...

MERCEDES.

¡Señor!

DON JULIÁN.

(Á Teodora y Ernesto.) ¿Acaso tenéis miedo?  
¿No os amáis como hermanos? ¡pues probadlo!  
¡De las anchas pupilas á los cercos  
salgan las almas, y sus castas luces  
en mi presencia mezclen sus reflejos,  
que yo veré, porque veré de cerca,  
si esos rayos de luz son *luz ó fuego!*  
Tú, Teodora, también... si ha de ser... vamos...  
¡Venid!... ¡los dos!... ¡aún más!  
(Hace caer ante él á Teodora; los aproxima á la fuerza y les obliga á mirarse.)

TEODORA.

(Separándose por un violento esfuerzo.)

¡Ah! ¡no!

ERNESTO.

(Procura desasirse, pero D. Julián le sujeta.)

¡No puedo!

DON JULIÁN.

¡Os amáis!... ¡os amáis!... ¡claro lo he visto!  
¡Tu vida! (Á Ernesto.)

ERNESTO.

¡Sí!

DON JULIÁN.

¡Tu sangre!

ERNESTO.

¡Toda!

DON JULIÁN.

(Sujetándole de rodillas.)

¡Quieto!

TEODORA.

¡Julián! (Conteniéndole.)

DON JULIÁN.

¿Tú le defiendes?... ¡le defiendes!...

TEODORA.

¡Pero si no es por él!

DON SEVERO.

¡Por Dios!...

DON JULIÁN.

(Á D. Severo.)

¡Silencio!

¡Mal amigo!... ¡mal hijo!...

(Sujetándole á sus pies.)

ERNESTO.

¡Padre mío!

DON JULIÁN.

¡Desleal!... ¡traidor! (Lo mismo.)

ERNESTO.

¡No, padre!

DON JULIÁN.

Voy el sello

á ponerte de vil en la mejilla...

¡hoy con mi mano!... ¡pronto con mi acero!

(Con un resto de suprema energía se incorpora y le golpea en el rostro.)

ERNESTO.

(Da un grito terrible, se levanta y se separa hacia la izquierda cubriéndose la cara.)

¡Ah!

DON SEVERO.

¡Justicia!

(Extendiendo el brazo hacia Ernesto.)

TEODORA.

¡Jesús!

(Se oculta el rostro entre las manos y va á caer en una silla de la derecha.)

MERCEDES.

¡Delirio ha sido!

(Á Ernesto como disculpando á D. Julián.)

(Estos cuatro gritos rapidísimos. Momentos de estupor. D. Julián siempre en pie y mirando á Ernesto. Mercedes y D. Severo conteniéndole.)

DON JULIÁN.

Delirio, no: ¡castigo, vive el cielo!

¿Qué pensabas, ingrato?

MERCEDES.

Vamos... vamos...

DON SEVERO.

Ven, Julián...

DON JULIÁN.

¡Sí, ya voy!

(Se encamina penosamente hacia su cuarto sostenido por D. Severo y Mercedes, pero deteniéndose algunas veces para mirar á Ernesto y Teodora.)

MERCEDES.

¡Pronto, Severo!

DON JULIÁN.

¡Míralos!... ¡los infames!... ¡fué justicia!  
¿No es verdad?... ¿no es verdad?... Yo así lo  
[creo.

DON SEVERO.

¡Por Dios, Julián!... ¡por mí!

DON JULIÁN.

¡Tú solo! ¡solo!...  
¡me has querido en el mundo!...  
(Abrazándole.)

DON SEVERO.

¡Yo! ¡sí! ¡cierto!

DON JULIÁN.

(Sigue caminando: cerca de la puerta se detiene y otra vez los mira.)

¡Y ella llora por él!... ¡y no me sigue!...

¡ni me mira! ¡ni ve... que yo me muero!...

¡Me muero... sí!...

DON SEVERO.

¡Julián!

DON JULIÁN.

¡Espera... espera!...

(Deteniéndose en la misma puerta.)

¡Deshonra por deshonra!... ¡Adiós, Ernesto!

(Salen D. Julián, D. Severo y Mercedes por la derecha, segundo término.)

## ESCENA X.

TEODORA, ERNESTO. Ernesto cae en el sillón próximo á la mesa.  
Teodora continúa á la derecha. Pausa.

ERNESTO.

(Aparte.) (¡De qué sirve la lealtad!

TEODORA.

¡De qué sirve la inocencia!

ERNESTO.

¡Se oscurece mi conciencia!

TEODORA.

¡Piedad, Dios mío, piedad!

ERNESTO.

¡Suerte fiera!

TEODORA.

¡Triste suerte!

ERNESTO.

¡Pobre niña!

TEODORA.

¡Pobre Ernesto!)

(Hasta aquí son apartes.)

DON SEVERO.

(Desde dentro: los que siguen son gritos de suprema angustia.)

¡Hermano!

MERCEDES.

¡Socorro!

PEPITO.

¡Presto!

(Ernesto y Teodora se levantan y se acercan uno á otro.)

TEODORA.

¡Gritos de dolor!...

ERNESTO.

¡De muerte!

TEODORA.

¡Vamos pronto!

ERNESTO.

¿Dónde?

TEODORA.

Allí.

ERNESTO.

(Deteniéndola.) No podemos.

TEODORA.

¿Por qué no?

¡Yo quiero que viva! (Con ansia.)

ERNESTO.

(Lo mismo.)

¡Y yo!

pero no puedo...

(Señalando hacia el cuarto de D. Julián.)

TEODORA.

Yo sí.

(Precipitándose hacia allá.)



## ESCENA ÚLTIMA.

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO, PEPITO. La disposición de los personajes es la siguiente: Ernesto, en pie, en el centro; Teodora en la puerta del cuarto de D. Julián: cerrándole el paso D. Severo, que sale un momento después que Pepito.

PEPITO.

¿Dónde vas?

TEODORA.

¡Le quiero ver!

(Con desesperada ansiedad.)

PEPITO.

¡No es posible!

DON SEVERO.

¡No se pasa!...

¡Esa mujer en mi casa!...

¡Pronto... arroja esa mujer! (Á su hijo.)

¡Sin compasión!... ¡Al instante!

ERNESTO.

¿Qué dice?

TEODORA.

¡Yo desvarío!

DON SEVERO.

¡Aunque tu madre, hijo mío,  
se ponga de ella delante,

has de cumplir mi mandato!  
¡Aunque suplique!... ¡aunque implore!  
Si llora... nada, ¡que llore!  
(Á su hijo con ira reconcentrada.)  
¡Lejos... lejos... ó la mato!

TEODORA.

¡Julián manda!...

DON SEVERO.

¡Julián, sí!

ERNESTO.

¿Su esposo?... ¡No puede ser!

TEODORA.

¡Verle!...

DON SEVERO.

¡Pues le vas á ver:  
y después... huye de aquí!

PEPITO.

¡Padre!... (Como queriendo oponerse.)

DON SEVERO.

Deja... (Á Pepito separándole )

TEODORA.

¡Si no es cierto!

PEPITO.

¡Si es horrible!

TEODORA.

¡Si es mentira!

DON SEVERO.

¡Ven, Teodora... ven y mira!

(La coge por un brazo, la lleva á la puerta del cuarto de Don Julián, levanta el cortinaje y señala el interior.)

TEODORA.

¡Él!... ¡Julián!... ¡mi Julián!... ¡muerto!...

(Dice esto retrocediendo en ademán trágico, y cae desplomada en el centro.)

ERNESTO.

¡Padre! (Cubriéndose el rostro.)

(Pausa. D. Severo los contempla con mirada rencorosa.)

DON SEVERO.

(Á su hijo señalando á Teodora.)

¡Arrójala!

ERNESTO.

(Poniéndose delante del cuerpo de Teodora.)

¡Cruel!

PEPITO.

¡Señor!... (Dudando.)

DON SEVERO.

(Á su hijo.) Es mi voluntad.  
¿Dudas?

ERNESTO.

¡Piedad!

DON SEVERO.

¡Sí: piedad!  
¡La que ella tuvo con él!  
(Señalando hacia dentro.)

ERNESTO.

¡Ah!... ¡que mi sangre se inflama!  
¡Saldré de España!

DON SEVERO.

No importa.

ERNESTO.

¡Moriré!

DON SEVERO.

La vida es corta.

ERNESTO.

¡Por última vez!

DON SEVERO.

No: llama. (Á su hijo.)

ERNESTO.

¡Que es inocente! ¡lo digo  
y lo juro!

PEPITO.

Padre... (Como intercediendo.)

DON SEVERO.

(Á su hijo señalando con desprecio á Ernesto.)

Miente.

ERNESTO.

¿Me arrojas á la corriente?  
¡Pues ya no lucho, la sigo!  
Que pensará, no presiento,  
(Señalando á Teodora.)  
del mundo y de tus agravios,  
que mudos están sus labios,  
y duerme su pensamiento.  
Pero lo que pienso yo...  
eso... ¡lo voy á decir!

DON SEVERO.

¡Inútil! no ha de impedir  
que yo mismo...

(Queriendo aproximarse á Teodora.)

PEPITO.

(Conteniéndole.)

Padre...

ERNESTO.

¡No! (Pausa.)

Nadie se acerque á esta mujer: es mía.  
Lo quiso el mundo: yo su fallo acepto.  
Él la trajo á mis brazos: ¡ven, Teodora!

(Levantándola y sosteniéndola en sus brazos en este momento ó en el que el actor crea conveniente.)

¡Tú la arrojas de aquí!... Te obedecemos.

DON SEVERO.

¡Al fin!... ¡infame!

PEPITO.

¡Miserable!

ERNESTO.

Todo.

¡Y ahora tenéis razón!... ¡Ahora confieso!  
¿Queréis pasión?... Pues bien ¡pasión, delirio!  
¿Queréis amor?... Pues bien ¡amor inmenso!  
¿Queréis aún más?... Pues más, ¡si no me es-  
[panto!

¡Vosotros á inventar!... ¡yo á recogerlo!  
¡Y contadlo!... ¡contadlo!... ¡La noticia  
de la heroica ciudad llene los ecos!  
Mas si alguien os pregunta quién ha sido  
de esta infamia el infame medianero,  
respondedle: «¡Tú mismo y lo ignorabas;  
y contigo las lenguas de los necios!»

Ven, Teodora, la sombra de mi madre  
posa en tu frente inmaculada un beso.

¡Adiós!... ¡me pertenece!... ¡que en su día  
á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!

(Hace el movimiento de llevarse á Teodora en brazos, desafiando á todos con la mirada y el ademán: D. Severo y Pepito en primer término, en la actitud que se crea conveniente.)

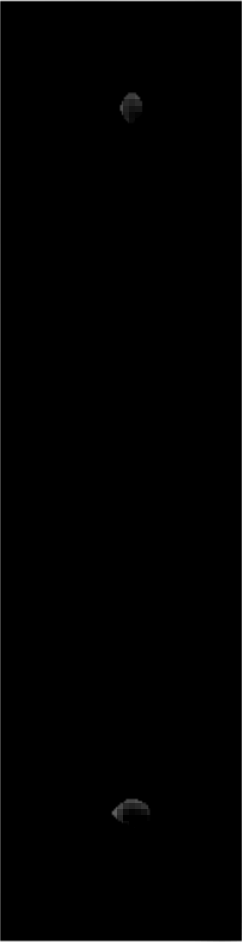
FIN DEL DRAMA.



## ÍNDICE.

	Páginas.
En el seno de la muerte.....	5
La muerte en los labios.....	185
El gran Galeoto.....	395





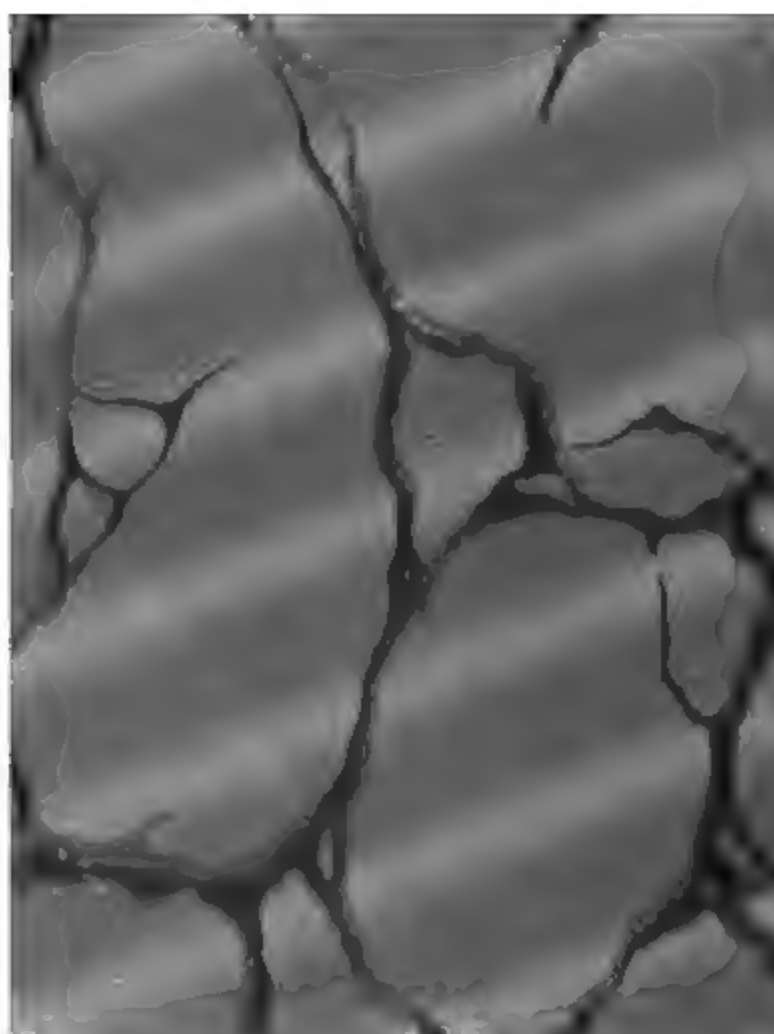
All that we do is to show the people  
that the only way to the life of today  
is to live a better life than we are.

We are not interested in showing the  
people the way to a better life, as  
the only way to a better life is to live  
a better life than we are.

We are not interested in showing the  
people the way to a better life, as  
the only way to a better life is to live  
a better life than we are.



10/2/57  
10/2/57



UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 06385 7166

---

**DO NOT REMOVE**

**OR**

**MUTIL**

A thick, hand-drawn black line that starts under the word 'MUTIL' and extends horizontally to the right, ending with a slight upward curve.

